ANA TERESA TORRES

Vagas desapariciones

BIBLIOTECA ANA TERESA TORRES

Editorial Alfa

VAGAS DESAPARICIONES

ANA TERESA TORRES

© Ana Teresa Torres, 1995
© Editorial Alfa, 2011
© alfadigital.es, 2016

Primera edición digital: julio de 2016

www.alfadigital.es

Escríbanos a: contacto@editorial-alfa.com
Síganos en twitter: @alfadigital_es

ISBN Digital: 978-84-17014-08-7
ISBN Impreso: 978-980-354-312-9

Diseño de colección
Ulises Milla Lacurcia

Corrección ortotipográfica
Henry Arrayago

Conversión a formato digital
Sara Núñez Casanova

Retrato de la autora
Efrén Hernández

Fotografía de portada
iStockphoto.com

ANA TERESA TORRES
(Venezuela, 1945)

Es autora, entre otras, de las novelas *La favorita del Señor, Vagas desapariciones, Los últimos espectadores del acorazado Potemkin, Nocturama* y *Doña Inés contra el olvido*, Premio de Novela de la I Bienal de Literatura Mariano Picón-Salas y Premio Pegasus de Literatura 1998, traducida al inglés y al portugués en varias ediciones. Destacada ensayista, en el año 2009 obtuvo una mención por parte del jurado del Premio de Ensayo Debate-Casa de América por su obra *La herencia de la tribu. Del mito de la Independencia a la Revolución Bolivariana*, a la que le siguieron *El oficio por dentro* y *Diario en ruinas (1998-2017)*. En el campo psicoanalítico destacan sus obras *Elegir la neurosis* e *Historias del continente oscuro. Ensayos sobre la condición femenina*. En 2001 recibió el Premio de la Fundación Anna Seghers de Berlín por su obra general. Es individuo de número de la Academia Venezolana de la Lengua.

La mayoría de los hombres mueren en una forma vaga, vaga
para los ojos y para el cerebro: nunca están muertos.

THOMAS BERNHARD

Antes no me molestaba, pero el año pasado, de repente, se me metió en la cabeza que, si no me acordaba de cuándo entré a trabajar en la casa era como si se me hubiera perdido una parte de mi vida, y ya se me habían perdido varias. Estaba seguro de que vine después del internado, pero eso no era suficiente, yo quería saberlo exactamente, las personas saben exactamente las fechas importantes de su vida, y yo me dije: Pepín, tú tienes que averiguar esa fecha.

La primera persona con la que hablé fue con el doctor que dirigía la clínica, pero él no es el mismo que estaba cuando yo llegué. Me dijo que no se acordaba, porque de eso hacía muchos años. Pero ¿cuántos más o menos? Nada, no sabía nada. Le pedí que buscara en los archivos, pero, como él estaba muy ocupado, me dijo que buscara yo. Estuve varios días revolviendo los papeles, pero allí no aparecía ni una hoja con mi nombre. Volví a decirle al doctor lo que pasaba y él me contestó que no me podía ayudar, y que no le parecía tan importante saber cuándo había entrado, que si era para cobrar las prestaciones sociales. No le parecerá importante a usted -me le arreché-, y no es para cobrar nada, es saber, únicamente saber. Entonces me dijo que tratara de buscar al doctor que me había contratado porque a lo mejor él se acordaba, y me dio su nombre y una dirección.

La ciudad ha cambiado mucho, han construido calles nuevas, han tumbado edificios viejos, casi nada es igual, así que me costó mucho trabajo encontrar la dirección. Allí no había nada parecido a una clínica pero de todas maneras pregunté. Busqué bien en todo el edificio y subí como veinte veces las escaleras porque el ascensor no funcionaba, toqué el timbre en todas las oficinas hasta que por fin una señorita me explicó que el consultorio que yo buscaba era una oficina de servicios de correspondencia internacional que no tenía nada que ver. Le enseñé el papelito donde yo llevaba anotado el nombre del doctor pero no le sonaba para nada; ella tenía poco tiempo trabajando allí y no me podía informar.

Volví con el cuento a decirle al doctor lo que me había pasado y le pregunté que cuándo me tocaban las vacaciones, para ver si por allí se podía sacar la fecha. Entonces él volvió con lo de las prestaciones y con un lío del contrato de trabajo, que si a mí no me salían las mismas vacaciones que al graduado, que si yo no había formalizado contrato. Yo, la verdad, no me acuerdo si firmé papeles cuando entré, pero, si firmé, deberían estar en alguna parte. Entonces me salió con que los

archivos viejos los habían quemado porque eran archivos muertos. ¿Muertos? ¿Y yo no estoy vivo?

Se lo dije a Eduardo, a ver qué se le ocurría. Él se acordaba de que la primera vez que vino a la casa ya yo estaba allí. Muy bien, pero ¿cuándo fue eso? Como el 69, el 70 -decía-; tú eras un carajito y yo era bastante joven. Se lo preguntó a su mamá y, definitivamente, la primera vez que él vino a la casa fue en 1970. Pero ésa es la fecha de él, no la mía. Esto de no poder recordar bien la fecha me enredaba tanto los pensamientos que una vez hasta me pareció que a lo mejor yo había nacido allí y por eso no sabía cuándo había entrado, pero enseguida me di cuenta de que no, porque me acordaba de muchas personas que había conocido antes. También llegué a pensar que había sido mi mamá la que me trajo, pero tampoco es así; fue un doctor y eso está claro; lo que no he podido recordar es la fecha, y, como yo le dije a Eduardo, la vida así es como un calendario roto.

Entonces pensé hacer lo mismo que cuando era chiquito y trataba de saber la vida de mi papá. Escribir todas las historias hasta encontrar la verdadera. Voy a escribir todo lo que me acuerdo, pensé, todo lo que me ha pasado en mi vida, hasta que sin darme cuenta esté escribiendo el día en que vine a la casa por primera vez.

Y así empecé con los cuadernos. Me compré un diccionario y empecé a escribir. Me iba acordando de muchísimas cosas, a veces de tantas que no las escribí todas porque yo no escribo muy rápido, y a mano uno tarda bastante; fui escribiendo todo lo que pasaba en la casa, y también cosas que me habían pasado antes, a ver si así, de repente, un día escribía la fecha en la que había entrado. Fallé. Lo que estaba buscando no apareció. Leía los cuadernos de noche, a ver si es que lo había escrito y se me había pasado, hasta que llegué a la conclusión de que no, de que había fracasado porque en ninguno de los cuadernos estaba la fecha de cuándo llegué.

Eduardo me dijo que una fecha no tenía importancia, que lo importante era saber más o menos la época y la circunstancia, y eso yo lo sabía. Pero yo me sentía muy triste, así que decidí terminar con el asunto, y pensé; al carajo con los cuadernos. Eduardo me había ayudado bastante a escribirlos, los había leído casi todos, y no quiso que los botara porque allí estaba mi vida. Sí, pero sin la fecha de cuándo entré a la clínica.

Después que pasó todo lo que pasó, la primera vez que Eduardo vino a visitarme me trajo un diccionario mejor que el que yo tenía (se puede decir que dos, porque son dos volúmenes) y me dijo: Pepín, ponte a corregir los cuadernos; Genet escribió en la cárcel y también el Marqués de Sade. Eduardo es un tipo de pinga.

Ayer vino a visitarme y me dijo que lo vamos a publicar. Yo no quería, primero y principal, por las faltas de ortografía, que, por más

que sea, son una lacra; segundo, porque soy un escritor autodidacta, tengo hasta quinto grado de instrucción primaria y es mucha la cultura que me falta. Yo escribo como hablo, y hablo como pienso. Por ejemplo, esa frase me la copié de un libro que decía: «Vive como piensas y piensa como vives». Muchas veces hago eso, busco en un libro una frase que diga lo que estoy pensando. Eduardo dice que las faltas de ortografía las soluciona él, y también mejorar la escritura y la relación entre los personajes. Estos no son personajes -le dije-, son personas de la vida real y la relación entre ellos es como sale en los cuadernos; yo no quiero estar mejorando las cosas, lo que puse en los cuadernos es la vida que he conocido, no sé cómo serán otras vidas que no he conocido. Él me explicó que se refería a mejorar la secuencia para que el lector entienda mejor. A mí me parece que el que no lo entiende es porque no lo quiere entender.

Quedamos en que eran tres partes. Una, que son los cuadernos que yo escribí contando la vida de la casa, y Eduardo le puso de título «La felicidad detrás del olvido». En algunos él metió la cuchara bastante; luego, otra parte que es mía solamente y que se llama «Autobiografía de un escritor autodidacta», y la tercera, que son los cuadernos que él escribía sobre sus fotografías. Eduardo tiene muchas fotografías y yo lo ayudé a ponerlas en orden. Se puede decir que este libro lo hemos escrito entre los dos, pero la idea fue mía.

LA FELICIDAD DETRÁS DEL OLVIDO / 1

Pepín, pasa el coleto en los baños; Pepín, reparte las indicaciones de la tarde; Pepín, saca la basura; Pepín, prepara el cuarto de aislamiento que hay un ingreso; Pepín, llévale la comida a la señora Berta, que no quiere comer; Pepín, saca el electro que vamos a chocar a Galiano; Pepín, amarra a Eduardo que se volvió a cortar; Pepín, que el doctor quiere hablar contigo; Pepín, estos pacientes no están aseados, baña a don Emilio; Pepín, me quitaron los billetes que tenía en la mesa de noche, los guardé ayer y ahora no están; Pepín, quiero llamar a mi mamá, dile al doctor que me deje usar el teléfono; Pepín, búscame un *whisky*, anda, búscame un *whisky*; Pepín, esta comida está envenenada; Pepín, saca la basura, esta clínica está sucia, aquí no limpian nunca; Pepín, ¿te quieres casar conmigo?; no te metas en mi cuarto por la noche; Pepín, que el doctor te está llamando; Pepín, queremos jugar *ping-pong* y no aparecen las raquetas; Pepín, busca las acuarelas que vamos a pintar; Pepín, yo hoy no voy a la piscina porque tengo la regla; Pepín, reparte las indicaciones de la noche; Pepín, apaga las luces; Pepín, revisa los cuartos; Pepín, atiende el teléfono; Pepín, despiértate que el residente no encuentra el Largactil. Aquí uno tiene que estar pendiente solamente del momento, de que se tapó el baño, de que se perdió la llave del depósito, de abrir la puerta porque hay un ingreso; uno tiene que estar pensando todo el tiempo en lo que tiene que hacer y no puede estar pensando para atrás, uno es Pepín haciendo cosas.

Pero la verdad es que todo el mundo me quiere y los doctores conmigo para todo, aunque haya graduados, conmigo para lo que sea; que hay un ingreso, Pepín; que hay una emergencia, Pepín; que se taparon los baños, Pepín; que un paciente no come, Pepín; que van a jugar *ping-pong*, Pepín; porque, modestia aparte, yo tengo mi experiencia y sé muy bien cómo llevarlos. Aunque hay sus problemas. A la señora Lucía, por ejemplo, como yo conversaba mucho con ella, le entró un enamoramiento conmigo y fue a decirle al doctor que yo me quería acostar con ella y que me le metía en el cuarto por las noches. ¿De dónde saca esa vieja que yo voy a estar metiéndomele en

el cuarto? Ella era la que se la pasaba probándose trajes de baño y paseándose por la piscina. A ver, Pepín, ¿qué te parece como me queda? ¿Verdad que me veo muy bien?. Y ¿qué le voy a decir?, ¿que no? Claro que sí, le decía.

Pepín, ven que voy a cantar *Lágrimas negras*, porque a ella le gusta mucho cantar. Cante, cante, mientras reparto aquí las indicaciones. Unos muchachitos que estaban por drogas se reían de ella; malandros, yo con los de drogas no quiero nada, poco trato con esa gente. Uno quiso romper una ventana, y yo se lo dije al doctor; para mí, esa gente en la cárcel, pero parece que eran muchachitos ricos y los tenían aquí para que no fueran presos. Pero, para mí, esos vicios se arreglan de otra manera.

El caso de Eduardo es distinto; él tiene el vicio del alcohol porque ha sufrido mucho como artista; además, Eduardo es un caballero, no hay más que hablar con él para darse cuenta. Yo he aprendido mucho con Eduardo porque él aquí no tiene mucho con quien hablar. Nosotros conversamos por las tardes, mientras los demás están durmiendo la siesta; le saco un *whisky* sin que me vea el residente y me hago un café, nos sentamos en la piscina y me cuenta cosas de cuando vivía en Europa. Eduardo es un gran artista de la pintura y de la fotografía. Él ganó un premio en una exposición muy importante en París, luego le dio por la bebida y se le echaron a perder mucho las pinturas. Por la bebida y por los hombres; Eduardo tiene ese vicio también, pero conmigo mucho respeto, de eso nada porque ya sabe que, conmigo, nada. Yo tengo en mi cuarto un cuadro que me regaló, un poco raro, de una mujer con los ojos para un lado y las orejas para otro, pintura moderna, abstracta, se llama, y me lo regaló a mí porque dice que su familia no lo sabe apreciar. La verdad es que la única que viene a verlo es la mamá. Muy señorona la señora, deja la sala de visitas con una peste a perfume que no se quita con nada, le trae cigarrillos y muchos libros. A mí también me trae cigarrillos, aunque ya le dije que no fumo. Dice Eduardo que ese cuadro, cuando se muera, va a valer mucho dinero, porque hay artistas así, que sólo cuando se mueren se valora su obra, y que me haré rico y que me podré ir de aquí para siempre. Pero lo que yo me pregunto es: ¿a dónde me voy? Una vez pensé que lo que me convenía era irme, y empecé a hablar con la clientela a ver qué me salía. Lo más concreto fue la señora Lucía; me propuso pagarme un sueldazo si me iba a su casa y le regaba las matas y le tenía un poco en orden aquello, porque parece que las sirvientas se aprovechan de sus nervios y no limpian nada, y la casa, según entiendo, es una mansión, está muy sucia y descuidada; eso yo lo puedo hacer bien, pensé; y que le cuidara los perros, porque tiene bastantes perros y el jardinero se los maltrata y no los saca temprano por la mañana a orinar; yo eso también se lo

puedo hacer muy bien, así que le dije: Trato hecho, señora Lucía, ¿cuándo empiezo? Y ella me dijo, cuando yo me vaya, Pepín, cuando yo me vaya, nos vamos juntos tú y yo. Me pareció un poco raro. Luego me propuso que me llevaba a una tienda buena, de marca, y me vestía como un muñeco, y entonces me llevaba a Estados Unidos, a los mejores hoteles, Pepín, a los mejores restaurantes. Pero, ¿y los perros?, le pregunté yo. Por los perros no te preocupes, los cuida el jardinero. Eso también me pareció raro, porque si precisamente el trabajo me lo iba a dar principalmente por los perros, y luego resulta que no le importaba nada; aparte que cuándo se va a ir la señora Lucía, para mí que nunca, hay veces que la veo bastante bien, siempre un poco agitada y con la manía de cantar, pero porque una persona cante no me parece razón para tenerla aquí, y porque le gustan los hombres, tampoco me parece razón; ¿que le gustan jóvenes?, bueno, cuestión de gusto. De vez en cuando dice que se va a matar, que se va a tomar unas pastillas, pero lo más que se ha tomado es medio frasco de aspirinas y de las que tienen antiácido. La metieron aquí por el lío de las tarjetas; el marido se puso furioso porque empezó a firmar tarjetas de crédito, firmaba y firmaba, salía a la calle y entraba en todas las tiendas que veía, y firmaba. Una colección de tarjetas; se las trajo para acá, las cuida y hasta las lava para que estén limpiecitas, y a veces se sienta a verlas y a repasarlas, y anota cosas en una libreta; ya no sirven para nada porque el marido las cortó todas; dicen que está empatado con una carajita y que quiere el divorcio y pidió una cosa que se llama incapacitación o interdictación, pero los hermanos de ella armaron una vaina y dijeron que no había motivos, y contrataron a otros abogados, y en eso se ha ido pasando el tiempo y no se resuelve nada, plata por medio, ya se sabe. El marido vino un par de veces a verla, de eso hace tiempo, habló con el doctor, y parece que resolvieron que, mientras el juicio de tribunales estaba parado, no se le podía dar el alta. A mí lo que me preocupa es el asunto de los perros, porque esos animales, mal alimentados, no van a durar mucho, y luego, cuando la señora Lucía se vaya, o se han muerto, o yo estoy más viejo y pierdo el empleo. ¿Cómo me encuentras hoy, Pepín? ¿Cómo me veo? No voy a poder seguir escribiendo, ya me está llamando para que vaya a oírla.

LA FELICIDAD DETRÁS DEL OLVIDO / 2

Eduardo tendrá el vicio de los hombres pero es un caballero. Una distinción de cuna. Con él aprendí yo que a las señoras se les aparta la silla cuando se van a sentar en el comedor, se les ofrece un pañuelo si se les derrama algo en el vestido, se les da paso en la puerta, y muchos otros detalles. Eduardo es muy detallista. Él siempre se sienta con la señorita María Gabriela por las tardes en el corredor y me pide que les lleve un té; aquí té no hay porque nadie lo toma, pero les llevo un cafecito y unos pasteles de los que le sobran al Capitán Centella porque su familia le trae muchos, y la señorita María Gabriela saca su reproductor de casetes y escuchan música clásica mientras conversan. Eduardo le cuenta de sus viajes por Europa y le explica que están tomando el té como él lo había visto en Viena, en un café muy famoso, rodeado de un parque, donde la gente se sentaba a merendar mientras una orquesta tocaba valses. La señorita María Gabriela dice que Eduardo era el hombre que ella buscaba en la vida y no los zafios que se había conseguido por ahí, que sólo querían acostarse con ella. Él también le decía a ella que era una mujer excepcional, de gran sensibilidad, y que le encantaba la música como a él. La señora Lucía los llamaba fastidiosos; ya están ahí los fastidiosos, dice, porque ella es más bochinchera y con la música clásica no se puede cantar ni bailar.

Eduardo a veces le hace dibujos y le toma fotos; no sé si ella los guarda, porque la señorita María Gabriela es muy de vivir al día, uno le dice una cosa y luego se le olvida; también le regaló unos cuadros que él había pintado en París, unos paisajes que le gustaban mucho porque decía que él no era pintor paisajista, y que el día de mañana, cuando los críticos valorizaran su obra, explicarían que aquellas acuarelas eran rarezas dentro de su trayectoria. Yo, de pintura, no sé nada, pero prefiero los de París, donde se ve algo que se entiende, unos árboles al lado del río, o una iglesia y unas palomas, o la lluvia cayendo sobre los puentes, más que los otros con las caras rotas, personas que las manos les salen por la cabeza, o monstruos bailando dentro del estómago de alguien, que son muy disparateros y no creo que nadie los quiera poner en su casa. El que me regaló a mí es una

mujer muy gorda, acostada, con las piernas abiertas y el cuerpo desbaratado; de adentro le salen gusanos, o culebras, y otros animales; el título es *La hembra humana*. Este es un cuadro de museo, Pepín, ningún burgués va a ponerlo en su comedor o en su biblioteca. ¿Tú lo pondrías en tu casa? Yo no me preocupo por ese problema, porque ni tengo comedor ni tengo biblioteca. Lo tengo guardado en mi cuarto, debajo de la cama, porque era el único sitio donde cabía, y lo envolví con periódicos y una sábana vieja; no sé si llegará a valer lo suficiente para irme de aquí, pero Eduardo siempre me dijo que era su mejor obra. Eduardo es muy bondadoso con la señorita María Gabriela; algunos domingos en que el doctor le da salida se queda por acompañarla; ella nunca tiene visita, porque la mamá, desde el primer día que la conocí en el edificio donde la fuimos a buscar, no volvió más nunca. Un día sí la vi hablando con el doctor en el consultorio, pero no quiso pasar a la sala de visitas, porque decía que la ponía muy nerviosa ver a su hija así y era mejor esperar a que se curara del todo. Los jueves y domingos, que son los días de visita, venía la señorita María Gabriela y me preguntaba: Pepín, ¿tengo visita?, y yo tenía que pasar por la pena de decirle que no; me daba vaina siempre con el no, y le decía que la mamá había llamado a avisar que no podía venir porque estaba lloviendo mucho, o cosas que se me ocurrían de momento. Yo inventé lo de jugar a las visitas, y como los domingos por la tarde el doctor no está, les doy permiso para que jueguen un rato. La señorita María Gabriela se viste, se acomoda, se lava el pelo, se perfuma; entonces yo voy muy serio a su cuarto y le digo: Señorita María Gabriela, por favor, tenga la bondad de acudir a la sala de visitas, hay un caballero que desea verla. Eduardo se viste con traje de corbata y sale un momentico a comprar un ramo de rosas al quiosco de flores de la calle de atrás; entonces toca el timbre y yo abro y lo saludo como si no lo conociera; se sienta a esperarla, y al rato aparece la señorita María Gabriela, conversa como si fuera su novio que venía a verla, le agarra la mano, le ofrece las flores, y se quedan en un rincón de la sala hasta que oscurece. Luego, yo vuelvo y les digo: Señores, lamento interrumpirlos pero el horario de visitas ha terminado. Entonces se despiden hasta el domingo próximo y Eduardo vuelve a salir por la puerta principal, y luego entra y se cambia la ropa. A la hora de la cena la señorita María Gabriela le dice a todo el mundo que esa tarde vino a verla el novio y también se lo cuenta a Eduardo, como si él no supiera. Es un juego y nos divertimos con eso sin hacerle daño a nadie.

La señorita María Gabriela sí tuvo un novio de verdad; yo llegué a conocerlo porque, cuando ella entró la primera vez, vino los jueves y domingos de las primeras semanas, luego sólo los domingos, y al final, el último domingo del mes, hasta que no volvió. Ella me pedía los

periódicos para saber si se había casado, pero yo tengo muy claro que salvo al Capitán Centella, que está autorizado, no paso los periódicos; así que no se supo si el novio se había casado o no. Generalmente la televisión le hace mucho daño a la señorita María Gabriela. Aquí más que nada se ve la televisión por las tardes, porque el doctor no quiere que se queden solos y yo por la mañana estoy muy ocupado para estar sentado. Ella empieza bien, viendo la película como todo el mundo, tranquila, pero después se complica el asunto porque salen actores bien parecidos y ella se empeña en que los conoce, que han sido novios de ella, y cuando dan las noticias, sobre todo el locutor de las noticias de las ocho, entonces ella la agarra con que está enamorada de él, que ése es el hombre de su vida, que tiene que conocerlo, que se va a ir para el canal de televisión porque está segura de que él también, por la forma de mirarla cuando habla, está enamorado de ella, y la cosa termina mal. Por eso, cuando Eduardo le propuso que escucharan música en el corredor, mientras los demás estaban en la sala de televisión, a mí me pareció buena idea. Se evitaba el asunto del locutor.

Eduardo pasa un tiempo aquí y luego se va. Si la familia le da dinero, viaja a Europa, pero cada vez quieren darle menos, porque la mamá dice que se rodea de unos tipos de mal vivir, sinvergüenzas, que lo que quieren es sacarle la plata; así que sólo le dan para pagarle un estudio donde él tiene todas las pinturas. Si algún amigo le presta un local para hacer una exposición, vende algunos cuadros. Eso lo pone muy contento, porque es dinero que se ha ganado él, no es que sea mucho pero es suyo, y entonces viene por aquí con una botella de champán para celebrarlo con nosotros, que somos sus verdaderos amigos. Yo, el alcohol, ni probarlo, me da repugnancia, pero cuando viene Eduardo con la botella, saco unos vasos un poco más finos y hago como si tomara. La señorita María Gabriela se quedaba muy triste cuando él se iba, quería ir a visitarlo en su estudio, pero quién sabe la gentuza que mete Eduardo allí, y por más que sea, la señorita María Gabriela es una dama. Esa es la parte oscura de mi vida, María Gabriela -le decía Eduardo-; tú formas parte de la luz, un día te voy a llevar de visita a casa de mi mamá y te presento a mi familia que son personas decentes. Y algún día vamos a ir los dos juntos a París; cuando logre vender suficientes cuadros, te voy a invitar a irte de viaje conmigo, te voy a enseñar muchos sitios, y estaremos los dos solos como en una luna de miel. Eduardo no piensa de verdad casarse con la señorita María Gabriela, es como una ilusión. Cuando regresaba de haber estado una temporada en el estudio, más flaco y más pálido, de pasarse días seguidos tomando, se acostaba en la cama a llorar y me decía: Pepín, no dejes que María Gabriela me vea hasta que esté un poco mejor, soy menos hombre que nunca, y lloraba muchas horas

seguidas. Siempre el mismo cuento, se había partido con uno de esos vividores que dan vuelta por los bares, y que, después de sacarle la poca plata que le quedaba, desaparecía. Me enseñaba el dibujo: Míralo, Pepín, aunque yo no soy buen retratista, pero mira la claridad de su mirada, cómo le cae el mechón de pelo sobre los ojos. ¿Tú has leído el *Diario* de Gide? Caída y mesa limpia, Eduardo, acuéstate un rato y descansa, que estás muy flaco. Y me quedaba con él hasta que se dormía.

Eduardo leyó este cuaderno y dijo que quería completar su descripción porque yo no había dibujado su sufrimiento. Escribe lo que tú quieras, de repente te sale la fecha de cuándo llegué a la clínica, le dije. Pero eso no es posible; si él llegó después que yo, no puede saberla.

Eduardo por Eduardo

Es un cuarto pequeño, de baldosas blancas en las paredes y el piso iluminado por una estrecha ventana enrejada; sin embargo, la luz entra suficientemente y la habitación destila el calor de la mañana. En la cama un hombre está echado sobre el colchón, tiene el pelo revuelto, los ojos cerrados, legañosos, la piel amarilla. Respira acompasadamente de cara al techo, se le ven las costillas entre la camisa abierta del pijama; las manos delgadísimas, de huesos nudosos, están atadas a los barrotes metálicos de la cama con tiras de tela blanca. Unas vendas le aprietan las muñecas, mostrando un círculo de sangre detenida. Sus pies de uñas sucias y mal cortadas están también sujetos a los barrotes por los tobillos y lo obligan a una posición de crucificado.

Pepín entra en el cuarto y dulcemente pregunta:

—¿Cómo estás, Eduardo, cómo te sientes?

No hay respuesta. Lentamente va abriendo los ojos y deja entrever el iris en medio de las legañas y las lágrimas.

—Has dormido dieciocho horas, vengo a darte las pastillas.

Le abre la boca con un gesto preciso e introduce en la lengua dos cápsulas rojas y un vaso de agua.

—¿Es de día o es de noche?

—De día -le contesta Pepín-, son las diez. Ahora pasará el doctor a verte. ¿Te duele? -le dice señalándole con los ojos las muñecas.

No hay respuesta.

El médico revisa las muñecas y vuelve a dejarlas atadas a los barrotes. Le examina los ojos, los ilumina brevemente con una linterna y busca el reflejo de la pupila, le toma el pulso y deja caer la mano sobre el colchón desnudo. Han sido retirados todos los objetos

peligrosos de la habitación; es una habitación vacía, únicamente ocupada por una cama y el cuerpo de Eduardo, arrojado allí.

—Está bien -dice el doctor-, vendré a verlo esta noche. Te das una vuelta por la tarde, Pepín, a ver si está durmiendo tranquilo. Este es un caballo; si no lo dormimos bien, se vuelve a cortar.

—La mamá llamó esta mañana.

—Dile que está bien, que tiene prohibidas las visitas por esta semana. Cuando ve a la vieja se pone peor.

Cuando le entraba la bebentina salía en busca de la ciudad oscura, de los bares de mala vida, a humillarse, a conocer el placer de la vergüenza. Después se encerraba en su apartamento, tapaba las ventanas con cartones negros porque la luz lo molestaba y allí permanecía días enteros, sin salir un momento, rodeado de botellas, hasta que alguien de su familia lo descubría y lo volvían a traer a la clínica. Pasaban esos primeros días sin alcohol, pasaba esa muerte contra la que lo defendían las vendas que lo amarraban a la cama, y entonces le decía: Pepín, ahora sí no voy a beber más, me voy a morir muy pronto, yo lo sé, pero no me quiero morir todavía porque no he pintado el gran cuadro que me hará famoso, y lo tengo aquí, ¿comprendes?, lo tengo aquí -se tocaba los ojos-, lo veo claro dentro de mí, lo tengo aquí, pegado de los ojos, pero no logro ponerlo en la tela; los colores me engañan, no me salen las mezclas, no me obedecen las manos cuando les digo que dibujen lo que tengo en los ojos. ¿A ti te ha pasado eso alguna vez, que tengas algo en los ojos y no lo puedas poner en las manos? A mí no, pero yo nunca he querido ser pintor.

Pasaban cuatro o cinco días y el sufrimiento cedía; luego venían noches en que transcurría el tiempo fumando y dándole vueltas al jardín, vueltas y vueltas; a veces se quedaba dormido en una silla al lado de la piscina y Pepín lo encontraba por la mañana con los dedos quemados por el cigarrillo. Pepín le decía: Vamos a ver la tele, Eduardo, que están pasando una película muy buena, pero él no ponía atención.

Se mira las muñecas marcadas por cicatrices. Ahí está dibujado mi sufrimiento, soy yo el que representa en su propio cuerpo mi vida. ¿Por qué habré sufrido yo tanto, Pepín? Desde niño lo que me acuerdo es eso, puro sufrir. Nunca fui como mis hermanos, gente normal, entiendes, gente que disfruta su dinero. Imagínate qué harías tú si tuvieras dinero.

Yo lo que me imagino -contestaba Pepín- es que si tuviera dinero me compraría cosas; en las cosas que tiene la gente es donde se ve la plata; yo me compraría como cinco casas y unos perros finos; siempre he querido tener unos perros bonitos, de raza, y mucha ropa, un

pantalón para cada día, y carros, como dos o tres carros. No, Pepín, no es eso, no me entiendes. Son gente exitosa, mi hermano mayor es presidente de un banco; el segundo es médico, un tipo importante, vive con su mujer y sus hijos en Estados Unidos porque trabaja en un hospital de investigaciones sobre el cáncer; el tercero tiene una compañía de construcción, construye apartamentos de lujo. Gente así, ¿me entiendes? Tienen amigos, salen a fiestas, viajan, van a la playa, hacen esquí acuático. ¿Tú has hecho esquí acuático? Pepín se reía. Gente importante, como mi padre, un hombre de negocios, de muchas empresas. Yo creo que nací entre ellos por error; ellos estaban destinados a ser felices, pero yo desde niño me daba cuenta de que era distinto; no sabía por qué, pero sufría mucho; no sabía por qué, pero me sentía malo; no sabía cómo, pero todo andaba mal. Me parecía extraño vivir en mi propia casa y esperaba que algún día terminara la pesadilla de sufrir sin saber, y finalmente, cuando me desperté del mal sueño, ya sabía por qué sufría, todo se hizo claro, todo el mundo me lo decía: Estás enfermo, Eduardo, estás enfermo, estás enfermo.

EL FOTÓGRAFO AMBULANTE / 1

Durante mucho tiempo estuve obsesionado por un sentimiento de lo disperso, lo heterogéneo, lo inasimilable, que se me hacía intolerable porque de ello se desprendía que los fragmentos de mi vida eran relatos inconexos, cuya única hilación era la de ser hechos o acontecimientos sostenidos por mi presencia. Leí en un artículo de quien he admirado profundamente, Henri Cartier-Bresson, una frase que decía más o menos, no podría recordar las palabras exactas: *Un relato fotográfico es captar la médula y el fulgor del sujeto, y es la página la que se encarga de reunir los elementos complementarios dispersos a lo largo de varias fotografías*.

Mi afición juvenil a la fotografía se convirtió en una suerte de oficio, mal pagado y a ratos perdidos, que me permitió subsistir cuando mi madre comprendió que yo no era el artista que ella deseaba y me convertí en un artista desechado. Trabajé ilegalmente en Francia, tomando fotos de bautizos y bodas en el pequeño estudio de una localidad suburbana, y una vez que hube regresado, logré un desempeño cuasi profesional en la producción de folletos comerciales, pero paralelamente, y a modo de pasatiempo, tomé cientos de fotos en distintos lugares y de personas desconocidas. Me sentía un fotógrafo ambulante convencido de la veracidad de una frase: *Es sujeto para la fotografía todo lo que acontece en el mundo*.

Reuní así un archivo extensísimo, aunque archivo es una palabra pretenciosa para designar mi colección. Se trataba más bien de viejas cajas de cartón que guardé en la casa de mi madre, ya que no cabían en mi estudio, a las cuales ella añadió los álbumes familiares, persuadida de que yo era el único de sus hijos que tendría aprecio por ellos. Mi madre siempre ha considerado que lo que se aviene a mi temperamento es lo inútil, lo bello y lo sentimental. En cambio, los aspectos prácticos de la vida, como la administración de la herencia de mi padre, le corresponden a mi hermano mayor.

En un período en que logré cierto descanso del sufrimiento físico y moral al que me veía sometido por la dependencia del alcohol, concebí el proyecto de componer con ellas un relato fotográfico, como un conjunto de *picture stories*, y le pedí a mi madre que me las trajera

en alguna de sus visitas. Debo decir que las visitas de mi madre, aunque son las únicas que recibo, lejos de ser un encuentro reconfortante, me dejan en un estado de desasosiego. De mis amigos, no viene ninguno; probablemente por mi propia responsabilidad se fueron separando de mí mucho antes de entrar en la clínica por primera vez. Mi actitud de reserva y frialdad hacia ellos era evidente y poco a poco fui evitando las reuniones y sitios de encuentro hasta que comprendieron que quería estar solo. No puedo decir que extraño a ninguno de ellos; si acaso, añoro una presencia hasta ahora desconocida. Sin duda, en los momentos de extrema soledad es cuando el sentido de la vida se nos hace más inasequible, devolviéndonos nuestra inutilidad, nuestra absoluta intrascendencia. A veces pienso que esta habitación es toda la vida, todo el mundo, y que estoy perdido dentro de ella, sin ninguna posibilidad de ser otra cosa que un cuerpo que la ocupa.

Una vez paseaba por el borde del mar y vi a una mujer sentada sobre unas rocas; le tomé una instantánea. Ella se dio cuenta y me preguntó en un tono amable por qué la había fotografiado. Le contesté que me había impresionado su soledad y había querido retenerla. Iniciamos un diálogo como sólo es posible hacerlo con personas completamente desconocidas, saltándonos todos los pasos convencionales de intentar averiguar quiénes éramos o qué hacíamos allí, y mucho menos de esbozar una relación, que evidentemente ninguno de los dos deseaba prolongar. Un diálogo breve. Le pregunté qué pensaba mientras miraba el mar y me dijo, pienso que, aunque muriera, estas olas seguirían rompiendo contra estas rocas durante siglos. Era exactamente lo que yo sentía, sin poderlo decir, y le comenté que era triste verse así. En absoluto -respondió-, me hace ser libre.

Muchas veces he pensado que las personas que más cerca hubieran podido encontrarse de nosotros son aquellas cuyo conocimiento ha sido tangencial y cuyos pasos están marcados en otros senderos. Entre las personas que contaba como amigos no sentía ninguna lo suficientemente próxima para hablarle del proyecto del relato fotográfico. Todos eran como personajes de libros lejanos, leídos hacía mucho tiempo, y cuyos argumentos recordaba vagamente. Hablar ahora con ellos me parecía como hacerlo en un idioma extraño, con esa incomodidad de estar constantemente buscando las frases o palabras que queremos emplear porque no nos vienen espontáneamente. Sin embargo, necesitaba a alguien con quien compartir aquel proyecto absurdo y que pudiera prestarme algún apoyo en la clasificación de las fotografías o en el trabajo de escribir los comentarios. De pronto, esa frase de Cartier-Bresson (*Es sujeto para la fotografía todo lo que acontece en el mundo*) me pareció de una

relevancia inmediatísima en un mundo diseñado para anularnos, para hacernos sentir la vertiginosidad de cambios cuyo desenlace nunca llegaremos a saber o de tecnologías que nunca podremos comprender, perdidos entre millones de otros seres, donde la noticia de que miles de niños mueren de hambre en América Latina, o de que tantos otros morirán en alguna guerra del planeta, es tan intrascendente como saber cuántos millones de perros calientes se consumen al año en Estados Unidos. Pienso en mi breve amiga de la playa y echo de menos haberle dicho que quizás el mar batiendo contra las rocas necesitaba de su mirada para no ser una pura forma bruta de la naturaleza.

Cuando mi madre me trajo las cajas y me vi rodeado de fotografías, tuve la tentación de romperlas. Me sentí acosado por una procesión de rostros y de cuerpos que pasaba delante de mí, planteándome preguntas en las que nunca había pensado. Me preocupaba, por ejemplo, saber cuáles de ellos estarían vivos, y cuáles muertos; en este caso, de qué manera habían muerto, qué había ocurrido después de nuestro fugaz contacto y cómo habían sido los pasos necesarios para que ellos y yo nos encontráramos. Parecían exigirme algo, reclamarme mi olvido. El haberlos captado, detenido en un momento, se había convertido en un compromiso cuyas razones me eran totalmente inexplicables. Había, por supuesto, docenas de fotografías familiares fácilmente reconocibles, pero esas presencias cercanas no despertaban mi interés. Aquellos que de alguna manera había amado y odiado, cuyos nombres sabía, cuyos números telefónicos podría marcar si lo deseara, me devolvían a un mundo sensato y coherente donde todo está en orden. Pero no eran ésos los rostros que me asediaban, sino aquellos cuya relación conmigo era ajena, los que me enfrentaban a un desconocido dentro de mí. A mi presencia indiferente. Cuando estos pensamientos aparecían, sentía un anhelo de desaparecer, de dejar un espacio vacío detrás de mí y perderme, sin esperar nada. Estar en un lugar donde la palabra esperar hubiera también desaparecido, o, quizá, todas las palabras. Donde se vertiera el saco del lenguaje y se borrara mi conciencia hasta llegar a un cero. Necesitaba entonces recuperarme de esa extrañeza que me producía la aparición de los rostros y aferrarme de nuevo al hilo de mi proyecto, por poco sentido que tuviera, para experimentar alguna pertenencia o finalidad. Vencí la idea de romperlas porque aquellos puntilleos, aquel caos de personas, luces, calles, edificios, lugares, me constituían, y abandonarlos era colocarme a mí mismo en un *fading*.

Al repasarlas podía fácilmente evocar anécdotas que creía haber olvidado, pero era solamente una constatación de cuándo o cómo habían tenido lugar aquellas fotos, recuerdos vacíos de interés. La obsesiva preocupación de Pepín por saber la fecha de su ingreso a la

clínica como enfermero me provocaba lástima, y a la vez una sonrisa ante su ingenuidad. Por el contrario, mis fotografías aparecían casi siempre fechadas al dorso y ello me era indiferente. Una fecha es igual que otra cuando todas se han perdido. El hilo rememorativo no me parecía importante, no era lo que estaba buscando. Quería que surgiera de ellas un sentido, una nueva composición que ocurriera en la cámara oscura de mi interior.

Cuando Pepín me vio rodeado de fotos, en la difícil pero obligatoria selección que se imponía, me preguntó qué eran.

—Son recuerdos personales -le dije.

Se quedó ensimismado y, al cabo, contestó:

—Tienes bastantes. A mí se me perdieron todos mis recuerdos personales.

Comprendí en ese momento que la presencia que yo añoraba para ayudarme en aquel proyecto se había materializado.

—¿Quieres ayudarme? Estoy tratando de ponerlas en orden.

—Hecho. La cosa es cuándo, porque tú sabes que yo tengo mucho trabajo.

—No te preocupes, tenemos tiempo suficiente.

Las barajó un rato, mirándolas una y otra vez, hasta que sacó una que captó su atención.

—Podemos empezar por ésta -dijo-. Es un niño en un parque y a mí me gustan mucho los parques. Y hasta tiene su fecha. A mí me gustaría tener una foto así, yo nunca vi que mi mamá tuviera una foto de nosotros, o a lo mejor la tenía y se perdió. ¿Tú qué crees?

—Esta será la primera -le contesté.

Pegué la foto en un cuaderno y a continuación escribí unos comentarios.

El fotógrafo ambulante que da vueltas alrededor del parque detiene su paso. Hay gente, niños que juegan con una pelota en la tierra, viejos sentados al sol, un heladero gritando su mercancía y haciendo sonar la melodía repetitiva del carrito de helados. Un autobús, a lo lejos, pasa y toca la bocina, va atestado. El niño lo sigue con la mirada hasta perderse por la avenida que bordea los altos caobos. Lleva unos pantalones cortos y apresa en los brazos un perro de peluche. La mirada de la cámara lo capta a él en ese instante. La foto marcará siempre ese momento: 1948.

El poder de la fotografía reside en su acto contra el tiempo. El juego del fotógrafo consiste en hacernos creer en su persistencia cuando, por el contrario, la rompe en mil pedazos. La reconstrucción de una persona, a través de distintas fotos correspondientes a distintos momentos, es sólo el señuelo de fijarla o poseerla, pues siempre los

saltos entre unas y otras quedarán como las desapariciones del personaje en cuestión, y será precisamente de esos espacios de donde surgirá la presencia del mismo. Su continuidad, en el caso de creer en esa palabra, se escamotea en las distintas imágenes que nos traducen su visión. Caso patente es la comparación de la foto de un niño con un adulto. La idea de secuencia se ha perdido completamente. La contemplación de fotos viejas nos sumerge en la sensación de que el tiempo se anula, pues no podemos seguirlo, y más bien se nos presentan como diferentes personajes que nada tienen que ver entre sí. Más que a la nostalgia, la foto vieja nos somete a una sorpresa, como si quisiéramos reconocer a alguien y nos sobresaltara la imposición de un desconocido que terminamos por aceptar en un acto de fe.

Si este niño volviera al escenario de su infancia, el heladero habrá desaparecido, también el perro, los viejos y el autobús; sólo quedarán algunos bancos de piedra incrustados en el pavimento y los árboles. La foto permanece y se traspapela, de vez en cuando reaparece en un álbum, se despega, resurge en otro, marca un libro que no se va a leer nunca, se pega contra el resquicio de una gaveta entre montones de otros papeles y fotos más recientes. ¿Por qué no se pierde la foto? Un niño pregunta: ¿Quién es el niño de la foto? En la distancia, su imagen de niño se acerca a la del otro, los hace contemporáneos de un tiempo eterno. Sin embargo, la foto dice claramente: 1948.

El niño de la fotografía buscará la melodía del heladero, la oscuridad frondosa de los árboles, la calle y los viejos automóviles. Buscará un fotógrafo ambulante que busca a su vez un niño para fotografiar, comiéndose un helado, sosteniendo un perro de trapo, contemplando los árboles, escuchando la melodía del carrito de helado, mirando sorprendido al fotógrafo que lo inmoviliza, lo asesina, lo deja en el papel, en cualquier año, como 1948.

Le mostré a Pepín las anotaciones.

—Eso que escribiste no tiene nada que ver con la foto -dijo decepcionado.

—¿Y qué es lo que tiene que ver con la foto?

Se quedó en silencio y después de un rato añadió:

—Lo que tiene que ver con la foto es que tú estás en la foto. Y que tenías cinco años.

Saqué la cuenta y verifiqué que tenía razón. Pepín siempre se acuerda de la fecha de mi cumpleaños y me sorprende con algún regalo.

—Es verdad -le dije-. ¿Y qué es lo importante de eso?

—Lo importante es que yo a los cinco años no estoy en ninguna foto. En ninguna foto dice que yo tuve cinco años.

—Pero, Pepín, eso no es necesario -me reí-. Es evidente que tú alguna vez tuviste cinco años.

Lamenté haberme reído porque si hay algo que todavía me duele es herirlo. Pepín es hoy mi único interlocutor y mi único amigo.

—Ahí dice que tú tenías cinco años. En ninguna parte dice que yo tuve cinco años.

AUTOBIOGRAFÍA DE UN ESCRITOR AUTODIDACTA / 1

Me parece que si uno está escribiendo su autobiografía debe poner cuándo empiezan y terminan las cosas, pero yo no me acuerdo de cuándo terminó mi infancia. Eduardo me dijo una vez que eso era imposible porque todo el mundo se acuerda de cuándo terminó su infancia, porque le salen pelos o le crecen sus partes. Lo que quiero decir es que la infancia es otra cosa. Busqué la palabra en el diccionario y decía: *Período de la vida desde que el niño nace hasta la pubertad*. Eso a mí no me dice nada, la infancia no está bien dicha en el diccionario. Cuando estuve en el internado, la señora o señorita que me entrevistó me preguntó qué clase de infancia había tenido y yo le contesté que de ninguna clase. Según Eduardo uno siempre tiene alguna clase de infancia, pero yo no supe contestar a esa pregunta. Eduardo es el tipo más inteligente que yo he conocido pero hay cosas que no las entiende y además que somos muy distintos.

Mi mamá era sirvienta de casa pobre, o eso me dijo. No trabajaba en esas mansiones donde siempre sobra la comida y pagan buenos sueldos, con cuarto privado, ducha y televisión para el servicio. Ella repartía la semana entre varias casas. Los lunes le hacía la limpieza a un árabe que tenía un comercio en el centro, acomodaba los paquetes y quitaba el polvo en los depósitos. Allí no daban comida pero en Navidad le regalaban juguetes, de los que vienen con algún desperfecto, para su hijito, es decir, yo. Los martes atendía a una señora viejita que vivía sola, le arreglaba la habitación y la cocina y le planchaba la ropa; allí, aparte del día, no daban más nada, pero la señora se quedaba dormida después de comer y mi mamá se iba temprano. Los miércoles le tocaba en casa de una señora que vivía bastante lejos y tenía muchos niños. Ese era el día que menos le gustaba porque el edificio quedaba en un sitio muy solo y muchas veces la esperaban unos malandros en la esquina y le quitaban la plata, pero mi mamá decía que la señora era buena persona y le daba su almuerzo muy completo. Una vez al año le regalaban los libros que ya sus hijos no usaban en el colegio y también otros de cuentos. Todos esos libros me los leía yo. Los jueves le tocaba la limpieza de unas

oficinas por la tarde, y cuando salía ya era de noche y a veces no conseguía el autobús. Los viernes era el mejor día porque hacía un turno en un comedor escolar y le pagaban el doble, por el aseo y la cocina, y además de la comida, le daban una merienda infantil. Los sábados no sé para dónde iba, salía por la tarde y decía que iba a redondearse el sueldo; cuando llegaba, ya yo estaba dormido.

Yo tenía hermanos mayores que eran de otros papás, de unos papás que mi mamá recordaba porque a veces los insultaba; decían que eran borrachos y flojos. Del mío nunca dijo una palabra. No sé si ella no lo nombraba porque lo odiaba o porque no se acordaba de él. En el barrio donde yo vivía con mi mamá cuando era chiquito, todos los hombres tomaban mucho; por eso ella decía que los botaba, porque llegaban oliendo a caña y le entraban a golpes, pero yo no le conocí ninguno. Muchas veces se oían gritos y voces en las otras casas. Cuando clareaba, todo estaba en silencio y sólo se escuchaban las gallinas. Había neblina en la montaña y los hombres bajaban despacio por el camino entre las casas hasta el mercado donde llegaban los autobuses, y ya no volvían hasta el atardecer. Otra vez se escuchaban los gritos, pero no todas las noches.

Desde la puerta de mi casa, yo no veía nada sino la puerta de otra casa. Yo quería ver cómo era la ciudad porque mi mamá decía que era como si estuvieran haciéndola nueva. Mi mamá había llegado a la ciudad cuando era jovencita, de un pueblo cuyo nombre no recuerdo o a lo mejor es que ella nunca me lo dijo porque era de poco hablar; pero a veces me contaba que la ciudad iba a ser muy grande y que estaban abriendo muchas calles nuevas, que se llamaban autopistas. A ella no le gustaba llevarme a sus trabajos, pero un día lloré tanto para que me llevara que lo hizo. Era un jueves, porque era el día que le tocaban las oficinas. Subimos a un piso altísimo en un ascensor y ésa era la primera vez que yo me montaba en uno. Ya se estaba haciendo de noche y yo me asomé a la ventana y estuve mucho rato mirando. Cuando mi mamá terminó de limpiar, yo no me había dado cuenta de que había pasado el tiempo. No es lo mismo ver toda la ciudad desde arriba que desde abajo; desde abajo yo la había visto cuando mi mamá me llevaba al Hospital de Niños, pero no iba muy seguido porque, gracias a Dios, yo fui un muchacho sano. Desde las ventanas de la oficina se veía la autopista que atravesaba toda la ciudad, como un río muy largo lleno de luces chiquiticas que eran los carros, y se veían otras torres altas de apartamentos o de oficinas, y los avisos luminosos. Los avisos se prendían y se apagaban y yo me quedaba esperando para ver si, después de apagarse, se prendían iguales o distintos, pero siempre eran iguales y decían Savoy. También se veían los cerros que rodeaban la ciudad y mi mamá me estuvo diciendo dónde, más o menos, estaba el nuestro, pero me pareció que se veía

muy lejos, y además no creo que uno quiera estar viendo donde vive, que ya lo conoce, sino donde no vive. Siempre me han gustado los anuncios luminosos, y si alguna vez hubiera viajado a otro país, me hubiera gustado ver cómo eran; yo siempre he querido saber de las vidas que no conozco. La ciudad de noche era hermosa y yo le dije a mi mamá que quería tocar con las manos el anuncio del chocolate Savoy.

Cuando era chiquito era un escritor autodidacta, después es mucho lo que he aprendido con Eduardo. Digo autodidacta porque eso quiere decir que uno escribe sin que le enseñen. Me costó bastante llegar al quinto grado porque a veces tenía que ayudar a mi mamá en mandados y perdía clases, y otras veces yo iba a la escuela pero la maestra no. Como me sobraba tiempo, me compré un cuaderno y empecé a escribir muchas historias; siempre eran historias de personas parecidas a las que yo conocía, y yo quería escribir de las vidas que no conocía. La primera vez que me di cuenta de la cantidad de personas que había y que yo no conocía fue cuando mi mamá compró la televisión. Estuvo ahorrando mucho tiempo y yo la ayudé haciéndole algunos mandados al dueño del abasto, hasta que por fin reunimos la plata y se la sacó de contado, porque a ella no le gustaba estar debiéndole a nadie. La televisión, digo yo que era mejor que la maestra, porque siempre estaba y lo único que hacía falta era darle al botón.

Yo me acostumbré a que mi mamá no nombrara a mi papá ni para bien ni para mal y pensé que a lo mejor se había muerto y por eso no lo nombraba, pero una vez le dije que quería llevarle una vela al cementerio y me contestó: ¿Y de dónde sacaste tú eso? Yo había pensado que a lo mejor era policía y lo habían matado persiguiendo a unos ladrones, o bombero y se había asfixiado en un edificio salvando a unos niños, o autobusero y se había matado en un choque. También se me ocurrió que lo habían puesto preso, porque en esa época en que yo era chiquito había un general mandando y decían que a la gente la ponían presa por cualquier cosa. Yo pensaba que mi papá era como *El llanero solitario*, un hombre que andaba solo por el mundo y tenía un solo amigo, y nadie sabía quién era de verdad, pero que se dedicaba a realizar buenas acciones y defendía a los que lo necesitaban. Traté de escribirlo, fijándome en las películas de televisión, pero no me salía, sólo me salían historias de personas parecidas a las que yo conocía, como los policías, los autobuseros y los bomberos. Escribí muchas historias en varios cuadernos, pero cuando me fui del barrio todos se me perdieron; así que se me perdió una parte de mi vida y sólo me acuerdo de ésta:

Un hombre había bebido mucho y cuando llegó al trabajo lo botaron. Su mujer se lo echaba en cara, le gritaba insultos y le decía

que por culpa suya todos sus hijos se iban a morir de hambre. El hombre se iba muy triste, muy golpeado, y se prometía a sí mismo que se iba a curar el vicio. Al principio, le costaba mucho, porque la bebida es un vicio muy fuerte, y andaba como un pordiosero por toda la ciudad, pidiendo limosna y durmiendo sobre papel periódico, ahí botado en la calle, mojándose cuando llovía y sin tener nada que comer. Pero un día se encontró con el doctor José Gregorio Hernández (mi mamá creía mucho en los milagros del doctor José Gregorio y por eso me puso su nombre) y éste lo curó. Entonces el hombre empezó a trabajar, se vistió de limpio, se afeitó y se veía como gente, y con el dinero que ganaba se metió en unos negocios y se hizo muy rico. Entonces volvió al barrio y preguntó por su mujer, pero ya estaba viviendo con otro hombre y él se marchó y no regresó más nunca.

Se la leí a mi mamá para ver si algo así era la historia de mi papá y era por eso que no lo habíamos vuelto a ver, pero ella me salió con lo de siempre: ¿Y de dónde sacaste tú eso? Yo seguí escribiendo historias, pensando que algún día se las leería todas y en alguna estaría la vida de mi papá, y que ésa sería la verdadera. Eduardo me dijo que yo quería hacer aparecer el vacío de lo real (Eduardo dice ese tipo de cosas), pero ahora, cuando estoy escribiendo mi vida otra vez, lo que pienso es que me acuerdo de más de lo que pensaba.

Mis hermanos mayores eran unos tipos muy fuertes, con mala fama en el barrio. La gente les tenía miedo y cerraban la puerta cuando los veían pasar, aunque yo nunca le dije nada a mi mamá. Los sábados, como ella llegaba muy tarde, me daba mucho miedo, me arropaba con la cobija y sudaba pensando que a lo mejor venían los soldados y hacían una redada y se los llevaban a ellos y a mí también, pero nunca pasó nada. Para quitarme el miedo me imaginaba que venía mi papá, que era *El llanero solitario*, y me salvaba a mí en el caballo, se levantaba de patas y gritaba: ¡Haio, Silver! Alguien me dijo una vez a dónde iba mi mamá cuando salía los sábados a redondearse el sueldo y yo me caí a trompadas con él, pero como era un tipo mucho más grande que yo, no lo pude matar y casi me mata él a mí. Se lo dije a mi hermano mayor, porque yo sabía que él tenía un revólver escondido, pero cuando le dije que buscara el revólver, me salió con lo de: ¿Y de dónde sacaste tú eso?

Cuando el general que estaba mandando se fue, hubo gente en el barrio que se puso contenta y otra no. Una vecina nuestra dijo que a lo mejor no seguían haciendo autopistas o quitaban la televisión. Eso me puso muy triste porque las dos cosas que más me gustaban eran la televisión y las autopistas. Uno de mis hermanos mayores me llevó una vez a la playa y bajamos por aquella autopista larguísima en medio de las montañas. Eran muy hermosas y ése es un paseo que siempre que he tenido un domingo libre en la casa me ha gustado

volver a hacer. Pero lo que me gusta no es la playa, no sé nadar y además no soy un tipo playero de estar con el equipo de sonido a todo volumen y tirado en la arena, y que siempre hay mucho abusador para empujarte o pedirte cerveza. No, lo que yo disfruto del paseo no es la playa sino la autopista entre las montañas; si tuviera un carro me la pasaría subiendo y bajando seguido.

Cuando estaba por empezar sexto grado uno de mis hermanos me dijo que yo tenía que trabajar para ayudar a mi mamá porque estaba muy cansada, y habló con el dueño del abasto para que me empleara fijo. Yo al tipo lo conocía porque le había hecho mandados y sabía que era muy mala paga, pero mi hermano (no el que me llevó a la playa) había hablado con él y estaba contratado. Mi mamá me dijo que viera a ver si podía traerme de vez en cuando un paquetico de azúcar, pero el dueño era un tipo muy apretado, no iba yo a estar exponiéndome. Mis hermanos me esperaban el día viernes, que era el día en que cobraba, a la salida y casi siempre me quitaban la mitad. El arreglo era que la mitad de la paga era para mi mamá y la otra para mí, pero yo no quise decirle que mis hermanos eran como eran, así que la mitad que me quitaban era siempre la mía. Me tenían amenazado con que si le decía algo me amarraban toda la noche, cuando ella no estuviera, y me dejaban en el monte. Aparte, que, si se lo contaba, a lo mejor me salía con lo de: ¿Y de dónde sacaste tú eso? Yo me alegraba de darle a ella toda la plata, aunque no fuera mucho, porque pensaba que así, a lo mejor, ella no tenía que salir los sábados a redondearse el sueldo, pero ella igual salía. En la televisión pasaron una vez una película que era parecida a mi vida. Un muchacho americano que vivía en un barrio de Nueva York y los hermanos lo amarraron y lo obligaron a violar a una muchacha. El tipo sacaba un cuchillo en la pelea y se lo clavaba a los dos.

LA FELICIDAD DETRÁS DEL OLVIDO / 3

Berta era sirvienta como mi mamá, pero de casa rica. La señora le tenía bastante cariño porque había trabajado muchos años para ella y decidió traerla aquí, pero no de cuarto privado, sino en la triple, con la señora Cecilia, que tampoco podía pagar tanto, y una señora viejita que ya se murió. Las habitaciones semiprivadas son muy buenas, no hay hacinamiento, sus tres camas separadas, un espacio amplio, bien ventiladas; son casi lo mismo que las privadas, y hasta mejor porque las personas están acompañadas y, si quieren, pueden conversar por la noche. Berta, al principio, quería tender su cama y lavar los baños y las ventanas, y yo discutía con ella porque son cosas que siempre hago yo, pero luego vi que a ella le gustaba mucho limpiar y que era una manera de pasar el rato y de que no se le hicieran tan largas las horas; así que la dejaba ayudarme y le distribuí sus tareas, ella podía limpiar la habitación y, si quería, echarme una mano con el corredor, que es lo que quita más tiempo. Cuando Romero, el enfermero graduado, se dio cuenta, se quiso aprovechar del asunto y la quería obligar a que limpiara también las habitaciones del personal, pero yo le dije: Mucho ojo, Romero, que la señora Berta limpia su habitación porque lo tiene indicado como laborterapia, pregúntale al doctor, y se lo dije tan serio que se lo creyó y no se atrevió a preguntar. Con gente tan abusadora hay que estar muy pendiente.

Conversar con Berta no es fácil, a veces me sigue el hilo pero muchas está en la luna. O mejor dicho en su inexistencia. Es una mujer muy flaca, tan flaca que lo que uno ve es puro hueso y nervios; dice que está así porque un animal la consume y se come todo lo que le entra. La verdad es que no come mal, porque yo le sirvo bastante y se lo traga todo, pero cada día está más chupada. Siempre vestida de negro. Señora Berta, póngase hoy ese vestido de flores que le queda muy bien, era una bata de colores que le había traído la señora, pero ella me decía: No, Pepín, no puedo porque estoy de luto. ¿De luto por quién?, ¿quién se le ha muerto? Yo, mijito, yo soy la muerta, tengo que llevar el luto por mí. ¿Ves cómo estoy muerta? Y se acostaba en la cama, con las piernas y los brazos estirados, los ojos abiertos, pero sin

movimiento, mirando el techo, y las manos como rezando; entonces se quedaba horas y horas así, y no había manera de sacarla de esa posición. Venía Romero y, burro como es él, decía: Tú vas a ver si come o no, aquí se come a las doce, y trataba de desamarrarle las manos, pero parece mentira, lo fuerte que es él y lo flaquita que es Berta, y no lo lograba. Entonces se traía el plato de sopa y la cuchara y se la metía por la fuerza; la sopa se derramaba toda y le manchaba el vestido y la sábana. Fajados los dos en el suelo, Romero le pasaba las piernotas para sujetarla y con una mano le abría la boca y con la otra le metía la cuchara, hasta que Berta vomitaba y él se ponía más furioso: Cochina, mira cómo me ensuciaste; no quieres comer, pues no comas, así te morirás antes. No me importa -decía Berta- porque ya yo estoy muerta y no me puedo morir otra vez. Pepín lo sabe porque él va a ir a mi entierro. ¿Verdad, Pepín, verdad que tú vas a ir a mi entierro? Mira, aquí tengo la plata. Y sacaba un pañuelo en el que tenía bastantes billetes. Todo esto lo tengo ahorrado desde hace muchos años, he ahorrado casi todo el sueldo para comprarme un terreno en el cementerio y pagarme el entierro. Aquí tengo los papeles de propiedad. Y mostraba un certificado de propiedad de nicho en el cementerio. Aquí está el nicho a mi nombre y la plata es para pagar el entierro, las flores, la caja con adornos de cobre, porque no quiero la lisa que es sólo un cajón de madera, quiero la que tiene los adornos de cobre, el servicio de funeraria y el cura. ¿Tú quieres que me entierren como a un perro porque no tengo hijos que vayan a enterrarme? Pues no, tengo aquí el dinero para que me entierren como gente. Pepín, Pepín, ¿por qué no han venido todavía de la funeraria, tú no les avisaste que ya yo estoy muerta? No, señora Berta, no les he avisado porque usted está viva, ¿no ve que está viva porque me está hablando? Los muertos no hablan. Eso crees tú, yo te estoy hablando pero estoy muerta, me lo siento yo adentro, y hasta el animal que tenía en la barriga se murió, ya no lo siento, ni se mueve. Mira, tócame los brazos, ¿qué tocas tú? Toco el brazo derecho, y éste es el izquierdo. No creas, eso es madera, mira, corcho, tócalo bien, para que lo sientas, es puro corcho, y esta pierna también la tengo de corcho, ya eso está muerto, sólo me queda viva la garganta, por eso te estoy hablando y tú me estás oyendo, pero pronto, como la semana que viene, también se me va a poner de madera, y las palabras que van a salir son todas palabras muertas, tú las vas a oír pero no están vivas, escúchame bien, y fíjate que cuando las palabras están vivas suenan distinto que cuando están muertas; cuando se mueren, hacen un ruido sordo, que es hueco; son palabras que se oyen pero están muertas. Déjame tranquila, Pepín, déjame descansar, que los muertos también nos cansamos mucho.

Dice que ya tiene bastante tiempo sintiendo que es una sombra, y

que cuando camina sus pies no hacen peso en el suelo, y que se acuesta en la cama, y si alguien entra, no ve nada entre las sábanas porque se ha vuelto transparente. ¿Tú me ves, Pepín? Claro que la veo, la veo perfectamente. Tú crees que me estás viendo, porque te acuerdas de mí cuando era joven, y la señora también se acuerda de mí, porque me recuerda cuando empecé a trabajar en su casa, pero es sólo puro recuerdo, ya yo no estoy aquí.

Aquí es difícil tener tiempo para pensar. Yo recuerdo que mi mamá hablaba de Dios y de los santos y del infierno. Ella creía que había otra vida, que uno sufría en ésta pero en la otra gozaba, que en esta vida sufrían los buenos y los malos gozaban pero sufrían en la otra, algo así. Yo, a veces, pienso que sí hay otra vida; hay días en que me pongo a pensar, me siento un rato en la piscina, después de las cinco, en el tiempo libre hasta la hora de la cena, y empiezo a pensar en lo de la otra vida, pero qué va, muy difícil, no me da tiempo. Casi siempre don Emilio, como lo pongo aquí en el corredor para no estar bajándolo y subiéndolo de la silla, se hace encima, y él no se deja limpiar por Romero, no se deja el coñodesumadre, y entonces, en lo que estoy pensando en lo de la otra vida, oigo: Pepín, que vengas a limpiar a don Emilio, y ya por ese día no me da tiempo a seguir pensando. Por eso es que a mí me gusta escuchar al profesor; no es que le entienda todo porque hay cosas que no se las entiendo, pero eso que él dice, que no se sabe si las conciencias que han pensado en la humanidad son las mejores y que a lo mejor otras conciencias hubieran pensado distinto, a mí me gusta. Eduardo dice que está completamente loco, que su teoría del error negativo es demencial porque sólo existen los errores positivos, es decir, que la existencia es siempre positiva. ¿Positiva? Depende. Eso es demasiado complicado para ti, me dijo. Eduardo tiene eso, que sabe muchas cosas y cree que lo sabe todo, pero el profesor, aunque esté un poco tostado, por más que sea, es un hombre que ha estudiado, y no aquí, sino en las universidades del extranjero.

Eduardo, de lo que de verdad sabe es de pintura y de fotografía. Yo le dije que hiciera un curso de pintura porque las tardes son muy largas y siempre la televisión fastidia, y, además, que aquí hay gente que las puede apreciar; por ejemplo, la señora Lucía, aunque ella tiene eso, que de repente, en medio de la conversación, dice: Tengo ganas de cantar *Contigo en la distancia*, pero luego se le pasa, y también la señora Cecilia, que es una persona muy fina y le gusta lo artístico. Él se puso muy nervioso porque decía: Nunca he sido profesor, Pepín, yo no sé si me saldrá bien, pero estuvo varias noches preparando su cosa y empezamos con las clases. Los puso a todos en la sala de la televisión, que es la más grande, y el doctor nos compró una pizarrita y tiza, y Eduardo empezó desde las cuevas. Les pintaba unos bisontes

para que se imaginaran cómo eran las pinturas, aunque no teníamos tizas de colores, que hubiera sido mejor, y lo iba explicando todo, pero qué va, muy difícil, muy difícil. Don Emilio se dormía enseguida, pero cuando se despertaba quería levantarse de la silla y nos amenazaba con el bastón. A la señora Berta también la traje para que se distrajera un poco y no estuviera siempre pensando en que estaba muerta, pero hubo que sacarla porque de repente gritaba: Están pintando muertos, están pintando muertos, y eso ponía muy nerviosa a la señora Lucía, que se fue a quejar con el doctor y a decir que la pintura no era lo que convenía sino la clase de música, y tuvimos que dejarlo así, pero Eduardo de eso sabe muchísimo y además tiene facilidad para expresarse. A la señora Cecilia le molestó mucho que se terminaran las clases de pintura y dijo que si es que esta casa era propiedad de la señora Lucía, a cuenta de que tiene mucho dinero.

Pasamos a las clases de música y se consiguió a un muchacho que viniera dos tardes a la semana con los instrumentos. La señora Lucía quería cantar todo el tiempo ella sola, y se puso un collar de perlas, aunque yo le dije, aquí un collar de perlas no es bueno porque hay muchas manos, y la señora Cecilia dijo que si eran clases de música, eran para todo el mundo. A don Emilio le dieron unas maracas y él les daba y les daba a las maracas, y no se podía escuchar a los demás; entonces, para quitarle la idea de las maracas, le di una flauta, pero soplaba y no le salía nada y se puso a llorar. Pepín, ¿por qué son tan malos?, ¿por qué me quitaron las maracas? Toque la flauta, le decía Eduardo. A mí no me gusta la flauta, me gustan las maracas. Entonces agarró el bastón y lo tiró al piso y le pegó al cuatro, y el músico se puso bravo y dijo que la cosa no era así, que por cuatro centavos que le estaban pagando él no iba a dejar que le rompieran sus instrumentos, y se fue. Es que esto es cosa de paciencia; él como que pensaba que llegaba y los ponía a tocar como una orquesta. La señora Lucía dijo entonces que si era sin músico, era sin músico, y como en la casa siempre ha habido un piano, y Eduardo más o menos le da, le pidió que tocara un rato para cantar. La señora Cecilia, que primero es más amarga que la retama, y segundo, nunca ha podido ver ni en pintura a la otra, dijo que no estaba la vida para romanticismo ni recuerdos y se fue. Y es que aquí, lo que digo yo, aquí la gente viene a olvidarse de todo, y a olvidarse de sí mismos, y a que se olviden de ellos los demás; esto es una casa del olvido. Aquí todo se va olvidando; hasta yo me he ido olvidando de cuándo entré, de cuándo fue que yo vine, y eso es como tener un hueco en la vida.

Ya me están llamando, ya estoy oyendo: Pepín, Pepín. Seguro que don Emilio ya se ha vuelto a cagar.

LA FELICIDAD DETRÁS DEL OLVIDO / 4

Eso es lo bueno de la casa, que aquí hay de todo. Un político importante como don Emilio, un militar con medallas como el Capitán Centella, una señora rica como la señora Lucía, un artista como Eduardo, un genio como el profesor. La casa debería estar orgullosa de personas como él. No viene aquí todos los días un sabio. Aquí viene todo bicho con uñas, y gente muy grosera, porque la gente rica es también muy grosera. Yo tengo un libro que el profesor me regaló; él ha escrito varios libros, porque antes de venir para acá era un profesor muy famoso de la universidad y escribió libros importantísimos. Aquí está la dedicatoria: «A mi buen amigo Pepín, con mucho afecto del profesor». Este libro lo tengo yo como un recuerdo, *Crítica al teorema de Aysworth* se llama. Es un libro muy adelantado, no es para mí, pero lo guardo porque aquí dejan pocos regalos, una camisa rota, un reloj echado a perder, un cepillo. El libro es diferente, yo no lo puedo leer porque son puros numeritos y letras, no se entiende, pero yo sé que es un sabio, que aquí dice cosas importantes, aunque yo no las entienda. Y tiene su dedicatoria: «A mi buen amigo Pepín». ¿Dónde iba yo a tener un amigo como el profesor si no fuera aquí? «A mi buen amigo Pepín», es decir, yo. A él le gusta dar sus conferencias, yo le pongo una mesa en el corredor y él se sienta allí y pasa la mañana hablando.

Queridos alumnos: Me dispongo hoy a seguir con nuestros diálogos acerca de los problemas humano-comunicacionales del siglo veinte y nuestras posibilidades de evitar la tercera guerra mundial. Es un placer para mí tenerlos hoy conmigo, veo sus ojos inquietos mirándome y esperando una respuesta. Naturalmente, nuestro tema es espinoso, difícil de tratar, inquietante seguramente, pero si siguen mis explicaciones podrán entender el método que he desarrollado. Un método que a la humanidad, seguramente, le llevaría años poder entenderlo. La humanidad se desplaza lentamente, amigos, sus pasos científicos son de pequeñas hormigas ciegas que avanzan buscando la salida del hormiguero, y naturalmente, en la oscuridad se cometen muchos errores. La humanidad, amigos, se equivoca constantemente.

Yo, como testigo del siglo veinte, puedo decirles que la humanidad se ha deslizado por senderos errados múltiples veces; tengo algunas fotografías que demuestran fehacientemente los errores cometidos. Einstein, sin ir más lejos, fue un gran equivocado. Pero no quiero adelantarme. Voy a tratar de seguir en orden mi pensamiento para que ustedes puedan abrir sus ojos a la claridad, como seres vivientes-pensantes, portadores del espíritu de la humanidad, pues en cada uno de ustedes se aloja el conocimiento; estoy convencido de que en cada partícula de la humanidad se encuentra una molécula infinitesimal de la conciencia humana, pero desgraciadamente las injusticias históricas no permiten que esa partícula se desarrolle para que pueda agruparse en extensiones mayores que produzcan explosiones humano-comunicativas, y muchos de los conocimientos han quedado en reserva, no explotados, no alimentados, los computadores los desconocen, de modo que no pueden ser servibles o disponibles, y éste es mi plan: Llevar a su máxima expansión el conocimiento-conciencia que veo en sus ojos, que está incrustado en las células de sus mentes, pero que ni siquiera ustedes pueden saber que existe. Solamente algunos han sido capaces de desarrollar esta conciencia y su conocimiento ha sido aprovechado, pero no podemos estar seguros de que esos privilegiados hayan sido los más idóneos, no podemos estar seguros de cuál hubiera sido el camino de la humanidad en el caso de que otras partículas-conciencia hubieran sido alimentadas. Yo estoy absolutamente convencido de que una maquinación equivocada seleccionó las partículas-conciencia de mayor capacidad destructiva, y como testigo del siglo veinte puedo afirmarlo, decirlo hoy ante ustedes sin ninguna duda de mi aseveración. La partícula-conciencia puede tomar diversos caminos porque parte del poder conocimiental es de gran capacidad de rompimiento; sólo algunas partículas-conciencia han conseguido descartar el poder de destrucción. Veamos el fuego, por ejemplo; el fuego es una adquisición de la humanidad primitiva, en la cual las partículas-conciencia de los hombres se unieron por instantes en el momento en que frotaban las piedras. Aunque no hay ninguna prueba de ello, les aseguro que ésa es una más de las patrañas científicas que nos han hecho creer, el asunto de los pedernales; no hay ninguna, pero ninguna evidencia de que efectivamente los hombres descubrieran el poder del fuego frotando los pedernales; sin embargo, hagamos como si lo creyéramos, de modo que podamos introducirnos en el poder destructivo-creativo del fuego. Ustedes inmediatamente imaginarán, al yo decirles la palabra *fuego*, una llamarada, o una sensación de calor, o una comida que se cocina para alimentar a una familia; estamos acostumbrados a pensar en esos términos. Yo tengo la prueba fehaciente de que el fuego es un error, una de las equivocaciones de la humanidad, y puedo demostrarlo,

puedo hacerlo en cualquier momento, en este mismo instante, para ustedes, porque tengo la fotografía del error, es decir, poseo el error fotográfico en mi mente, pero los que se creen científicos, burdos simuladores, no me creerán porque *ellos* quieren que los errores fotografiados lo sean en el papel; no saben que la imagen está en el ojo, que el papel es sólo la ramificación del ojo, un ojo, digamos, en extensión papirográfica, pero *ellos* sólo creen en ese tipo de evidencia científica. Yo puedo entonces demostrarles, y voy a hacerlo, en nuestro diálogo humano-comunicacional, la fotografía ocular que poseo como prueba del error del fuego y ustedes también podrán verlo, y de esa manera, al poseer el secreto que yo les revelo, también podrán ensanchar las partículas-conciencia de otros humanos en posteriores diálogos que ustedes desarrollen.

1941 (Berlín). Dos niños avanzan por una calle estrecha con sus cartapacios escolares en la espalda, van con paso rápido porque hace frío; posiblemente juegan, hablan, o patean una piedrita que se encuentra en el pavimento de la calle; suben la calle de acera estrecha; la pared es de ladrillo oscurecido por el humo; van pegándose a la pared; hay poca gente en la calle, muy poca gente. Hay menos gente que otros días. Los niños siguen caminando porque viven en un pequeño edificio de aquella calle, y en un apartamento de ese pequeño edificio hay una pequeña mujer que está calentando una pequeña sopa; ésta es la razón por la cual los niños suben la calle. La recorren hasta llegar al punto X, punto en el cual el pequeño edificio de ladrillos ha dejado de estar. Es decir, existe ahora el humo negro, hay un humo escapando del lugar en el cual estaba el pequeño edificio. Hay un espacio, es decir, hay un no-edificio, se ve el espacio del humo negro. Hay nada.

Esta es la fotografía, queridos amigos, el error fotográfico en mi mente, porque yo soy uno de los niños que suben la calle; por eso les digo que soy testigo del siglo veinte y del error del fuego. Ahora los convenceré de ese error. Naturalmente, el error ha sido olvidado, se ha mezclado con todos los otros errores, y ésa es mi misión, descubrir, delatar todos los otros errores constantemente cometidos y desentrañarlos de los ojos de quienes han sido sus testigos presenciales. Nadie creerá en ellos porque les pedirán evidencias, evidencias empíricas. Entonces es necesario, ése es mi cálculo, que todos los testigos de los errores, pueden ser del fuego, del aire, del agua o de la tierra, en general todos los testimonios de aquellos que han estado presentes en la ejecución de los errores, sean rescatados del desorden que *ellos* han causado deliberadamente, en un intencionado proceso de ocultación de los errores que están escondidos en los ojos de quienes los han visto; es necesario que todos

nosotros, testigos, podamos extraer de los ojos la visión del error.

Naturalmente, el problema que enfrentamos es el más grave problema -yo sé cuál es la falla básica de mi método, pero por eso espero que ustedes me ayuden a perfeccionarlo-, y es que nuestros errores son de tipo omisivo. *Ellos* quieren positivismo empírico, quieren los polos positivos de los problemas, y casi siempre los errores en las fotografías mentales salen en los polos negativos. Por eso debo enseñarles a utilizar correctamente mi método; es necesario, cuando ustedes vean la fotografía del error, inmediatamente destacar su no estar, es decir, la evidencia ausente del error. El ejemplo que les puse es sencillo; no quiero contarles mi vida, o mejor dicho, quisiera, pero no hemos tenido la ocasión de hablar acerca de nuestras vidas; yo sé muy bien, lo veo en sus ojos, que todos ustedes son fotógrafos del error. Deben entonces aprender de inmediato a encontrar el polo negativo. En el ejemplo anterior ustedes vieron que el error es negativo, es decir, se observa en la fotografía el fuego, el humo negro, mejor dicho, porque el fuego no es exactamente visible (primer error del fuego), y luego ustedes verán que no ven el edificio. Es decir, si se encontraba el edificio, debería verse el edificio. Eso piensan los niños que suben por la calle, pero el error fogoso hace precisamente que no pueda encontrarse lo que estaba. Ese es el método. Ustedes deben demostrar que esos niños (yo soy la prueba de uno de ellos, el otro murió) han sido víctimas del error y es posible que queden buscando el edificio para siempre. Pero, de nuevo, eso es solamente parte del error; el polo negativo es lo más difícil de descubrir.

Veo en sus ojos que ya ustedes están aprendiendo, veo cómo empieza la negatividad a hacerse clara en sus ojos. El error verdadero es que, aunque no puede verse desde el exterior, efectivamente hay una mujer dentro del edificio y está calentando la sopa mientras se toma la fotografía. Ahora ustedes no logran verla (ésta es naturalmente la situación de los niños; en ese momento ambos estaban vivos), ya que únicamente es el espacio vacío la prueba de la existencia de que la mujer estaba calentando una sopa. Pero para *ellos* no. Dirán, les conozco los trucos, dirán: «He aquí dos niños mentirosos, los niños mienten constantemente, vean el polo positivo de la fotografía, solamente se ve el humo negro que surge de un edificio derruido, al lado de otros edificios derruidos, es decir, existe la prueba de la caída de los ladrillos sobre la calle, son visibles los cascotes, y son visibles unos pedazos de escaleras, pero no es visible el punto adonde suben las escaleras, porque están rotas». *Ellos* piensan siempre en esos términos, introducen este tipo de sofismas: «Si no puede verse el final de las escaleras, no puede tampoco deducirse su existencia del hecho de que haya unos peldaños, que ascienden a ninguna parte, y no es deducible de las escaleras rotas la presencia de

una mujer calentando una sopa. Pertenecen a secuencias o a categorías lógicas diferentes. La existencia de lo visible no prueba la existencia de lo invisible». Eso dicen *ellosinmediatamente*. El hombre sólo capta experiencias; entonces constantemente se equivoca cuando cree que las apariencias son índices de las esencias; solamente hay unas escaleras rotas, pero entretanto no podemos demostrar quién las rompió o con qué fin, o si verdaderamente las rompieron, porque es posible, dentro de la lógica positiva, que esas escaleras hayan sido siempre un roto, y el testimonio de unos niños no puede convertirse en evidencia de la continuidad de las escaleras, ni, lo que sería más improbable todavía, de que esas escaleras condujeran a un apartamento de dos habitaciones, un baño y una cocina, en la cual había una mujer calentando una sopa.

Les he explicado los rudimentos del método, veo el interés en sus ojos. En este momento me encuentro un poco agotado; esta breve exposición ha sido sumamente importante para mí, una importante experiencia de lo humano-comunicativo, pero creo que por hoy debo irme a descansar, las exposiciones me agotan mucho; agotamiento nervioso me diagnosticaron los científicos doctores de esta clínica. La pesquisa del error es una actividad exigente; por ello debí interrumpir transitoriamente mis experiencias universitarias; los alumnos se quejaban de que no podían seguir mi ritmo, ni yo tampoco el de ellos, por el agolpamiento de errores fotográficos que yo introducía en las clases de matemáticas. Los aspectos lógico-matemáticos he decidido omitirlos de estas conferencias que doy para ustedes, porque exigen conocimientos de las partículas-conciencia que no han sido totalmente explotadas en ustedes. Pero no deben preocuparse por ello, el conocimiento matemático no es tan importante; he desechado gran parte de mi conocimiento matemático para dedicarme a la enseñanza libre, verdaderamente libre. Las autoridades universitarias no desean una enseñanza totalmente libre, quieren ajustarse a programas que estrechan la conciencia de las partículas pensantes; entonces ellos me dijeron que durante mi período de enseñanza libre preferían mi abstinencia de las aulas. Yo también, por otra parte. Solamente después de mi misión, es decir, de haber propagado mi método de conocimiento universalmente, quiero volver a las aulas, para de nuevo adentrarme en los conocimientos matemáticos. Ahora me retiro, los dejo meditando sobre estos importantes aspectos, necesito descansar.

Dibujo del profesor por Eduardo

El profesor desciende de una tarima improvisada que ha dispuesto con la ayuda de Pepín. Sus ojos, de un azul muy claro, están desorbitados; el rostro, sudoroso; el pelo, gris y lacio,

descuidadamente largo, está despeinado y él trata de ordenarlo con unas manos largas y huesudas. Su perfil está fuertemente trazado; la camisa azul oscuro, entreabriéndose, deja ver unas gruesas venas y un largo cuello, los huesos marcados de las clavículas. Saca un pañuelo del bolsillo y se seca la frente mojada y la saliva de unos labios finos, apretados, que muestran los dientes manchados por la nicotina.

—Yo fumo desde niño -le dice a Pepín-. ¿Desde cuándo fumas tú?

—Yo no fumo, profe, malo para los pulmones.

El profesor se estremece en un acceso de tos.

EL FOTÓGRAFO AMBULANTE / 2

¿Quién es interlocutor de la desaparición? Al revisar un grupo de fotografías, que creo tomé en un pueblo de veraneo de la costa normanda, encuentro una que equívocamente me lleva a un recuerdo infantil. Oigo claramente a mi abuela entrar en el corredor de nuestra casa de vacaciones en la playa (hoy derruida) y anunciarnos que un niño, hijo de un pescador, se ha ahogado. La foto de estos niños desconocidos me lleva a ese momento en que por primera vez entendí que la muerte existía.

—Cuando yo vivía en el barrio muchos niños se ahogaban en la quebrada, cuando caía un aguacero muy duro -comentó Pepín después de leerle mi comentario.

Pepín siempre me sorprende.

La visión de una vieja fotografía suscita la curiosidad por reconocer qué hacíamos aquel día allí, aunque creo que para mantener la ficción de nuestra continuidad lo mejor es no pensar en el pasado sino, por el contrario, dar por sentado que nos pertenece y evadirnos de todo aquello que demuestre lo contrario. Cuando nos encontramos en la compañía de alguien amado, o en un lugar que nos encanta, la presencia de un fotógrafo ambulante que se nos acerca proponiéndonos detener nuestra felicidad, nos atrapa. Y luego, esa foto con palomas en alguna plaza o frente a algún famoso monumento, cuando nos vuelva a las manos, lejos de devolvernos nuestro amor, nos preguntará por qué entonces quisimos ser duraderos, nos enfrentará a nuestra lejanía y casi nos quedará la duda de si aquella escena fijada es una verdad de nuestra vida o sólo unos movimientos cualesquiera que por azar se registraron en la cámara. De la misma manera, en compañía de alguien odiado, la fotografía termina por devolvernos a un personaje con respecto al cual ya nada nos une, y aparece sólo un fragmento de nuestros sentimientos perdidos que, a la luz de una segunda mirada, nos habla de un desconocido.

Pepín quiso escoger esta fotografía porque aparece un piano como el que yo toco aquí, muy de vez en cuando. Nada tiene que ver, le

dije, pero él me contestó: Un piano es un piano, y aquí tú eres el único que de chiquito tenía clases de piano; a mí me hubiera gustado tener una rocola como la que había en La Gata Delfina.

El rostro del profesor está marcado por unas verrugas salpicadas en una piel gruesa, porosa. Usa corbata de pajarita y el cuello de la camisa, por detrás, está raído; la tela luce bien planchada. Lleva un chaleco color mostaza, de lana fina, muy aplastada debajo del traje marrón. Si se mira al suelo, se encuentran sus zapatones y unos calcetines demasiado cortos que dejan ver los huesos largos y pálidos.

Ha terminado la clase de piano. Llueve insistentemente mientras el profesor guarda unas partituras amarillentas en un cartapacio gastado; se pone los lentes para revisarlas; quiere meterlas en orden, es decir, de la misma manera en que estaban antes; es un orden cualquiera, el que han adquirido a fuerza de pasearse bajo su brazo.

Hay un brillo de contento en la mirada del niño que de reojo ha visto la hora y sabe que la clase está por terminar. Termina el aliento sucio que escapa de sus dientes mientras le coloca los dedos sobre las teclas, un olor a podrido que le sopla en el cuello y en las orejas mientras le indica las posiciones de la mano.

El profesor pasa allí una hora, tres veces por semana, interrumpiendo la clase para beberse en sorbitos cortos una taza de café con leche y mordisquear unas galletas que se le quedan entre los dientes o caen sobre la madera del piano. Cuando termina la hora, recoge las partituras, se despide y lentamente cruza el umbral. Es un momento feliz cuando el profesor se va, cuando cesa su fétido aliento y las engorrosas posturas de los dedos sobre el teclado. El niño se asoma a la ventana para verlo mientras se aleja, pero sólo ve la calle mojada, los árboles zarandeados por el viento. Escucha el tintineo de las gotas contra la ventana y hace figuras mojando el vidrio con la lengua.

La casa se ha oscurecido. Hay un silencio que recorre la sala del piano, se asienta en las incómodas sillas de estilo inglés del comedor, se esconde debajo de la lámpara de pie y se pega de las cortinas del salón, rueda por la madera del pasillo, y al cruzarla se siente el chirrido solitario del silencio, como un gato trepar por las escaleras y perderse.

El niño sabe que volverá a esperar al profesor, pasando sus dedos torpes sobre las teclas, intentando memorizar unas notas y descifrar los garabatos en blanco y negro. Mientras llega sus manos comienzan las escalas; le aterra el sonido profanando el silencio, las notas golpeando contra las baldosas vacías, la oscuridad cerniéndose sobre el pasillo en el cual desemboca la habitación. Cada vez más pareciera

que la habitación fuera un recinto perdido dentro de otro recinto más grande que a su vez formara parte de otro. Una habitación arrancada, desunida del resto, a la que nadie podrá acceder, sólo un espacio abandonado entre otros. Nadie nunca podrá entrar en la habitación porque se han perdido las entradas; es una habitación extraviada en un castillo cuyos otros habitantes nunca podrán encontrarla, donde ni él tampoco podrá dar con la salida. Ha sido dejado allí para siempre, sin retorno. Allí debe permanecer, allí ha sido dejado en espera.

Supongo que esta fotografía del profesor de piano la tomó mi madre con el ánimo de quien está construyendo los recuerdos del futuro artista. *El profesor de piano y el artista niño*, podría titularse, o también *El joven príncipe y el maestro de música*. Estoy convencido de que lo que mi madre más desprecia de mí es que mi talento no haya estado a la altura de su vanidad. Si hubiera sido así, quizá todo lo demás me lo hubiera perdonado, e incluso ensalzado. Mi homosexualidad hubiera sido una prueba de mi sensibilidad; el dinero que me chulean, una muestra de mi generosidad. En todo caso, no puedo quejarme, recibí una esmerada educación.

No siempre Pepín lee las anotaciones que hago acerca de las fotografías que vamos seleccionando. Tampoco me ha preguntado nunca cuál es el sentido de todo esto. Así como yo me burlo un poco de su manía de llegar a saber la fecha de su llegada a la clínica, él, por el contrario, jamás me ha hecho ver lo absurdo de estas composiciones fotográficas en las que paso largas horas. Le parece una ocupación de importancia absoluta. Como él dice, «un piano es un piano», y probablemente esa contundencia le resulta suficiente explicación. Cuando le dije que las clases de piano me recordaban el pánico a la soledad, se molestó.

—¿Tú crees que para sentirse solo hay que tocar piano? Cuando yo era chiquito, y no había nadie en mi casa, lo único que tenía era la televisión.

Me gusta su forma de razonar. Pone en juego la mía.

AUTOBIOGRAFÍA DE UN ESCRITOR AUTODIDACTA / 2

Cuando se murió mi mamá mis hermanos se fueron prometiéndome que regresarían a buscarme. Esperé varios días y sólo apareció uno de ellos, el que me había llevado a la playa; me ofreció irme a vivir con él y me dijo que esperara, que él volvía a buscarme, pero no volvió. Yo me quedé solo en la casa de mi mamá y con mi trabajo en el abasto, pero ya dije que ese tipo era muy vivo, y como vio que no estaban ni mi mamá ni mis hermanos, me empezó a pagar menos hasta que me dijo que me pagaría la mitad porque ya no tenía cargas de familia.

Un señor que vivía unas casas más arriba, que se llamaba José Gregorio como yo, aunque a mí siempre me han dicho Pepín, me propuso trabajar con él. Tenía un camión de segunda mano que había sacado por cuotas, un camioncito, más bien una camioneta, y salía todas las mañanas tempranito a recoger basura por las casas de la gente rica. Le daban bastante porque había mucha basura y el servicio urbano no la recogía bien, así que las sirvientas nos esperaban en la puerta de los garajes con varias bolsas; nosotros nos las llevábamos y después subíamos cerro arriba, a un descampado, para quemarla. Había que estar pendiente porque estaba prohibido prender fuego, pero adonde nosotros íbamos no llegaba la policía y nunca tuvimos problemas. Llegábamos a la casa, José Gregorio manejaba el camión, yo brincaba y subía la bolsa, y cuando el camión estaba lleno, arrancábamos al monte. Aparte que nos pagaban bien, también estaba revisar las bolsas, porque botaban muchas cosas a las que todavía se les podía sacar bastante. Por ejemplo, en una casa me acuerdo que botaron una cantidad de libros escolares que lo único que estaban era subrayados. Eso fue una gran felicidad para mí, porque desde que se murió mi mamá yo no había podido volver a la escuela. Para ir a la escuela tenía que inscribirme mi representante, y José Gregorio me explicó que, si yo iba solo, se iban a poner a averiguar y a decir que era un menor abandonado; total, no quise meterme en líos, y por eso fue una gran alegría cuando encontré los libros escolares en las bolsas, porque, mal que bien, eran libros, y siempre los podía leer y adelantar

algunos conocimientos. Yo siempre he tenido eso, la sed del conocimiento.

En esa época, después que se fue el general que estaba mandando, empezaron muchos tiroteos en el barrio. Después que se habían ido mis hermanos, yo pensé que dormiría tranquilo porque en el barrio todos me querían y muchas vecinas, que habían sido amigas de mi mamá, estaban pendientes de mí y me calentaban la comida; a veces me lavaban la ropa, y siempre que había una celebración, fuera un cumpleaños, un bautizo o Navidad, me llamaban para estar con ellos. Pero no podía dormir tranquilo por los tiroteos, y a veces de día se ponía la cosa mala, porque había mucho zaperoco y la gente estaba muy revuelta. Había gente en el barrio que tenía armas que les habían dado los guerrilleros, y bombas que se llamaban *molotov*, y de repente se metían soldados a llevarse gente o a echar plomo, así, sin preguntar. Ya yo estaba grandecito como para estar pensando que mi papá era *El llanero solitario* y podía venir con su caballo y su amigo indio a salvarme, y seguía pasando las noches arropado con la cobija y sudando. José Gregorio era muy buena persona y la mujer que vivía con él creo que es la mejor persona que he conocido en mi vida, me refiero a sentimientos, no a otras cualidades, y los dos me dijeron que me fuera a vivir con ellos, por lo menos mientras duraran los zaperocos. Claro que entonces me pagaban menos la recogida de la basura, pero yo pensé que quedaba bien porque tenía las tres comidas, y la mujer de José Gregorio, que se llamaba Azucena, era lo que se dice un ama de casa. Ella tenía su plancha eléctrica y de allí salía todo el mundo con su ropa planchada. Eso me hacía pensar mucho en mi mamá, porque el único electrodoméstico que ella compró fue la televisión, y cuando se murió estaba ahorrando para las dos cosas que ella más quería tener después de la televisión, que eran la plancha y una lavadora. Claro que Azucena tenía lo que no tenía mi mamá, un hombre responsable al lado, porque José Gregorio, además de criar a sus hijos, criaba a dos que eran de Azucena con otro marido, y ella era de más instrucción que mi mamá y representante de los productos Avon. No que ganara mucho con eso, porque con esa muchachera no le quedaba tiempo de nada, pero si tenía un ratico libre, sacaba la maletica de los productos y visitaba a las vecinas y alguito siempre le quedaba. Después venía un tipo en moto a cobrarle y ajustaba cuentas con ella. Esa es una profesión que yo pensé que me gustaría tener. Azucena decía que el tipo de la moto ganaba bastante porque se visitaba muchos barrios en una mañana y en todos había bastantes representantes Avon, pero me pareció difícil porque lo primero y principal era saber manejar la moto. José Gregorio me había prometido enseñarme a manejar el camión en lo que fuera un poco más grande y me llegaran bien los pies a los pedales y eso también era

un futuro. Cada vez había más basura en las casas y el negocio iba bien, aparte que me empezaron a salir unos trabajitos extra. Por ejemplo, una señora que quería que le quitáramos una mata que estaba molestando mucho porque estaba medio seca y yo conseguí una sierra prestada y se la corté. Otra señora me dijo que si no le quería bañar el perro una vez al mes porque a la sirvienta le daba miedo. Otra, que le cortara la grama. Las matas y los animales son dos cosas que siempre me han gustado, y pensé que podría entrarme una plata y a lo mejor ahorraba para hacerme un curso de electricidad, que es algo que también se paga bien. Pero vino la fatalidad.

A José Gregorio se le echó a perder el camión. Empezó un día que no quería prender; otro, que se nos apagaba en la mitad de la subida al monte donde quemábamos la basura; otro, que se recalentaba, y había que esperar un rato hasta que se enfriaba. Así, poco a poco, parecía una persona enferma, que le entran los achaques y ya no hay cómo curarla. Perdíamos trabajo porque no nos rendía, la mitad del tiempo tratando de arreglarlo, y Azucena le dijo a José Gregorio que así no se podía seguir. O se arreglaba el camión o se vendía. Pero a todas éstas, como se había producido menos, a José Gregorio se le habían pasado unas cuotas sin pagar y vino el que se lo había vendido a reclamar. Nos estuvimos haciendo los locos un tiempo porque el camión había mejorado con un arreglo que le hizo un señor del barrio que era mecánico, y yo creo que estábamos en camino de recuperarnos cuando el tipo de las cuotas se presentó con un embargo y no hubo forma de convencerlo. Una maldad, porque ese camión, embargado, no daba para nada, y en cambio, si le hubieran dejado a José Gregorio la oportunidad de seguirlo trabajando, seguro que pagaba todas sus cuotas, pero así es la fatalidad. Lo siento, Pepín -me dijo-, no te puedo dar más trabajo; conseguí un puesto de repartidor en una farmacia; si hay algo para ti, te digo. No me dijo nada, pero yo no me iba a quedar en su casa, comiéndole las tres comidas y sin producir nada, así que me volví a la casa de mi mamá y decidí buscar a las señoras que había conocido cuando recogíamos basura, y conseguí mi clientela. Modestia aparte, yo siempre he sido cumplidor, y a las señoras les gustaba que yo les hiciera mandados, les arreglara las matas, les limpiara el jardín o los vidrios, les lavara los carros, y empezaron a recomendarme unas con otras. Me llamaban el *utility*, que en inglés quiere decir que es útil para todo, y se avisaban por teléfono, mándame a Pepín para esto, dile a Pepín que venga acá, y la plata me fue rindiendo, aunque no me alcanzaba para lo que yo quería, que era el curso de electricidad. Dormía en la casa de mi mamá y bajaba tempranito a la ciudad y allí pasaba todo el día, sólo regresaba al barrio a dormir. Cuando tenía un rato libre me montaba en un autobús y daba vueltas recorriendo calles, avenidas, puentes;

ésa era mi distracción favorita. Casi toda mi vida había transcurrido en el barrio, y dando vueltas en el autobús, descubrí una cantidad de lugares que no conocía. Caminaba mucho por todas partes, me acostaba en la grama de un parque, y miraba a la gente, que no era como la que yo conocía. Los domingos había familias que paseaban en el parque con sus niños y parejas de novios. Había también muchos cines en el centro y yo tenía curiosidad de entrar, aunque para entonces no ahorraba lo suficiente; pero, aunque fuera poco, tenía mi plata y lo que no era para comer, lo gastaba en el autobús, y además me gustaba sentirme libre; pero eso sí, nunca faltaba a mi trabajo, y los lunes tempranito ya estaba tocando el timbre de la casa que me tocara ese día. Me gustaban aquellas casas blancas, limpias, con buenos pisos y buenos baños, con sus jardines sembrados de flores y el olor de los jazmines. Está mal que yo lo diga, pero tengo buena mano para las matas; me gusta podarlas, acariciarlas, sentir la tierra mojada y la sombra de los árboles. Es un talento natural, creo yo, porque no tengo ningún curso de jardinería, y cuando vivía mi mamá no recuerdo que ella sembrara ninguna mata.

A los malandros del barrio los tenía muy a raya porque sabía muy bien cómo eran las cosas, así que nunca llevaba dinero en el bolsillo; cuando me sobraba se lo dejaba a las señoras para que me lo cuidaran, porque yo sabía que me tenían en la mira. Por aquel entonces me empezó a gustar una muchachita que era hermana de uno de ellos. Me parece que yo le llegué a gustar a ella, porque a veces me esperaba, como por casualidad, cuando yo regresaba por la tarde, y yo la miraba y conversábamos un rato. Me emocionaba un poco el asunto, y a veces me daba una vuelta para pasar por delante de su casa, a ver si la veía, como quien no quiere la cosa. Pero un día el hermano me agarró a golpes y me dijo que yo estaba muy equivocado si creía que la iba a perjudicar, porque ella era señorita y tenía quien la defendiera. Yo quería explicarle que no la quería perjudicar, le prometí que no la vería más y dejé de verla. Entonces me compré un cuaderno para escribir las cosas que me hubiera gustado decirle, como una novela de amor. En ese cuaderno escribí que me iba del barrio y mucho más adelante me volvía millonario, la buscaba y me la llevaba conmigo a un lugar donde el hermano no nos encontrara nunca. Ese fue el final que escribí en mi cuaderno, que yo regresaba al barrio sin que nadie me viera, la llamaba y ella me había esperado todo ese tiempo, se venía conmigo y nos íbamos a otra parte, muy lejos. Pero ese cuaderno también se me perdió y desde entonces no me volví a enamorar.

LA FELICIDAD DETRÁS DEL OLVIDO / 5

Yo paso coleto en el corredor dos veces, una por la mañana temprano, y otra antes del almuerzo; encima Romero quería que lo pasara otra vez por la tarde y ahí sí me le paré y le dije: Yo tres veces no paso coleto, y gracias que lo paso dos, porque eso no me toca a mí, eso le toca al personal de limpieza y no al enfermero. Él volvía con aquello de que al enfermero que no es graduado sí le toca, y en ese pleito estuvimos por mucho tiempo hasta que lo botaron por robarse unas medicinas. Yo sabía que no era un tipo de confiar. Desde que llegó, la tenía agarrada conmigo: Pepín, saca la basura; Pepín, lava los baños, hasta que me harté y le dije: Yo soy enfermero, yo no lavo baños, y él me dijo que los auxiliares sí y que yo no era graduado. El doctor le dio la razón pero yo le di una trompada que lo tumbé al piso, y él pensó que me iban a botar a mí. Pero no fue a mí sino a él, cuando se dieron cuenta del asunto de las medicinas. Yo lo veía dándole vueltas a los frascos por las noches. ¿Qué buscas? Que el doctor quiere inyectar a la señora Lucía. Sí, cómo no, sacaba un frasco y se metía dos en el bolsillo, así todas las noches, hasta que se formó una vaina porque vino el doctor a revisar medicamentos y no quedaba ni uno. Me alegré bastante cuando lo botaron. A nadie le gusta que le digan que tiene que estar limpiando la mierda porque no es graduado.

Yo a veces le digo al doctor: ¿Y si saco el bachillerato en un instituto de educación nocturna?, luego hago un curso de enfermería, o el de electricidad, por ejemplo, que eso cada día lo pagan mejor. Pero él me quita la iniciativa. Déjate de pensar en eso, Pepín, tú estás bien aquí, tienes tu trabajo, tu seguridad; qué te vas a poner a pensar en eso, a complicarte la vida, para el estudio no sirve todo el mundo. Yo no digo que hubiera servido para doctor, así como ser abogado o médico, pero para enfermero graduado yo creo que sí. Romero era bien bruto y se graduó, aunque yo nunca le vi el título, y está también la experiencia; yo creo que con los años que tengo aquí ya yo sé tanto como los doctores. Aquí salía Romero de vacaciones y no pasaba nada; salgo yo, y empieza todo el mundo: ¿Dónde está Pepín, por dónde anda Pepín? Y eso que nunca he salido de vacaciones, sólo de permiso

para ir al dentista, y algunos domingos al cementerio a visitar la tumba de mi mamá.

Yo he leído en el periódico encuestas donde le preguntan a los jóvenes: ¿Desea usted superarse? Sí. ¿Considera usted que la universidad es una vía de superación económica? Sí. ¿Considera usted que es un fracaso no haber podido estudiar en la universidad? Sí. Eduardo dice que lo peor que le puede pasar a un hombre es no llegar a donde quería, fracasar en sus metas. Yo nunca he conocido a alguien que fracasara en sus metas, todas las personas que yo he conocido han nacido fracasadas.

Fracasado en la vida es alguien como Fernández -dice Eduardo-, un tipo mediocre que pensaba que iba para gran gerente, para *yuppie* atento al mejor aceite para la ensalada de berros o dispuesto a comprar el cuadro que le hace falta para decorar el salón. Lo que más me molesta del arte es que siempre termina de adorno en la sala de un burgués. El arte debería ser instantáneo, una obra que, una vez realizada, fuera de inmediato incinerada públicamente, para que nadie pueda poseerla. O el arte putrefacto: mostrarle al mundo su carroña, sus vísceras. Yo una vez hice una exposición, Pepín, con otros amigos, que se llamó «el arte desechado». Vino un gentío muy serio porque les mandamos invitaciones a todos los notables, a todos los que se consideraban entendidos, y casi nos meten presos. La exposición consistía en puros restos de excrementos, de inmundicias, placentas, huesos, orina, semen. El dueño de la galería nos demandó pero tuvo que retirar la demanda porque ninguno de nosotros tenía dinero con que pagarla. Te hubiera gustado ver esa exposición. No creo -le dije-, porque cuando yo era *utility* lo que más me gustaba de las casas donde trabajaba era que tenían baños.

Eduardo, en general, es un tipo de pinga con todo el mundo, pero Fernández le da por las bolas. Dice que tiene mal aliento y que hasta las ideas le huelen mal, que es un ser fétido. También es verdad que Fernández le dijo una vez: Usted es un pretencioso, un artista fracasado, y encima marico, como todos los artistas. De allí Eduardo sacó que Fernández era como un señor, cuyo nombre no recuerdo, que escribió: «Cuando oigo la palabra inteligencia, saco mi pistola», y que Fernández es el pequeño fascista escondido detrás de cada pequeñoburgués. De lo que me enseñó Ricardo de política, no recuerdo nada de los pequeños fascistas. Eduardo se burla de lo que me enseñó Ricardo: Tu pequeño estalinista, lo llama. ¿Cómo sabes tú que Ricardo era un pequeño estalinista si nunca lo conociste?, me le arreché.

—Y entonces subí la calle de mi casa -contaba Fernández- pensando en pedir un préstamo de la caja de ahorros para que mi

mujer no me recibiera con el mismo cuento de que nosotros no conocíamos Miami, pero aquel día tenía un cuento distinto. Había llamado Carlos.

—¿Carlos Hernández?

—Sí, Carlos Hernández, el que sale en el periódico, el único Carlos importante que tú conoces. Llamó para decir que tiene una fiesta, porque es su aniversario de boda, una fiesta de etiqueta, y yo quiero ir; quiero comprarme un vestido nuevo, ir a la peluquería, y vamos a ir, porque a lo mejor es la oportunidad de tu vida. La oportunidad que te saque de ese trabajo mediocre y te dé un puesto en su empresa, en sus empresas, y tú tienes que recordarle que fuiste muy amigo suyo en el colegio, tienes que recordarle algún cuento divertido de cuando eran estudiantes, porque él se acordó de ti y te llamó. Mejor dicho, te llamó su secretaria, una de sus secretarias. Preguntó si ésta era la casa del señor Fernández. ¿Del señor Luis Fernández?, pregunté yo. Sí, ese mismo. Estoy llamando de parte del doctor Carlos Hernández para invitarlo a su fiesta de aniversario de bodas de cristal. Traje de etiqueta y favor confirmar su asistencia. Así como lo estás oyendo.

—No tengo ganas de ir.

—¿Tú sabes lo que eres? Un envidioso, un mediocre y un envidioso. Vamos a ir, y ahora mismo salgo a comprarle un regalo.

—Cómprale un loro.

—¿Un loro? Tú estás loco. ¿Para qué quiere un loro?

—Sí, un loro, porque debe ser lo único que no tiene.

—¿Y qué es lo que tienes tú? Porque si yo llego a saber todo lo que tú no tienes, olvídate que me caso contigo.

Entonces fue cuando perdió el control y le dio, le dio hasta que ella se cayó y se pegó contra la mesa y sangró. Cuando se dio cuenta de lo que había hecho, salió corriendo al hospital. Afortunadamente no fue nada grave, le cogieron unos puntos y se curó. Pero la esposa, cuando salió del hospital, dijo que su marido era un loco mediocre, y la mamá dijo que eso era un matrimonio mediocre lo que tenía su hija, y el hermano amenazó con matar a ese mediocre que era su cuñado.

Poco a poco todo ha ido pasando y han vuelto a quererlo. Dijeron que ese día había tomado más de la cuenta y que por eso perdió el control y el doctor recomendó que lo trajeran para acá hasta que se recuperara. Yo escribí cómo me imaginaba la vida de Fernández, pero a Eduardo no le gustó. Esa no es la vida de Fernández, Pepín, sino tu fantasía de cómo es un Fernández. Vuelvo y repito, es muy difícil escribir historias de las vidas que uno no ha conocido.

Yo soy una de esas personas que andan por la calle, que trabajan en empleos mediocres y se casan con mujeres mediocres y viven en

apartamentos mediocres donde los niños hacen mucha bulla y el televisor está tan alto que no se escuchan las conversaciones, en barrios muy alejados, con muchos edificios, cantidades de edificios, innumerables edificios. Subo la calle y, al bajarme del autobús que me deja en la esquina, ya traigo un olorcito a cerveza, de tomarme una cerveza con los amigos, tipos mediocres, que se reúnen conmigo en un bar mediocre a la salida del trabajo, pero, por lo menos, me olvido un rato de los papeles que leo toda la mañana y toda la tarde para clasificarlos y después pasarle un informe mediocre al jefe mediocre. A veces me lo manda a hacer otra vez porque no es lo suficientemente mediocre; entonces, cuando termino con la clasificación de los papeles, salgo con los amigos y nos tomamos unas cervezas, o contamos chistes mediocres, nos reímos de los cuentos que alguien inventa o le vemos el culo a una mujer que entra acompañada de un tipo mediocre, un culo mediocre, pero se lo miramos de todas maneras; entonces algún amigo cuenta un cuento de cuernos mediocres que le puso a su mujer, y todos nos morimos de una envidia mediocre al pensar en el polvo que se había tirado el tipo ése con una carajita, y todos nos imaginamos que está riquísima, y nos reímos cuando nos cuenta cómo le dijo a su señora que iba para el hipódromo, y la señora le preguntó: ¿Otra vez vas para el hipódromo? A gastar la plata, a eso vas tú al hipódromo, pero así va pasando una semana mediocre y se va acercando al fin de semana mediocre. Por fin uno puede llegarle al sábado y quedarse todo el día con el pijama puesto, mirando la televisión para ver las carreras o el juego de pelota; quedarse uno tranquilo tomándose unas cervecitas en su casa, solo, descansando, si la mujer se va con los niños a visitar a su familia; entonces sí se queda uno tranquilo, en su apartamento mediocre, dos habitaciones con baño, cocina, y salón-comedor, pero tranquilo, sin tener que afeitarse ni vestirse, sólo echarse a ver la televisión, las películas de guerra del domingo por la tarde, tomarse sus cervecitas y esperar a que se hayan ido todos, y se acabe la bulla que hacen los niños, sólo se oye el ruido de los camiones que pasan por la autopista; pero los domingos, por más que sea, hay menos ruido; entonces un poquito de música de la que a uno le gusta y a disfrutar de un polvo tranquilo, un polvazo, pensando vagamente en la carajita esa que contaba el compañero de la oficina; uno se imagina que se viste, agarra su *Revista Hípicapara* disimular y dice: Me voy para el hipódromo, se imagina así que está con la carajita esa que decía el compañero, se la imagina de pelo negro, ojos más bien claros, redondita de culo, que tenga un buen culo, y entonces la lleva al bar mediocre, no, al bar mediocre no, la lleva a un buen hotel, así es mejor, un hotel de lujo, que tenga bar con orquesta al lado de la piscina, y pide unos coctelitos rosados, o también podría ser un piano-

bar, exactamente, puede ser un piano-bar oscurito, lleno de ejecutivos importantes como yo, toditos con sus carajitas iguales de buenas; entonces pido un *whisky*, no, ya que uno está metido en ésa, pido una botella de champaña francesa, viene el tipo con el hielo, muy serio, y me dice: Doctor, aquí está su champaña bien helada como siempre, y yo le aflojo un billetazo de propina que el tipo se queda loco; entonces le hago un gesto con los dedos para que me traiga unos cigarrillos, pero primero le pregunto a ella qué cigarrillos fuma, saco del bolsillo el encendedor de oro y le prendo el cigarrillo. Luego están cantando boleros y la invito a bailar, está oscurito, todos los tipos bailando con sus carajitas y yo con la mía, bailando así pegadito, y le pregunto: ¿Te gusta bailar pegadito, mi amor?, y ella no contesta, sino que se pega más, y me dice: Papi lindo, y se pega más todavía. Así bailamos un rato bastante largo, hasta que nos cansamos de bailar y tomamos más champaña y bailamos otro rato, todo el rato que sea necesario; cuando ya esté amaneciendo, le digo: Te voy a llevar a la playa, mi amor, para que veamos el amanecer juntos. Entonces salimos y viene el portero y me acomoda el carro, un último modelo, me lo pone en la puerta y nos vamos, ahora sí, nos vamos a un hotel de lujo de la playa, y allí viene el polvazo. Ahí sí es el polvazo, la carajita es tremenda, un hembrón para mí solito, y no esa tipa mediocre que se tiró el tipo de la oficina en una habitación mediocre de alguna casa de citas mediocre. Qué buen polvo, compadre, eso sí que es un polvazo, eso sí es un culo, y lo volverá a contar mientras nos tomamos un cafecito y el jefe también quiere participar del cuento, y se ríe con nosotros y dejamos por un momento el asunto de los papeles.

Pero ahora estoy yo de jefe, ahora estoy yo sentado en una oficina grandota, pero no una oficina mediocre como esa que tiene el jefe mediocre, una oficina de verdad, no de papeles sino de dinero, de bastante dinero, una oficina en la que tengo por lo menos cuatro secretarias que me hacen todas las citas importantes, me avisan que tengo mañana una cita con el ministro tal, y pasado mañana con el ministro cual, y que luego tengo comprometido el fin de semana en una convención de industrias muy importante, y que el mes que viene el Presidente me ha invitado a acompañarlo en una gira y también me avisan que ya mandaron un ramo de flores que encargué para mi aniversario de bodas y otro ramo que mandé a una amiga, pero con ésa tengo cita para el día siguiente, no para el mismo día del aniversario; ese día tengo un fiestón en mi casa, viene todo el mundo; el que no está invitado a esa fiesta no está en nada, es alguien como Fernández. Fernández es un tipo que tengo empleado porque me da lástima, porque su familia es amiga de la mía, o porque lo encontré una vez en la calle; eso es, Fernández es un pobre tipo que estudiaba conmigo en la universidad y que siempre lo raspaban en los exámenes,

un tipo flaco, tímido, que no hablaba con nadie, y yo me lo encontré una vez (por casualidad, porque yo no voy a los mismos sitios que va Fernández), pero me lo encontré, y él me reconoció, tiene que haber sido así, que él me reconoció y me preguntó si me acordaba de él, y entonces me dijo que ganaba muy poco y que su esposa lo tenía loco con que quería viajar a Miami y a él no le alcanzaba para viajes, y entonces yo me compadecí, y le dije: Fernández, salte de ese trabajo mediocre y vente conmigo a mi empresa, a mis empresas, mejor dicho, y ahí lo tengo, que me hace los mandados, me trae el cafecito, o cuando tenga una cita importante, pero no una cita de negocios, se entiende, una cita que es algo muy personal, le digo: Fernández, llámate a este teléfono y dile a la persona que te atienda que nos encontramos donde siempre. Y Fernández me hace eso y está muy contento porque le pago muy bien. O le digo: Fernández, ándate a donde tú sabes y ocúpate de que haya champaña en la nevera, pero que esté bien fría, porque voy a pasar esta tarde por allí. Y, después, Fernández, cuando termina su trabajo, sale a la calle y camina hasta la parada del autobús que llega a la esquina de su casa, espera un buen rato porque está lloviendo, y cuando llueve pasan los autobuses llenos y hay que esperar, o simplemente encender un cigarrillo y subirse el cuello de la chaqueta y caminar, caminar bastante, cruzar las calles, viendo pasar a tanta gente que es como Fernández, que espera los autobuses, que sale de sus oficinas mediocres, y se toma unas cervezas, mientras uno cuenta que se echó un polvo con una carajita, y pasa un rato así, pero hoy no, porque está lloviendo, está oscurísima la tarde, y la gente corriendo persigue a los autobuses y se empapa los zapatos y el ruedo de los pantalones.

Yo te voy a describir la vida de Fernández -dijo Eduardo-, y la de Ricardo también. A Ricardo tú no lo conociste -le dije-, no vas a saber escribirla. Son personajes emblemáticos, Pepín, personajes que he conocido, aunque no sea tu Ricardo, ni la intimidad de ese pendejo de Luis Fernández. Esa fiesta, a la que supongo que Fernández no fue, puesto que le cayó a golpes a la mujer, es una fiesta a la que he ido. Puedo describirla tal como fue, porque tengo las fotos de otra muy parecida.

Yo a Eduardo le paso muchas cosas, y una de ellas que siempre lo sabe todo. La gente instruida es muy autoritaria.

EL FOTÓGRAFO AMBULANTE / 3

Encontré unas fotos que debí tomar hace pocos años en alguna fiesta de amigos decentes, como diría mi madre. Seguramente prometí enviarlas, y como casi siempre ocurre en estos casos, me olvidé de hacerlo.

—Mira, aquí tienes a Fernández y a Ricardo -le dije a Pepín.

Las vio y me contestó: —No se parecen en nada.

—Son personas muy parecidas -insistí.

Pero ese tipo de bromas no le gusta. Pepín es un ser muy apegado a la verificación más nimia, y muy molesto se fue diciendo que estaba muy ocupado. Decidí componer mi *picture story* en soledad e imaginé aquella fiesta cuyos pormenores he olvidado.

Llegaron temprano; ella, nerviosa cuando apretaron el timbre, alisándose el vestido recién comprado en unas rebajas y repintándose los labios; él, desganado, con bluyines y camisa abierta para evidenciar que no le daba importancia a los cumpleaños de Carlos. Al verlo, sonriente, el pelo ya bastante cano, en buena forma, bronceado, juvenil, tratando de ser cálido, tuvo por un momento un gesto de cariño recordando los días del bachillerato, ya tan lejanos, y la visión de dos adolescentes sacando la cuenta del dinero que tenían en el bolsillo, o de Carlos explicándole matemáticas, Carlos y él en la playa, corriendo en la arena y revolcándose. Carlos lo abrazaba.

—¿Cómo estás? Si no es porque cumplo años, tú no te dignas a llamarme nunca.

—Tú sabes cómo es él -se adelanta la mujer a excusarlo-; yo siempre le estoy diciendo, vamos a llamar a Carlos y a Ángela. Luis te aprecia muchísimo, tú lo sabes.

—Pues claro que lo sé, la amistad de niños no se olvida nunca, por más que pasen los años. Y han pasado unos cuantos, ah -y se rió bonachón-. Vamos a celebrar estos cuarenta y cinco, tú los cumples pronto también, no te la vas a dar de jovencito -y saca una botella de champaña que espera en el cubo de hielo-. ¡Por nuestros cuarenta y cinco pasados y los cuarenta y cinco próximos! -Todos beben y tratan de reír.

—Esta vez no he querido invitar a mucha gente, sólo los amigos de entonces. Para pasarlo bien, en plan íntimo, recordar buenos tiempos y beber juntos. Pero tú ya no bebes, caramba; antes íbamos a los bares a ver quién nos invitaba a un *whisky*, ¿te acuerdas de aquel viejo?, ¿cómo se llamaba? Don Matías, sí, hombre, don Matías Solórzano, que nos invitaba a tragos para que le oyéramos sus historias de cuando había sido ministro de la dictadura, ¡qué tiempos!, ah, ya uno no se divierte como entonces. Si tomas mucho, te da acidez; si comes, engordas, y si…, tu mujer te forma un lío. ¿Qué hace uno? Bueno, cuéntame, ¿y cómo te va en tu trabajo?

—Bien, como siempre -contestó avergonzado.

—¿Sigues en esa oficina? Yo te lo he dicho, vente a trabajar conmigo, sal de esa rutina.

—Es que Luis tiene poca iniciativa -tercia de nuevo la mujer-. Yo se lo digo siempre, tienes amigos como Carlos, que estarían dispuestos a ayudarte, pero él nada, sigue en su mismo trabajo…

—En mi mismo trabajo mediocre -continúa él sorbiendo la champaña.

—Bueno, bueno -interrumpe Carlos-, no vamos a hacer de esto una reunión de trabajo, estamos aquí para divertirnos. Ángela, abre la puerta, me pareció escuchar el timbre. ¿Sabes quién debe ser? Pausanias García. ¿Te acuerdas de él?

—Vagamente -contesta Luis sirviéndose de nuevo la copa.

—Sí, chico, Pausanias, el poeta. Estudió con nosotros cuarto y quinto años; es un tipo muy divertido y muy culto, ah, muy culto. No ha tenido mucha suerte como poeta, pero dicen que es extraordinario, te advierto. Me lo encontré el otro día por pura casualidad saliendo del metro, y lo paré, y nos tomamos un café y le dije que viniera hoy. A Ángela le gusta ese tipo de amigos, tú sabes, ella es muy intelectual, le gustan los conciertos, la música, la poesía. Dice que mis amigos son muy aburridos, pero qué voy a hacer. No puedo dejar de reunirme con la gente de negocios, forma parte de la vida de un ejecutivo. Es el aspecto negativo de… ¡ah!, pero si aquí está Pausanias, adelante, adelante, mira quién ha venido, seguro que te acuerdas de él, bastantes cervezas nos tomamos juntos.

Luis y Pausanias se abrazan: —¡Cuánto tiempo sin vernos! Así es. ¡Cuánto tiempo!

—Bueno, poco a poco van llegando los amigos. Es lo que yo le digo a Ángela, nada da más placer que reunirse con los amigos de verdad, los que uno sabe que lo quieren por uno mismo y más nada, amigos de siempre. Lástima que la vida sea tan enrollada; uno pasa el día de reunión en reunión, de compromiso en compromiso, y queda tan poco tiempo para hacer lo que a uno le gusta. Viene también Antonio

Ferrera. ¿Se acuerdan de Antonio?, ¿no? ¡Ah, y mira quién está entrando! ¡Un abrazo, Eduardo!

Había aceptado la invitación de Carlos con cierto temor. Siento una gran aversión por todo tipo de falsa celebración y de falso reencuentro. Aniversarios de recuerdos, remembranzas de gente que ya nada puede decirse porque no hay nada en común, menos la salvaje nostalgia de la juventud. Vanos intentos de hacer como si algo nos subsiste. Pero finalmente había dicho que sí, por satisfacer su ruego, casi de niño esperando que una buena hada madrina le conceda todo en su día feliz; cedí un poco al sentimentalismo de no querer estropear su quizá falsa ingenuidad de creer que verdaderamente deseábamos vernos de nuevo. Había algo infantil en Carlos, al ofrecernos la champaña que ninguno de los presentes podía comprar; al mostrar su casa, evidentemente de un rango superior a las de los demás; al presentar su feliz matrimonio como una inagotable aventura de amor de la que ninguno presumía; al querernos hacer sentir que la vida era una fiesta, y era tan fácil, sólo había que creerlo. No sentía rabia, como les ocurría a Luis y a su mujer, confinados en su pequeña gran envidia por lo que deberían haber sido y no eran; no sentía la ironía de Pausanias por aquel mundo que le parecía innoble y ridículo; no sentía el desprecio callado de Antonio Ferrera, eterno luchador social, cuya máxima frustración no era la de haber fracasado en la revolución de las masas sino en no haber pasado de secretario de finanzas de una regional secundaria del Partido. Sentía sólo un vacío, un espacio teatral en donde algunos fantasmas trataban inútilmente de tocarse y de comprobar si todavía eran reales o unas voces lejanas de adolescentes aullando contra la vida.

—¿Trajiste la cámara? -decía Carlos-. Quiero que nos saques unas buenas fotos, pero las revelas y las mandas; ah, no esas fotos que alguien toma y nunca se vuelven a ver. Pienso que en la terraza de atrás quedarían bien porque está muy iluminada. Ahora, después de la comida, las hacemos. Ángela se ha lucido con el menú; les advierto que es una gran cocinera y que si alguien deja algo en el plato, bueno, se deprime una semana.

La mujer de Luis intenta una conversación de recetas de cocina con Ángela para sentir que existe entre ellas un plano de semejanza; obvia naturalmente que su menú de comida diaria es bastante diferente a una receta de *crèpes* de langostinos al *whisky* que Ángela ha preparado especialmente para la ocasión; obvia la diferencia entre cocinar por placer o porque hay que comer; obvia la colección de libros de recetas que Ángela le muestra en su lujosísima cocina; obvia todo porque quiere sentir que ambas son mujeres, amas de casa, y por tanto, iguales. Tomo en este momento una foto de las dos mujeres cuchicheando al lado de la olla. Ángela estira su mano perfumada

hacia un juego de cucharas de mango de cerámica esmaltada y remueve una salsa; la mujer de Eduardo la mira, sus ojos se pierden en los de ella.

—Esa foto me gusta -ríe Carlos-. Demuestra que las mujeres en el fondo no quieren liberarse, por lo menos las mujeres de antes, y que les siguen gustando la cocina y los niños. -Abraza a Luis y le dice al oído: —Menos mal que tú y yo nos encontramos a unas mujeres de antes, ah, qué hubiéramos hecho casados con unas liberadas. ¡Pasar hambre!

Otra de las razones por las que en general evado las fiestas de ex amigos es por la profusión de chistes malos que se suceden. Y es lógico, el humor necesita siempre un espacio de complicidad, unas referencias comunes. El terrible temor de herirnos mutuamente, cuando invade todos nuestros gestos y nuestras palabras, hace necesario recurrir a intentos jocosos que se van agrietando en los labios, que van petrificando un lenguaje banal que, en general, soporto mal. Por un instante tuve la sensación de estar en la foto equivocada, de que quizá nunca nos habíamos conocido ni había existido ese colegio que Carlos tanto recordaba y era sólo la imagen de un encuentro ficticio. Desde luego estoy absolutamente seguro de que no habíamos vuelto a vernos hasta hacía muy poco tiempo. La compañía constructora de Carlos inauguraba un gigantesco plan de vivienda social y había contratado los servicios de la agencia de publicidad para la cual ocasionalmente yo trabajaba. Efectivamente, recuerdo haber tomado las fotografías del apartamento modelo para el folleto de propaganda y haber asistido a un coctel de celebración cuando se cerraron las ventas. Carlos insistió tanto que no pude negarle mi número de teléfono. A mi mujer le encanta conocer amigos distintos, me dijo. La idea de ser alguien distinto me sorprendió un poco, quiero decir, la idea del especimen único o de mujer barbuda o de araña amaestrada que Carlos parecía encontrar en lo que hasta entonces yo había considerado mi modesta persona. Ante aquella catalogación, que me hacía formar parte de un *light entertainment show* para la mujer de Carlos, no pude menos que reírme y desde entonces me imaginé a Carlos como a un coleccionista de personajes considerados extravagantes para agotar el inagotable apetito de diversión de una señora desconocida. Me la imaginaba como una Salomé devoradora de cabezas en recompensa a sus bailes; pero la imagen que iba captando de ella en la fiesta me rectificaba aquella fantasía, me parecía que era más bien una necesidad de Carlos de buscar platos exóticos que ofrecerle a una mujer aburrida, cansada a pesar de los masajes, las clases de aeróbics, los cursos de cultivo de hidroponias, las fiestas a beneficio de los hijos de los empleados de la compañía, el abono a cuarta fila de patio de todos los conciertos, sus

aventuras gastronómicas, sus veladas literarias con la guía de un crítico, su asistencia a todas las inauguraciones de exposiciones de arte; su tutoreo médico en Nueva York, que afortunadamente había detectado a tiempo un incipiente carcinoma de seno; su puntual asistencia a las sesiones de psicoanálisis; su, en fin, atareada vida. Sin embargo, en la foto que tomé de ella en la cocina, reflejaba un rostro cansado, unos ojos sin mirada, que apenas rozaban los muebles y las personas. Y aparecía aún más cansada cuando la voz de Carlos se escuchaba realzando sus infinitas cualidades.

—¿Qué les parecen las *crèpes*? Soberbias, ¿no? Ángela hizo un curso de cocina con un *chef* francés y se graduó con todos los honores. ¿Quieres más vino, Pausanias?, te veo poco animado; uno espera de un poeta que sea maestro del buen hablar, aunque he oído decir que a veces los escritores solamente cuando escriben se expresan a gusto, y que muchas veces son personas más bien calladas, ¿qué opinas tú?

Por un momento temí que Pausanias se viera tomado por su clasificación de amigo distinto y se animara a entrar en el tono de enano de circo o de niño con seis dedos que Carlos quería imprimir a nuestras ajadas presencias; pero no lo hizo, contestó solamente: Hay de todo, hay de todo. Y aceptó que le llenaran de nuevo la copa. Buen vino, Carlos -dijo casi entre dientes-, tenía tiempo que no me tomaba un vino de categoría.

Comíamos en una sala iluminada débilmente; al fondo, una terraza abría al jardín. Yo estaba sentado frente a Pausanias; veía su rostro amarillento, prematuramente envejecido; se teñía el pelo, unas guedejas ralas que adoptaban un tono rojizo y evidenciaban su impostura; los dientes, mal cuidados, ennegrecidos de tabaco. Era de muy pequeña estatura, y su cabeza, tan grande, producía un efecto ridículo cuando se erguía sobre el cuerpecillo de cortas piernas que la sostenía. Se veía indefenso, vulnerable, atropellado. Su única venganza, y la ejerció varias veces durante la noche, era iniciar conversaciones acerca de autores que -lo sabía muy bien de antemano- eran absolutamente desconocidos por el resto, y, además, pronunciar sus nombres con perfecto acento francés o alemán o inglés, según el caso; incluso llegó a mencionar a una novelista japonesa del siglo XII, a los postres. Una sonrisa llena de miedo y de odio se esbozó en su boca, abriéndola como un hueco negro y pestífero, cuando Carlos comentó que, si la compañía arrojaba buenas ganancias aquel año, como él esperaba, habían pensado destinar una partida para gastos culturales y que esos gastos culturales muy bien podían ser la publicación de unos poemas eternamente inéditos de Pausanias.

—Te lo agradezco mucho -dijo Pausanias-; en todo caso, no me comportaré a lo John Kennedy.

Nadie se rió

—Quiero decir -continuó Pausanias, insistiendo en su venganza- que no seré tan necio para caer en la conjura de los inéditos.

Nadie entendía el juego de palabras y la mujer de Luis, para salir del desagrado evidente que producía aquella extraña respuesta, preguntó si el presidente Kennedy había escrito versos. Ángela aseguró que no.

Tomé una foto de Pausanias hablando con Antonio Ferrera en la terraza. Se recostaban en un muro lleno de matas que colgaban, y Antonio Ferrera, de estatura normal, parecía un hombre regañando a un niño por haberse portado mal en la escuela. Antonio había permanecido silencioso en la comida, bailaba una copa de *coñac* junto a Pausanias y me invitó a unirme a su conversación. Hicieron primero un pequeño recuento de amigos comunes, ex exiliados, ex combatientes, ex partido, ex casi todo. Antonio toleraba con cierta ternura la descarga ácida de Pausanias nombrando a todos los ex compañeros, le permitía su remontarse a 1956 para recordarle la invasión de Hungría; le dejaba volver a 1968 para infligirle la invasión a Checoslovaquia, como si Ferrera hubiera estado al mando de los tanques; lo restregaba por Padilla, por Piñero, por Reinaldo Arenas, y culminaba en el exilio interno de Lezama, mientras se servía más *coñac* y Ferrera asentía, como un niño que reconoce sus culpas, un ladrón agarrado con la mano en la cartera, una adúltera instantes antes de la lapidación. Todo eso es cierto -repetía con voz ronca, emocionada-, todo eso es cierto. Pausanias iba adquiriendo estatura, iba alzándose, y de pronto era Antonio quien se empequeñecía, quien tenía los ojos húmedos, como si una vez más le estuvieran arrojando a sus hombros todos los pecados de la humanidad.

—Sin embargo, sin embargo -parecía recuperarse-, tú no puedes, como intelectual, condenar un proyecto revolucionario por los errores de aplicación que ha tenido; el socialismo real tuvo apenas ochenta años de existencia; si lo comparas con el tiempo histórico del capitalismo, no es nada.

—Ah, los errores de aplicación -Pausanias engullía aquella frase como un ave de rapiña-, los benditos errores de aplicación, la terapéutica social que siempre falla por los míseros errores de los dirigentes; siempre hay un cristiano escondido detrás, el mesianismo que fracasa porque los hombres son impuros sacerdotes de la doctrina de Cristo.

—Lo que pasa -decía Antonio, intentando golpearlo inútilmente-, lo que pasa es que el egoísmo de los intelectuales sólo aspira a la libertad y les hace negar las conquistas populares; tú, por ejemplo, fuiste militante y después de la derrota…

—La derrota de qué, la derrota de cuándo. Siempre hay una derrota cobarde que arrojarnos a la cara. No se trata del fracaso,

Antonio, no se trata de eso; el fracaso para mí es una forma de vida, un oficio casi; he fracasado en todo lo que me he propuesto, en todo lo que he deseado, en todo, entiendes, en todo -su rostro amarillento, de muñeca de cera, recuperaba cierta vida, en la medida en que la voz se le quebraba y los ojos dejaban salir una legaña húmeda-, en todo, ¿ves? -se restregaba los ojos-, menos ahora, parece, ¿no has oído a Carlos? Me van a publicar unos versos dentro de la partida de gastos culturales, ¿no es simpático eso, ser un gasto cultural?

—Carlos es un buen tipo -decía Antonio-, no lo tomes a mal; él tiene una perspectiva totalmente distinta a la nuestra, tiene la perspectiva del éxito.

Pausanias ahora se reía: —He fracasado tanto que publicar unos versos no me interesa; tenía que haber sido veinte años atrás, ¿entiendes?, treinta años atrás, cuando hubiera tenido tiempo de quizá llegar a escribir algo que valiera la pena.

—Mides las cosas dentro de un tiempo jodidamente individual, veinte años es tiempo para un hombre, no para un proceso social.

—Sí, porque para mí no hay más que hombres; me cago en los procesos, ¿entiendes?, no hay más que hombres y yo soy uno de ellos, Pausanias García, el poeta. Y tú eres Antonio Ferrera, el segundo subsecretario de finanzas de una regional del Partido, y esos años que has perdido no te los devuelve ningún proceso social, esa compañera que te dejó cuando estabas en la cárcel no te la devuelve el proceso social, esas arrugas que tienes debajo de los ojos, ese miedo salvaje que pasaste cuando te pusieron preso, esa electricidad en las bolas, Antonio, no te los quita nadie.

—Todo eso forma parte de mi vida; tampoco quiero que me lo quiten; no sería nadie sin todo eso. Es más, siento un cierto placer al recordarlo; entonces era, no sé, era más importante, me estaba jugando la vida, Pausanias, y jugarse la vida quiere decir que uno tiene algo que perder y algo que ganar. Ahora, si quieres que sea sincero contigo, o por lo menos yo quiero serlo, ahora no soy absolutamente nadie, porque ahora no tengo nada que ganar y ni siquiera algo que perder. Después que mi compañera me dejó, las otras mujeres han sido una manera de no pasar solo todas las noches; mi cargo de secretario tenía tan poco trabajo que pude volver a la universidad, a mi antiguo puesto de instructor; claro que me jodía ver a los amigos en otros niveles, con una obra escrita, rivalizando por cargos y premios de ascenso, y yo, Pausanias, como un muchacho otra vez, empezando a los cuarenta, y discutiendo con jóvenes que sabían más que yo, siempre dispuestos a cuestionarme, quizás no a mí, pero a todos, a todo; y te jode, Pausanias, te jode reunirte a leer informes que no decían absolutamente nada, y a nadie le interesaban, para un partido que ya no existe. Pero pienso en mi papel histórico, entiendes,

y eso me da un consuelo, por lo menos, un descanso, y un triunfo, sí, también un triunfo, porque eso lo tengo andado, y me da cierta solvencia moral para aguantar las críticas, incluso para hacerlas yo mismo, para revisar yo mismo los errores. Tengo la convicción de esos errores, Pausanias, pero quiero creer que han sido de buena fe, porque yo he creído en eso, ¿entiendes?, no puedo de pronto cuestionarme hasta mis últimas bases, arrasar con todo lo que ha sustentado mi vida y decirme: Eres un idiota, Antonio Ferrera, y además, porque creo en lo que he hecho, coño, porque creo en eso.

Antonio Ferrera sudaba, su pelo oscuro se agitaba, y se pasaba la mano por la frente; se veía de pronto lleno de ánimo. Tomé una foto de los dos hombres hablando; entre ellos se veían las piernas de Ángela y de la mujer de Luis, sentadas al fondo. Se veían las matas que colgaban del muro y una ternura que se dibujaba entre ellos.

—Seguro que Pausanias y Antonio se han puesto serios -interrumpió Carlos-. Nos tienen a mí y a Luis abandonados; estábamos recordando un día que Luis le robó el automóvil a su papá para irnos de rumba, ¿ya estábamos en la universidad? Sí, sí, primer año de ingeniería, claro que sí, yo nunca acabé de entender por qué dejaste la universidad.

—Más bien pienso que la universidad me dejó a mí, ¿no te parece? Examen tras examen fui rezagándome, arrastrando materias, perdiendo años. Un día tuve que ponerle punto final.

—Pero, ¿por qué, por qué?, tú eres un tipo inteligente, Luis, siempre pensé que eras más inteligente que yo; yo muchas veces me aprendía los procedimientos de memoria, no creo que los entendiera mucho, y tú, en cambio, pasabas horas delante de un problema hasta que lograbas captar la esencia de la cosa, poco práctico, quizá, pero muy inteligente. Como tú se graduaron muchos, con arrastres y tropiezos, pero llegaron al final. Yo no te voy a decir que el éxito de un hombre depende de un título, no lo creo en absoluto; sin ir más lejos, uno de mis socios tiene apenas el bachillerato; pero te abre puertas en una sociedad como ésta, te abre caminos.

—No lo sé, Carlos, no sé muy bien qué me pasó, tampoco trato de entenderlo, he aceptado mi vida tal como es; quizá me hizo daño ponerme a pensar si verdaderamente yo quería ser ingeniero, quizá estaba muy enrollado, y pensando, pensando en qué quería ser, terminé por ser nada. Pero voy tranquilo, sabes, soy un tipo de gustos modestos y lo que gano me paga mi diario; mis hijos no irán a los mejores colegios, mi mujer no tiene servicio, no es una gran vida, nada que ver con la tuya, pero se va viviendo.

—Yo podría ayudarte, Luis, yo quisiera ayudarte, algo se podría encontrar en la compañía, un mejor sueldo.

—Es que no se trata de eso, no tiene nada que ver con eso, no creo

que podamos entendernos. Tú eres un hombre de éxito, tienes una mujer bella, todo el dinero posible, te veo con frecuencia en los periódicos, has triunfado. Para mí, ganar algo más no representa mucho, quizá sí, que mi mujer no me fastidie tanto; por ese lado, sí, por ese lado te aceptaría un puesto en la compañía. ¿Sabes qué hacía yo cuando estábamos en la universidad, poco antes de dejarla? Salía en autobús a dar vueltas por la calle, recorría barrios, calles y más calles, miraba a la gente preguntándome quiénes eran, qué hacían, si eran felices. Cuando perdí ese año, el último que estudié, tuve la idea de suicidarme, pensé en matarme. No veía nada delante de mí, cerraba los ojos y sólo veía algo negro, hasta que poco a poco me fui acostumbrando a la idea de que yo no sería ese profesional exitoso deseado por mi padre, pero me fui acostumbrando y hoy en día, cuando voy por la calle, ya no me ocurre como antes, ya no estoy pensando en la gente, qué son, adónde van, qué quieren, no me voy preguntando si seré como ellos. Soy uno de ellos. Me pierdo entre ellos y no me hago más preguntas. Perdona, Carlos, este discursito; no era mi intención amargarte la fiesta, pero como me insistes en lo del puesto en tu compañía…

—No es nada, chico, no es nada. No quería tampoco molestarte, sólo que sepas que tienes un amigo y más nada, que lo sepas.

Se sirvieron otro *coñac*. Carlos, de pronto, se veía menos juvenil, menos bronceado; el trasluz lo empalidecía, dejaba ver las arrugas, las bolsas debajo de los ojos, un cierto cansancio en los músculos antes tensos, los pies cruzados con cierta lasitud, cierto dejamiento que invadía una imagen antes dinámica.

—Bueno -siguió hablando-, la vida tiene sus cosas, tú pensarás que soy un tipo completamente feliz.

—No, no lo pienso -contestó Luis.

Era evidente que todos estaban ya bastante bebidos y que el tono de las conversaciones se hacía confesional, torturado, de esa intimidad incómoda que antecede a una mañana en la que todo el mundo se arrepiente de lo que ha dicho. Me pareció el momento de irme y lo intenté. Pero Carlos se abalanzó sobre mí. Se había aflojado el nudo de la corbata, tenía el pelo revuelto, la lengua pastosa, me inspiraba lástima. Me rogó, me suplicó, parecía que yo debía cumplir un papel esencial en aquella velada. No te vayas todavía, Ángela no ha hablado contigo, no te ha conocido bien. Tenía la absoluta seguridad de que, aunque Ángela y yo habláramos toda la noche, no nos íbamos a conocer y tampoco tenía ningún interés en hacerlo, pero para Carlos era trascendente que Ángela conociera a su amigo fotógrafo, pintor y homosexual. El oso que baila, el perro que toca piano, el periquito que canta el himno nacional.

—Carlos, es tarde, estoy en un período de abstinencia porque si me

tomo un trago no me puedo parar.

—Quédate, por favor -insistió.

Me angustiaba ver a aquel hombre desesperado por mi presencia, porque me era absolutamente imposible entender cuál era su necesidad de mí. Accedí y me serví una soda para tener un vaso en la mano. Me puse a curiosear la colección de discos, evidentemente magnífica, completa, desde piezas de música isabelina hasta el *rock* ácido, preguntándome si alguien escuchaba aquellos discos; parecían nuevos, casi sin abrir. A lo lejos veía a Pausanias y a Antonio Ferrera; ahora se reían, se pasaban el brazo por el hombro. Ángela se me acercó, al parecer había estado esperando toda la noche para hablar conmigo, acontecimiento único en su existencia. Veo que eres aficionado a la música, dijo para introducir la conversación. Soy bastante cruel con las personas que inician la conversación en forma banal, usual, y por el contrario, me atraen las que comienzan por una punta inesperada, suelo entrar con ellas en intimidad rápidamente. En cambio, con el otro tipo, una nube de lugares comunes me invade y el aburrimiento de pronunciarlos me lleva a un mutismo incómodo, y repito que cruel, porque sé muy bien que dicen lo que deben decir.

—Tienes una casa muy bonita -le comenté para competir en frases hechas.

—Sí, la hemos construido y decorado con mucho cariño.

Me ganaba, punto arriba.

—Sí, se ve que hay un toque personal -empaté.

—Carlos me ha hablado mucho de ti como de una persona diferente -punto arriba.

—Yo también quería conocerte -nuevo empate.

—No lo creo.

Por fin, una ruptura. Me sorprendió aquella afirmación tan brusca.

—¿No lo crees? Quizá tengas razón, soy un poco huraño, voy poco a fiestas.

—No es por eso, es porque en mí no hay nada interesante.

Definitivamente, abatido por mi contrincante, me quedé mirándola sin saber qué decirle.

—Lo interesante o no de las personas es algo muy relativo; en todo caso, me parece extraño que lo digas así.

—Me gustaría hablar contigo, quisiera saber qué pensabas cuando me tomaste las fotos en la cocina.

Me resistí un poco diciéndole que no pensaba nada, sólo la había visto en ese momento como una imagen a captar.

—Eso es precisamente la verdad, porque sólo soy una imagen. No existo más que como imagen de él -señalaba a Carlos-, de su mundo, de su éxito, de su felicidad. Soy la prueba, el testigo de que es feliz, y

esa función me sostiene; prolongo su vida, las consecuencias fastuosas de su vida.

—Y de la tuya.

—No, de la mía no, porque nada de eso me pertenece, ni siquiera me pertenezco yo. ¿Sabes que le pedí el divorcio a Carlos? -Negué con la cabeza, puesto que no sabía eso ni nada-. Quise divorciarme pero él no quiso. ¿Sabes por qué? Porque arruina su imagen; el matrimonio da solidez, prestancia, seguridad. Pensarían que algo va mal, que no es tan equilibrado y maduro como aparenta, que podría perderse buscando jovencitas a la caza de divorciados ricos. Carlos aspira ahora a entrar en política, es su verdadera vocación; el dinero no le interesa tanto, no tiene tiempo para gastarlo, compra sin poder consumir. Su divorcio sería un obstáculo a sus proyectos, un inconveniente, una mancha en el currículum, una cierta inestabilidad que no cae en el momento apropiado. Nuestra imagen es la de la pareja feliz, de propaganda de revista *high life*; sería un mal estímulo publicitario romperla y no está dispuesto a ello, quizá más adelante pero no ahora. ¿Entiendes por qué no soy más que una imagen? Entonces me propuso un arreglo, luz verde, que haga mi vida. Mi vida. Me gustaría saber qué entiende él por mi vida, algo como una cosa, supongo, algo que se usa de vez en cuando, pero que no puede sacarse a la calle todos los días. Me propuso incluso comprarme un pequeño apartamento para que yo pudiera hacer en él «mi vida».

Si algo me molesta es que una persona se sienta en el derecho de arrojarle a uno su miseria por la cara con la desfachatez de quien deja derramar un vaso y luego pide excusas.

—Verdaderamente, Ángela -le dije-, tu situación es difícil; no sé si podría ayudarte, no me siento capaz de decirte nada; entre otras cosas, no me he casado nunca, así que lo ignoro todo de esa aventura; mis relaciones sentimentales han sido muy diferentes a las convencionales y lo que dices me deja, hasta cierto punto, sorprendido.

—Por eso mismo -insistió-, por eso mismo me interesa tu opinión.

—No soy un consejero matrimonial, no creo que pueda ayudarte. Lo único que se me ocurre es decirte que te vayas, pero supongo que una solución tan fácil se te debe haber ocurrido sin que yo la mencione.

—Es imposible, imposible.

Sus ojos llorosos se agarraban de los míos como una hiedra; tenía la sensación de que, si intentaba huir y levantarme, Ángela me detendría con sus brazos y me haría sentarme de nuevo, me retendría con la misma fuerza con que Carlos la retenía. Sus palabras lloriqueantes, su mohín de niña desgraciada, de heroína postiza, se pegaban a mi piel como una serpiente que se enrollaba y me asfixiaba.

—De verdad, Ángela, quisiera ayudarte, pero no veo cómo; quizá te sirva de alivio que te haya escuchado, pero no creo que pueda ofrecerte más que eso.

—Si me voy, me quitará los niños, me dejará sin dinero. Yo no soy una mujer profesional, no tengo medios propios, no sé hacer nada más que tonterías, un barniz cultural que he adquirido para no aburrirme, un vientecito de cultura que se me ha pegado de viajar y comprar cosas, pero nada más; no sé ni escribir a máquina -lagrimeaba-, ni escribir a máquina, ¿cómo podría defenderme?

—Ciertamente, es difícil. Tendrías que pasar por una etapa de aprender algún oficio, algún medio de subsistencia.

—Pero, ¿cómo? ¿Tú crees que a mi edad yo podría trabajar en algo que me diera el mismo nivel de vida al que estoy acostumbrada? Sería imposible. Una amiga me ofreció un trabajo en la compañía del marido, de representante de ventas, pero lo que me pagaban no era ni la mitad de lo que yo gasto en ropa, ¿entiendes? -entendía perfectamente pero no quería decírselo-. Y los niños, si me quita los niños, ¿cómo podría resistir eso?

—Tampoco he tenido hijos -le respondí-, me es difícil ponerme en tu caso, pero entiendo que debe ser terrible.

—Tú eres un ser libre.

Me pareció el punto final de la conversación. Sentí unas ganas irrefrenables de hacerle una frase, una gran frase a Ángela. Le dije:

—Tengo otras esclavitudes.

La dejé llorosa y tragándose otro vaso sin importarme. Después de aquella conversación, menos podía entender la insistencia de Carlos en retenerme, salvo que, como decía Ángela, ella fuera no sólo la imagen de sus éxitos, sino también de sus miserias, y a través de ella quería mostrarlas a un testigo que se perdería en las calles oscuras y se alejaría llevándose la imagen mezquina de sus vidas, alguien que obligadamente debía presenciarlas para que ellos pudieran seguir disfrutando de su representación, para que la visión de Ángela, llorando su vida imposible al pie de la magnífica discoteca, fuera de mi propiedad, para que la tristeza grave de Antonio Ferrera se dejara descolgar entre la pretendida ironía de Pausanias, para que Carlos pudiera decirles a Luis y a su mujer cuánto los quería y cómo estaba dispuesto a ayudarlos. Pensé que nos invitaba para mortificarse, para poder, por un momento, sufrir con nuestra visión de seres fracasados, para recibir algún castigo por sus éxitos.

Tuve una impresión curiosa. Cuando tomé aquellas fotografías, mi ojo era un personaje activo y un intruso en el mundo de los otros; en una segunda mirada, sentía que mi ojo era pasivo, y era mi mirada la

que había sido violada, como si todas aquellas imágenes fueran punciones dolorosas acometidas contra mí. Más que un mundo expuesto a mi cámara, me vi sometido, obligado, a unas imágenes que me habían mirado.

Al volver en una segunda mirada a las fotos, la imagen de Ángela era una de las que más me herían. Su mirada suplicante, su gesto victimizado, sus manos tratándose de agarrar de algo o alguien, los ojos sorprendidos de Carlos, su expresión perpleja, como si no entendiera nada de lo que sucedía a su alrededor, los ojos pequeños de Pausanias amenazando a los otros, buscándoles sus enanismos o creándolos, los ojos serenos de Antonio Ferrera que ya no contemplaban nada, los ojos de Luis Fernández y su mujer, solidarios en su aburrimiento, quizá culpándose mutuamente de todo lo que no había acontecido en sus vidas. Eran éstas el tipo de fotografías que había seleccionado para mi *picture story*, personajes que no podían ser redimidos porque el cruce de sus miradas representaba un circuito de malentendidos imposibles de descifrar, encerrados en laberintos propios que ellos mismos habían creado y cuya llave habían olvidado después de cerrar las puertas. Sin embargo, al volver a mirarlos ahora, me parecía que sus ojos me condenaban por haber sido un testigo irresponsable. En aquel momento todos ellos me parecían estar vinculados por lazos explicables y sensatos; ahora, las fotografías solas, liberadas de su contexto de reunión de ex amigos, resaltaban la independencia de unos y otros. Una foto de Luis y su mujer en la terraza acusaba lo que entonces no se había visto, eran solamente un hombre y una mujer, sentados uno al lado del otro, y sus miradas paralelas podrían ser muy bien las de dos sujetos que coincidían en una sala de espera; sólo los gestos de ambos levantándose juntos para irse delataban que entre ellos existía un compromiso. La mujer de Luis y Ángela, en la cocina, podían muy bien ser dos mujeres seleccionadas para una propaganda comercial. Pausanias hablando con Ferrera, un hombre que había detenido a otro en una esquina para pedirle una dirección, y Carlos, intentando unir aquellas conversaciones divididas, un hombre desconcertado que de pronto hubiera aterrizado en el aeropuerto equivocado. La fuerza de aquello que los unía había desaparecido por completo de las instantáneas, las fotos denunciaban de una manera hiriente su soledad. Recordé, por un momento, para evadirme del efecto que me producían, una comedia de Ionesco que vi cuando vivía en París, en la que los personajes reinventaban nuevos vínculos que sostuvieran sus presencias, y me imaginé que de pronto Luis daba el brazo a Ángela y la mujer de Luis (nunca recuerdo su nombre) a Pausanias, mientras Carlos y Antonio Ferrera montaban en bicicleta por el largo corredor.

No me siento ajeno a estas consideraciones, y no puedo dejar de

pensar que la naturaleza de sus vínculos es bastante común; lejos de ser personajes muy especiales, son, por el contrario, bastante frecuentes y la impostura de sus relaciones no me es extraña. En aquellas fotografías que no me reproducían, mi ausencia sólo delataba los hilos escondidos que me unían a ellos; pero, al igual que los personajes en cuestión, yo también había dudado muchas veces de la veracidad de mis vínculos. Quizá por eso mis relaciones han tenido siempre la característica de instantáneas, pero no puedo ocultarme a mí mismo el haber experimentado alguna vez la misma sensación que nos acomete cuando, de pronto, una foto nos hace preguntarnos: ¿quiénes son ellos?, ¿qué hago yo allí?, ¿estuve alguna vez?, ¿qué mano insensata puso mi imagen entre la de estos desconocidos? Los ojos de Ángela, mirándome ahora desde el papel, parecen gritarme que le devuelva una extraña apariencia de la cual yo la desnudé. Únicamente a través de la fotografía he tenido la experiencia de develar la intimidad de las mujeres. Hay en ello algo que me repugna, pero también me atrae. No soporto, sin embargo, la manera como las mujeres muestran sus fracasos. El impudor del que son capaces, la alta estima en que tienen su vacío.

LA FELICIDAD DETRÁS DEL OLVIDO / 6

A mí me hubiera gustado escribir un cuaderno de don Emilio, mejor dicho, lo tengo escrito. Cuando Eduardo lo leyó, lo tachó todo y dijo que eso era puro *kitsch*. Para humillarme, porque él sabía que esa palabra no venía en el diccionario, y además, que yo se lo dije, no todos tenemos por qué pensar lo mismo, aquí en la casa siempre se ha admirado a don Emilio, y si alguien puede quejarse soy yo, que me toca lavarlo cada vez que se hace encima. Luego creo que se arrepintió y me dijo que escribir la historia de don Emilio era un gusto que se quería dar, y me prometió que después que la terminara me iba a dejar una parte a mí, pero no lo hizo.

El ascenso y la declinación del poder de don Emilio era una leyenda de conocimiento obligatorio en la casa. Relato al que posiblemente se le iban añadiendo fragmentos, desfigurando otros, omitiendo pedazos y condensando anécdotas, pero cuyo recitado era como un requisito de ingreso. Eduardo lo había escuchado cien veces de Pepín y se sentía con la aburrida condescendencia de quien no puede negar una limosna cada vez que le decía: Eduardo, ¿te han contado cómo don Emilio llegó a general?, ¿tú te sabes bien el cuento aquel, cuando mató a un hombre que venía a asesinarlo por la espalda? Eduardo, ¿tú has oído la historia esa de que don Emilio tenía cincuenta mujeres a la vez y todas le parían el mismo año? Eduardo no sólo sentía repugnancia por el cuerpo del viejo sino también por el relato aureoleado de héroe mítico con que se pretendía realzar su figura. Odiaba la visita metódica e infaltable de cada jueves, en que, por turno, y posiblemente siguiendo un orden establecido, quizás alfabético o cronológico, los hijos, nietos y bisnietos de don Emilio desfilaban por la sala de visitas, nunca en grupos mayores de cuatro, con la idea, muy práctica, por otra parte, de que a cada persona no le tocaran más de dos visitas anuales, habida cuenta de que su capacidad de semental, heredada por sus hijos y nietos, componía una descendencia suficiente para fundar una ciudad. Era este afán poblador de don Emilio uno de los rasgos que posiblemente más

afectaban a Eduardo; la expresión del macho como zángano fecundador le irritaba profundamente, y se decía a sí mismo que, de haber nacido mujer, condición que jamás hubiera deseado, se habría negado rotundamente a aquel ejercicio biológico mediante el cual la mujer se transformaba en vaca o coneja en un abrir y cerrar de piernas. Le repugnaba, además, la arrogancia del hombre-hombre, cuando aquel acto común y corriente daba por consecuencia el nacimiento de un pequeño animal, y más aún si era de signo masculino, ya que, por alguna razón que él no era capaz de entender, la descendencia masculina de alguna manera ratificaba la esencia hombre-hombre. En ese sentido, su propio padre, procreador de cuatro varones, le parecía, si bien no a la altura de don Emilio, un digno ejemplar de la estirpe, y podía suponer, aunque su madre nunca se lo hubiera confesado, que ella quedó añorando una compañía femenina, que quizás hubiera contribuido a dulcificar el carácter amargo y hasta cínico con que había encanecido. Sin embargo, la presencia de los múltiples hijos e hijas, nietos y nietas y bisnietos y bisnietas de don Emilio, tenía un efecto absolutamente distinto en las demás personas, que, por el contrario, quedaban extasiadas en la contemplación de su descendencia, como si de aquella simiente dependiera la continuación del mundo, pero Eduardo estaba acostumbrado a que sus ideas disintieran del común parecer.

Le repugnaba, igualmente, la estúpida arrogancia del viejo, empuñando su bastón de mando, mientras hacía a todo el mundo sonreír con ternura, pues era la confirmación de que genio y figura hasta la sepultura. Si don Emilio había llegado a ser un hombre poderoso, un hombre que rezumaba dominio por los poros, cuyos deseos nacían como órdenes, aun antes de haber sido escuchados por nadie; si aquello que sus manos firmaban se convertía de inmediato en ley, y cualquier palabra que emitiera, de antemano conllevaba un cumplimiento, y el más mínimo pensamiento que lo cruzara no era otra cosa que una prohibición o un mandato, previamente obedecido por su destinatario, todo aquello era para Eduardo un acto tan horrible como la visión del viejo, con el bastón en alto, tratando de pegarles a las mujeres de la limpieza o dando bandazos en el aire, combatiendo a enemigos que quizá le asaltaban en sus sueños; y su final, un viejo reducido a la necesidad de cuidados y atenciones constantes, el merecido desenlace que confirmaba que aún había cuentos en los que los malos eran castigados. Pensaba y gozaba para sí todo el sufrimiento que para el viejo sería verse a sí mismo en aquel estado, nadando en la impotencia, sometido a la benevolencia de los demás, a un estado de debilidad tal que hasta un niño tendría la fuerza para empujarlo y hacerlo caer de la silla.

Sin embargo, hasta en eso había tenido suerte don Emilio, pues el

destino lo eximía de ignorar el resultado de su vida y había detenido su conciencia cuando todavía era capaz de escribir unas estúpidas memorias -por cierto, un éxito editorial- en las cuales relataba con un lenguaje cursi y pueblerino, como correspondía a su espíritu, la historia de su origen humilde en una aldea perdida; el valor y coraje que lo enaltecían desde niño, y que habían llamado la atención de algún general en estado de alzamiento, y así lo había incorporado a sus filas; el acendrado espíritu del deber que lo había llevado al ascenso rápido y total dentro del orden militar hasta ocupar una posición encumbrada, desde la cual había gobernado el país; a la vez, su inteligencia y capacidad para aquilatar los cambios sociales y comprender que el militarismo era sólo una de las formas de gobierno, pero no la única, ni siquiera la más deseable, lo habían llevado a colgar los hábitos dictatoriales, y así entregarse de lleno a un proceso político renovador, democrático, pleno de sentido social y visión futurista, hasta haber alcanzado, si no la más alta magistratura, por lo menos importantes posiciones que le hicieron jugar un papel decisivo en la Historia; y después de haber conocido la gloria del poder, había tenido la suficiente inteligencia y capacidad crítica para saber darse de baja, «renunciar a esa embriaguez que es el poder de decidir la vida de los hombres» (frase de don Emilio), y retirarse a negocios particulares, eso sí, contando con la suerte; la suerte era natural aliada de don Emilio, ya que su conocida carrera pública, su decisión y entrega al país, lo habían hecho amigo de tantas y tantas personas que quisieron agradecerle su meritoria acción pública, su trayectoria de ciudadano integral, y le habían granjeado las oportunidades de invertir en la industria que, «oh divina prosperidad y diosa de la fortuna» (frase de don Emilio), lo habían conducido a establecer una posición sólida que le asegurara su vejez y también el bienestar de su numerosa familia, de manera que ya rondando la edad última había tenido la suerte de traspasar en vida sus bienes a sus hijos, hombres ya más que hechos y derechos, para retirarse a lo que finalmente había descubierto como su vocación, el aislamiento espiritual, rodeado de libros y de sus hijas solteras, pues ya su esposa había fallecido, y así, bastante apartado de la ciudad, se había consagrado a escribir páginas en las que, para enseñanza de las futuras generaciones, quería relatar importantes circunstancias de la historia patria en las que había sido protagonista, o por lo menos cercano testigo, y en las que había querido resaltar también «algunos modestos detalles de su propia vida, para modelo de la juventud, que, descarriada y sin norte, se perdía en el infierno de la droga (párrafo de don Emilio)».

Eduardo había leído aquellas memorias, quizá como ejercicio de sufrimiento o de repugnancia, para comprobar si era capaz de llegar hasta la última página sin vomitar y porque, aunque le doliera

reconocerlo, la presentación del libro de don Emilio había causado un revuelo tal que era imposible no darse por enterado. Hasta su madre, en una de las difíciles visitas de los jueves, le había traído un ejemplar, no sin añadir con sorna: Te lo traigo para que disfrutes de su estilo literario, pues era evidente para ambos que la historia de don Emilio había sido tema de conversación y de burla durante muchos años.

Se trataba de un personaje bastante cercano a su familia, pues a través de su abuelo, quien lo había conocido tiempo atrás, habían llegado numerosas anécdotas que don Emilio se había guardado muy bien de contar en sus famosas memorias. Sin duda, la que más vivamente había impresionado a Eduardo en su adolescencia era el hecho de cómo don Emilio, ese fiero semental, ese hombre-hombre, gracias a quien la raza humana no debía temer su extinción, había furiosamente pateado a una mujer, escaleras abajo de sus oficinas, en la oportunidad en que aquella joven se había presentado para reclamar la paternidad de don Emilio, y como el mundo es un pañuelo, aquella pobre mujer, absolutamente desasistida, que sólo contaba con la estúpida creencia de que don Emilio podría apiadarse de ella, resultaba ser la amiga o lejana parienta de una sirvienta de la casa de los abuelos maternos de Eduardo, y siguiendo ese hilo invisible de la historia silenciada, había llegado hasta los oídos de su madre, y así, hasta él. Igualmente había llegado a saber, de los propios labios de su abuelo, que el fiero y valiente don Emilio encontró algunas piedras en el camino de su ascenso político, y siendo como era, un pragmático, no había podido dejar de eliminar a una de ellas, precisamente en la persona de su más fiel amigo, compañero de armas y vicisitudes de muchos años, pero también con muchos méritos para hacerle sombra, y en un desgraciado accidente aéreo, cuyas causas no fueron nunca demasiado claras, este amigo y rival perdió la vida, solucionándose así un problema práctico en la vida de don Emilio; amigo al cual lloró mucho tiempo y a quien dedicó un capítulo entero en sus memorias para resaltar sus méritos y hacer saber a la patria el hombre que había perdido.

Naturalmente, tampoco en el famoso libro había relatado la historia de un amigo del abuelo de Eduardo, un hacendado que de la noche a la mañana empezó a ver cómo su tierra se vaciaba de peones, pues éstos acudían a pedir trabajo en las fincas vecinas; sorprendido por este hecho, que no podía tener ninguna explicación, encontró que estaba rodeado por un gran propietario que ofrecía pagas muy superiores a las usuales. Fue a ver a don Emilio, quien le dijo que no sabía nada del asunto pero le prometió averiguarlo, y poco después lo llamó para ofrecerle la compra de sus tierras, evidentemente depreciadas por la falta de manos y con las cosechas perdidas. El

amigo de su abuelo vendió a precio de gallina flaca y no pudo rehacer su fortuna. Anécdotas como éstas habían sido plato de todos los días en la casa de Eduardo, con la única diferencia de que, a medida que pasaba el tiempo, de los temas rurales se habían trasladado a los urbanos, y que de las vacas se había pasado a las transacciones bancarias. Fue sonado cómo, después de comprar unos inmensos terrenos en las afueras de la ciudad, baldíos y completamente aislados, malos para la agricultura y desprovistos de capacidad urbanística, milagrosamente una carretera general había venido precisamente a recorrerlos por todo el medio, con lo cual su valor subió del uno al mil. Las memorias de don Emilio tenían una base firme: la amnesia del país para recordar pocos años después lo que había sido la comidilla del momento, y de esa manera sus nuevas memorias lo convertían en un historiador extraordinario que se otorgaba la capacidad de relatar los hechos que quisiera y con el sentido que más le cuadrara, y así miles de amnésicos habían corrido a las librerías a asegurarse su ejemplar con la firma autógrafa de don Emilio, que saludaba a viejos amigos, a los hijos de los viejos amigos, acariciando las cabezas de los nietos de los viejos amigos, pues, en el tumulto, todo el mundo se acercaba y lo saludaba con expresiones que delataban una amistad histórica. El destino había querido que éste fuera su último acto público, ya que poco después las páginas de todos los diarios anunciaban al país la dolorosa noticia de que don Emilio había sufrido un accidente cerebrovascular irrecuperable.

Eduardo recordaba muy bien su llegada, acompañado en aquella ocasión de casi todos los hijos, nietos y bisnietos, empujado en su silla de ruedas por un enfermero particular, que hasta ese momento lo había atendido en la casa; en vista de que su estado se agravaba y su conducta se hacía cada vez más difícil de contener en el hogar, había la familia tomado la decisión, dura pero inevitable, de recluirlo. Si bien Eduardo hubiera podido entender aquello como un desenlace justiciero, no podía tragarse del todo la píldora. El viejo continuaba allí su parodia de poder de hombre-hombre, requería una constante dedicación y era una visión obligada en todos los acontecimientos, porque nadie, por temor, se atrevía a dejarlo solo un instante, de modo que cualquier circunstancia estaba signada por su implacable visión. Eduardo, incluso, temía que su muerte, cuando ocurriera, pues no había nada escrito respecto a que don Emilio pudiera escapar a ese trance, tuviera lugar en el comedor; el asco que le producía ver su cuerpo, su boca desdentada dejando escurrir la sopa que Pepín le metía a cucharadas, sus ojos legañosos, los cuatro pelos ralos sobre una piel manchada de verrugas, sus manos temblorosas tumbando la jarra de agua o desmigando compulsivamente y ensuciando los mantelitos plásticos, la bragueta abierta y constantemente orillada por

una mancha oscura, su vientre abultado sobre unas piernas enflaquecidas, su aliento fétido, su presencia, en fin, intolerable, se ofrecería como una última visión que no podría olvidar, e incluso lo obligaría a un ayuno forzado, porque pasarían muchos días hasta que Eduardo se sintiera capaz de volver a comer en la misma mesa.

—Véngase, don Emilio -se oyó la voz de Pepín-, que hoy es jueves y está aquí su familia.

La silla de don Emilio fue acercada hasta la sala de visitas y así los hijos y los nietos, a quienes esa semana les había tocado, se sentaban a su alrededor y comenzaban una conversación con el viejo, a todas luces imposible, y que terminaba siendo charla entre ellos y abocada luego en una serie de recomendaciones que la familia de don Emilio quería hacer al personal porque lo habían encontrado desmejorado y temían que no estuviera recibiendo los cuidados adecuados. Eduardo se sentaba a ver el espectáculo.

—Lo único que lamento es no tener un *whisky* en las manos, para cruzar las piernas y sentir que presencio una obscenidad.

—Eso no tiene nada de obscenidad -le dijo Pepín-. Son vainas tuyas.

EL FOTÓGRAFO AMBULANTE / 4

Pepín detesta mi cuaderno de don Emilio. Si bien algunos comentarios le resultan difíciles de comprender, lo esencial es evidente. Mi desprecio hacia el personaje le irrita. Pepín quisiera creer en algún mito, en algún hombre, en alguna institución. No puedo explicarle que don Emilio no representa nada, o mejor dicho, que es pura representación. Pepín está convencido de que algo sagrado persiste en él, quizá porque es autor de unas memorias. Traté de explicarle que eran unas falsas memorias, pero eso le parece aún más absurdo. Pepín vive obsesionado por la idea de no pertenecer a ninguna.

—Tu familia es muy antigua -me comentó cuando del barullo de las fotografías salió una que creo podría ubicarse a principios de siglo.

—No recuerdo quién es; podría ser mi padre o alguno de mis tíos.

—Bueno, pero es de hace mucho tiempo, como de cuando don Emilio era chiquito. Mi mamá nunca me habló de su papá, o sea, de mi abuelo, pero yo supongo que tuve un abuelo.

—Claro, Pepín, todo el mundo tiene cuatro abuelos, lo que pasa es que la burguesía los retrata, a la burguesía le gusta recordarse.

—A mí también me gusta recordar, aunque no sea burgués.

—El recuerdo es una ficción. Tú ves esa foto y piensas en don Emilio o en un abuelo que no conociste; a mí me hace pensar en otras cosas. ¿Elegimos ésta, entonces?

—Claro, ésta es de las mejores.

Un niño vestido de marinero en una foto de estudio. A su derecha, una mesa vestida en la que se observan unos perros de porcelana. El sepia original se ha ido convirtiendo en marrón; los pies, calzados en zapatos blancos, cuelgan entrecruzados. En el ojo derecho una sombra, muy pequeña, de hongos, ha ido aumentando de tamaño y chorrea por el rostro; pareciera una lágrima pero es sólo un efecto.

El arte de la fotografía no reside en asir lo presente, sino en su capacidad de encontrar lo aludido, de modo que en la imagen quede la desaparición. En la foto antigua de un niño lo que nos conmueve no es la presencia infantil, sino la insinuación de que aquel niño es ya un

hombre muerto. Pepín comenta el atuendo del personaje y dice algo relativo al vestido de marinero que le llama la atención. No lo escucho bien. He reconocido las figuras de porcelana y recordado que estuvieron siempre en la habitación que mi padre usaba como despacho. O quizá como refugio cuando no quería cumplir con sus deberes conyugales. Probablemente esas figuras eran los únicos objetos que había conservado de su familia, además de una anciana pariente o empleada de la casa que mi madre se vio obligada a trasladar a la nuestra, y que creo murió cuando yo era muy niño.

El niño rodea la mesa. Las manos le llegan al borde y, empinándose, puede ver los objetos en ella dispuestos. Hay varios marcos de plata que contienen fotos de otros niños vestidos en el mismo estilo y en posiciones igualmente estudiadas. Hay también unos perritos de porcelana; se tapan el hocico con una pata y están dispuestos por pares, tienen manchas blancas y negras, llevan mucho tiempo colocados sobre la mesa. El niño intenta agarrarlos para jugar con ellos, quisiera ponerlos en la alfombra y moverlos, como si esperara que, liberados de la mesa, estuvieran vivos. Cada vez que intenta tocarlos, una voz le contesta que no. Los perros deben permanecer sobre la mesa, son de porcelana, podrían romperse en sus manos torpes. Los perros deben ser muy importantes. Una mañana uno de los perros amanece con una pata quebrada. Pareciera indicar que ha sido descendido de la mesa y que el niño estuvo jugando con ellos, pero no es cierto, no los ha tocado. Quizá fue la sirvienta al quitarles el polvo. La pata rota, apenas un pedacito de la garra, amenaza con su herida al niño. Todos lo creerán culpable. El perro lo traiciona, no delata por qué se ha roto. ¿Quién ha roto el perro? ¿Quién lo ha tocado? Está seguro de que ha sido la vieja. Nadie se lo ha dicho, nadie la ha visto, pero él está seguro.

Una vieja maloliente, vestida de negro, que reposa en una enorme cama que ocupa casi toda la habitación, al fondo del pasillo. ¿Quién es esa vieja? ¿Por qué nadie se lo explica? Nadie la menciona; a veces dicen su nombre en voz baja, se oyen pasitos apurados por el pasillo y alguien dice que hay que llamar al médico o darle la medicina. La habitación huele a jarabe, a alcohol, a mezcla de fármacos. Tiene una ventana muy pequeña que permanece cerrada casi todo el día. Sólo la abren un rato por las mañanas. Es una cama de barrotes de bronce, con un colchón mullido muy gastado, que se hunde en el medio, dejando ver en su hendidura el cuerpecito de la vieja. Es muy vieja, viejísima, ¿cuántos años tendrá? Lo menos, noventa, o más, quizá cien años. Se le ha caído el pelo, se le ve el cráneo entre las guedejas blancas y raídas, y en el cráneo tiene una verruga. Las verrugas dan mala suerte, ha oído decir. La nariz es como un cuchillo, muy

pronunciada, y las comisuras de los labios tienen tantos surcos que parecen un papel arrugado. La piel sobre la frente se ha estirado tanto que pareciera a punto de romperse, es un velo transparente que aprisiona los huesos frontales del cráneo. Los lóbulos de las orejas se han alargado a fuerza de llevar zarcillos, son como dos aletas que respiran a los lados del rostro. Sus manos se mueven constantemente, tienen un temblequeo sin rumbo, un desgranar constante de un pequeño rosario en los dedos; se mueven los dedos como nudosos palillos y al mismo ritmo se mueven los labios. No dicen nada los labios ni tampoco los dedos; es sólo un repetido temblar, un último remedo de lo que fue movimiento. Los labios están cubiertos por un bozo oscuro y allí tiene otra verruga de la que salen unos pelos negros y largos. Casi todas las brujas tienen pelos y ella tiene varios. Es una bruja, está seguro. Y ella fue la que rompió el perrito. Se levantó de noche cuando nadie la veía; nadie piensa que pueda caminar porque está toda encogida, su cuerpo es un pequeño saco doblado, pero él está seguro que de noche se levanta, camina por la casa y rompe las cosas. A veces lo obligan a verla, lo meten en el cuarto y huele el olor pestífero de la vieja, mezcla de medicinas con orines; la vieja se mea y se caga encima, todo el cuarto huele a los excrementos de la vieja. Lo obligan a saludarla, la vieja entonces quiere verlo. Busca su imagen con la poca luz que le queda en los ojos; son unas pupilas casi inmóviles, de tanto en tanto giran, sin poderse fijar en ninguna parte, dentro de unas bolsas acuosas que son las órbitas. ¿Cuándo se morirá la vieja? Nadie lo sabe; todos están esperando a que se muera para levantar las sábanas y quemarlas en alguna parte, sacar la cama a la terraza, abrir la ventana y airear la habitación hasta que se vaya el olor, pero ese olor nunca se va a ir, porque las brujas despiden un olor muy fuerte que nunca se va. Habría que quemar la casa. A veces lo obligan a darle un beso. Siente ganas de vomitar cuando se acerca a la peste de la vieja, y una boca casi sin dientes lo babosea y la mano que temblequea le acaricia el pelo. Siente ganas de vomitar y a veces vomita. Sale corriendo del cuarto, se mete en el baño, vomita todo lo que puede y luego se escapa a la calle. En la calle ya no huele a bruja. Se queda en la calle y cierra los ojos muy fuerte, pidiendo un deseo: que se muera la bruja, que cuando suba las escaleras se esté muriendo, que cuando entre en la casa ya se haya muerto. Pero sube, una y otra vez, y la vieja no se ha muerto. El pequeño rosario tiembla entre las manos y le dan cucharaditas de agua con azúcar. Entra en una pastelería y después lo llevan al cine; va todo el tiempo pensando que la vieja se muera, que cuando se acabe la película ya se haya muerto. Que no me obliguen a verla. Que no me metan más en el cuarto. ¿Las brujas se mueren? No está seguro. Hay quien dice que sí y quien dice que no, o por lo menos que duran mucho tiempo, muchísimo más

tiempo que los niños. Es malo querer que la bruja se muera, es malo querer que la vieja no esté más y que quemen las sábanas. Es muy difícil ser malo y bueno al mismo tiempo.

Junto a la foto del niño antiguo, otra, de factura más reciente, llama mi atención. Pepín la pasa por alto.

—Esa me gusta mucho, me conmueve -le digo-. Creo que es de un viaje que hice con mis padres cuando mis hermanos y yo éramos pequeños.

—Métela también. Ahora no puedo seguir en esto, me está llamando el doctor.

Quedo solo con la fotografía, con un sufrimiento lejano que pensé haber olvidado.

Dos niños; uno, varios años mayor que el otro, están arrodillados en la tierra. El mayor, vestido con una ropa gastada y ligeramente estrecha para su cuerpo, sonríe a la cámara. El otro abraza el cuello de un perro. Es un bello animal, un setter *de color rojizo, bastante grande, que juguetea mansamente, como es propio de esa clase de perros. Pareciera querer desprenderse de él, y a la vez, morderle la oreja.*

Hacen un largo viaje a otro país. El tren, que tiembla en la noche, como si estuviera a punto de destartalarse, anuncia su entrada en las estaciones con un sonido penetrante. Siempre un tren parece romper los sentimientos de las personas que quedan paradas a los lados del andén. No podrá dejar de sentir, al subir a un tren, que se despide de alguien para siempre y que ese alguien llora despacio y corre por la vía intentando agarrar una mano que sobresale de la ventanilla, mientras parte a un país infinito o ignorado, o huye de una guerra y la estación se llena de solitarios abandonados. Extraño recuerdo que no es propio. Se escuchan también aullidos de brujas que su madre ingenuamente confunde con mujeres del pueblo que se acercan a los vagones para vender pequeñas mercancías o comestibles. Su consistencia de brujas se acredita por la imposibilidad de verlas en la oscuridad, y sus gritos en la noche, cortándola y abriéndola, y siguiéndolos a pesar de que el tren hubiera hace mucho dejado la estación. El espacio negro se llena de aquellos gritos, que no puede descifrar si son largos pedidos de auxilio o llamadas perdidas en la soledad, lamentos de animales moribundos.

Finalmente llegan a una explanada en la que se alza un hotel retirado, rodeado de pinos y otros árboles cuyos nombres desconoce. Son pinos porque le llega el fuerte olor a la resina y la imagen de sus ramas características y de su sombra. El hotel es quizá parte de un

pueblo, cuyo nombre también ignora y que quizá se encuentra a una corta distancia. Le llega también el olor de estiércol de las vacas y el peso de sus pies caminando en el barro en compañía de un muchacho campesino, que juega con él mostrando la condescendencia de los niños mayores con los más pequeños, al permitirle ganar, cosa que advierte. La presencia del muchacho, y también de una perra, le dará la seguridad de que estuvo alguna vez en aquel lugar.

En cuanto al lobo, no podría tener la certeza de si su aparición ocurrió en el mismo lugar o en otro, pero pensará que probablemente fue allí. El lobo llegó una noche y todos fueron a verlo; a juzgar por la ropa que usaban, parecería el fin del verano o los inicios del otoño. El lobo venía vestido de peregrino, para despistar. Llevaba un hábito de monje y, en la cintura, la concha de Santiago. Se paró en la explanada y todos los asistentes se arrodillaron y empezaron a rezar. Por debajo de su capuchón se veían perfectamente el hocico peludo y los ojos pequeños y amarillos que tienen los lobos. Naturalmente, no se lo dijo a su madre para no asustarla, puesto que ella creía que se trataba de un peregrino o quizá de un santo. El lobo disfrazado de peregrino se arrodilló y gritó algo, probablemente relacionado con el arrepentimiento y el fin del mundo, pero no podría dar fe de esto y aseverar que no fuera la fantasía, confundida con las imágenes vistas o leídas en libros acerca de los ermitaños, o los profetas, o los monjes medievales, que impelían a las gentes a doblarse bajo el peso de sus pecados ante la aproximación del milenio. En todo caso vio claramente cómo el lobo hacía que todos los asistentes rezaran y lloraran, conmovidos por su presencia, y tuvo tempranamente la posibilidad de haber sido testigo de un milagro, como lo es que aquel lobo fuera capaz de engañar a tantas personas, pero tuvo también un presentimiento, una intromisión en el misterio, como es el hallarse a la llegada del fin del mundo.

A partir de un momento dado se le prohibió jugar con la perra y se la ahuyentaba con un palo cuando se acercaba, no con el ánimo de hacerle daño sino solamente de apartarla. Descubrió, entonces, que la perra dejaba a su paso unas manchas de sangre en el piso o en la tierra, bajo la sombra de los pinos. Le alarmaba su estado de salud, pero los adultos parecían estar muy tranquilos y sonreían con cierta complicidad cuando él introducía el asunto de la perra. Parecían saber algo que él ignoraba. También le pusieron entre las patas traseras una especie de bozal que se distinguía fácilmente cuando batía su bella cola peluda. Cuando los adultos parecían estar distraídos, se acercaba y la abrazaba, le palpaba el vientre y la besaba. Observó que tenía un bulto en el vientre, probablemente un tumor, y que por eso sangraba. Naturalmente, los adultos lo reaseguraban y decían: Se le va a pasar, le dura unos días, con esa ingenuidad propia de las personas mayores

cuando pretenden engañar a los niños en cosas obvias.

De acuerdo con la visión de los adultos, la perra, casi cachorra, sangraba su primer y periódico ciclo. Sin embargo, el recuerdo será muy distinto: la imagen de la perra y el niño jugando por última vez, mientras él la abraza, y ella lo mira con sus ojos adoloridos, y extendiendo su cuello elegante y peludo, se desangra en la tierra cubierta por la sombra del pino y expira.

AUTOBIOGRAFÍA DE UN ESCRITOR AUTODIDACTA / 3

Cuando iba al cementerio los domingos por la mañana a visitar a mi mamá, conocí a un hombre que se ocupaba de limpiar las tumbas, poner agua a las flores, quitar las hojas, encargar las inscripciones de las lápidas, colocar las rejas para que los perros no entraran a orinar encima, y, en general, de todo lo que es el cuidado de los muertos. Se dio cuenta de que yo iba casi todos los domingos y estaba solo. Nos pusimos a conversar y fuimos haciendo lo que se puede llamar una amistad. No era muy viejo pero estaba enfermo del corazón y el trabajo lo cansaba bastante, además de que vivía muy lejos del cementerio y para llegar tenía que tomar un autobús y dos camionetas. Hablaba siempre de que, cuando él se muriera, no tenía quien le fuera a limpiar la tumba, y un día me hizo prometerle que yo lo haría, que cuando pasara por el nicho de mi mamá, pasaría también por el suyo. Yo le prometí que sí y ésa es una promesa que no creo que pueda cumplir, aunque tampoco estoy seguro de que se haya muerto. A veces pienso que sí, pero la verdad es que no pienso mucho en él. Nuestra amistad fue más o menos corta.

Vivía en un terreno lejos de la ciudad y tenía muchos limones sembrados. No puede uno estar siempre con los muertos -decía-, también tiene que tener una alegría. Estaba pendiente de llamar a los familiares para el día de los fieles difuntos y anotaba en una libreta las fechas de los aniversarios, porque a la gente se le olvidaban y él los llamaba por teléfono para recordárselas, arreglaba las flores y limpiaba y luego pasaba a cobrarles. Para que estén contentos siquiera en su día, decía. Por el asunto del corazón se le hacía muy difícil estar todos los días del timbo al tambo, cobrando las flores y la limpieza, además de que muchas veces le pagaban con cheques y tenía que ir al banco, y me propuso que fuera su ayudante. No me gustaba mucho el trabajo, aunque el cementerio es un lugar bonito, pero, como era más que nada de cobrador, le dije que sí, por cambiar un poco, y además que me pareció, así, al sacar más o menos la cuenta, que me daba más que el trabajo de *utility* y podía permitirme otros gastos, como ir al cine. En el centro de la ciudad había muchos cines y yo quería entrar

pero me subía mucho el presupuesto. Bien administrado y con mi ayuda podíamos encargarnos de más tumbas; hasta me podía dar para el curso de electricidad. Así que le dije que sí.

Algunos domingos me iba a su casa y lo ayudaba un poco con los limones, a regarlos y a quitarles los piojos; las matas de cítricos son muy delicadas porque cuando les cae tristeza ya no cargan más, y es necesario estar muy pendiente de ponerles su fumigación y quitarles las hojas que se mueren. No era un tipo de mucha conversación. A mí me gustaba ver las estatuas que había en el cementerio, de ángeles, de vírgenes; otras eran como representando al muerto; por ejemplo, una de un pelotero, que parecía casi como si estuviera vivo, dándole al bate. Esa me llamaba mucho la atención y yo le quitaba algunas flores a los ramos que llevábamos porque siempre estaba sin adorno. La mayoría eran tumbas de otra época, de gente que a lo mejor había sido muy rica, y yo me distraía leyendo el nombre de las lápidas; era como imaginarse las vidas que habían tenido y cuándo se habían muerto, si se había muerto primero el marido o la mujer, o los hijos. Había tumbas de personas famosas, por política, y él me las enseñaba: Fíjate, Pepín, éste es el panteón de la familia del General tal o cual, o famosos por el deporte, como el pelotero, o por otras razones.

Me gustaba que el cementerio es como otra ciudad, pero en silencio, y se puede pasar mucho tiempo caminando sin carros ni cornetas. Pero estar mucho con los muertos no es bueno para la salud mental, el mismo tipo estaba ya un poco echado a perder. Creo que es porque las estatuas, incluidas las de los ángeles, que eran las más hermosas, son muy grises y tienen los ojos muy redondos, y, por más que sea, uno empieza a pensar que son personas.

Yo le dije que no había conocido a mi papá y que a lo mejor estaba enterrado en algún nicho del cementerio y él podía ayudarme a buscarlo. No me dijo ni que sí ni que no y, mientras caminábamos entre las tumbas que nos tocaba limpiar, echábamos el ojo para ver si lo encontrábamos. Pero qué va. Primero y principal, que, para buscar la tumba de alguien hay que saber cómo se llama, y segundo, que la mayoría de los nichos no tenía nombre. Había una que a mí me gustaba mucho, era toda de mármol negro y tenía una mujer sentada, vestida con una falda larga, que se tapaba la cara con una mano. Ahí estaba enterrada una familia muy importante del siglo pasado, y yo escribí otra de las historias de mi papá. Puse que mi papá había sido hijo de aquella familia pero que había tenido muy mala suerte, y había perdido todo su dinero y se había tenido que ir a vivir al barrio donde conoció a mi mamá. Pero luego, cuando se murió, la familia se arrepintió de no haberlo ayudado y lo enterraron en su tumba.

Se la leí al tipo y me contestó igualito que mi mamá: Muchacho, ¿y de dónde sacaste eso?

LA FELICIDAD DETRÁS DEL OLVIDO / 7

Eduardo piensa que él prefiere morirse antes que vivir sin gozar. Puntos de vista. De sexo, aquí, poco. Yo, cuando más relaciones de sexo tuve fue en La Gata Delfina, porque las muchachas eran muy regaladas conmigo. La señora o señorita que me entrevistó cuando lo del internado me preguntó que cómo era mi vida sexual. Pues bien -le contesté-, ¿y la suya?, ¿por qué me iba a preguntar ella una cosa que no hablo con nadie?

Una vez, cuando ya estaba en la clínica, vi en el periódico los anuncios en la sección de Varios. Decía: *Jóvenes extranjeras complacientes masajistas, expertas, a precios económicos*. Le pedí permiso al doctor para salir esa noche, me iba tempranito como a las siete y ya para las indicaciones de la mañana estaba aquí, y me dijo que sí. Total, que llego a donde decía la dirección (ya yo había consultado el precio por teléfono, para evitar sorpresas) y toco el timbre. Un apartamento chiquito pero que se veía bien, aseado; tenía un saloncito con un bar pequeño, y me abrió una de las jóvenes extranjeras, para mí, extranjera nada, más criollita que la arepa, y me dijo: Si te quieres tomar algo mientras esperas, diez por ciento más. Yo le dije: No, gracias, no tomo. Pero no me gustó porque ya vi que no era como en La Gata Delfina. Muy comercial. Pero ya estaba allí y me senté tranquilo a esperarla. Al rato salió otra y me llamó. Ven, que vas a gozar, me dijo. Yo entré un poco nervioso porque tenía que explicarle un asunto que por teléfono no me había parecido, un asunto médico que el doctor me lo vio y siempre me decía: Pepín, hay que hacer una fimosectomía, pero yo nunca me la he querido hacer porque me parece peligroso, es un asunto un poco complicado porque si me lo estiran mucho me duele; yo se lo quise advertir a la tipa, que fuera con cuidado porque me duele, pero qué va, era muy bruta, y me dolía mucho, así que le dije que no me tocara más, que me dejara besarla y yo vería, pero ella insistía, por terca, porque si yo era el cliente y le estaba diciendo que despacio, ella tenía que hacer lo que yo le dijera. Al final me harté y me paré de la cama y le dije que con ella no seguía porque no estaba gozando nada, que viniera la otra, la que me había

abierto la puerta. Entonces vino la otra, que era más dulce, y me fue dando despacito hasta que terminé. Me vestí y saqué el dinero, pero, cuando lo vio, llamó a la otra y dijo: Es el doble porque son dos servicios. Yo sé muy bien cómo es el rollo en este negocio y le dije que era un solo servicio, porque con la primera no había gozado nada, pero la mujer se puso a gritar groserías contra mí y llamó a un tipo. Yo no lo había visto porque estaba en otro cuarto; era marico pero medía medio metro más que yo; así que cuando me preguntó que cuál era el problema, yo le dije que ninguno y le pagué los dos servicios y me fui corriendo. A esa hora no pasaba un autobús ni por casualidad y me tuve que venir caminando hasta aquí; como dos horas caminé, porque quedaba bastante lejos, y yo iba con el miedo de que, si me asaltaban, no tenía ni un centavo en el bolsillo y me iban a matar, porque se me había ido todo en el servicio, pero tuve suerte y no me pasó nada y llegué bien, tempranito; estaba amaneciendo y ya el residente había preguntado por mí, aunque yo le dije antes de salir que estaba de permiso, pero aquí se empieza a trabajar temprano, desde la mañana hay mucho movimiento.

Pues desde esa vez yo pensé que las relaciones de sexo con las otras personas no me convenían, y que total, el servicio me lo podía hacer yo solo. Generalmente entre la cena, que es temprano, y la última medicación, esto está tranquilo porque los doctores ya no pasan la consulta; a esa hora es buena hora. Y además que yo me conozco mejor que nadie mi problema y me sé dar sin hacerme daño. Eso lo hice esa vez por frasquitero, porque quería saber cómo era la vida de los clientes, pero me parece que a la primera no había tenido suerte y sería cosa de tener más experiencia. La segunda muchacha era más dulce, tenía unas tetas redonditas; no que fuera una belleza, pero las tetas las tenía redonditas y olía muy bien, con perfume bueno y a hembra; muy hembra era, creo yo. Un día de éstos la vuelvo a llamar y me paso por allí, aunque a lo mejor suben los precios, y además para esas cosas hay que tener tiempo. Pero de las tetas me acuerdo muy bien, y prefiero quedarme con eso que buscarme problemas. No es que me haya faltado la ocasión, porque ya conté lo de la señora Lucía, pero la señora Lucía, con todo y lo que sea, es una dama, son cosas que se notan, que se da su distancia y categoría; en cambio, la señorita María Gabriela, aunque me quede mal decirlo, es muy regaladita. No lo digo yo, lo dice todo el mundo.

Una vez, porque me regaló un llavero, quería que yo le pasara las llamadas de teléfono; aquí se pasan las llamadas cuando hay autorización; si no, no se pueden pasar. Quería que yo le pasara el teléfono para llamar a su novio, que estaba sufriendo mucho porque ella estaba aquí. Yo no estoy para pasar llamadas de novios; aquí sin autorización del doctor no se pasa nada. Con mucho respeto, pero le

puse las cosas claras. Pero no me gustaba cómo la trataba Romero, poca profesionalidad para la lija que se daba con el cuento de que es enfermero graduado. Se lo dije una vez: Romero, la señorita María Gabriela merece ser tratada de otra manera, tú te aprovechas de las situaciones. Tú métete en tus vainas, me contestó y yo no quise seguir la discusión, pero no me gusta que las cosas sean como no deben ser. Yo sabía que él pasaba y le picaba el ojo, entonces ella se emocionaba toda y dejaba que él le pellizcara las nalgas. Y también otros asuntos de más complicación, que no creo que soy yo el indicado para estar diciendo, pero de que la singó, la singó, y yo se lo volví a decir: Romero, aquí algún día hay una vaina, y quiero que las cosas estén claras. Güevón, me dijo, y se fue sin escucharme más nada, porque es un carajo grosero, de baja estofa el tipo. Yo lo que quiero decir -le contesté- es que salvo mi responsabilidad de cualquier consecuencia. Uno también es hombre, pero sabe lo que es una canallada.

Me acuerdo bastante de cuándo vino la señorita María Gabriela por primera vez; digo lo de la primera vez porque es cuando uno conoce más a la persona; luego, la segunda, la tercera, se va perdiendo la memoria de cuándo entró y se va uno acostumbrando a verla siempre, y es como una familia, que siempre la persona ha estado ahí y uno no se pregunta cuándo llegó. Pero de su primer ingreso me acuerdo bien porque no fue como otros, que la gente llora un poco, o vienen medio dormidos, o dando gritos. Salimos Romero y yo en la camioneta, nos habían dado la dirección de un apartamento, era cerca y llegamos enseguida. Me bajé y toqué el timbre pero no había nadie; eso me pareció raro porque siempre que uno llega ya están ahí los familiares en la puerta, haciendo señas, no vaya uno a pasar de largo; pero en este caso no, estaba oscuro y no se veía a nadie. Tocamos varias veces el timbre y, como no contestaba nadie, pensamos que nos habían dado mal la dirección, cuando en eso salió el conserje del edificio y nos preguntó qué buscábamos.

Efectivamente, la señorita María Gabriela vivía allí y estaba en el apartamento. Yo me estaba oliendo que el asunto se complicaba porque las cosas no eran como son siempre. Le pregunté al conserje si no había algún familiar arriba y me dijo que no sabía pero que no había visto subir a nadie. Tocamos varias veces la puerta del apartamento pero no contestaban; el conserje estaba detrás de nosotros, un poco nervioso, y empezó a hacer preguntas. Después se fue y dijo que cualquier cosa le avisaran. Yo tampoco quería quedarme, pero son gajes del oficio y hay que demostrar lo que uno vale. Llamamos al doctor para decirle qué era lo que pasaba y nos dijeron que qué vaina era que no llegábamos. Era difícil explicarlo. Me dieron muchas ganas de orinar y luego me di cuenta que me había mojado. No era tanto por lo que pudiera pasar, aunque tampoco sería

la primera vez que a un compañero le clavan un cuchillo, era el miedo de ella lo que daba miedo, y Romero, tan machote, también estaba asustado, porque, si no, hubiera gritado algo. Yo sabía que estaba en el apartamento y pensé que, si le hablábamos, a lo mejor se tranquilizaba, se le pasaba el miedo a ella y a nosotros también, pero no me atreví, no fuera cosa que algo saliera mal y luego me echaran las culpas. A Eduardo la historia de cómo había ingresado la señorita María Gabriela le daba ganas de llorar. Yo se la conté muchas veces pero nunca lloré contándosela, no tengo lágrimas para esas cosas; en esto se puede decir que soy un profesional; uno va a lo que lo mandan y ya. Eduardo escribió cómo ocurrió, pero me parece que lo puso como una película de policías, como que uno fuera un héroe.

Poco a poco se abrió la puerta, casi no se veía nada porque estaban todas las luces apagadas. Pepín pensó: A lo mejor está muerta, pero estaba seguro de que se encontraba allí, podía sentirla viva, escondida, respirando en alguna parte, oler su miedo ácido en la oscuridad, temiendo que de pronto saltara de algún rincón y les cayera encima, como lo haría una fiera acorralada. Pero era sólo su imaginación, nada ocurría. Romero buscó los interruptores de la luz pero las lámparas no funcionaban; era evidente que habían cortado la corriente. Así, oscuro, empezaron a buscarla despacio, tratando de no hacer ruido; recorrieron el apartamento dejando la puerta abierta para que por lo menos entrara la luz del pasillo; era un espacio pequeño. Romero se metió por el lado de la cocina y Pepín por el lado de la habitación; sentía su presencia, estaba seguro de que podía palparla, de que en cualquier momento su mano lo rozaría, casi sin querer su cuerpo encontraría el suyo; por momentos deseaba que no ocurriera, prefería que no hubiera nadie, que volviera la luz y que vieran un apartamento vacío. Cada tanto chocaban con algún mueble y procuraban no hacer ningún ruido, para que ella tampoco lo escuchara. La puerta se abrió; necesariamente una mano detrás la había dejado abrir, para esconderse inmediatamente después, calculando con astucia que el desconcierto les haría perder unos minutos, mientras intentaban encender la luz. Ella los esperaba, sabía que alguien les había dado la orden de venir, que alguien había concertado su cita.

Pasó un buen rato, o quizá no era tanto, se alargaban los minutos; los dos hombres se volvieron a encontrar en la entrada, y de un gesto se pusieron de acuerdo en salir. Bajaron despacio las escaleras, para que ella no sintiera que se habían ido, pero seguramente su ausencia le era evidente. Decidieron pedirle una linterna al conserje, pero no tenía, y Romero entonces empezó a tocar en todos los apartamentos para ver qué vecino tenía una linterna que pudiera prestar, hasta que finalmente consiguieron una. Romero se la dio a Pepín y comenzó a

preparar una inyectadota. Con la aguja y la linterna en la mano, volvieron a la búsqueda. Con el haz de luz se sentían más seguros y recorrieron el pequeño salón, la cocina, la habitación. Nada. Se hicieron una seña para abrir la puerta del baño. Y allí estaba. Acurrucada, temblando, su delgado cuerpo se doblaba en la bañera; tenía el pelo mojado, la cabeza entre las piernas; parecía que se acababa de bañar porque el pelo le chorreaba. Estaba desnuda. Cuando supo que era irremediable, se levantó de golpe y los sorprendió. Pegada a la pared les empezó a hablar, como si aquélla fuera la cosa más natural del mundo, como si fueran unos invitados a quienes ella esperara. Dijo que tenía que vestirse y se metió en la habitación. Romero le iba a saltar encima con la inyectadota pero Pepín lo contuvo, sin saber por qué, o mejor dicho, sabiéndolo, porque sentía intolerable reducir a aquel bello animal a través de la violencia. Como Orfeo, quiso seducirla con la voz, amansarla con la falsa música de las palabras y prometerle una salida honorable a aquel animal descubierto y atrapado en su madriguera. Comenzó a hablarle, tratando de mantener un tono dulce y tranquilo; a explicarle con buenas palabras las razones de su presencia en la casa; a dar, en fin, un sentido racional a aquella escena. Ella siguió el juego por un rato, entró en la habitación y sacó la ropa con la que se fue vistiendo poco a poco, sin dejar de mirarles, sin perder por un minuto de vista sus ojos; luego los hizo pasar al salón, y preguntó si tenían sed, si querían tomar algún refresco, pero la nevera sólo contenía bolsas vacías y algunos restos de comida. Se lamentó de no tener nada que ofrecer y preguntó sus nombres; se presentaron como si estuvieran en un encuentro casual, y ella seguía mirándolos, fijamente, dando largas. Dijo luego que debía preparar su maleta y la dejaron entrar a su habitación porque sabían que por aquella puerta no podía salir, pero, de todos modos Romero la siguió para evitar que se encerrara y tuvieran entonces que romper la cerradura. Pasaron unos minutos mientras ella guardó algunas ropas en un pequeño maletín de viaje y salió de nuevo al salón. Continuaba hablándoles y ellos le seguían la conversación. Repentinamente -es de suponer que se distrajeron-, se deslizó con rapidez y salió del apartamento, precipitándose escaleras abajo. Corrieron tras ella pero no lograban alcanzarla; entonces Romero se metió en el ascensor y le gritó a Pepín que siguiera detrás, que él esperaba abajo. Abajo, en la entrada del edificio, estaban el doctor, la madre y otra persona vigilando la entrada. Romero salió del ascensor cuando Pepín estaba llegando por las escaleras. Ella se vio de frente con la barrera de personas que la cercaban, e intentó subir de nuevo, pero allí estaban y lo impidieron.

Eduardo amaba la compañía etérea de María Gabriela, cuya

delicada sensibilidad él podía entrever y, una vez más, se burlaba para sí de la pretendida superioridad de los hombres-hombres, los hombres machos que la despreciaban, y de los cuales ella contaba largos episodios de desilusión, si bien era verdad, y era preciso reconocerlo, que la joven tenía poca puntería y parecía siempre fijarse en los más desconsiderados de la raza. María Gabriela, siempre atenta a su belleza, a subsistir aun dentro de las peores condiciones, como eran las de aquella clínica, en su afán de gustar, le resultaba la compañía más digna que pudiera aceptar y lo empujaba a la fantasía, indudablemente tardía, de desear ser hombre-hombre para ella.

Sin embargo, así como el proceso de corrupción de don Emilio era natural y nadie hubiera encontrado en ello piedra de escándalo, también la mujer, como producto natural, le había resultado siempre un obstáculo. Amaba, pensaba Eduardo, más que ningún hombre-hombre, a las mujeres, recordaba como los instantes de sumo placer de su infancia la presencia elegante y altiva de su madre, siempre vestida correctamente para la ocasión, sentada en su cuarto de *toilette*, recibiéndole la visita de las mañanas, antes de partir al colegio, o bien acomodada en un sofá de cuero en la biblioteca, por las tardes, consumiendo lentamente una bebida mientras hojeaba un libro o escuchaba música. Amaba su voz relatándole historias y exaltándole la imaginación; una madre narradora que parecía sentir especial deleite en las leyendas eslavas y orientales, que solamente a él dedicaba, pues sus hermanos, niños activos y sanos, preferían salir al jardín y correr infatigablemente tras una pelota, distracción que él despreciaba y encontraba tonta, con la compartida opinión de su madre. Amaba los días en que alguna larga enfermedad lo obligaba a postrarse en la cama y ausentarse de un colegio absolutamente odiado, y pasar así infinitas horas, esperando la llegada de su madre con una limonada o una bolsa de hielo para el dolor de cabeza, y que después le tomaría la temperatura y, si se encontraba mejor, se sentaría junto a él para dibujar los dos en silencio, pues había sido su madre su primera maestra de pintura, y le dolía todavía recordar que su talento era quizá superior al suyo, pero condenado al silencio por culpa de su padre, un exitoso industrial, un hombre rico y plebeyo, a quien la familia de su madre, empobrecida, la había entregado como tributo a cambio de una mejora sustancial en sus condiciones de vida. Amaba la presencia de las amigas de su madre cuando se reunían por las tardes a jugar *bridge* y tomar té y jugos de frutas, el murmullo de sus conversaciones, la manera muy especial de reírse y de cambiar de tema, el parloteo musical que sólo las mujeres sabían dar a sus encuentros, los altos y bajos de aquellas charlas que él escuchaba, escondido desde una salita contigua, y la espera ansiosa del momento en que, ya terminada la partida, le era permitido escuchar desde más

cerca, invitado por alguna de las jugadoras o incluso por su propia madre, que, compadeciéndose de su soledad, lo llamaba, y entonces, máximo momento de dicha, sentado en la alfombra, en absoluto silencio, como si presenciara una escena magnífica, continuaba oyendo el ir y venir de la conversación, la canción a varias voces de las mujeres, desagradablemente interrumpida por la presencia fuerte, más bien brutal, de su padre o sus hermanos, que seguramente considerarían aquel pasatiempo femenino como una muestra más de inutilidad, y le parecía extraño cómo para ser hombre-hombre era necesario odiar y antagonizar lo femenino. Amaba el olor de su madre cuando se perfumaba en su *vestier*, preparándose para salir con su padre a algún compromiso social, mirándose en el espejo de dos lunas, una y otra vez, esperando estérilmente un comentario halagador de su marido, seguramente ignorante de que el vestido de la ocasión era un estreno, incapaz de apreciar la ternura de la piel blanquísima de su madre contrastando con un suave malva de las mangas. Amaba, en fin, la permanencia de aquel mundo femenino en las habitaciones de su espaciosa casa, de dimensiones principescas y ofensivas, decorada con una cierta opulencia que en ocasiones le hacía infeliz, y que le parecía ser el único detalle desagradable de su madre de la infancia, no de su madre actual, una anciana avara y egoísta a la que había llegado a odiar, pero sí de aquella mujer joven y, sin duda, de excepcional belleza. El único detalle de mal gusto que quizá su madre había asomado en aquel tiempo era la profusión de mármoles y dorados y un exceso de obras de arte, cada una de ellas bella en sí, pero formando un conjunto abigarrado, ligeramente nuevo rico, y que, en el fondo, le parecía una broma secreta, una íntima satisfacción de su madre, un modo de burlarse un poco de su cada día más próspero marido y someterlo así a la ironía soterrada de sus amistades.

Sin embargo, la intimidad natural de su madre le era desconocida. Siendo el menor de sus hermanos, no se había visto obligado a verla lucir el vientre abultado o los ojos empalidecidos, las piernas abiertas en caminar de pato de las mujeres que esperan un hijo; no la había visto nunca que no fuera vestida, elegantemente vestida; no la había contemplado jamás en el mínimo acto que escondiera la podredumbre humana, así fuera el lavarse los dientes o el cortarse las uñas; y tampoco había contemplado jamás el espectáculo inmundo de los restos de menstruación por no haber tenido hermanas. Podía ahora recordar el asco que le había producido una fotografía pornográfica, mostrada clandestinamente por un compañero de clases, cuando todavía eran niños; una foto en colores que exponía a una mujer con las piernas abiertas, enseñando un hueco oscuro, sucio. Se había prometido a sí mismo que la feminidad sería para él un mero elemento de sublimación y que, de pintar mujeres, sólo resaltaría de

ellas aquello que sugiriera la idealizada visión de su madre de la infancia. Así, sus primeros cuadros eran figuras femeninas cubiertas por mantos que tapaban la totalidad del cuerpo y que sólo dejaban ver un largo cuello y un bello rostro, cuadros que, por cierto, su madre había alabado mucho, y por los que incluso, entusiasmada, había consentido en pagarle una larga estadía en París para que recibiera clases de los mejores profesores del mundo; imágenes que luego habían ido sensiblemente cambiando, deformándose, para dar paso a una pintura del horror que allí, objetivada en los lienzos, le parecía una especie de vómito intelectual, o quizá sensual, de ese otro aspecto oscuro de la mujer; cuadros que no habían recibido el beneplácito de su madre, quien había cortado abruptamente su subsidio artístico, aunque, por el contrario, habían sido mucho mejor recibidos por la crítica; y precisamente cuando estaba en el momento de definir una carrera, por falta de medios había tenido que renunciar a ella y olvidar los halagadores comentarios con que algunos periódicos habían reseñado su exposición. Era allí donde había muerto aquella madre de la infancia, deformada, al igual que las imágenes de los cuadros, en una mujer intrascendente, desarreglada, sin ningún brillo en la conversación, que escasamente abría las páginas de un libro, únicamente interesada en unas absurdas obras de caridad, una ridícula fundación que había emprendido para crear hogares de niñas ciegas, en los que precisamente una de sus compañeras de clínica, Cecilia, había participado en algún momento, y que ahora lo aburría recordándole constantemente la generosidad de su madre, cuando él odiaba verla rodeada de amigas insulsas y mediocres que en nada se parecían a las elegantes mujeres que en otros tiempos solían reunirse con ella a tomar el té durante las partidas de *bridge*, jugando a damas inglesas, pero, indudablemente, con más gracia y soltura, con más encanto que aquellas viejas tontas de una clase social evidentemente distinta a la de su madre, reunidas en la biblioteca, antiguo lugar del placer, para sacar cuentas y presupuestos de las casas-hogar de las niñas ciegas. Y su madre, ciega también a su propio deterioro, parecía estar contenta y disfrutar de su compañía, ahora mucho más necesaria después de la muerte de su padre.

Era ese interior oscuro y repugnante de la mujer lo que odiaba y manifestaba en sus mal vendidos cuadros, lo que le resultaba intolerable y le hacía padecer, pues se daba cuenta de lo irremediable en las mujeres de ese lugar sucio, lleno de sangre y de pelos, que podía abultarse o disminuirse según los ciclos de una biología que le parecía absolutamente reñida con la visión de la vida y de la mujer misma. Su acercamiento a María Gabriela, además de estar unidos por circunstancias casuales, se veía siempre detenido por la seguridad de que, una vez entrados en la intimidad, ella también, como todas las

mujeres, no podría desprenderse de su oculto lugar sucio y oscuro, esa interioridad llena de monstruos que trataba de reflejar en los cuadros, opuesta al varón, siempre una forma lisa, un perfil exterior, una limpieza de rasgos que lo seducía, aunque nunca, salvo en algunos pequeños retratos, dibujados más bien por el intento de complacer a alguien, le interesaba apresar en el papel sino contemplarla viva.

LA FELICIDAD DETRÁS DEL OLVIDO / 8

Fernández es un tipo que me arrecha, de los que se acaban de poner zapatos y se las dan de taquititaqui, y ponen inconvenientes para todo. Aquí las cosas toman su tiempo y uno no puede estar dándole servicio personal a cada uno. Y otra cosa, que él se burla de la gente porque dice que él no es loco, que solamente está en una temporada de reposo para recuperar el control. Eduardo decía que era un tipo con el que no valía la pena ni hablar, un burócrata de medio pelo que odia la inteligencia. A Eduardo le molestaba mucho que Fernández se burlara del profesor, porque aquí, en la casa, siempre se ha tenido mucho respeto por él, y no es por nada, pero de qué se va a estar burlando Fernández de un profesor matemático, un señor que ha escrito libros importantísimos. Yo, al profesor, aunque esté muy ocupado, cuando quiere dar su conferencia, le pongo la tarima de la cátedra, como él la llama, es decir, le saco una mesita auxiliar que hay en el comedor y una silla, y se las coloco en el corredor, que es donde generalmente hay más gente en la mañana, y él se sienta allí y empieza a hablar, haya o no haya alguien escuchándolo. Pero generalmente alguien se sienta; la señora Cecilia, por ejemplo, a quien le gusta tejer por la mañana, o el mismo Jesús, que es un buen muchacho, siempre hay alguien para escucharlo.

Mis queridos amigos: veo de nuevo en sus rostros la expectativa de continuar nuestro diálogo. Yo también he estado sumido en consideraciones acerca de cuál podría ser nuestro tema para hoy. Deben ustedes comprender que mi método exige un gran esfuerzo de concentración para poder desarrollarse, ya que es totalmente novedoso, proviene de mi reflexión como testigo del siglo veinte, y su elaboración ha sido un proceso solitario y libre; quiero decir que he tenido que aislarme de mis estudios y mis investigaciones para poder llevarlo a cabo y quedarme solo con mis errores fotografiados a lo largo de estos años, y he tenido también dificultades de auditorio; no he encontrado auditorio para mis comunicaciones, sólo estudiantes que querían alcanzar mis conocimientos lógico-matemáticos, y a

quienes cualquier desviación del tema les parecía abusiva u omisiva; es decir, he encontrado tiranos; sólo querían escuchar lo que sus oídos querían, y un hombre libre debe poder hablar de lo que son sus más íntimas convicciones, pero nadie quiere escucharlo, hay oídos tiranos y lenguas tiranas; entonces mi labor ha sido absolutamente solitaria. He enfrentado también problemas habitacionales, quiero decir que mi esposa convive en la misma habitación que yo (mi casa es un lugar bastante pequeño) y ella no comprende bien la importancia de mis meditaciones. Piensa, por ejemplo, que mis papeles ocupan demasiado espacio en la habitación, considera que hay demasiados libros, demasiados papeles, pero yo necesito una mínima expansión para poder tomar las notas que componen lo que va a ser seguramente un libro, o quizá deba extenderme a una enciclopedia, porque son muchos los errores que debo comunicar, demasiadas pruebas que debo consignar. Mi esposa no entiende nada de esto; es una buena mujer, una mujer muy buena, diría yo, una mujer que me ha acompañado muchos años desde que dejamos Europa, pero es una mujer muy limitada en su concepción del error, es decir, está atenta a los errores cotidianos; por ejemplo, está atenta a que la hornilla de la cocina no funciona o a que no se ha pagado el recibo de teléfono, errores de ese tipo; entonces no comparte mi preocupación por los errores de la humanidad. Es una buena mujer, pero he llegado últimamente a la comprensión de que es un ser pequeño y mezquino, de una gran mezquindad habitacional.

Poco antes de que yo estuviera aquí con ustedes, encontró una gran cantidad de papeles que yo tenía varias semanas escribiendo y estaban sobre la cama, porque ya en la mesa del comedor no había suficiente espacio y algunos los había dejado sobre la repisa del baño; entonces agarró todas esas hojas, las echó a la basura y dijo: Estoy harta de tus locuras, eres un pobre loco. Dijo esas palabras que muestran claramente su limitación comprensiva de mi obra; no ha llegado para ella el momento de comprenderla, sólo ve papeles escritos, no puede entender el valor de mi método, a pesar de que es una buena mujer y ha sufrido como yo por culpa de los mismos errores o de otros parecidos; ella podría ser una gran colaboradora mía porque también ha sido testigo del siglo veinte, ella tiene también muchos errores fotografiados en su mente. Incluso en su cuerpo. Ella no es aria; no sé si ustedes entienden la importancia de esa diferencia en mi país y en aquel tiempo. Ella tiene un error en su cuerpo, tiene marcado un número en su antebrazo; podría, si entendiera la importancia de mi método, colaborar conmigo, porque sus ojos tuvieron muchos errores fotografiados, errores que yo no vi, que sólo he escuchado o he leído, pero ella tiene la evidencia del error, podría escribir junto conmigo, ¿y qué fue lo que me dijo? Dijo: Eres un pobre

loco. Ustedes deben estar preparados para esa posibilidad; cuando comiencen a desarrollar mi método universalmente, muchos les dirán esas mismas palabras. Naturalmente, no tendrán la misma fuerza comunicativa que tuvieron para mí cuando ella me las dijo porque hemos vivido muchos años juntos, pero, a pesar de que es una buena mujer, está totalmente equivocada, no pude sacarla de sus errores, es decir, no pude desarrollar en ella el método de la develación del error; ella sólo piensa en la limpieza y el orden o en comprar pequeños dulces para merendar. Entonces se puso de acuerdo con los científicos doctores que dirigen esta casa para traerme y pensaba que yo estaría en desacuerdo. En absoluto. Nunca hemos estado más de acuerdo. En esta maravillosa casa he encontrado la solución a mis problemas habitacionales, tengo espacio para escribir y tiempo para leer, y he resuelto también el problema del auditorio, de manera que si ella, en su limitación mezquina, pensó que aquí acabaría con mi método, se ha equivocado completamente, completamente.

Deben ustedes perdonarme esta digresión personal, pero quería relatarles algo de mi propia experiencia; encuentro pocas posibilidades de hacerlo, ustedes seguramente también encuentran pocas oportunidades. Casi nadie está interesado en las experiencias comunicacionales; éste es un error que quizá deberíamos tratar más adelante, pero, antes de eso, es importante que sigamos con nuestro tema de hoy, el error de la tierra. Debo exponer a ustedes el error tal como está fotografiado en mi mente.

Viene Fernández y empieza a decir: Ese señor es un loco; que lo quiten de ahí; si viene alguien y lo ve ahí hablando solo, va a pensar que esto es un manicomio. Primero y principal, que no está solo. Está la señora Cecilia tejiendo unos suetercitos para un nieto que va a tener, está el Capitán Centella leyendo el periódico, está la señorita María Gabriela haciéndose las uñas. Ya por ahí son tres personas, y estoy yo con Jesús afeitando a don Emilio. ¿Y tú crees que lo están escuchando?, me dijo muy pedante, porque es un tipo pedante, y con qué uñas, gavilán, viene Fernández a ser pedante con nadie. Segundo, que yo también lo estoy escuchando; que no le entienda nada es otra cosa, pero yo no lo entiendo porque no tengo instrucción ni viajes para saber de lo que está hablando. De la Segunda Guerra Mundial, Pepín, está hablando de la Segunda Guerra Mundial y dime tú a quién le interesa esa vaina. A mí -le dije-, a mí me interesa porque, por ejemplo, de la Segunda Guerra Mundial yo no sé nada, y si el profesor nos enseña sobre ese tema, es algo más que se sabe. Fernández, no sea mezquino -le dijo la señora Cecilia-, a usted también le gusta que lo oigan, aunque no tenga nada que decir. Pero el profesor no le para mucho a esos comentarios, él tiene su misión que cumplir, como me

ha explicado: Esto es una misión histórica, ¿entiendes, Pepín?, yo debo mostrarle al mundo los errores fotografiados para que nadie los *olvide*. Un tipo que es un genio no le va a estar poniendo cuidado a Fernández.

1945. (Erlangen). Hay un niño sentado en el autobús. Está solo (ya les hablé oportunamente del otro, desaparecido) junto a muchos otros niños más; no hablan entre sí; visten de monos azules y suéteres, todos iguales; sus edades oscilan entre cinco y quince años. Una enfermera está sentada en el asiento al lado del conductor. Tampoco ella les habla. Atraviesan carreteras, van dejando atrás árboles oscuros, sin hojas, pequeños pueblos, hangares quemados, fábricas cerradas. De vez en cuando algunos habitantes saludan al autobús y los niños aplastan la nariz contra el vidrio helado, dejando las marcas de sus lenguas. Los vidrios exudan el agua que se pega al vidrio. Hay una parada súbita. El autobús se detiene y el conductor baja a arreglar la rueda. Algunos niños también bajan y orinan sobre la tierra oscura y escarchada. Continúa la ruta, el autobús va perdiéndose con su carga de niños y atraviesa una frontera. La enfermera baja y habla con los policías, al lado de las cercas electrificadas; es casi de noche y los faros de luz se encienden para iluminar la carretera. Algunos niños cabecean, otros duermen. Uno de los más grandes llora apretando la cara contra el vidrio. El autobús se detiene totalmente, ha llegado a una ciudad. Los niños entran en un edificio mientras la enfermera los cuenta. Algunos se meten dentro, otros son recogidos por personas que esperaban de pie, a la entrada del edificio, la llegada del autobús. Una pareja se acerca al niño que lloraba pegado al vidrio, le muestran unas fotos que el niño reconoce: las fotos de un hombre y una mujer con dos niños pequeños en los brazos. La mujer le da la mano y los tres se pierden en la noche. El niño, antes de seguirlos, se vuelve sobre sus pasos y se dirige hacia la enfermera para despedirse, pero ella está entrando en el edificio y no lo oye; el niño da la espalda y alcanza a la pareja.

Ustedes habrán reconocido en este error que yo soy el niño que ha bajado del autobús y ha continuado a pie con la pareja. Son unos parientes de mi madre que viven del otro lado de la frontera y me han reclamado, después del error del fuego (me refiero al asunto del edificio que ya les expliqué en mi conferencia pasada). Existen muchos errores intermedios; naturalmente, he sido cuidadoso con las fechas; entonces, ustedes pueden ver que hay cuatro años de intervalo entre un error y otro. Es decir, el error de la tierra aparece ahora, cuando el niño es cambiado de tierra. Por supuesto, *ellosinmediatamente* dicen: «No hay ningún error, se trata del mismo niño; el hecho de que viaje en autobús no es prueba de ningún error; si A viaja en autobús a B, no ha sucedido nada, solamente un movimiento de traslado, ¿qué tipo de

error quieren decirnos que se ha cometido? El niño se traslada de A a B. Podría hacerlo de B a A, o de F a C». Este es su tipo de razonamiento; deben estar preparados porque lo usan con frecuencia; todo tiene una explicación. Entonces lo que ustedes deben ver en el error fotografiado en mi mente, ahora ante sus ojos, es que, evidentemente, no se trata del mismo niño. Es decir, que aun cuando no se observa en la imagen, ustedes deben ver cómo ese niño va cambiando mientras va siendo trasladado en el autobús; algo aparecerá en sus ojos o, mejor dicho, ése es el asunto, lo más difícil de ver, algo va a desaparecer de sus ojos, la tierra que está recorriendo ahora en el autobús; ustedes ven la escarcha en la tierra y creerán que la otra escarcha es la misma, las carreteras no se diferencian tanto, por eso es difícil de precisar; los ojos del niño se van hiriendo mientras a través del vidrio va cambiando la tierra; es la misma sensación de un terremoto, pero, naturalmente, es un terremoto que se va produciendo lentamente, y ahora el niño, cuando trata de mirar la tierra, está siempre viendo la otra, es decir, está en un constante error terráqueo, podríamos llamarlo así, y sus ojos ven una cosa cuando la que existe es otra. El error de la tierra es que este niño está siempre viendo la nada, de modo que la nada va adentrándose en sus ojos y se va apoderando de él. Entonces, este niño será siempre victima de un error, porque, cuando él mira, sólo se ve la nada y afuera hay muchas cosas, hay árboles, personas, perros, edificios, otros niños, y el niño atraviesa todas esas cosas y su mirada encuentra la nada, está condenado a ver la nada cuando los otros ven cosas. Entonces *ellos* argumentan: «No hay tal error, el niño no es ciego, el niño puede mirar, mira y ve todas las mismas cosas que los otros». ¿Cuál es el error? Que no hay nada en esas cosas que mira. «Eso no es un error -dicen-, porque aquí están las otras cosas y se pueden fotografiar, evidenciar». Muestran todas las fotos de lo que el niño ahora está viendo, una nueva casa, unas nuevas personas, una pareja, una habitación con una cama, unos bancos de una escuela; el niño está estudiando en una nueva escuela, hay otros niños al lado de él. Entonces, ¿cuál es el error de la tierra? Sólo hay un traslado. *Ellos* confesarán el traslado, pero negarán la nada porque dirán: «Usted no puede fotografiar la nada». Continuaremos el próximo día, estoy muy agotado.

Eduardo quería que yo copiara en mi cuaderno todo lo que decía el profesor. Pero no es fácil, no es fácil. Usa muchas palabras raras; no sé si son raras porque él es extranjero o porque la mente se le complica cuando está explicando el asunto de los errores. Yo traté de copiar todo como él lo decía. No sé si estará claro, porque él habla muy distinto a mí, pero hay una cosa que tenemos en común. No es que yo

me vaya a estar comparando con una persona como el profesor, pero el error de la nada a mí me parece una idea muy importante. El error de las cosas que no pasan, las personas que no se encuentran, como cuando él no encontró su casa por el error del fuego. Eso mismo pensaba yo de algunas partes de mi vida; que lo más equivocado de mi vida eran las cosas que no había encontrado. Yo se lo dije a Eduardo pero a él le pareció absurdo; él dice que todos los errores son positivos porque la existencia es positiva, lo inexistente no puede ser un error. Eso es demasiado complicado para mí, pero a mí me parece que el profesor tiene razón en lo del error negativo; lo que pasa es que aquí no hay tiempo de pensar por la cantidad de cosas que hay que hacer. Cuando me ponía a pensar en el error negativo, enseguida alguien me estaba llamando: Pepín, que repartas las indicaciones; Pepín, que están tocando el timbre y la recepcionista no está. Pero si yo hubiera tenido tiempo de pensarlo más y de hablarlo con el profesor, a lo mejor hubiera encontrado la solución de por qué uno tiene errores negativos.

EL FOTÓGRAFO AMBULANTE / 5

Al contemplar las fotografías, seguramente tomadas por mi madre cuando éramos niños, quisiera huir de ese tiempo que ahora parece no haber existido nunca. ¿Es posible abandonar un tiempo que ya no existe? Quisiera huir de los instantes desperdigados, unirlos en secuencias, pero se esparcen en el aire, son apenas ráfagas que se perciben del largo aroma de la infancia. Huir de las cenizas de los ojos de los niños que quedaron sin reflejos.

El niño se agolpa en sus ojos, intenta encontrarlo. Hay una infancia acongojada en sus manos, en su mirada, pero es para siempre un niño arrancado, no definitivamente muerto, sostenido por los barrotes del tiempo y clamando por una escena de amor perdida. Un personaje desgajado del resto, que aún se pasea por alguna parte y se resiste a su final. ¿Le pertenece su infancia o es sólo una imagen solitaria que se impone y lo obliga a pensar que fue su paisaje propio alguna vez? Quisiera huir de sus propios ojos heridos por la visión de las imágenes que se niegan a desaparecer. Huir de ese niño que no ha muerto, que lo sigue mirando desde una foto vieja, desde esa historia que, en el fondo, no tiene ninguna continuidad, de ese niño finalmente asesinado porque siempre será un extraño, un incómodo personaje al que no se quiere por más tiempo albergar. Quisiera ponerle fin a esa infancia en una tumba de palabras que aprisionen las imágenes perdidas de una fotografía inacabable.

Un gran caballo marrón jineteado por un joven que cierra sus piernas fuertes a los muslos del animal. Lo conduce con habilidad y rapidez entre los árboles. Bajando la cabeza para no chocar con las ramas bajas, salta un charco de barro en el que reposa la lluvia reciente.

Se oyen retumbar unas pisadas de cascos. Al principio son lejanas, apenas un ruido sordo, un suave peso sobre el sendero, un tambor de fondo que se acercara. Luego un golpeteo, un eco que redobla una imagen que se anuncia hasta hacerse claramente presente. El niño está sentado al borde del sendero, juega con la tierra ensuciándose las manos, la acumula, la deshace, la vuelve a amontonar. Erige pequeñas

dunas, marca cruces en ellas o corona los montículos con hojas.

La presencia de sus acompañantes parece perderse entre los árboles, inmensos desde la pequeñez de un niño sentado. Cuando mira hacia arriba, ve sus copas llenas, rebosadas, entre las que se filtran los rayos del sol. La iluminación es tan clara y transparente que todo el espacio aparece como un cuadro, en el que puntillean la luz, las hojas, los largos troncos. El sonido de los cascos avanza. Intenta encontrarlos, detenerlos en algún lugar. Quien seguramente lo vigila o acompaña, desaparece. Existe, entonces, la soledad, una soledad tenue, necesaria, prometedora, que se instala en el paisaje, que le permite experimentar, en la claridad, el inminente encuentro, la avidez de unos minutos que presagian un descubrimiento, un acceso. Es posiblemente la aventura de esa imagen la que súbitamente le hace sentir que es parte de la lluvia, de la luz o de la savia, que no es solamente una máquina viviente sino un cuerpo dirigido al misterio.

Los cascos se escuchan tan fuertes que necesariamente deben estar muy cerca. El niño mira hacia todas partes pero no logra verlos, se siente tan próximo a aquello que anuncian, y sin embargo, impotente para alcanzarlo, y más aún, descifrarlo. La luz lo ciega por instantes; hay un silencio absoluto fuera del ruido de los cascos, y una soledad total que es el vacío en que se encuentra, fuera de todo lo que no sea la aparición del caballo. Finalmente surge, no muy lejos de él, quizá son unos pocos metros, quizá no, y la distancia se acorta por su anhelo.

El caballo atraviesa los senderos marcados y se hunde en la tierra, perdiéndose en la luz, ante su deslumbramiento atónito y desgarrado. No ha podido abrir la boca para dejar salir lo que sería un grito de llamada o de goce. Queda a tierra, con la mirada alejada, siempre partida, perdida en el cuerpo del jinete que ha desaparecido, irrecuperable, que nunca volverá a sus ojos, que ahora lo mirarán siempre desde el hombre en su caballo.

Foto de fin de curso. Se ven las figuras de un grupo de adolescentes. Han sido dispuestos en orden de tamaño: los de menor talla, en primera fila, sentados; los más altos, de pie, atrás. Al fondo, la estatua blanca de una Virgen, un jarrón vacío sobre un trípode.

Las caras están fijas en una forzada sonrisa, graves semblantes de la adolescencia. Desde ahora desearía interrogar a esos mismos personajes, solidarios de una vida a la que fueron empujados en el mismo momento, cuerpos aparecidos en una coincidencia histórica, producto de cadenas invisibles del azar, que dan en formar este conjunto de un grupo de muchachos que termina el colegio. Busca en ellos esa escena simultánea, rápidamente disuelta, donde

probablemente es el ojo de la cámara lo único que les da composición, sentido de unidad. Su visión remite a una lentísima mañana, un espacio que condensará una larga escena.

Un día primero, o quizás el primero recordado, de mañana de dolor de estómago, de no saberse la tabla del nueve, de olor a sudor y agua de colonia, de miedo de no saber hacer la B mayúscula en un cuaderno que dice: «La bondad es una virtud», de larguísimos minutos esperando una campana para correr por las escaleras, salir a la calle, sin que importe la tabla del nueve. Una segunda mañana de primer acercamiento, de inicial intento de solidaridad, una mañana de alegría en la que nueve por cinco son cuarentaicinco y el Tíber pasa por Roma. Una mañana de odio en la que otros se divierten en verlo agacharse varias veces buscando un cuaderno, abriendo nervioso la tapa del pupitre o revisando el portafolio, hasta que el cuaderno, misteriosamente, aparece sobre la mesa y todos se ríen. O también cuando pasa a pluma el dibujo con un trazo fino y delicado, casi perfecto, la mejor hoja de dibujo, y un borrón salta sin que nadie se haga responsable y él los mira con sus ojos interrogantes. Una mañana en la que le zumban violentamente la pelota, tan duro que no puede atajarla, para decirle: No sabes jugar, nos echas a perder el partido. O un examen en el que alguien se levanta y lo acusa de estarse copiando para ver cómo se llenan de lágrimas sus ojos asombrados. O una tarde de cine en la que pasan otra vez la misma película, que han visto decenas de otras veces, y todos reservan sus sillas para sentarse juntos y reírse y a él le toca una silla solitaria, junto al Padre, y ver la película en silencio, comiéndose una barra de chocolate. O la misa mayor en la que cantan estrofas con letras desfiguradas que lo hieren metamorfoseando su nombre en femenino. Siempre hay un motivo para el odio, pero él no lo encuentra, lo busca en sus rostros, en sus risas. Ha sido declarado objeto de burla, de denigración, por un designio inexplicable.

Una tarde oscura en la que se inclina sobre la mesa de dibujo esperando que termine el partido de fútbol. Traza figuras sobre el papel. Es una figura abandonada, dejada atrás con los objetos, una sombra que pertenece a otro tiempo; cuelga sobre ella una luz tenue, insuficiente. Sobre la mesa descansan artefactos desusados: un péndulo, plumas de tintero, tinteros de tinta china, esferas celestes, figuras geométricas en bronce, largas reglas de madera, cartabones y escuadras, mapas con agujeros que rasgan las montañas y los golfos. Imágenes que aluden a algo perdido y que él ama. Finalmente se levanta, ha terminado el fútbol, recoge su dibujo y lo guarda cuidadosamente en una carpeta.

Una tarde aburrida de teorema de Pitágoras, de inútiles explicaciones porque algo muy adentro le dice que nunca llegará a

entender la enorme pizarra de bisectrices y ángulos obtusos. Una mañana fundamental y violenta en la que alguien cuenta anécdotas prohibidas de ilusorios besos furtivos, interrumpidas por los paseos del Padre prefecto alrededor del parque de recreo. Algo malicioso gira entre sus bocas, que saborean al mismo tiempo el seno que uno dice haber chupado. Algo sospechoso hay en la mirada que le dirige un joven jardinero, de torso desnudo, en la cual él cree ver un guiño oculto bajo el sudor que le cae de la frente. Una mañana fresca en la que debe traducirse *La guerra de las Galias*, una guerra de centurias y Vercingétorix, más relevante que Hiroshima y Nagasaki. Sumido en guerras pasadas, cierra los ojos a todos esos niños que nacieron en el mismo tiempo que ellos y quedaron sumergidos en la historia, niños de los que nunca se sabrá nada.

Cualquier indagación sobre ellos, los que aparecen en la foto, conduciría a un silencio. Si se reunieran y relataran sus coyunturas presentes, serían únicamente fragmentos de conversaciones sin interés ni sentido. Algunos nombres saltarían como resortes de la memoria y se acuñarían a los rostros, probablemente otros quedarían anónimos. Algunos quizá ya hayan muerto, pero en todos su desaparición está marcada en la imagen de la foto. Puro estancamiento que detiene a esos niños y los recorta, irreales, esfumados, desvanecidos. Vivos y muertos igualmente se despiden de la escena.

De la puerta se queda mirando hacia los muros del colegio que lo exilan; sus pasos se dirigen afuera; va saliendo lentamente, nada ocurre, nada marca ese final; en realidad, tampoco el final ocurre; solamente, a quien mirara, se ofrecería la imagen de un adolescente que da un paso y sale de la foto. En su espacio queda un lugar en blanco.

Pepín mira las fotografías a mi lado. Las saca de la caja de cartón y las observa una a una, como si buscara alguna en especial. Me gusta verlo mientras las selecciona porque pareciera seguir un plan determinado que yo mismo no tengo. Me gusta dejarlo escoger mi pasado y equivocarse en las referencias que le sugieren las fotografías. Por mi gran parecido físico con uno de mis hermanos, al que sigo con una diferencia de apenas un año, no es fácil distinguirnos. Sin embargo, estoy bastante seguro de que la foto que escogió Pepín no es mía. Quiso incluirla, insistió en que él no podía recordar qué día fue a la escuela por última vez; en cambio, la fotografía de mi hermano, o quizá mía, en el último día de colegio, está fechada. Reconozco claramente la caligrafía de mi madre.

Para Pepín las fechas tienen una importancia desmesurada, absurda. No he logrado convencerlo de que el tiempo es un transcurso impreciso. Él insiste en que «la gente» conoce las fechas de su vida,

como si en ellas él encontrara una señal indispensable. Le leí una frase de Marguerite Yourcenar que he subrayado de su libro *Novelas orientales*. «Me has mentido, Wang-Fo, viejo impostor: el mundo no es más que un amasijo de manchas confusas, arrojadas al vacío por un pintor insensato, borradas sin cesar por nuestras lágrimas». Al principio se rió, dijo que el pintor insensato era yo. Luego me preguntó quién era Wang-Fo. Quedó muy decepcionado cuando le contesté que era un personaje de ficción. Quiso que le relatara el cuento y lo hice brevemente. Se puso muy triste y yo quise compartir con él la tristeza del niño que creyó que la muerte y el dolor no existían. A mí me pasa al revés -dijo-. A mí nunca nadie me prometió nada.

AUTOBIOGRAFÍA DE UN ESCRITOR AUTODIDACTA / 4

No es por desagradecido, pero ya yo estaba fastidiado del hombre que limpiaba las tumbas, y otra cosa, que el dinero no me estaba alcanzando como yo quería, y pasaba el tiempo y no había podido hacer el curso de electricidad. Vino la casualidad de que una vecina del barrio se me acerca un día y me pregunta si no quiero trabajar en un bar, porque estaban buscando un muchacho para limpiar vasos y lo pagaban bien. Esa fue la primera vez que yo tuve lo que se dice un sueldo, porque hasta ese momento era más que nada lo que me daban según las ganancias. Esto era un sueldo fijo, todos los meses, y era tanta plata que yo no lo creí hasta que fui al bar y hablé con la dueña y me dijo que sí, que era verdad lo que me había dicho la vecina, y que al año siguiente, cuando yo tuviera los dieciséis, me metía en nómina.

El bar se llamaba La Gata Delfina y quedaba a la salida de la ciudad, cerca del camino viejo por donde se iba hacia el mar antes de que hicieran la autopista. Yo nunca había estado en un bar porque en mi barrio los hombres bebían en sus casas o en una taguarita que se llamaba Brisas de Santa Teresa. Era una casa bastante grande, a la que se entraba por un zaguán, que daba a un patio de cemento donde había varias mesas para los clientes. Detrás había otro patio, medio corral, con unas matas sembradas y cables para tender la ropa. En el fondo del corral quedaba un cuartico y la Gata me dijo que ése era para mí. Yo no había pensado mudarme del barrio, pero comprendí que me quedaba demasiado lejos y que era mucho lo que se me iba a ir en transporte. Aparte, que un bar es un negocio más que todo nocturno, y, según me explicó la Gata, allí los clientes se divertían mucho y les daban las cuatro y las cinco de la madrugada. Así que pensé que lo mejor era quedarme a dormir en el bar y una vez por semana darme una vuelta por el barrio, no fuera que pensaran que mi casa estaba abandonada y me la fueran a quitar.

En la casa de la Gata fue la primera vez que yo vi un excusado completo, con su poceta instalada, su lavamanos y su papel *toilette*. A lo largo del patio de las mesas había un corredor de mosaico donde

estaba el servicio de bebidas y ése era mi lugar de trabajo. Yo tenía que ir lavando los vasos sucios y ponerlos en seguida limpios sobre una mesa larga para que las muchachas los volvieran a servir, y estar pendiente de que siempre hubiera hielo y agua, en fin, todo lo que es el servicio de un bar, y, antes de que llegaran los clientes, pasar bien el coleto en toda la casa. Es decir, el encargado de la higiene. A la izquierda del zaguán estaba la habitación de la Gata, muy grande, muy espaciosa, con sus ventanas de vidrios rojos y azules, del vidrio que es de tipo esmerilado, y su puerta de romanilla. Tenía una cama enorme, muy bonita, de madera como antigua, su tocador del mismo juego y un sofacito de seda rosada. En una esquina, su estatua del Corazón de Jesús y una mesita con una ponchera de agua. Me acuerdo bien de los detalles porque, cuando ella vio que yo era una persona cumplidora y muy aseada, me dijo que yo iba a limpiar su cuarto también, y que si me rendía el tiempo, despediría a la mujer que venía a hacer limpieza y me quedaría yo para el aseo general y con más sueldo, porque se incluían los cuartos de las muchachas. Pero, por más que sea, era una casa grande y le dije que sólo el de ella porque me gustaba bastante y se lo podía tener muy limpio, y ella era muy ordenada. Las muchachas, en cambio, eran de lo más desordenadas y no iba a estar yo guardando pantaletas y sostenes, ni botando sus intimidades, porque, aunque esté mal que un hombre lo diga, esas mujeres ni se molestaban en esconder sus meses. Los cuartos de las muchachas quedaban detrás del corredor de las bebidas y eran más pequeños que el de la Gata.

Como a las cuatro de la tarde yo pasaba mi coleto en el corredor y el patio, les quitaba el polvo a las mesas y a las sillas de los clientes, y para las cinco tenía mis vasos limpios todos puestos sobre una mesa larga, el hielo preparado, el agua y la soda, porque hay el que toma *whisky* con soda, me refiero a los clientes ricos, porque los había muchos de ron y brandy y también de cerveza, pero ésos a la Gata no le gustaban tanto porque decía que era mucha conversadera y poco negocio toda la noche con unas cervezas. En La Gata Delfina fue donde yo empecé de verdad a conocer historias de gente que no conocía porque era un lugar concurrido. Claro que mi trabajo no era atender al cliente y la Gata se la pasaba diciéndome: Pepín, al corredor, pero, cuando ella no estaba pendiente, yo me hacía el loco y, con la excusa de llevar unos vasos o una botella, me metía en el patio donde estaban los clientes y les buscaba conversación. No que fuera una conversación larga, pero ya me iban conociendo, y me pedían: Pepín, tráete más hielo; Pepín, cambia la canción de la rocola; Pepín, otra cervecita. Les caía bien. Y si no me podía meter en el patio, estaba en mi corredor y los escuchaba porque hablaban duro.

A La Gata Delfina iba de todo. Bastantes estudiantes, muchachos

jóvenes, un poco mayores que yo, como de la edad de mis hermanos; tipos bien empleados en bancos y comercios; a veces ricachones, digo ricachones porque yo siempre me fijaba muy bien en qué carro venían (por el carro de una persona se puede ver más o menos la plata que gasta), y venían también otros, que no sé si eran muy ricos o no, que la Gata llamaba los trasnochadores. Llegaban tarde, como a golpe de doce, cuando cerraban los bares del centro, ya bastante paloteados, y pedían no por vaso sino la botella a la mesa. Se ponían a conversar con todas las muchachas juntas, y eso era una rochela. La Gata se rascaba también con ellos, y no se daba cuenta de que yo me iba metiendo en la conversación. Esas noches nos daban las seis de la mañana y después yo tenía que ayudar a la Gata a acostarse porque cuando tomaba se quedaba como muerta. Había uno que era hasta poeta y leía sus poemas delante de todos, pero la mayoría eran bastante políticos, quiero decir que hablaban de política. En esa época, aunque ya se estaban tranquilizando, había mucho ñángara y el gobierno estaba muy revuelto, pero más que todo los clientes echaban bromas, contaban chistes; y muchos cuentos de borrachos, lo que más contaban eran cuentos de borrachos, de ellos o de otra gente que no conocían, y las cosas que les pasaban cuando estaban borrachos. Pero yo, ni un palo, el alcohol es algo que repudio; me gustaba oírles sus cuentos, pero yo, ni una gota, aunque hasta la misma Gata, cuando ya estaba muy rascada, me invitaba; pero la bebida es como todo: si uno empieza, después le hace falta, y cuando yo veo el vicio de Eduardo me doy cuenta de que tengo razón.

La vida en La Gata Delfina me gustaba bastante; lo malo era que, aunque tenía la plata, no encontraba el momento de hacerme el curso de electricidad, que era principalmente por lo que había ido a trabajar allá. Ya no me acuerdo cuánto tiempo estuve allí, si fue mucho o poco, porque era una buena vida y cuando hay felicidad uno no piensa en el tiempo que está pasando; pero lo cierto del caso es que también vino la fatalidad. No tanto para mí, sino para la Gata.

La Gata tenía un socio que se llamaba Francisquito y era completamente marico (digo completamente porque de las cosas que aprendí en el bar es que hay de todo, los que son completamente y los que son de doble *play*). Francisquito venía una vez por semana a echar papel y lápiz con la Gata, a ver cómo estaban las cosas y a saludar a las muchachas que lo querían mucho. Se sentaba en el patio a conversar con todos; generalmente venía por la mañana y preparábamos desayuno completo, pabellón con baranda, que a la Gata le quedaba buenísimo. Como a la una, las muchachas se iban a dormir un rato la siesta. Las primeras veces, hecho el loco, me tiraba pases, pero la Gata, que era una hojilla, me decía: Pepín, vaya y venga sin que nada lo detenga, y yo cogía la seña y me iba. No, qué va, la

Gata, una señora, sabía muy bien su negocio y a sus empleados los protegía. Lo mismo que una vez que vino un tipo que no era de los de costumbre, y se metió con la muchacha en el cuarto y de repente aquellos gritos, aquella bulla, y era que el tipo se había traído un látigo. La Gata, muy en su puesto, le dijo que eso allí no se usaba, y el tipo: Que yo pago lo que sea y además no es para darle a la muchacha sino para que ella me dé a mí. Pero la Gata ni de vaina; sin groserías, pero lo botó para el carajo.

De resto, Francisquito bien conmigo; entendió que yo era un empleado respetable y nos hicimos amigos. La fatalidad vino un día que era su cumpleaños, y la Gata se empeñó en que lo teníamos que celebrar por todo lo alto, pero no por la mañana en la intimidad, sino con los trasnochadores, que ya dije que eran clientes pero clientes amigos. La Gata fue avisando que aquel día no se recibía por inventario, sólo se les dijo a los trasnochadores, y armamos tremenda fiesta. Se le compró a Francisquito su torta con velitas, se llamó a unos mariachis para que vinieran a las doce en punto a cantarle su serenata y la casa brindó todo; ahí sí es verdad que estábamos todos rascados, y digo todos porque esa noche yo también me tomé unas cervezas y, como no tenía costumbre, andaba como encandilado. No dije que Francisquito era muy gordo, no sé si será por eso, pero bebió tanto que de repente se empezó a poner rojo, pero completamente rojo, y se sentó en una silla y dejó de bailar; tenía como dos horas seguidas bailando merengue. Se sentó y dijo que se sentía mal, y luego empezó a ponerse morado, casi gris, y se murió. Alguien dijo que llamáramos a un médico, pero qué va, no valía la pena, y empezaron todas las muchachas a llorar y a dar gritos, y a la Gata, que se había hecho el maquillaje completo, le caían las lágrimas por la cara. Uno de los trasnochadores y yo lo cargamos y lo pusimos en una cama, porque todas las mujeres lloraban tanto que no se podía ni hablar con ellas y alguien dijo que había que llamar a una funeraria. Entonces la Gata dijo que eso a Francisquito no le hubiera gustado nada, que conociéndolo como ella lo conocía, de toda la vida, sabía que a Francisquito no le hubiera gustado nada que se interrumpiera la fiesta con la funeraria, y una de las muchachas dijo que además era mejor esperar porque en su pueblo una vez le había dado un mal a un señor, así mismo, bailando y tomando, y cuando lo estaban metiendo en la urna, el señor se paró y habló porque no estaba muerto sino desmayado. Todo el mundo se fue convenciendo de que era eso lo que había pasado, que Francisquito lo que tenía era un desmayo por el esfuerzo de lo que había bailado y tomado, y seguimos conversando. Una de las muchachas volvió a prender la rocola, y poco a poco la fiesta se fue armando otra vez y los trasnochadores siguieron bebiendo y uno se puso a consolar a una de las muchachas y se fue con ella a la

habitación a terminarla de consolar, y así todas fueron entrando en sus habitaciones.

La muchacha, cuando entró con el trasnochador, hizo primero lo de siempre, que era echarle encima un paño de mano a la estatua del santo, lavarse un poco y acostarse, pero como la luz estaba casi apagada, no se habían dado cuenta de que en la cama estaba Francisquito. Ya era bien tarde, o mejor dicho, muy temprano, y ni Francisquito se había parado del desmayo ni se había llamado a la funeraria. La Gata estaba dormida en su cuarto, yo mismo la había acostado y me había ido a dormir, cuando en eso oigo los gritos de la muchacha y era que el trasnochador estaba tratando de parar a Francisquito de la cama para volverlo a poner en la silla del patio, pero se había puesto bastante duro y pesado y se les había caído en el corredor. Cuando por fin lograron levantarlo, lo llevaron hasta la silla, pero no había forma de sentarlo porque las piernas no se doblaban por nada. Entonces, con aquel griterío de las muchachas, porque ya no cabía duda de que sí se había muerto, y que ya era de día, empezó a llegar gente a la casa y los vecinos se pusieron a decir que en La Gata Delfina habían matado a alguien.

Llamamos enseguida a la funeraria pero llegó la policía primero, porque los vecinos, para ayudar en una necesidad, siempre estaban ocupados, pero para cebarse con la desgracia ajena, no les faltó tiempo. A la Gata la tuvieron presa unos días y luego la soltaron, se convencieron de que era inocente, pero el bar lo cerraron y lo que pedían para romper la boleta de clausura era mucha plata, que la Gata no tenía, fuera de que a Francisquito se le pagó su entierro por todo lo alto.

LA FELICIDAD DETRÁS DEL OLVIDO / 9

Ya yo me estaba cansando de que la señora Lucía me tenía prometido un trabajo y nada que me lo daba, y empecé a sacar cuentas y a pensar que con lo que me pagaba el doctor no tenía ni para alquilar una pieza. Así que empecé a jugar a la lotería, al loto mejor dicho, que es más rápido, y en seguida uno sabe si gana o pierde. El tipo que me los vendía también traía lotería y la señora Cecilia y Berta le compraban terminales. No me fue mal, me gané unos centavos con eso, pero luego el tipo desapareció y no sé si vuelva. Era un tipo raro y además le faltaba una pierna. Siempre hablaba de que se le había perdido la mujer del vestido santo, y yo un día, por esas cosas que se dicen, le conté que tenía un método para encontrar a las personas desaparecidas, que era escribir cómo uno se las imagina hasta que uno escriba la vida real. La mujer del vestido santo estaba muerta, en eso estábamos claros, pero él quería saber cómo se había muerto, y por eso mi método le pareció bueno y me dijo que yo le escribiera las historias hasta que diera con la verdadera, y que si acertaba me regalaba los billetes del loto. Escribir la historia de la mujer del vestido santo me costó mucho trabajo, primero, porque los datos que él me daba eran pocos y, segundo, por la cantidad de palabras que tuve que buscar en el diccionario.

***Historia de la mujer del vestido santo*, por Pepín**

Se sentaba en la acera a mirar a la gente pasar, jóvenes que comían papas fritas, familias que hacían la cola del cine con paquetes de cotufas en la mano, parejas viendo las vitrinas. A veces ella se mezclaba entre la gente y lograba sacar una cartera del bolsillo. Lo hacía rápido, nítido. Según el resultado, compraban hamburguesas o sólo café. Cuando la luz comenzaba a caer, recogían vasos de cartón tirados en la acera y papeles; a ella le gustaba mucho recoger papeles, de todos los tamaños, de todos los colores. Al final de la tarde, en la plaza, había muchos papeles.

Cuando oscurecía se levantaban y se montaban en una camioneta

que los llevaba a otro barrio, y luego, despacio, subían hasta la casa antigua. Él había descubierto esa casa hacía mucho tiempo; había instalado papeles de periódico y algunas latas vacías y una caja de cartón donde guardaba la ropa. Los techos de caña amarga dejaban pasar el agua, el enladrillado había casi desaparecido y los palos que sostenían el alero del corredor estaban carcomidos; cuando venteaba y llovía fuerte se caían las tejas[1]. Afuera el monte había crecido tanto que desde lejos apenas podía verse la casa. Era una casa de hacienda que había quedado sola en una colina; nadie se había acordado de ella durante años hasta que un día vio que habían clavado un letrero en el cual se anunciaban las obras de restauración, porque era un lugar histórico, con el nombre de la empresa y los millones que costaban los trabajos. A partir de ese día comenzaron a llegar obreros, cortaron el monte y cercaron la casa con una valla. Pero su vida no cambió. Los obreros se iban por la tarde y no venían los fines de semana. Tampoco nadie le tocó sus pertenencias. Hasta que la casa no abriera sus puertas al público no había nada que temer, y para eso faltaba mucho; los trabajos eran muy lentos y él continuó llevándola los domingos por la noche.

Pasaba los días en la plaza y las noches en la casa antigua. La ciudad era eso para él, no le resultaba fácil moverse con una sola pierna. En cambio, para ella no; ella recorría la ciudad todo el día y cualquier persona podía reconocerla porque siempre usaba el mismo vestido de cuadros grises y blancos, largo hasta los tobillos, y un pañuelo en la cabeza. Él le había dicho muchas veces que tenía que cambiarse, que parecía disfrazada y llamaba la atención. Cuando pedía limosna en una avenida principal, aprovechando los semáforos, la gente le gritaba que ya le habían dado en otra parte. Él le había insistido en que no usara esa ropa de disfraz, que se pusiera unos bluyines y una franela como todo el mundo, pero ella era muy terca. No quería quitarse su vestido de cuadros grises y blancos porque era un vestido santo; ese vestido se lo había regalado una mujer santa, y mientras lo llevara puesto, nada malo le ocurriría. A veces discutían por el vestido y ella se enfurecía y lo amenazaba con que nunca más subiría con él a la casa antigua. Por lo menos el pañuelo, le pedía él. El pañuelo era muy llamativo porque nadie lo usaba amarrado así, como lo llevaban las mujeres antes, cuando vivían los dueños de la casa antigua, pero la mujer santa la había enseñado a amarrárselo y no se lo quería quitar.

Cuando se acostaban juntos los domingos por la noche, ella se negaba a quitarse el vestido y el pañuelo, y él le levantaba las faldas y le desabotonaba la parte de arriba, pero nunca la vio desnuda. A veces le decía que se lo quitara y se echara agua porque olía mal y ella rezongaba y se metía en otra de las habitaciones con una lata de agua

y se bañaba un rato, pero, cuando salía, se había puesto otra vez el vestido. A él no le importaba que usara siempre el vestido, pero sí le preocupaba porque algún policía podía reconocerla, y ella se molestaba si él hablaba de eso y le decía que mientras tuviera el vestido no le pasaría nada malo. Él había dejado de discutir el asunto del vestido porque sabía que podría cumplir su castigo de no volver a verlo, y para él era difícil buscarla; no podía caminar la ciudad a la misma velocidad y, además, ella nunca tenía el mismo recorrido, siempre caminaba por avenidas principales, pero nunca en el mismo orden ni con días definidos. La única regla que habían fijado era la plaza los domingos por la tarde y siempre la habían respetado.

No recordaba exactamente cuánto tiempo hacía del día en que la encontró por primera vez, pero habían pasado varios años, estaba seguro de eso, llevaba la cuenta por las navidades que habían transcurrido. En Navidad había muchísima más gente en la plaza y ella encontraba carteras mucho mejor provistas, las personas se paraban frente a las tiendas más tiempo y se distraían. Después que agarraba varias carteras, se sentaba en el suelo, al lado suyo, y vendían juntos la lotería. Ella se reía mucho y también le contaba historias de la mujer santa y se ponía brava si él no las creía. Entonces él decía que sí, que creía en la mujer santa y creía que ella, cuando se muriera la mujer santa, sería la nueva mujer santa, pero eso era casi imposible porque la mujer santa era inmortal. La mujer santa veía aparecidos y les hablaba, pero solamente cuando no había nadie cerca; si había otras personas los aparecidos no le hablaban, y sufría y se tiraba al suelo por los dolores. La mujer santa tenía muchos poderes y quien no creyera en ella podía morir. Él no creía en la mujer santa porque nunca había tenido ninguna creencia, pero no le importaba decirle a ella que sí y le prometió que un día la acompañaría a conocerla, porque la mujer santa lo estaba esperando. Era una gran alegría que ella le hubiera hablado de él a la mujer santa; quería decir que no lo recordaba solamente los domingos; por eso le había prometido que irían juntos un día a verla y ella también le había prometido que le pedirían a la mujer santa que usara sus poderes para conseguirle una pierna falsa. Ella había visto dónde las vendían, sólo que ella robaba carteras pero no podía robar piernas ortopédicas. Con la pierna ortopédica podría acompañarla, mientas ella daba vueltas por la ciudad, pero eso no era lo que ella quería. Ella quería que él tuviera la pierna ortopédica para que fuera como todo el mundo.

La primera vez que no vino, él estuvo arrastrándose en la acera recogiendo papeles para guardarle los más bonitos, los más grandes, los menos sucios. Pensó si le había dicho la semana anterior alguna cosa que le hubiera disgustado; ella era una persona que podía gritar y romper y dar patadas durante horas si la molestaban o no

comprendían lo que quería, pero no pudo recordar nada. Todo había transcurrido como siempre; había llovido el último domingo que se habían visto y se marcharon antes; no pasaban camionetas pero a ella no le había importado. Cuando llegaron a la casa antigua el aguacero era muy fuerte y estaban chorreando; ella estuvo un largo rato hasta que logró prender unos palos con querosene y se echaron cerca del fuego, tapados con una cobija, y después estuvieron juntos, mientras él le acariciaba el vestido y le desabotonaba la parte de arriba. Comieron una *pizza* que habían comprado en la plaza y estaba muy fría y dura; ella trató de calentarla sobre la candela pero se quemó y él le dijo que no lo hiciera, que era peor; pero no recordaba que ella se hubiera puesto brava por eso; se la comió como estaba, y luego se quedaron dormidos. Cuando amaneció, y él se despertó, ya ella se había ido, pero eso era normal, nunca estaba cuando amanecía porque salía muy temprano a recorrer la ciudad. El domingo siguiente estuvo esperando a que apareciera en la plaza hasta que se hizo completamente de noche; pasaba muy poca gente y habían encendido las luces de las vitrinas y de la cafetería; le pareció que era demasiado tarde para subir hasta la casa antigua y bajó al sótano para dormir en el estacionamiento subterráneo, pero no pudo dormir en toda la noche, pensando en ella. Cuando el estacionamiento comenzó a llenarse y llegaron los vigilantes, subió de nuevo, se compró un café con leche y trató de pensar dónde podía estar. La mujer santa era la única persona de la que ella había hablado, pero no sabía cómo llegar hasta donde vivía la mujer santa; ella nunca había precisado el lugar. Esperó a que fuera otra vez domingo, aunque estaba seguro de que tampoco vendría. Entonces le preguntó a los vendedores que instalaban sus tenderetes al otro lado del centro comercial, y a una vieja que pedía limosna, pero nadie la conocía, nunca la habían visto ni sabían nada de ella. A él le parecía imposible que no recordaran el vestido de cuadros grises y blancos, pero todas las personas a quienes preguntó decían que no. Estuvo dudando mucho tiempo si sería lo correcto. El policía que daba vueltas alrededor de la plaza se había acercado a vigilarlos muchas veces, pero nunca habían tenido inconvenientes; él estaba vendiendo loterías y eso era legal, ella no estaba haciendo nada, sólo sentarse al lado de él. El policía tenía que recordarlos, seguramente él se había fijado en el vestido de cuadros grises y blancos. Pasaron varios días sin que él se atreviera a preguntarle, pero ya no aguantaba más la soledad de la casa antigua por la noche, ni los domingos en la plaza sin ella. Había recogido tantos papeles para dárselos cuando la viera que había tenido que meterlos en una caja de cartón; le gustaba la alegría que a ella le daban los papeles, cómo los acariciaba, los alisaba, los doblaba, y cuando quería mucho a alguno, se lo metía en un bolsillo del vestido.

Tener todos aquellos papeles guardados, esperando por ella, le hacía mucho daño.

Estaba seguro de que su desaparición se debía a una circunstancia grave porque no habían discutido la última vez que se vieron, y además él sabía que para ella también eran un vacío las tardes de los domingos sin él y sin subir a la casa antigua. Entonces se atrevió a hablar con el policía y le preguntó si él había visto a la mujer del vestido de cuadros grises y blancos que se sentaba con él los domingos a vender lotería. El policía no se acordaba del vestido ni de la mujer, pero, después de un largo rato en que estuvo pensando, le informó que había tres alternativas: la primera, la más probable, que la hubieran atropellado; constantemente a los mendigos los pisaban los carros, sobre todo los sábados por la noche, porque la gente iba muy rápido y muy borracha; la segunda, que la hubieran puesto presa porque seguramente ella, además de pedir limosna, también arrebataba carteras; y la tercera, que le parecía la menos probable, que la hubieran recogido en un asilo para indigentes y locos. Decidió empezar por la última de las alternativas; si no la encontraba, entonces intentaría la segunda y recorrería las comisarías, pero eso sería más lento porque quedaban muy lejos unas de otras, de modo que cuando hubiera terminado de visitar las comisarías ya la habrían trasladado a la cárcel de mujeres y llegar hasta allí sería casi imposible. La primera alternativa no quería pensarla, ni siquiera estaba muy seguro de cuál sería el destino de los cadáveres de los mendigos que aparecían en las autopistas. Él quería a toda costa buscarla y pensar en la muerte no le permitía buscarla.

Al día siguiente muy temprano tomó un autobús para ir hasta el asilo. No le gustaba montarse en autobuses por el asunto de la pierna; se le hacía muy difícil y la gente protestaba porque el autobús se detenía demasiado tiempo y el autobusero generalmente le gritaba; pero el asilo quedaba muy lejos y no había ninguna camioneta que pudiera llevarlo hasta allí. Hizo un paquete con comida y los papeles más bonitos que encontró, los que pensó que le gustarían más a ella, y logró llegar sin que le importaran demasiado las quejas de los pasajeros porque tardaba mucho en montarse, incluso una estudiante lo ayudó y le dejó su puesto.

Cuando llegó al asilo, dio su nombre y esperó un buen rato hasta que apareció un funcionario. El funcionario pensó que él venía a quedarse y le explicó que ya había demasiada gente, y hasta que no se desocuparan algunas camas, no podían acogerlo, pero él aseguró que tenía trabajo, que no era indigente; le enseñó los billetes de la lotería, y le dijo que el motivo de su visita era buscar a una persona. Le preguntaron varias veces el nombre, la cédula de identidad, el día en que esa persona había ingresado y sus señas particulares y esperó unas

horas más hasta que el funcionario regresó y le dijo que había alguien que respondía a su descripción y que si él era su cónyuge o familiar. Le pareció mejor decir que era su concubino; entonces el funcionario la llamó y ella apareció ante él, con su mismo vestido de cuadros grises y blancos y corrió a abrazarlo y estuvieron sentados juntos en unas sillas de metal hasta que el funcionario les avisó que iban a cerrar las puertas.

Desde el día en que la había encontrado, la visitaba cada vez que le estaba permitido. El asilo era un galpón de dos pisos; en la planta baja vivían los indigentes y en la de arriba los locos amarrados a los tubos de las camas. Ella estaba en la planta baja, en la que no había camas sino jergones de paja. Frente a los jergones había unos huecos para que hicieran sus necesidades y una manguera para regar el piso después. No había cocina, de modo que una vez por semana traían la comida y la guardaban en las oficinas. Les era incómodo discutir allí sus asuntos porque los asilados gritaban mucho, sobre todo los de la planta alta. Él pidió permiso al funcionario para visitarla en las sillas de metal que había en el pasillo de las oficinas y el funcionario aceptó. Fue una gran mejoría sentarse afuera, en silencio, donde ella podía disfrutar los papeles o prepararse para el día en que saliera y fueran a ver a la mujer santa. Él comenzó a planear la fuga; los sábados, los funcionarios se iban temprano y únicamente quedaba el vigilante; podía traerle unas latas de cerveza y regalarle unos billetes de lotería, para darle conversación, y así escaparse cuando estuviera distraído.

Poco antes del día señalado para la fuga estallaron los disturbios y el plan tuvo que posponerse. No había transporte y nadie en el asilo contestaba el teléfono. La ciudad estaba sitiada y para cruzarla era necesario atravesar por calles donde había constantes tiroteos. Eso no hubiera importado demasiado; el caso era que no llegaría hasta el asilo sin autobús. Los periódicos decían que faltaba poco para que los disturbios cesaran y todo volviera a la normalidad, pero se le hacían muy largas las noches, escuchando ráfagas de metralla y las sirenas. Tampoco durante esos días pudo bajar a la plaza. Estuvo limpiando el suelo de la habitación donde dormían en la casa antigua; los obreros habían arrancado las puertas viejas y entraban muchas hojas y polvo. La idea de la comida no lo dejaba dormir; las tiendas estaban cerradas y le había sido muy difícil encontrar algo para él. Pasaba horas pensando en el asilo; la comida la llevaban los lunes en una camioneta, pero aquel lunes la ciudad amaneció interceptada.

Los locos gritaban, pegando los platos de metal contra los tubos de las camas y tratando de romper las correas que los sujetaban; los de abajo se habían salido del galpón e intentaban forzar las cerraduras del cuarto donde se guardaba la comida; únicamente quedaban algunas latas y plátanos podridos y comenzaron a repartírselos y a

golpearse con las sillas o con las mismas latas porque no alcanzaba para todos. Los funcionarios hicieron acto de presencia y gritaban más duro, dando órdenes de que estuvieran tranquilos y asegurándoles que la comida llegaría por la tarde, pero no se calmaban; por la tarde vinieron algunos soldados y un médico que estuvo inyectando a los más exaltados para que durmieran y esperaran al día siguiente a que por fin llegara la camioneta. Al día siguiente uno de los asilados agarró la manguera y comenzó a disparar el chorro de agua contra los funcionarios y fue necesario cortarla. Sin agua, los excrementos rodaban por el piso y el olor se hizo tan insoportable que los funcionarios se negaron a entrar y volvieron a llamar al médico y a los soldados para que los asilados se apaciguaran, mientras limpiaban el galpón, y volvieron a prometer que la comida llegaría al día siguiente. Al día siguiente uno de los asilados le robó a otro dos plátanos, que tenía escondidos en la paja del jergón, y se produjo una conmoción en toda la planta baja; comenzaron a sacar la paja de los jergones y a desparramarla y a empujarse unos a otros hasta que uno de los asilados cayó al suelo y otros lo atropellaron y lo patearon. Los funcionarios volvieron a llamar a los soldados, el médico dijo que era necesario sacar el cadáver de inmediato para evitar una epidemia y volvieron a asegurarles que la comida llegaría al día siguiente. Al día siguiente muchos de los locos habían logrado zafarse las correas y bajaron dando tumbos por una escalera, que comunicaba las dos plantas, y se lanzaron contra los portones que separaban el galpón de las oficinas. Cuando los soldados vinieron, los apuntaron con los fusiles y el que estaba al mando los amenazó con disparar si no se quedaban tranquilos y les volvió a gritar que la situación en la ciudad era muy grave, que había estado de sitio y la lucha era muy dura, de modo que la comida se necesitaba para la tropa, pero les aseguró que al día siguiente vendría la camioneta y repartirían víveres. Al día siguiente el asilo amaneció tranquilo; todos estaban en la planta baja y se echaban unos arriba de los otros, tratando de estar cerca de la puerta cuando vinieran los soldados a traer la comida. Por la noche entró un funcionario y explicó que la camioneta no podía llegar, de modo que tenía instrucciones de abrir las puertas del asilo para que, los que quisieran irse a la calle, buscaran una solución hasta que los disturbios cesaran. Abrió las puertas del galpón y los dejó salir en pequeños grupos.

Afuera un pelotón de soldados los estaba esperando. Ella también salió; cuando se vio en la calle, echó a andar y cruzó la acera. En ese momento escuchó los tiros de los soldados y los cuerpos que caían al lado de ella. Corrió lo más rápido que pudo. A su vestido de cuadros grises y blancos le brotó una mancha y quedó pegado contra el muro.

Se arrimó al quiosco de periódicos para leer las noticias de los

acontecimientos y pudo ver la foto del asilo y los titulares que anunciaban la fuga de los asilados durante los disturbios. Decían que los funcionarios habían intentado detenerlos pero todos habían escapado, aprovechándose del desorden que reinaba en la ciudad. Todos sin excepción. Ahora seguramente vagaban de nuevo por las calles y era imposible recogerlos. Él sabía que no era verdad, porque, si ella estuviera libre, no hubiera faltado a la cita de los domingos en la plaza. La hubiera visto aparecer, con su vestido de cuadros grises y blancos, a lo lejos, cuando el sol estaba bien alto y la acera quemaba, y se habría sentado a su lado hasta que se hiciera de noche y entonces, juntos, hubieran recogido muchos papeles y se habrían marchado despacio hasta la casa antigua. Y así, una semana tras otra, el tiempo hubiera ido pasando sin sentir la dureza de la acera sobre la que se arrastraba y la humedad de la tierra en su refugio de la casa antigua. Pero ahora ella no estaba, no había venido y no vendría más a la cita de los domingos. Ya no estaba y él tenía que pasar las tardes de los domingos solo y las noches solo. Las noches en la casa antigua eran un recuerdo que le apretaba el estómago. Se acurrucaba en una esquina donde había puesto el colchón, que ella nunca llegó a conocer, y allí, doblado, se dormía. Sentía el vacío de su cuerpo y la necesidad de tocar el vestido de cuadros grises y blancos y de escuchar lo que ella decía mientras él la acariciaba. Pero ahora en el espacio de su cuerpo quedaba sólo el vacío. Quería atrapar ese vacío, romperlo, tocarlo con las manos. Sentado en la acera, un viejo tropezó con él y le contestó una grosería. Se acomodó y movió con las manos su muñón de pierna. El sol todavía estaba alto, faltaba mucha gente por pasar, por mirar las vitrinas, por sentarse en la cafetería y pedir una limonada *frappé*.

Para los que habían disparado sobre su vestido de cuadros grises y blancos, la mujer del vestido santo no existía. Sólo habían dejado vacío un vacío, y él no tenía a quién decirle que él era el dueño de ese vacío. Los que habían dado la orden de disparar sobre su vestido de cuadros grises y blancos pensaban que nada faltaba en el mundo, aunque su vacío se había borrado.

Después que lo escribí, yo pensé que, por lo menos, en alguna parte del mundo deben quedar escritos los vacíos desaparecidos.

Modestia aparte, la historia de la mujer del vestido santo es mi mejor cuaderno, pero al hombre que vendía la lotería no le gustó y no me quiso pagar nada. Dijo que ella no era así como yo la había escrito. Es muy difícil encontrar a una persona escribiendo; ya yo se lo había advertido. Las personas no son exactamente como uno las describe. Como no le gustó, no se quiso quedar con el cuaderno, y a mí se me perdieron todos los cuadernos de mi vida cuando vivía en el barrio, y éste, que no era mío, no.

Cuando se lo enseñé a Eduardo, se puso como loco. Primero, me preguntó si de verdad lo había escrito yo, porque a él le parecía imposible que un muchacho con quinto grado pudiera usar esas palabras y escribir tan seguido (sobre todo, quinto grado de escuela de barrio), y luego dijo que yo era un nuevo Genet, un escritor que a él le gusta mucho. De lo que yo leí cuando trabajé en la librería (no he contado esta parte todavía), no recuerdo nada de ese señor. Será casualidad. Eres un escritor puro, virgen, sin mancha de ilustración. Eres un *ragazzo di vita*, de ti se hubiera enamorado Pasolini, me dijo. Eduardo es muy sentimental y, cuando le leí la historia de la mujer del vestido santo, se le salían las lágrimas y me acariciaba el pelo, llamándome mi *ragazzino di vita*. Páramela ahí -le dije- que yo no bateo con la zurda.

Eduardo le pidió a su mamá que le trajera un libro de ese Genet, que se llama *Diario de un ladrón*, para prestármelo. Lo leí y me gustó bastante, entendí que él también había sido un muchacho pobre, que no conoció a su papá y que estuvo en un internado, pero yo lo que nunca he sido es ni ladrón, ni mendigo, ni marico. Tres cosas que me diferencian. Y también que yo, verdaderamente, no he querido ser escritor; los cuadernos que escribía de chiquito era para llegar a saber cómo era la vida de mi papá, no por otra cosa. De lo que sí me di cuenta, leyendo ese libro, es de lo que yo siempre digo, que lo más difícil es escribir historias de gente que uno no conoce. Lo que Genet escribió es de pura gente que él conocía, personas como él, de su barrio, supongo. Si yo hubiera sido un escritor enseñado, no autodidacta, de lo que me hubiera gustado escribir era de la estepa rusa, como los libros que me regalaba la señora donde mi mamá trabajaba cuando yo era chiquito. *Miguel Strogoff, el correo del Zar*. Ése sí es tremendo libro.

LA FELICIDAD DETRÁS DEL OLVIDO / 10

A mí los militares siempre me han llamado la atención desde chiquito. Me gusta ver los desfiles por la televisión y también las películas de guerra. Yo creo que un militar es un hombre de verdad, un hombre que no le tiene miedo a nada, al que no se le agua el ojo, y que si tiene que matar a alguien, lo mata, y si tiene que dar una orden, se cumple y ya. En cambio, los políticos siempre están hablando y dicen una cosa hoy y otra mañana y no se sabe qué es lo que es por fin. A mí me hubiera gustado ir a la recluta pero no salí en el sorteo; a la mayoría de la gente le daba miedo salir en el sorteo, pero en mi caso era lo contrario. Además que en la recluta me hubiera podido hacer el curso de electricidad. En esa época en que yo era chiquito y estaban mandando los militares, yo escribí en uno de los cuadernos de mi papá que él era capitán y que le daban unas medallas y lo felicitaba un general, pero cuando se lo leí a mi mamá no dijo lo de ¿y de dónde sacaste tú eso? Sólo se rió mucho y eso me hizo daño.

El Capitán Centella es un hombre de verdad, un tipo vergatario. Yo nunca me supe bien su nombre, siempre le digo Capitán Centella. ¿Cómo está, mi capitán?, y me cuadro, él entonces me dice: A sus órdenes, mi coronel. Y jugamos a la guerra. Cuidado, mi capitán, rat-rat-rat, alerta, el enemigo por el flanco derecho, cúbrame, mi capitán. Al suelo, mi coronel, vamos a rodear el cuartel, avance, avance, vamos a volarles el parque. Cuidado, mi Capitán Centella, nos descubrieron. Rat-rat-rat-rat, acabe con ellos, mi coronel. Nos van a dar, nos dieron, mi capitán.

Él siempre usa un pijama gris, tiene canas aunque es bastante joven, y unos lentes muy gruesos que se le ensucian. Siempre anda como mal acomodado, la franela medio salida del pantalón del pijama. ¿Por qué no se asea y se da un bañito en la piscina? Más tarde, Pepín, más tarde me baño.

El Capitán Centella no quería hacer nada. Se sentaba horas al sol, mirando al cielo, o se quedaba como dormido, sin importarle los gritos que de repente se oyen aquí. Aquí de repente está uno durmiendo la siesta o leyendo el periódico, y cuando menos lo espera, oye el griterío

que se ha formado; luego todo vuelve a caer en el silencio, como si no hubiera pasado nada. Y es que todos los días se parecen. Menos los jueves por la tarde y los domingos por la mañana, cuando hay visitas, los días son unos iguales a otros; más que días, lo que hay son turnos; el turno de la mañana tempranito para repartir las medicinas, el turno del desayuno; luego, el turno de la piscina; no sé para qué tienen la piscina y la manía de que yo le esté echando cloro y quitándole las hojas, porque nadie se quiere bañar; a mí sí me gustaría bañarme pero no tengo autorización porque es solamente para uso de los clientes, así me lo dijo el doctor: Pepín, lo siento, pero no te puedes bañar en la piscina porque no es para uso del personal. Luego, el turno del almuerzo; después, el turno de la siesta; luego, otra vez, el turno de la medicación de la tarde, y luego, el turno de la cena. Será por falta de noticias que los días parecen iguales unos a otros; aquí las noticias no le interesan a nadie, en lo que dan las noticias apagan el televisor; les gusta más cuando pasan algo de deporte, también las telenovelas.

Al Capitán Centella sí le gustan las noticias para saber qué pasa con la política; un hombre interesado, sobre todo si dicen algo del ejército. Hay veces que salen militares en la tele, hacen declaraciones; por ejemplo, si agarran un contrabando de drogas en la frontera, salen unos militares y explican que capturaron a los culpables y cuántos millones valían las drogas. Y el capitán: Mira, Pepín, el general tal, el coronel cuál, ése era amigo mío, ése era de mi promoción, hoy es el Día de la Bandera, hoy es el Día del Ejército, hoy es el Día de la Marina, siempre está pendiente de esas noticias y del periódico. Aquí casi nadie lee el periódico; también es verdad que el doctor me tiene prohibido pasar el periódico al corredor, porque éste es un lugar de descanso y hay noticias que confunden, se prestan a confusión, quiero decir, hablan de crímenes, de guerras, de incendios. Paso nada más la página deportiva. Un día se traspapeló una parte de la sección de Sucesos y la leyó la señora Berta, y bueno, pues, el doctor se puso bravísimo conmigo, que cómo había sido tan irresponsable. Yo no me di cuenta del asunto hasta que la señora Berta empezó a dar gritos y a decir que los doctores querían quemar la casa; hubo que llevarla a contención y llamar al residente, que para más colmo había salido por un momento, y todo fue porque en la página de atrás, donde salen los robos y los asesinatos, venía una noticia de un señor que había quemado el negocio para cobrar el seguro. Pero al Capitán Centella sí le gusta leer la prensa y yo se la paso completa porque él tiene autorización. ¿Qué noticias hay, mi capitán?, le pregunto. Malas, muy malas, Pepín, qué mal va el país, qué mal va todo. Aquí no hay gobierno, aquí no hay mando, esto es un bochinche. Luego almuerza y se duerme la siesta casi hasta la noche. Come muchísimo, yo le sirvo doble porque con la ración normal no le alcanza, y eso es un pleito

con la cocinera, pero si él necesita más comida, qué culpa tengo yo. La señora le trae más comida los jueves, comida hecha en casa y dulces. No es que la comida sea mala, no es mala, aquí se da de comer bien, comida sana, pero tiene sus horas. Se sirve el desayuno, un café en la mañana, el almuerzo, una meriendita y la cena.

Su esposa va a venir esta tarde a verlo, póngase buenmozo, tiene esa barba mal afeitada, ¿se ha lavado los dientes?, no se los ha lavado, vaya y cámbiese ese pijama que está sucio, se le botó el café en el pantalón, ¿por qué no se viste de limpio? Le saco una camisa y el pantalón limpios y se los coloco sobre la cama. Vístase, mi capitán, que hoy tiene visita.

La historia del Capitán Centella, es decir, por qué había venido a parar aquí, es muy larga. Un asunto que tenía que ver con los subversivos, pero él no me la había contado a mí, nuestra relación era de jugar a la guerra. Lo que viene a continuación es la

Historia del Capitán Centella, por Eduardo

—Mi capitán, despiértese, vino a verlo su señora, está en la sala de visita -dice Pepín.

El hombre se desplaza con un andar lento, besa a la mujer en la mejilla y se sienta frente a ella; contesta monótonamente sus preguntas, se interesa vagamente por lo que le cuenta de sus hijos. La mujer le alcanza una caja de dulces, intenta una conversación alegre, le da buenas noticias, hace planes para cuando termine el reposo, él la mira como si estuviera hablando de algo muy lejano, como si, cuando se refiriera a él, estuviera hablando de un desconocido. La visita es corta pero, aun así, ve de vez en cuando el reloj de la pared, esperando que pasen los minutos para volver a su cuarto. Ve el reloj sin prisa, seguro de que los minutos transcurrirán, y la señora se despedirá de él con una sonrisa, con un abrazo, anunciando que volverá el domingo. El hombre quiere tenderse en la cama, cerrar los ojos, pensar, recordar.

—¿En qué piensa, capitán? -le dice el doctor-. No le dé más vueltas, ya eso es clavo pasado, ahora tiene que rehacer su vida, pensar en el futuro. Usted es un hombre preparado, tiene estudios especializados, es joven todavía, tiene que pensar en usted y en su familia; su esposa lo adora y sus hijos son excelentes muchachos, buenos estudiantes, pendientes de usted y de su salud; es su obligación hacer un esfuerzo por ellos, por su esposa, por usted mismo. Lo que necesita es una buena dieta, mucho ejercicio, y buscar a sus amigos para que lo ayuden a reinsertarse en la vida civil, encontrar un buen trabajo, algo que esté a la altura de sus capacidades. Este país lo necesita, capitán Galiano, necesita de hombres de firmeza y de

capacidad como usted; así que anímese, trate de nadar un poco en la piscina. No gana nada con echarse a morir, la vida sigue, ¿me entiende?, la vida sigue y usted debe seguir con ella. El sosenil es una adicción peligrosa; usted necesita descansar, pero en forma médica, controlada por nosotros aquí, descansar y ponerse en forma para empezar una nueva vida. No piense más en lo ocurrido, en los interrogatorios, ahora está con nosotros que queremos ayudarlo.

—Reconstruyamos los hechos, querido Galiano, volvamos al día del alzamiento.

Sentado en el camastro de la celda, vuelve a oír al sargento gritándole: Mi capitán, los infantes se alzaron, el ruido del mar batiendo contra la fortaleza, y su propia voz gritándole al sargento: ¿Quién coño los alzó? Oye sus botas bajando por las escaleras, avanzando seguido de la tropa, entrando a la sala del parque. ¿Quién coño los alzó?

El hombre, sentado en una silla frente a él, repeinado, oliendo a agua de colonia, de ademanes finos, le ofrece un cigarrillo.

—Volvamos a los hechos. No ganas nada con esa actitud de encerramiento; yo he venido como militar, como médico, y sobre todo como amigo, Galiano, sobre todo como amigo tuyo, a intentar ayudarte, pero debes colaborar conmigo.

Afuera se escucha el mar y los graznidos de los pájaros, hace calor en la celda, mucho calor.

—Voy a intentar sintetizar los acontecimientos. El día del alzamiento estabas en tu cuarto cuando vino el sargento Noriega a avisarte que los infantes de Marina de la guarnición se habían alzado. Saliste de inmediato a enfrentarlos, hubo un tiroteo en el que hirieron al sargento y murieron varios muchachos de la tropa. Los alzados resistieron un buen rato, tuvieron también muchas bajas, finalmente tú y varios de tus hombres lograron acorralar a un grupo de ellos en la sala del parque. ¿Qué sucedió entonces, Galiano?

—Le he dicho varias veces lo que sucedió, he rendido declaración jurada a mis superiores, no tengo más nada que agregar.

—Galiano, no seas terco. Te repito que estoy aquí para ayudarte. Como médico, tengo un punto de vista diferente, tengo la capacidad de comprender qué pudo ocurrir en tu estado psicológico en ese momento, pero debes sincerarte conmigo; de lo contrario, me temo que no podré hacer nada por ti. Quizás estás cansado y prefieres que vuelva otro día.

—Estoy cansado, pero no creo que otro día pueda decirle nada distinto a lo que ya le he dicho y le puedo repetir. Entré en la sala del parque con el sargento Noriega; no es cierto que lo hirieron en el

tiroteo, he aclarado ya ese punto en mi declaración; cuando entramos en la sala del parque, el sargento no estaba herido, había otros hombres conmigo, no recuerdo cuántos, unos veinte; encontramos a los alzados intentando volar el parque, estaban al mando del coronel Salaverría; le grité que se diera preso y entregara el arma; entonces fue cuando el coronel Salaverría disparó y cayó herido el sargento; también cayeron otros de mis hombres, nos enfrentamos y los rebeldes salieron huyendo. Eso es todo lo que puedo decirle.

—¿Por qué no disparaste, Galiano?

—Le he dicho que disparé; los rebeldes huyeron, y yo entonces traté de ayudar a Noriega, que estaba sangrando mucho; algunos infantes estaban muertos.

—¿Por qué no disparaste a tiempo, Galiano? Salaverría huyó, tú le diste la oportunidad.

—Mi obligación era darle la orden de entregarse. Conozco el código militar.

—Déjate de vainas, tu obligación era disparar de inmediato, sin preguntar, eso es lo que pensarán en la Corte Marcial. ¿No es un poco ingenuo pensar que Salaverría se iba a entregar? Si caía preso le esperaban treinta años de cárcel por rebelión militar.

—Mi obligación no era suponer lo que haría Salaverría ni pensar en los años de cárcel que le esperaban. Mi conducta se ajustó al código militar: dar la orden de entregarse, disparar si no obedecían, eso fue lo que hice.

—Mira, Galiano, estamos en una conversación amistosa, médica y amistosa, no estamos aquí para discutir de códigos militares, pero yo debo tomar muy en cuenta las razones afectivas que pudiste tener y que psicológicamente justifican tu conducta. Tú sabes muy bien los vínculos que te unen a Salaverría.

—Lo sabe todo el mundo.

—Vuélveme a contar cuándo conociste a Salaverría.

—Julio Salaverría es como mi hermano, nos criamos juntos, mi madre lo recogió cuando él quedó huérfano; cuando Julio Salaverría vino a vivir en mi casa, él tenía diez años y yo seis. Creo que es evidente que, aunque no tenemos vínculos familiares, nuestra relación ha sido de hermanos. Mi madre decidió recogerlo, ignoro sus razones, nunca hablamos de eso; a Julio se le dio tratamiento de hermano en mi casa, crecimos juntos, hasta que él se fue a la Escuela de Oficiales.

—Y poco después tú también decidiste seguir la carrera militar, ¿no es así?

—Así fue, efectivamente; ingresé como infante de la Marina cuando él era ya sargento.

—Siempre un estudiante aventajado, Salaverría, las mejores

calificaciones en sus estudios. Seguramente él constituía un modelo, un hito de admiración.

—Julio fue siempre un buen estudiante, desde niño, y mi madre estaba orgullosa de él, pero también de mí. Usted sabe muy bien que somos personas de origen modesto, muy modesto; para mi madre era un orgullo que los dos nos encontráramos en la Escuela de Oficiales. En cuanto a si yo admiraba a Julio o no, eso lo dice usted. Nos tenemos el afecto propio de hermanos, ésa ha sido nuestra relación, aunque no hayamos tenido vínculos de sangre. Usted me obliga a repetir una historia que toda la guarnición sabe.

—Y ahora, naturalmente, estarás muy preocupado por su destino. Salaverría tiene una condena por rebelión militar, y si lo encuentran, tiene muchos años de cárcel.

—Así es.

—Pero lo que es extraño, Galiano, lo que a todos nos extraña, es que, teniendo tú una relación tan estrecha con Salaverría, no estuvieras al tanto de la intentona y de sus afinidades con los grupos extremistas.

—Usted entenderá que, por más hermanos que seamos, Julio no podía revelarme a mí sus planes de alzamiento. En primer lugar, me hubiera comprometido, y en segundo lugar, él sabía muy bien que no teníamos la misma visión acerca del destino de la patria.

—Pero es difícil creerte, es difícil pensar que, siendo como hermanos, desconocieras sus planes.

—Yo no sé si es difícil o no, ni sé lo que usted piensa; lo único que sé es que Julio no me dijo ni una palabra.

—¿Por qué no disparaste, Galiano?

¿Por qué no disparó?, ¿por qué no disparó?, ¿por qué no disparó? Cierra los ojos y de nuevo oye la voz preguntándole por qué no disparó. Salaverría es como mi hermano, nos criamos juntos, yo ignoraba sus planes de alzamiento. ¿Qué hubiera hecho usted de saber que el coronel Julio Salaverría tenía un plan de insurrección?, ¿qué hubiera hecho usted, Galiano? ¿Qué hubiera hecho yo? Ve los ojos angustiados del sargento Noriega esperando la orden, los ojos atentos de los infantes esperando la orden, y luego el silbido penetrante de las balas, los cuerpos de los infantes que han caído bajo la metralla, el grito del sargento, los hombres huyendo, saltando por encima de los cuerpos, perdiéndose de su vista. ¿Por qué no disparó, capitán, por qué no le dio orden al sargento de disparar? Está sudando, hace mucho calor en la celda. Vuelve a oír la voz del sargento gritando: Mi capitán, los infantes se alzaron, el ruido del mar, y el de su propia voz, preguntándole al sargento: ¿Quién coño los alzó? Oye sus taconazos

bajando la escalera, el ruido de la metralla, avanza seguido de la tropa, entra a la sala del parque, ¿quién coño los alzó?

—¿Qué hiciste tú, Galiano, cuando el sargento te comunicó el alzamiento?

—Creo que lo he explicado ya. Salí inmediatamente a la sala del parque y le pregunté al sargento que al mando de quién estaban los alzados.

—Es decir que, cuando encuentras a Salaverría, ya estabas en antecedentes.

—Sabía que él estaba al mando del Destacamento 3, pero en ese momento ignoraba si había oficiales comprometidos; de hecho los hubo.

—Así es, así es. Evidentemente, era un plan bien preparado, no era una simple intentona, sino un plan que debía tener varios meses en acción, no es fácil comprometer a varios oficiales en una cosa como ésa; tú lo sabes, Galiano, que la preparación de estas cosas lleva tiempo. Necesariamente, Salaverría estuvo durante meses en contacto con la gente de la subversión. ¿No recuerdas nada que él te hubiera mencionado, algún nombre, alguna fecha, algún comentario sobre su descontento, o de sus amigos izquierdistas?

—Le he repetido que cuando ocurrió el alzamiento yo estaba recién llegado a la base, Julio y yo teníamos varios años sin vernos; durante el tiempo que coincidimos conversamos algunas veces sobre asuntos familiares, nada más.

—Es curioso, ¿no?, la coincidencia tuya en ese momento. Tú pediste ser trasladado a la base, ¿no es verdad?

—No es verdad. Yo no pedí ningún traslado. Fueron órdenes de la superioridad en las que yo no tuve nada que ver. De hecho, cuando ocurrió el traslado, mi esposa y mis hijos todavía no se habían mudado aquí; precisamente ésa era una de las cosas que conversábamos Julio y yo; mi esposa no quería mudarse de residencia, tenía un familiar enfermo en la capital, por eso había demorado la mudanza.

—Casualidades, Galiano, la vida está llena de casualidades. Pero fue mala suerte para ti ese traslado, no estarías en esta vaina. Nada más por hoy; ¿puedo ayudarte en algo?

—Quisiera que me recetara algo fuerte para el dolor de cabeza.

—¡Cómo no! Ahora mismo doy la orden en la enfermería. Te voy a recetar sosenil, te quitará el dolor de cabeza y también te hará bien para los nervios. Tienes que estar nervioso con todo esto. Debes descansar, volveré por aquí y seguiremos conversando, pero tú tienes que entender, Galiano, que tu indecisión fue muy grave. No diste a

tiempo la orden de disparar; esos muchachos confiaban en ti, tú eras como un padre para ellos, la jerarquía militar hace que seamos como padres para nuestros subordinados y como hijos para nuestros superiores; ellos se quedaron esperando que tú les dijeras que dispararan y no lo hiciste a tiempo, eso costó muchas vidas y costó que esos carajos huyeran. Entonces yo, como médico, tengo que explicar al Consejo de Investigación qué es lo que te ocurrió. ¿Entiendes, Galiano, cuál es mi posición? Salaverría fue como tu hermano mayor, ¿no es así?, porque tu padre se fue de la casa cuando tú apenas habías nacido, te quedaste solo con tu mamá; entonces Julio hizo de hermano mayor para ti, te ayudó a hacerte hombre, ¿no? Tú lo admirabas, era un muchachote fuerte, decidido, cojonudo, quizá más valiente que tú; entonces, cuando te viste en la situación de que tú tenías la fuerza, el poder de dispararle, no pudiste hacerlo. Tú tienes que entender que Salaverría se metió en todo eso de la insurrección porque es un tipo que odia a la sociedad, un muchachito recogido de la nada. ¿Quién hubiera sido Julio Salaverría si tu madre no se lo lleva para tu casa? Nadie; tu madre le dio todo, cariño, educación, familia, pero él es un resentido, son una pila de resentidos todos esos carajos que se han metido en eso; en cambio, tú no, pero no pudiste hacerle eso a Julio Salaverría. Yo, como amigo, te entiendo, ves, como médico, te entiendo, pero yo no sé qué van a decir en el Consejo de Investigación si yo les paso esa experticia; ¿tú qué crees, Galiano?, ¿tú crees que ellos van a entender?

—Creo que lo ocurrido es muy fácil de entender. Yo no sé nada acerca de esa teoría que usted tiene sobre Julio y sobre mí, ni de dónde sabe tanto. Yo disparé; cuando vi que el coronel Julio Salaverría no se entregaba, yo disparé.

—Así es, Galiano, pero la vaina era que tenías que dispararle antes.

Sentado en su celda, un cuarto aislado por una puerta metálica, con el torso al aire, en cuclillas sobre la cama, enciende una pequeña radio y escucha la música, la propaganda, los anuncios de la hora. De vez en cuando intenta descansar, deja sus lentes sobre la mesa y trata de dormir, de no pensar en nada, de hacer un blanco para no ver las imágenes que pasan constantemente; aparecen y de nuevo las borra, escucha voces, ruidos de metralla, gritos, y pacientemente vuelve a anularlos, como si se tratara de una película sobre la cual pudieran suprimirse las impresiones de acuerdo con el propio antojo. Saltan delante de él las nubes blancas de un día claro, el sol reventando sobre el mar, las olas batiendo sobre la fortaleza militar, la luz iluminando los muros, y entonces, los hombres de la tropa corriendo, cargando las armas. Intenta suspender esa imagen, consigue por un momento la visión de la fortaleza en un día cualquiera, en un día de operaciones

de rutina; borra los rostros angustiados de sus sargentos, elimina las voces que lo vienen a despertar; está amaneciendo, no ve el rostro del sargento abriendo la puerta, entrando en su habitación, mira sólo el mar y la sombra de los alcatraces volando sobre la bahía. Escucha sus graznidos y el reventar de las olas contra los muros de la fortaleza; logra que desaparezcan los gritos de los hombres, las voces de mando, las órdenes, el tiroteo. Se para aquí. No logra detener el tiroteo, no logra hacer desaparecer el sonido de las balas. Quisiera sacarlo de sus oídos, retirarlo, como si la mañana fuera un animal al cual él pudiera arrancarle las vísceras; así quisiera él, a esta mañana tranquila extirparle el sonido de las balas, los gritos de los hombres.

Abre los ojos, vuelve a encender la radio y escucha la música agitada del programa, más alto, más alto, va subiendo el volumen hasta que tape el ruido de las voces. La voz del sargento le grita, le rompe el oído: Mi capitán, hay una rebelión, los infantes se alzaron; mi capitán, se alzaron los infantes. Se levanta de la cama y da vueltas en el pequeño espacio de la habitación. Está limpia, la cama bien estirada; tiene lavamanos y bacinilla, una radio, un espejo. La celda está de acuerdo con su rango. Vuelve a acostarse y repite el ejercicio. Cierra los ojos y de nuevo ve la fortaleza iluminada por la salida del sol, oye las olas rompiendo contra uno de sus muros posteriores, abre la ventana de su cuarto y ve los alcatraces disparándose en el agua, ve los reflejos del agua abriéndose para recibir a los pájaros. Ve a sus sargentos disponiéndose a tomar las órdenes de rutina, mientras él bebe un café que le ha traído el ordenanza y termina de afeitarse; se enfila la guerrera y sale al pasillo, pregunta el parte a la guardia: Sin novedad, mi capitán. Sin novedad, mi capitán. Trata de aferrarse a esas palabras, trata de subirles el volumen, como en la radio, para no oír a su sargento irrumpiendo en la habitación, gritando: Los infantes se alzaron, mi capitán; los infantes se alzaron, mi capitán; hay una rebelión, mi capitán.

Cerrar los ojos, dormir, no pensar en nada. No ha permitido que un solo pensamiento acerca de Julio Salaverría lo cruce y lo distraiga de sus intentos de dormir, tranquilizarse, tomarse el sosenil, esperar a que se le pase el dolor de cabeza, volver a dormirse, pero, indefectiblemente, vuelve a una mañana llena de luz, abre la ventana, el sol repunta y sólo se escuchan los graznidos de las aves sobre la bahía. Y luego la voz del sargento Noriega gritando: Mi capitán, los infantes se alzaron. Bañado en sudor, se despierta; alguien está abriendo la celda, oye el ruido de las llaves en la cerradura y siente el paso firme, el olor de agua de colonia, de nuevo la voz que le habla.

—¿Cómo estás, Galiano? ¿Cómo pasaste la noche? He estado pensando en ti, en tu futuro, chico. Esta carrera militar es una vaina;

esto es decisión, firmeza, rigor; no todo el mundo sirve para esto, hay muchas oportunidades en la vida civil, esto es para gente que cree en el deber por encima de todo, es una filosofía, ¿ves?, cuestión de filosofía. Yo creo, chico, que tú no sabías nada del asunto de Salaverría; es una convicción íntima, pero a veces la convicción del médico no es lo que arrojan las pruebas. La declaración del tipo éste, Noriega, te envainó; él dice que no le diste la orden de disparar a tiempo; entonces, ¿tú crees que si yo paso a la Corte el informe de las razones que tú tuviste para esa indecisión, las van a tomar en cuenta? He estado hablando con gente, tú me entiendes, no quiero mencionar nombres; me piden una intermediación, un consejo de amigo, de médico; un médico es como un padre en algunos momentos. Si tú pides la baja, te darán la excedencia con tu rango. ¿Sabes lo que eso significa? Jubilación, servicios médicos, facilidades. Es una salida amistosa, ¿me entiendes?

El doctor entra en su habitación. El Capitán Centella está echado sobre la cama con los ojos cerrados.

—¿Cuánto tiempo tiene tomando el sosenil, capitán Galiano? Es una adicción peligrosa, le quita la iniciativa, lo deja embobado, tenemos que hacer algo al respecto.

—Hace varios meses que lo tomo; ha sido la única forma de poder dormir, de que se me quite el dolor de cabeza, ¿me entiende, doctor?

—Le entiendo, entiendo muy bien; ha sufrido mucho, han sido tiempos difíciles para usted, pero es una adicción peligrosa, tenemos que ayudarle a salir de eso, a que descanse, pero en forma controlada. Trate de no preocuparse más por lo que pasó antes, capitán. Aquí está tranquilo, aquí queremos ayudarle, aquí no le vamos a hacer más interrogatorios ni pedirle declaraciones, aquí lo que queremos es que usted olvide todos esos momentos dolorosos y que empiece a pensar en su nueva vida, en sus nuevas oportunidades.

—Véngase, mi Capitán Centella, vamos a darle duro al enemigo, rat-rat-rat-rat; así es, mi capitán, báñese, póngase de limpio, que hoy tiene visita -le dice Pepín.

EL FOTÓGRAFO AMBULANTE / 6

Discutir con Pepín no es fácil. Su admiración por los militares me irrita. Trato de explicarle el culto a la autoridad, pero sus respuestas siempre son las mismas: El Capitán Centella es un hombre muy valiente. Los militares sí saben mandar. Una vez me dijo, siguiendo esas hipótesis fantasiosas con las que tapa sus carencias, que a lo mejor él era hijo de un coronel o de un general que habían matado en alguna sublevación. Hasta llegó a lamentar que no lo hubiera agarrado la recluta para hacer el curso de electricidad. Lo que pasa es que tú eres de cuna de oro, y por eso no te ha importado tu futuro, me contestó ante mi indignación, y esa respuesta me indignó más todavía.

Mi padre tuvo la habilidad de atribuirse todos los éxitos, es decir, el destino de mis tres hermanos mayores, y a mi madre, el mío. Es decir, los fracasos. La humillación que experimentó cuando se hizo público y notorio que tenía un hijo homosexual, fue un castigo que en verdad no hubiera querido infligirle. Cierto es que guardo para con él muchos resentimientos, pero no más que mis hermanos. Mi vocación artística había sido un rudo golpe para sus designios, pero mi condición fue algo que definitivamente lo hundió. Por las cartas de mi madre (él me escribía muy poco y telegráficamente), comprendí que se sentía lesionado y que incluso había dejado de atender muchos compromisos sociales, que antes parecían ser los momentos más preciados de su vida. Después de su muerte mi madre me confesó que alguna vez le había dado a entender un proyecto que gestaba en silencio: la posibilidad de que yo me casara con la hija de un importante capitán de empresas, con quien él tenía estrecha amistad. Pensaba mi padre que mi escasa capacidad para los negocios se vería compensada por esta unión, y a ello se debía el que no hubiera ocasión de reunión en la que esta familia no fuese invitada.

Para mayor facilidad, eran vecinos nuestros, y creo que a la muchacha, alguien, probablemente su propia madre, le hizo pensar que aquel proyecto de unión de familias empresariales, concebido como si se tratara de casas reales, tenía algunos visos de verosimilitud. La encontré hace un tiempo, felizmente casada y rodeada de hijos, y prometió invitarme a su casa para que reanudáramos nuestra amistad

de adolescencia; sin embargo, no lo hizo. Me comentó apresuradamente que guardaba una foto mía, sentado frente a mi mesa de dibujo, que me había tomado subrepticiamente desde su ventana. Para mi sorpresa, la envió a casa de mi madre, en un sobre cerrado, y al dorso escribió: «Para Eduardo, con el cariño de siempre». Al ver la foto, pienso que quizá, día a día, ella siguió mis esfuerzos, fue solidaria de mis éxitos y mis fracasos; desde su ventana me miraba sin cesar y, hasta cierto punto, desarrolló un relato de amor, mientras me veía salir a la calle y pasar frente a su ventana, ignorante yo, protagonista de ese relato.

Hay un escenario que se disuelve a cada tanto en el camino; el paisaje va perdiendo su forma anterior hasta encontrar otra. Ella está allí, viéndolo cerrar la ventana, acomodar las tintas y las plumas, guardar los lápices y los papeles de dibujo. Lo ve salir a la calle y se le pierde al doblar una esquina. Él avanza en la tarde de domingo, sin saber la historia que ella ha imaginado y que él, sin quererlo, contradice.

Finalmente llega al lugar de su cita. Tímidamente toca el timbre. Duda si es el apartamento que busca y confirma la pequeña placa que numera la puerta. Vuelve a tocar. Una voz le dice: La puerta está abierta, puedes entrar. Parado en el pequeño recibo ve a un hombre sentado en un sillón en un ángulo de la sala. Te estaba esperando, dice, y lo llama por su nombre. El joven lo mira, se siente turbado. El otro está inmóvil; observa, mientras le habla, que sus ojos tampoco se mueven y detalla los rasgos de su rostro, de su cuerpo. Sólo se mueve su voz, le muestra dónde sentarse, le explica que los otros no han venido todavía, pero no tardarán. De pronto suena el teléfono, interrumpiendo el silencio; le indica que lo atienda; él se levanta y transmite el mensaje. Alguien cancela su presencia para la reunión. Echa de menos los cuerpos de los que deberían estar, los que se iban a reunir para discutir un vago proyecto político. Ambos comentan la impuntualidad de la gente. Él le dice que lo estaba esperando; le habían informado que hoy vendría un compañero nuevo; el grupo se está ampliando, pronto serán muchos, será necesario distribuir tareas, determinar objetivos. Se pierde en lo que parece ser un largo discurso, en el cual le informa de reuniones anteriores y de resultados de otras discusiones; lo mira y la turbación no cede. Nadie le había dicho que era ciego, sólo que estaba enfermo. A veces le parece que él lo mira también, pero es una falsa impresión: sus ojos están detenidos en un punto incierto. Ve el reloj, el tiempo pasa lentamente, nadie aparece, de pronto tiene miedo. El otro parece captarlo y se ríe, le pregunta si puede ofrecerle algo y le indica dónde está la cocina, hay café preparado. No se atreve a moverse de la silla, a hacer ningún gesto; lo

observa con más calma. Es un hombre joven, algo mayor que él, su rostro le atrae; se levanta y lo mira de perfil, se siente más turbado. Sin darse cuenta han entrado en temas personales, no sabe exactamente qué hora es pero ve que la tarde va cayendo, hace calor. Él le pregunta si tiene novia, si está enamorado. Se ríen, una cierta complicidad se mezcla en la conversación, el clima se hace más fácil. Siente un gran alivio al hablar con un desconocido que no es capaz de verlo, que no puede adivinar nada en sus ojos porque no los ve. Busca una Coca-cola en la cocina y trae dos vasos. Definitivamente, nadie más vendrá a la reunión, la gente tiene otros compromisos, hoy es domingo, la gente va al cine, sale, muchas veces se queda esperándolos y no vienen; llaman para avisar, a veces ni llaman. ¿Tú nunca sales?, pregunta él. Salgo poco, es complicado, quizá después que me operen vuelva a salir más. Escucha la descripción de su enfermedad y no le hace más preguntas; le incomoda que él se incomode. No sabía, dice. Sí, he empeorado mucho últimamente. Hace calor, voy a abrir la ventana. Se sienta ahora más cerca, el otro lo nota por la proximidad de la voz. ¿Tienes novia?, insiste. De pronto percibe el terror de una pura mano que lo ve, que lo desea, que lo reconoce. La deja hacer, sin embargo. Está sudando y siente que si tuviera que hablar no podría, pero nadie le pide que diga nada. La mano continúa su camino, acaricia su pierna, el espacio entre las piernas. Una barrera ha sido traspasada para siempre. El teléfono vuelve a sonar, nadie lo atiende. Inclinado sobre él, lo toma por primera vez en su boca, siente su turgencia, acepta que se vierta. Después se incorpora para irse. Desde el baño escucha su voz que le pregunta: ¿Volverás otro día? No sé -contesta-, quizá sí.

Baja las escaleras corriendo porque el ascensor tarda en subir y necesita salir lo antes posible de allí. Está nervioso; en la calle mira el reloj; rápidamente se distancia del edificio y hace una larga cola frente a la taquilla de un cine. Avanza lentamente dentro de la marejada de gente que espera para entrar. No empujen, no empujen, respeten la cola, dice alguien. La gente quiere ir al cine, sacudirse el aburrimiento de una tarde libre, saber que se están divirtiendo. La película es muy buena. No piensa nada, transcurren las imágenes sin que se sienta presente, vuelve a verse inclinado sobre él, vuelve a la película, continúa mirando la pantalla.

Paradójicamente, la foto que mi amiga me había tomado, y que quizá conservó en prueba de su decepción, me conduce al recuerdo de mi primera experiencia sexual. Creo que al poco tiempo ella se fue a Estados Unidos a estudiar inglés, y yo a París a estudiar pintura. Cuando regresé, años después, mi madre me comentó, con tono de que me fijara en la oportunidad que había perdido, que se había casado.

Probablemente fue entonces cuando me comunicó el secreto propósito que guardaban nuestras familias. Supongo que, si ella estaba enamorada de mí, sufrió una inexplicable distancia, y sé también de mi propio sufrimiento en aquellos años. Sin embargo, ahora la fotografía me devuelve a un desconocido. Ni ella ni yo sufrimos hoy por las mismas razones.

Pepín mira la foto con mucha atención, como lo hace siempre que revolvemos entre las cajas de los álbumes.

—Tenías más pelo -comenta-, pero siempre has sido igual de flaco.

Quizá tiene razón. Entre el joven de la fotografía y yo, lo único que hay en común es poseer el mismo cuerpo y sus deseos. Su decadencia es la instancia objetivable que nos une y nos separa.

LA FELICIDAD DETRÁS DEL OLVIDO / 11

Eduardo dice que la adolescencia de Jesús tenía rasgos similares a la mía. Primero y principal, que Jesús andaba manguareando todo el día, porque no quería hacer nada, y su abuela le tenía la ropa planchada y la comida caliente, caso muy distinto al mío, porque yo almorzaba en la calle, perro caliente y Pepsi-cola, y hasta la noche no podía calentarme una sopa de sobre, menos cuando viví en casa de la Gata, que allí se comía completo las tres comidas, y muy buenas, porque la Gata cocinaba sabroso. Segundo, que yo, se puede decir que ingresé al mercado de trabajo cuando estaba por terminar la primaria, y que si no estudié más fue porque no tuve quien me pagara los estudios y no logré hacerme el curso de electricidad, que era mi aspiración, y en cambio, Jesús, si no estudió, fue porque se la pasaba hablando con un equipo de radioaficionado, a ver si le contestaban del otro mundo. Por la soledad tampoco será, porque, aunque esté mal decirlo, yo he hecho amigos en todas partes y todo el que me conoce me aprecia. Lo de la adolescencia torturada que dice Eduardo, no me parece; es más, no estoy seguro de que la tuve, porque ya dije que no me acuerdo cuándo se terminó mi infancia.

La señora o señorita que me entrevistó para lo del internado no habló nada de adolescencia, dijo que yo era un menor. *Ragazzino di vita*, que el señor Pasolini se hubiera enamorado de mí, ésas son las vainas que se le ocurren a Eduardo. Lo que pasa, Eduardo -le dije una vez-, es que la vida no es nada como tú crees, y como me tenía hasta las bolas con la adolescencia de Jesús, le dije: ¿Tú no sabes lo que decía Ricardo de la adolescencia?, pues que era un lujo de burgués. No hay cosa que más lo arreche que cuando le hablo de Ricardo.

Que conste que yo contra Jesús no tengo nada; es un muchacho bueno, callado, muy servicial. Yo lo pongo en la mañana a ayudarme con don Emilio para el aseo, porque lavar a don Emilio no es tan fácil; pesa como un elefante, y después que terminamos de asearlo, él empuja la silla de ruedas y le da vueltas por el corredor, para pasearlo un ratico, y más tarde lo lleva a la piscina a que le dé un poco el sol. Jesús es un muchacho muy joven y aquí en la casa no hay gente joven,

la más joven es la señorita María Gabriela, que pasa algunas tardes jugando con él, ludo o damas, aunque casi siempre a los juegos les faltan algunas piezas, pero, en general, aquí no hay mucha distracción. Él le agarra mariposas y se las guarda en una cajita de fósforos, o los sapitos, que cantan cerca de la piscina. Jesús vivió mucho tiempo en la hacienda de su papá y para esas cosas tiene habilidad.

A Eduardo le gusta sacarle fotos, y yo le dije: Está bueno las fotos, pero cuidado con vainas, que el doctor a quien le reclama es a mí.

Sesión de fotografías por Eduardo

Jesús, sentado al borde de la piscina, es un cuerpo bruto que simplemente está, permanece. Podría quedarse horas allí, suspendido. Un muchacho bien conformado, de rasgos que podrían ser calificados como bellos, cuerpo elástico, movimientos ágiles y bien medidos, sonrisa abierta y jugosa, voz de tinte sonoro. Estático, el perfil recto mirando al cielo, observando fijamente cómo las nubes tapan el sol, la camisa mostrando su pecho moreno, lampiño; los ojos, oscuros, llenos, tristes.

Eduardo capta la imagen repetidas veces, obsesivamente, tratando de aprisionar su interior, de devorar su silencio. Jesús se deja fotografiar, ignorando el hecho, y de pronto, como llamado por un orden absoluto, como quien atiende una cita impostergable, se levanta de la silla donde se ha quedado solo y mudo, y se dirige a su cuarto.

Acostado sobre la cama, repasa de nuevo su álbum de identidad. En la primera página aparece pegada su partida de nacimiento; relee las frases leguleyas que confirman su origen. La goma se trasluce un poco a través del papel y forma pequeñas bolsitas que borran algunas letras, pero, aun así, puede leerse el texto. A continuación, el verdadero contenido del álbum, un trabajo de *collage* conformado a través de varios años, en el que pueden apreciarse las diferencias de la caligrafía, que van mostrando paulatinamente signos más escuetos, madurados; recortes de periódicos que señalan tiempos distintos, toda clase de noticias pegadas sin orden ni concierto, o quizá sí, obedeciendo a un plan que escapa al lector, noticias de guerras lejanas, devastaciones ocurridas en otros puntos del planeta, reseñas científicas, recuentos de los últimos hallazgos acerca de la estructura del sistema solar, posibilidad de vida en otros mundos, el conocimiento íntimo de la materia, notas de curiosidades, anécdotas inverosímiles del tipo «Aunque Ud. no lo crea»: niños que nacieron con dos corazones, lobos que amamantaron gatos, personas que reportan haber estado en dos sitios a la vez y que acreditan el hecho con fotografías, máquinas capaces de fotografiar a los ausentes y que

atestiguan haber sacado una foto de alguien de cuya defunción no caben dudas, radioaficionados que aseveran haber estado en contacto con seres superiores de otros planetas, de quienes recibieron instrucciones de importancia fundamental y que el mundo ignoró. Una pequeña antología de las extrañezas y singularidades de las que es capaz la Historia. Otros, guardados por razones más enigmáticas: la noticia del ganador de la lotería en un pueblo perdido, que declara al periódico a qué fines piensa dedicar su recién adquirida fortuna; un aviso de alguien que ha extraviado su perro pastor alemán y ofrece una generosa gratificación a quien lo encuentre; el aviso publicitario de una película, *Rumbo a lo desconocido*, aventura espacial que, al margen, es representada gráficamente por un dibujo de Jesús, en el cual, no sin acierto, aparece una especie de hombre-rana, de poderes extraordinarios, y que lleva el subtítulo de «hombre injertado para dominar a seres inferiores».

Más adelante, una serie repetitiva en la que el mismo niño aparece reproducido en la misma fotografía, un niño de unos cinco o seis años de edad, que viste un pantalón corto, sin camisa y sin zapatos, con un enorme sombrero, y que lleva en una mano una escopeta de plástico e imita con otra el gesto del cazador que otea el horizonte. Abajo, al margen inferior derecho, escrito con estilográfica, *Jesús*, y la fecha. Esta imagen, que recorre las páginas en una secuencia desesperante, multiplicada decenas de veces, en distintos tamaños, desde una reproducción mínima, que es apenas un punto, hasta otra de gran formato, que ocupa toda la superficie de la página, inquieta al posible lector del álbum, y más aún, cuando encuentra la última copia, tachada con una gran equis en bolígrafo de tinta roja. A continuación, varios textos, algunos iluminados por dibujos, siluetas o sombreados trazados con cierta habilidad, escritos a máquina deficientemente, con innumerables errores, y pegados en pedazos de cartón.

Este hombre sabe algo, sabe que está en la nada, rodeado de gris y de vacío, espera que alguien le dé color. Aquí hay un hombre y una mujer separados por la indiferencia. Él está lleno de gris y no puede alcanzarla porque sus movimientos se perderían en ese gris.

Unos trazos en tinta china ilustran el siguiente comentario: *Son seres vagando por una tierra que no pertenece a nadie, ni a ellos mismos; no tienen punto de vista, ni adónde quieren ir, ni dónde están. Son ciegos para sí mismos. Unos caminan firme, otros empiezan a caer porque tienen miedo y finalmente serán tragados hacia ninguna parte*.

De todas las imágenes de Jesús, la que sin duda le producía odio era la de verlo invitando al viejo a dar un paseíto, montado en su silla

de ruedas a lo largo del corredor, como un rey loco atendido por un vasallo también loco, ante la presencia de locos espectadores, que no sólo no rechazaban el espectáculo, sino que hasta lo aplaudían como muestra de la bondad de aquel pobre muchacho. Eduardo, que no perdía la sinceridad consigo mismo, en algún momento hubiera podido confesarse que lo que le irritaba de la escena era un nimio sentimiento de celos, pues muchas veces había invitado al joven a su cuarto para mostrarle sus pinturas, o le había propuesto fotografiarlo, y había siempre recibido una negativa, cuando no un silencio, pero, a fuerza de convivir consigo mismo, no solía caer en el autoengaño, y podía sobreponerse a lo que en algunos momentos había sido un deseo fugaz: sentarse junto al muchacho en la cama y acariciarle la nuca fuerte y tersa como un toro joven. Sabía que lo que verdaderamente le resultaba intolerable era que aquel muchacho prestara su juventud y su belleza a la comparsa de fealdad y corruptibilidad que ofrecía la presencia del viejo, y esa misma falta de gusto del joven le hacía suponer que era probablemente un espíritu burdo, romo, sin muchas posibilidades de refinamiento. Por ello, la visión del viejo, respetuosamente llamado don Emilio, como forma última y final de lo que podía llegar a ser una vida varonil, y bien que lo era, pues tenía fama de haber sido un macho cuatriboleado, como diría Pepín, le parecía un tormento, probablemente el más cruel de los muchos que se veía obligado a tolerar.

La visión de la decrepitud que ofrecía don Emilio ofendía la dignidad de Eduardo. Le resultaba chocante, más aun le inspiraba repugnancia, horror, la presencia del viejo espatarrado en la silla de ruedas, mostrando unas piernas flacas como canillas, unos tobillos amoratados, ya que el menor roce dejaba en ellos su marca por las dificultades de circulación propias de la edad; la presencia del viejo, con la boca entreabierta, salivando constantemente, los ojos legañosos, el olor ácido de su piel, olor indescriptible que sólo puede calificarse como olor de viejo, olor de rancio, y que, por más agua de colonia que le echaran al bañarlo, no podía desaparecer; la presencia del viejo, llorando o dando gritos o riéndose a carcajadas estruendosas y que no venían a cuento, amenazando a los demás con un bastón que conservaba como símbolo obvio de un poder perdido y que necesitaba concretar en algo, siquiera fuera aquel palo, llamando a los que pasaban cerca de él por cualquier nombre, por cualquier palabra que se le cruzara en aquel momento por la mente, insultándolos cuando no se volvían a saludarlo o atendían las menudencias que se le ocurrían, yéndose en lágrimas como un niño que irremisiblemente pierde un juguete en el cual ha puesto toda la importancia de una ausencia fatal; la presencia del viejo, echado al sol, descendido por alguien que lo deja ahí, acurrucado, sin ninguna posibilidad de movimiento, como un

hombre que fuera puro torso, un muñón que respira, que se asolea, que incluso se voltea y se retuerce en la hierba, o mejor dicho, sobre un paño sobre la hierba, para evitar que el contacto directo con el suelo produzca algún tipo de picazón o de urticaria o rompa los vasos traslúcidos en la piel blancuzca; la presencia del viejo a toda hora, sentado en la silla, de cara al sol, y aun así, recubierto con una cobija que constantemente se le cae y se le humedece por el descontrol de la baba o de la orina, inmóvil durante horas, aleteando apenas una breve respiración, o sacudido de pronto por un furioso acceso de tos, que lo suspende, lo deja en vilo por unos instantes, amenazando con ser aquélla la última bocanada de aire que va a circular por sus pulmones; la presencia del viejo, estática, perenne, absoluta, demostrando a los ojos de Eduardo lo efímero de la belleza, o ni siquiera, lo efímero de la dignidad humana, hiriendo su visión estética de la vida, exponiéndole a la exageración de lo repugnante, de lo feo, de lo desagradable, la antítesis de un erotismo de la mirada que para él es esencial, le parece el mayor castigo al que es sometido en aquella casa, más terrible que los meses de abstinencia del alcohol o las noches clausuradas en las cuales sufre la nostalgia de alguien que le ha alquilado unas horas de placer, y que después, en la distancia de la soledad, es contemplado como ideal de belleza y plenitud. La idea, la sola idea de que él, llegado el tiempo, pudiera convertirse en un espectáculo descompuesto como lo es la presencia del viejo, le hace desear ávidamente la muerte, si no ya en la juventud, por lo menos en la fuerza de la edad, y se tranquiliza porque no hay nada, ningún pronóstico, por optimista que sea, que pudiera prometerle a él una longevidad que le parece la más desechable de las esperanzas, la más refinada de las aberraciones, como puede ser ese deseo humano de perpetuar su horror.

Piensa en una cita de Borges, que no le viene con precisión y que por momentos duda si es de Borges, acerca del horror de los espejos, de la pesadilla que es reconocer la propia imagen, y quisiera borrar la presencia del viejo como quien rompe un doble indeseable; pero no es posible; el viejo está puesto ahí, con infatigable odio por parte de alguien que quiere recordarle a él, un esteta, un amante de la belleza, de la juventud, de las formas, el *memento mori*. La muerte, él está de acuerdo, puede ser un acto de grandeza, de belleza o de amor. No, no es la muerte la que lo asusta, es la negación de todo deseo lo que lo mortifica desde la presencia del viejo. El tremendo acto de asco que le sugiere, le invade, más bien, cada vez que se ve forzado a mirarlo. La presencia del viejo, que le recuerda la visión de un hombre, también en silla de ruedas, con las piernas tronchadas, la mirada torpe, las manos mugrientas, halándole por el pantalón, una noche a la salida de un bar, pidiéndole unas monedas que él le arrojó huyendo, intentando

evitar el roce que ya se había producido en los pantalones de los que, al llegar a su casa, inmediatamente se despojó y echó a la basura, y que hubiera quemado, si no fuera porque, a pesar del alcohol, pudo conservar un instante de lucidez que le indicaba que así, borracho perdido, a aquellas horas de la madrugada y solo en su estudio, hubiera sido más que temerario proceder a la incineración, y prefirió dejarlos tirados y darle una propina a la conserje, ya entrada la tarde, al salir del sopor, para que tuviera a bien vaciar el basurero, cuando él saliera de nuevo, al caer la noche, en busca de algún remedo de amor.

La presencia del viejo le recuerda un terror infantil, nunca del todo desaparecido, una escena que ahora parece filmada para película francesa de buenas costumbres burguesas. Varios matrimonios jóvenes bien vestidos; ellos con chaquetas deportivas y pantalones de lino, ellas con vestidos de flores, grandes cinturones rojos o amarillos, zapatos blancos; los niños correteando entre los jardines bien cuidados se esconden detrás de las matas y se balancean suavemente en los columpios. El almuerzo es sencillo y fresco, bien preparado: filetes de mero, canastilla de frutas, algunos quesos. Terminada la comida, fuman unos habanos y conversan amigablemente al calor de unos alcoholes, hasta que el sol declina y la tarde comienza a enfriar. Amigablemente, de la misma manera en que han charlado, proceden a despedirse. Él lamenta la separación, ha vencido el temor de jugar con unos niños extraños y ya es hora de dejarlos. Son unos amigos de ocasión, personas que no se volverán a ver, meros protagonistas de un breve acto cuyas razones se desconocen; muchos de esos actos llenan a veces los días, encuentros fugaces cuyo motivo es banal y se deshará en el transcurso del tiempo. Sólo, a veces por pequeños detalles, quedarán fijados, absolutamente imposibles de datar o localizar, sólo algunas resonancias de paisaje podrían intentar ubicarlos en alguna parte, pero finalmente no ocurre así, porque nada importan. Caminan las parejas por el borde de la carretera, o es quizás una calle apenas transitada, hasta acercarse a un automóvil estacionado. En ese momento se renuevan los adioses y las promesas de verse nuevamente, de repetir el pretexto. El niño, obedeciendo una orden, se despide; da la mano al señor que fuma un habano con la mano izquierda; irreflexivamente, su mano busca la mano derecha del hombre, en un movimiento impulsivo que el hombre no tiene tiempo de evitar. La mano del niño siente un siniestro vacío en ella, un espacio hueco que no debería estar, como un colchón de aire extraño que le hace sentir frío en la suya, asco, repulsión, miedo. La retira rápidamente y se aleja saltando, luego pregunta: ¿Al señor le faltan unos dedos?, ¿por qué le faltan los dedos?

Una pregunta que lo acompaña siempre en el espanto de ver en la calle a un cojo, algún tipo de mutilado que arrastra la ausencia del

miembro a la mirada de los otros, y el placer atormentado, la curiosidad aterrada que le ofrecían algunos recuerdos de su madre acerca de un ya lejano viaje al norte de África, del que refería la visión de niños mutilados, probablemente por sus propios padres, a fin de solicitar la conmiseración y el horror en los transeúntes. Eduardo podía recordar también algunos pasajes del Antiguo Testamento, que leyó o escuchó en el colegio, cuando la disparidad de su deseo comenzaba a hacérsele evidente, en los cuales la figura del leproso o del ciego, en todo su horror y su crueldad, lo fijaba a la lectura del relato, e incluso podía temer la repetición de una imagen que a veces se le presentaba, se le imponía, y era la de un leproso que se le acercaba y lo obligaba a tocarlo, hundiéndole su miembro hecho pedazos. Pero todo aquel horror pertenecía finalmente a la lista de las abyecciones; en cambio, lo que más insoportable le hacía la presencia del viejo era el tratarse de un proceso natural, casi esperado, por no decir bienvenido, en tanto era el desenlace de un buen augurio de larga vida. Era también la naturalidad con que los demás lo veían, e incluso intentaban conversar con él, en algunos momentos en que don Emilio, como todos lo llamaban -Eduardo prefería omitir su nombre y referirse a él solamente con el calificativo de viejo-, entraba en cierta lucidez y parecía llegar de un largo sueño del que hubiera despertado para recordar dos o tres frases más o menos bien hilvanadas que le daban cierta consistencia, e incluso coherencia, a su figura.

—Acércame a don Emilio -le gritaba Pepín a Jesús-, que le voy a dar el almuerzo.

Mansamente, el muchacho empujaba la silla de ruedas hasta el comedor.

AUTOBIOGRAFÍA DE UN ESCRITOR AUTODIDACTA / 5

No me acuerdo qué edad tenía cuando cerraron la casa de la Gata, pero creo que no había cumplido los dieciséis, porque no me llegó a meter en nómina.

De buenas a primeras me vi en la calle y ahí me di cuenta de lo que son las relaciones; me pasé por el negocio del tipo que nos distribuía las bebidas, a ver si sabía de algo para mí, y ahí mismo entré en otro bar, pero un bar sin muchachas. No me gustó nada; desde el primer momento supe que eso no era para mí. El dueño me dijo que era para lavar platos, lo mismo que en casa de la Gata, pero me pagaban menos. Primero y principal, no es lo mismo lavar vasos, que es meterlos en el chorro, que unos platos llenos de grasa; luego, que cargara las cajas de los refrescos; luego, que me fuera temprano al mercado a comprar calamares porque era un bar español y comían muchos calamares; y luego, que me daban de almuerzo las sobras de los calamares: Y no es por las sobras -le dije-; es que yo no tengo costumbre de comer calamares y eso no me alimenta; usted me da aparte y yo me compro mi perro caliente.

Traté de volver al trabajo de *utility* pero ya no encontré a las mismas señoras; no sé si se habían mudado, pero no las encontré y pensé que, mientras no me saliera algo mejor, me quedaba en el bar, que además tenía su horario y me daba tiempo para irme a dormir al barrio, que era una cosa que me preocupaba mucho, porque cuando estaba en casa de la Gata se me había quedado gente adentro, y ésa era la casa de mi mamá y no me gustaba que se metiera gente extraña.

Al dueño del bar lo volvía loco un tipo que se pasaba por ahí a repartir papeles de la Biblia donde decía que beber era pecado. Entraba en el bar y pedía un refresco; en lo que el mesonero se lo servía, sacaba unos papelitos y los empezaba a repartir a los que estaban sentados en la barra; luego hacía como si fuera al baño y se acercaba a las mesas, y lo mismo, dejaba los papelitos y salía corriendo. El dueño dijo que a ese señor no se le dejaba entrar más porque atentaba contra el libre comercio y expendio de licores, y que él había pagado bien cara su licencia de bebidas para estar

aguantándose a ese imbécil, a ese loco, a ese sin oficio. Me puso a la puerta y me dijo que en lo que el tipo llegara le dijera: «La casa se reserva el derecho de admisión».

Era un tipo muy tranquilo y lo único que le preocupaba era que la gente no tomara bebidas alcohólicas. Los evangélicos son gente de buenas costumbres. Como no lo dejaban entrar en el bar, se quedaba conversando conmigo en la puerta y me preguntaba si yo bebía y si me metía con mujeres. Ya dije que a mí la bebida muy lejos, y de las mujeres tampoco tenía mucho que decir, porque la novia que no llegué a tener en el barrio no se puede considerar del todo como una relación sexual. Me preguntó si yo andaba en las casas de mujeres y no le quise decir que había trabajado en La Gata Delfina porque tampoco teníamos esa confianza. Cuando se lo dije, más vale que no. Se le salían las lágrimas; luego se puso furioso y empezó a recitar unos versos de la Biblia, y después que se le pasó me dijo que desde ahora en adelante él se iba a ocupar de mi educación, porque yo era huérfano y él no tenía hijos. Yo enseguida pensé en el curso de electricidad, porque con lo que estaba ganando en el bar no me alcanzaba; la única vez que me ha alcanzado el dinero para pagarme el curso de electricidad fue en La Gata Delfina y entonces no me alcanzaba el tiempo. Le dije eso, que a mí me interesaba mucho lo de la electricidad, porque me podía hacer un futuro, y le enseñé el aviso que yo había recortado del periódico, donde decía que daban el curso. Los evangélicos son gente que tiene más plata que la que uno cree, porque mucha gente les da limosnas y venden muchos libros de la Biblia. Estuvo de acuerdo en pagármelo pero, primero, yo tenía que demostrarle que tenía fe en la Biblia y que era cristiano. Es decir, tenía que ayudarlo a repartir los papelitos en los expendios de licores, y los domingos pasar por las casas de la gente rica a venderle biblias. Bueno, jefe -le dije-, a su orden, pero para eso me tengo que ir del bar, y mientras tanto, ¿de qué vivo? Me dijo que no me preocupara por eso, que él me daría lo suficiente.

Empezamos a repartir los papelitos juntos porque él quería enseñarme cómo se hacía, pero luego yo lo convencí de que repartíamos muchos más papeles si cada uno andaba por su cuenta y estuvo de acuerdo. Lo único que no me dejaba hacer solo era vender las biblias los domingos, pero eso no me importaba, más bien me gustaba, porque paseábamos por las urbanizaciones bonitas. Él tocaba el timbre muchas veces porque costaba para que abrieran. A veces brincaba un perro bravo ladrando y había que correr; otras, los dueños de la casa salían, en pantuflas, furiosos porque estaban durmiendo. Yo se lo dije: Es que a la gente, el domingo, le gusta dormir tarde, pero había que hacerlo por la mañana, decía él que era la mejor hora. Otras, ni siquiera nos contestaban y nos fajábamos a tocar el timbre

como media hora sin que abrieran, pero, cuando teníamos suerte y nos recibían, nos daban un vaso de agua y entonces él se sentaba a explicarles el libro, una Biblia muy completa, con sus dibujos de colores muy bonitos; vendíamos como dos por domingo. Por la tarde me llevaba a su casa para leer la Biblia juntos, porque así yo iba aprendiendo y más adelante podría leerla solo.

Le volví a coger el gusto a la lectura, que la tenía muy abandonada porque, desde los libros que le habían regalado a mi mamá, cuando trabajaba en casa de aquella señora, y los que yo encontré en las bolsas de basura, cuando trabajaba con el camión de José Gregorio, no había podido tener otros. Estos eran todos iguales porque el evangélico sólo tenía libros santos, que hablaban del bien y del pecado, y tampoco eran muchos; así que los leí todos varias veces. La Biblia no, porque tiene demasiados versículos; él los escogía y luego me los explicaba. Cuando yo empezara a venderla solo, se la tenía que explicar también a los demás, así hasta que todo el mundo llegara a conocerla, pero eso no lo llegué a hacer porque no me gusta meterme en la vida ajena. Y otra cosa que me gustaba de vender biblias era que, en las casas donde nos dejaban entrar, yo siempre pedía el baño. En La Gata Delfina me había acostumbrado a tener baño y es una costumbre que no se olvida. Lo mismo cuando entraba en un cine; lo primero, iba al baño.

Por la época en que era amigo del evangélico, daba muchas vueltas por la ciudad, paseaba todo el día por las calles que no conocía, sin saber a dónde iba, y me paraba cuando quería, donde había mucha gente, o me quedaba mirando las vitrinas de las tiendas. Al principio, repartía los papelitos que decían que beber era pecado, pero, poco a poco, los fui botando sin repartirlos porque esa repartidera, primero y principal, no le interesaba a nadie; yo veía que en lo que yo le daba el papelito a alguien, lo arrugaba y lo botaba al piso, entonces pensé que lo mismo era botarlo yo antes, y segundo, que lo de entrar a los bares, que es donde el evangélico decía que había que ejercer nuestra acción cristiana, era difícil y hasta peligroso. Una vez se me ocurrió repartirlos en un negocio que yo les había oído nombrar a los trasnochadores de La Gata Delfina y me iban cayendo a trompadas.

A todas éstas, del curso de electricidad, nada. Siempre que le tocaba el tema, el evangélico me decía que para el mes que viene, y ya yo me estaba cansando porque, se lo dije, cualquier día suben el precio y va a ser más difícil. Como me sobraba mucho tiempo, empecé a ir por las tardes a los cines del centro. Los que más me gustaban eran los de sesión continua, que pasaban dos películas seguidas, y haciéndome el loco, a veces me quedaba hasta la noche y veía la misma película varias veces, para aprendérmela bien y aprovechar la entrada, porque me costaba bastante ahorrarla de lo que el evangélico

me daba para el transporte y la comida, y no siempre conocía a los porteros para que me dejaran entrar sin pagar. A algunos sí, y como a primera hora de la tarde estaba casi vacío el cine, no les importaba mucho. Me vi muchas películas entonces; después, en la clínica, como nunca he tenido tiempo para salir, sólo veo las de la televisión.

Las minas del rey Salomón la vi seis días seguidos. Me la sabía de memoria, pero cada vez que la veía era como si no me acordara. La actriz se llamaba Deborah Kerr. Era muy blanca, muy flaca, y se metía en un viaje por África para buscar a su marido, que se había perdido buscando las minas del rey Salomón. En la Biblia mencionaban mucho a ese rey Salomón, pero no recuerdo que dijera nada de las minas. Eran unos tesoros que estaban escondidos en una de las cuevas y para entrar en esas cuevas había que pasar por muchas calamidades. Ella (Deborah) contrataba a un explorador para que la llevara y al final se enamoraban. Él la salvaba de muchos peligros, de una culebra, de unos negros que se los iban comiendo, y al final encontraban que el marido estaba muerto y se casaban. Yo también hubiera querido salvar a la que fue casi mi novia del barrio, porque yo sabía muy bien cuáles eran los peligros que ella corría. No me gusta hablar mal de nadie, siempre lo digo, pero yo sabía que el marido de la mamá tenía que ver con ella. Y los hermanos también lo sabían; lo que pasa es que se hacían los locos y no decían nada, y luego me vino el mayor a decirme que ella era señorita y yo la quería perjudicar.

Cuando yo vi esa película pensé que así me hubiera gustado que fuera mi vida. Siempre me ha gustado una vida que no es como la que yo he conocido. Eduardo dice que esa alienación del cine es un fenómeno normal en un adolescente. A Eduardo le gusta decir esas cosas, que parece que lo que le pasa a uno está escrito en alguna parte y él ya lo ha leído, pero a mí me parece que mi vida sólo me ha pasado a mí. Después que vi *Las minas del rey Salomón* empecé a hacerme la paja pensando en Deborah Kerr, y en ese sentido se puede decir que ha sido una mujer que nunca he olvidado.

LA FELICIDAD DETRÁS DEL OLVIDO / 12

Me hice amigo de Manuel el día del asunto aquel de la televisión. Yo, al principio, con respeto y atención, como a todo el mundo, pero no le daba mucha conversación porque una vez me salió con una patada y yo para esas cosas soy muy delicado. Le pregunté si podía arreglar una silla del comedor y me contestó de mala manera que él no estaba de carpintero y que la arreglaba si le daba la gana, pero el día en que la televisión se echó a perder me di cuenta de que Manuel tenía buenos sentimientos y él también se quiso hacer amigo mío. Ese día estaba todo el mundo emocionado con que pasaban por la tele la ceremonia de la boda de unos príncipes, porque aquí suceden pocas cosas y los días se parecen mucho unos a otros. Lo venían anunciando toda la semana: «El sábado a las dos de la tarde, el sábado a las dos, no deje de verlo, extraordinario espectáculo a las dos de la tarde en su canal favorito». Desde temprano había ya mucha expectativa y estaban todos pendientes de los preparativos. Pepín, que hoy sirvan el almuerzo temprano; Pepín, que no vayan a pasar la aspiradora por la tarde; Pepín, arregla las sillas en orden porque siempre hay los vivos que se ponen en primera fila y tapan a los demás. La señorita María Gabriela se pasó todo el viernes lavándose el pelo y pintándose las uñas porque quería estar muy bonita para la hora de la transmisión; decía que cuando la cámara enfocara al príncipe, ella tenía que ser tan espectacular como la princesa. La señora Lucía prometió musicalizar la boda cantando durante las propagandas, de manera que pareciera que nosotros estábamos también en la fiesta; me mandó a poner unos refrescos en una mesita y a mover un mueble que estorbaba, para hacer como una pista de baile. En general, todo el mundo estaba bastante interesado, menos Eduardo, que dijo que aquello era una ridiculez porque nosotros no teníamos nada que ver con los príncipes, pero yo le discutí eso, porque, si todo el mundo estaba tan contento, no tenía él que ponerse a aguarnos la fiesta.

Como a las diez de la mañana, la señora Cecilia reunió a todo el mundo en el salón para iniciar los preparativos. Querían probar cómo se veía y arreglar la antena, porque la televisión de aquí está un poco

vieja; ya yo se lo había dicho al doctor, que para diciembre la casa se merecía un regalo y que comprara un televisor de 27 pulgadas y control remoto. Estaba lavando a don Emilio porque quería dejarlo aseado y limpiecito para no tener que ocuparme de él por la tarde, cuando escuché un grito de la señora Cecilia y luego el zaperoco. La televisión no funcionaba. La señora Cecilia le daba y le daba, pero no había forma. El Capitán Centella movía la antena en todas las direcciones, pero sólo de vez en cuando se aclaraban un poco las rayitas horizontales. Jesús decía que era necesario cambiarla de puesto, porque estaba mal orientada, y todo el mundo empezó a mover los muebles para que el aparato quedara contra la ventana, que era, según Jesús, el lugar donde debía estar; a veces se entendía más o menos bien la voz del locutor y se lograba ver como unas manchitas de colores, pero más nada. Hay que llamar a Fernández, dijo la señorita María Gabriela. Fernández tenía fama de técnico. Yo no es que sepa de electricidad, porque sólo tengo la vocación, pero una vez lo vi tratando de acomodar un enchufe y me pareció que no era ningún experto. Fernández acudió al llamado de la señorita María Gabriela y se puso a darle un rato. De entrada advirtió que la televisión no es asunto de electricidad sino de electrónica, dos cosas muy distintas. Intervino el profesor y dijo que lo mejor era llamar al técnico porque, si no, lo íbamos a echar a perder más. Todo el mundo estaba de acuerdo, pero yo sabía que ahí se nos trancaba el serrucho porque, para llamar al técnico, hay que efectuar lo que en contabilidad se llama un egreso, y para efectuar un egreso, hay que tener autorización, y ese fin de semana el doctor estaba de viaje. La secretaria, a todas éstas, con el alboroto, había entrado a ver qué pasaba; dijo que ella también quería ver la boda pero no se atrevía a lo del gasto; tuvo una buena idea, y era que, en ausencia del doctor, el residente asumía la dirección, y me comisionaron a mí para que hablara con él. Son ya muchos años conociendo a la gente y las reacciones que puede tener; estaba seguro de que el asunto era negativo, pero de todas maneras, y para que no pensaran que yo no quería colaborar, fui a hablar con él. El residente dijo que no, porque, si luego el doctor no autorizaba el pago, le descontaban a él del sueldo, y con la miseria que le pagaban no estaba dispuesto a hacer erogaciones.

Entonces Jesús, que es muy buen muchacho, de esos que siempre hacen discursos contra la destrucción ecológica, dijo que, como era asunto de interés general para el colectivo, lo mejor era pedir una contribución a todos. Salieron la señora Cecilia y la señora Lucía a buscar una cajita para ir guardando la plata y todo el mundo dio un poco. El caso de don Emilio era delicado porque no sabíamos si verdaderamente daba su consentimiento a que le sacáramos unas

monedas que tenía en la gaveta de su cuarto, pero Jesús dijo que, en casos de emergencia, el colectivo tiene derecho a tomar decisiones y las cogimos. El residente y la secretaria se portaron muy bien y también colaboraron, de manera que ya parecía que el problema se solucionaba, y Eduardo, a pesar de que se burlaba del asunto de los príncipes, empezó a llamar por teléfono a todos los servicios técnicos de televisores.

Ya eran casi las doce y en todas partes decían que era muy tarde para mandar al técnico porque por la tarde cerraban, y que hasta el lunes, nada. El lunes no nos interesaba, el lunes era un día cualquiera en que a nadie le preocupaba mayormente ver la tele; era ahora cuando necesitábamos el técnico, esa misma tarde, a las dos, o por lo menos a las dos y media, porque calculábamos que la primera media hora se iba en propagandas y comentarios de los locutores. Tenemos dos horas -dijo el profesor-, solamente si uno de nosotros arregla el aparato podremos ver la transmisión; ¿quién asume la responsabilidad comunicativa de arreglarlo? Todos miramos a Fernández, pero Fernández se sentía muy apabullado porque la señora Lucía le había dicho que sacara las patas de la televisión, que lo que hacía era echarla a perder más todavía, porque antes, por lo menos, entre las sombras, se veían unos colores que debían ser los del vestido de la señorita que da las noticias de las doce, y ahora ni eso. Fernández es un tipo de mucho reconcomio y dijo que quería dejar sentado que él era un empleado de ministerio y no un técnico de telecomunicaciones y que el asunto de la electricidad él lo tenía asumido como *hobby*. Sí, cómo no, muchos *hobbies* tiene usted -le contestó la señora Lucía-. ¿Para qué dice que sabe si no sabe? Todo el mundo se puso bravo con Fernández y tuve que intervenir porque el asunto no era discutir si Fernández sabía o no sabía, sino tratar de arreglar el aparato y ya casi no teníamos tiempo. En eso vino la cocinera a decir que los que quisieran comer fueran entrando al comedor o pasaban en blanco hasta la cena, porque ese sábado ella tenía la tarde libre y no estaba dispuesta a quedarse por los príncipes. Algunos se fueron al comedor, pero la mayoría se quedó en el salón, tratando de buscar soluciones. Eduardo repitió que a él no le interesaba pero que se quedaba por solidaridad y trataba de animar a la señorita María Gabriela que lloraba y gritaba que ahora el príncipe no se fijaría en ella. Jesús insistió en llamar al Capitán Centella de nuevo, porque los militares tienen conocimiento de radiotelecomunicaciones y éste era un problema relacionado. El Capitán Centella era uno de los que se había ido al comedor, pero aceptó terminar lo más rápidamente posible y darle otro vistazo al aparato. Efectivamente, lo estuvo mirando un rato, le dio a los botones, movió las antenas, en fin, lo que habíamos hecho todos, y concluyó: No sé cuál es el desperfecto, pero no tiene

remedio.

Entonces Manuel entró en acción. Hasta ese momento había sido un tipo callado, no hablaba casi con nadie y se pasaba todo el día en el cuarto llorando y escuchando un radiecito que le trajo la esposa. Compartía el cuarto con Jesús y con Fernández, pero él venía por el Seguro. Yo no soy del oficio, pero una vez arreglé la de mi casa y quedó bien, dijo, si quieren, lo puedo intentar. Surgió una esperanza en todo el mundo. Del ahogado, el sombrero -dijo la señora Cecilia-. Vea a ver qué hace, Manuel, porque ya son casi las dos. Pidió un destornillador y que se hiciera silencio porque con tanto grito no se podía concentrar y todos nos sentamos alrededor, dispuestos a echarle una mano si lo solicitaba, pero él no decía nada, prendió un cigarrillo y comenzó a desarmar el aparato. De vez en cuando se pasaba el pañuelo para quitarse el sudor y fue sacando todas las piezas, llenó el salón de tornillos y de rueditas y todos nos mirábamos las caras porque se veía que luego no iba a poder ponerlas en su sitio. Un poco más de velocidad, Manuel, le decía la señora Lucía, que es muy atravesada, pero él no le contestaba, hasta que llegó un momento en que le dijo: Si quiere, hágalo usted. No se ponga nervioso, Manuel, no se ponga nervioso; lo que quiero decirle es que va pasando el tiempo. Cuando comenzó a armarlo de nuevo, ya estaban llegando los del comedor. Había un silencio total cuando Manuel, por fin, le puso la tapa a la parte de atrás. Ahora vamos a probarlo, dijo. Nadie quería hablar, era muy importante aquel momento. Pero no pasó nada, se seguían viendo las mismas rayas. Me pareció que a Manuel se le salían las lágrimas, se levantó y se fue a su cuarto. No sirvo para nada, dijo. Le volvimos a dar a los botones, a la antena, la volvimos a cambiar de sitio sin ningún resultado. A veces pasan cosas así; tanta alegría por pasar una tarde diferente y no se pudo hacer nada. La señora Lucía dijo que de todas maneras el tocadiscos funcionaba y podíamos bailar nosotros y tomarnos los refrescos, pero nadie quiso. Cada uno se fue a su cuarto en silencio y ésa fue una tarde en que la casa parecía vacía.

A partir de entonces me pareció que Manuel era un buen tipo, porque no creo que a él verdaderamente le interesara mucho lo de los príncipes. Vino un día acompañado de su esposa y una niña, un tipo serio de pocas palabras; por eso llamaba más la atención que estuviera llorando. La señora me contó que trabajaba en una mueblería, y después de varios años por fin había empezado a echar adelante; habían venido de muy lejos, a probar suerte, a ver si les iba mejor, pero los primeros años habían sido muy duros, a pesar de que él trabajaba como un burro. Como un burro, trabaja ese hombre -decía-, y ya ve la mala suerte que ha tenido. El asunto era de un traspaso. Precisamente, como le iba mejor, el hombre decidió mudarse a un apartamento más grande, porque, según me contó la señora, vivían en

un cuartucho en el centro, una habitación y una salita, y como ya la niña había crecido, querían vivir en un apartamento que tuviera dos habitaciones y la cocina; entonces, para sacarle algo de provecho, se le ocurrió pedir un traspaso, que es una cosa que hace todo el mundo. Al principio no quería, le daba miedo, no se atrevía, pero los compañeros de la mueblería lo convencieron de que eso era más que normal y que era bien pendejo si no lo hacía, porque había estado pagando un alquiler por aquella pocilga y lo menos que podía era sacarle un dinerito para comprar la nevera nueva. Total, que el hombre se entusiasmó y cogió fuerza, y la señora también lo animó y le dijo que el que no arriesga ni gana ni pierde, y Manuel se decidió a pedir el traspaso.

Vino un tipo a ver el apartamento, que ni apartamento se puede decir que era, por lo que dijo la señora, ni estudio, porque estudio llaman a los modernos; éste era un sucucho en un edificio viejo, que había servido de conserjería y al que luego el dueño había alquilado como apartamento. El tipo dijo que estaba bien, que le interesaba porque era un hombre solo y el sitio estaba bien ubicado; en fin, le estuvo dando conversación y hasta lo invitó a tomarse una cerveza para celebrar el negocio, y Manuel quedó muy contento con la plata que le había sacado al sucucho y se fue a su casa como si nada. Le extrañó un poco que el tipo le insistió en que tenía que firmarle un recibo. Ahí fue donde mató la perra, porque la gente no anda dando recibos de los traspasos, pero Manuel pensó que era lo justo; que, si le habían pagado, él le daba el recibo. Pues el tipo con aquel recibo se fue a la Dirección de Inquilinato y parece que tenía un compadre allá, y, como es ilegal, se presentaron unos alguaciles del tribunal a llevarlo preso por apropiación indebida o no sé qué. Entonces la señora preguntó que si no se podía arreglar de otra manera y el tipo que lo había denunciado dijo que sí, que claro que se podía arreglar, que devolviera el dinero del traspaso y que le dejara pagado un año de alquiler como indemnización. Entonces Manuel pidió un préstamo en la mueblería y el dueño le dijo que estaba bien, que le descontaría la mitad del sueldo hasta que terminara de pagarlo y todo se arregló. Pero Manuel no se repuso; al principio, cogió una arrechera y decía que iba a matar al tipo, luego fue más bien entristeciéndose, porque, entre lo que le descontaban y los gastos que había hecho para mudarse, le parecía que era como volver a empezar, que lo había perdido todo, que él no surgiría nunca, que se iba a volver a su país. La señora trataba de alegrarlo y le decía que era muy exagerado, porque se podían reponer del golpe y era un año que tendrían que apretarse el cinturón, pero luego ya otra vez las cosas se volverían a arreglar. Pero no había manera; Manuel lloraba todo el tiempo, y no quería comer; decía la señora que él era de muy buen apetito y por

eso se había empezado a preocupar, y tampoco dormía por la noche, todo el tiempo pensando, dándole vueltas a lo pasado y fumando, hasta que la señora tomó la decisión y lo llevó al médico del Seguro.

Esa noche que no pudimos ver la boda de los príncipes me dijo: Pepín, perdona por aquello de la silla; si hace falta, la arreglo, así que saqué la silla que estaba arrumbada en el garaje, y cuando todos estaban durmiendo, nos sentamos en la cocina y mientras tanto arregló la silla. Eso sí lo hizo bien Manuel; quedó como nueva y yo le di las gracias en nombre de todos y nos apretamos las manos sin hablar. Bueno, pues hasta mañana será -me despedí de él-, porque yo me levanto muy temprano y no me gusta trasnocharme. Con la televisión, no pude, me dijo antes de meterse en su cuarto. Nada, no te preocupes por eso, eso es para técnicos. Zapatero, a tus zapatos, me contestó.

LA FELICIDAD DETRÁS DEL OLVIDO / 13

Vas muriendo en mi recuerdo y en verdad no es culpa mía. Ah, no, qué va, yo no tengo la culpa de que ustedes sean tan fastidiosos; fastidiosos es lo que son, quieren pasarse el día metidos en el cuarto, llorando o escuchando las loqueras de este profesor; un poco de alegría es lo que hace falta en esta casa. ¿Verdad, Pepín, que aquí lo que hace falta es alegría?

A la señora Cecilia no le gustaba nada la cantadera de la señora Lucía y decía que era preferible estar con la pobre Berta (ella llamaba a la señora Berta, la pobre Berta) antes que aguantar a aquella vieja loca echándosela de jovencita, todo el día pintarrajeándose y abrumando a la gente con aquellos boleros desafinados, y que varias veces había pensado poner una queja en la dirección, porque le habían dicho que esto era un lugar de descanso, una casa de reposo, y ella se pasaba el día buscando por todas partes un lugar para reposar. La señora Cecilia fue la que más se entusiasmó con las clases de pintura de Eduardo porque era una actividad cultural y precisamente ella había querido estudiar en la universidad y sacar la licenciatura en la Escuela de Arte, pero su mamá dijo que cómo se le ocurría pensar que se iba a meter en la universidad, con tres niños chiquitos, un marido y un hogar que atender. El primer día que salió a las clases, los niños se pasaron la tarde llorando, y a uno de ellos parece que le dio mucha fiebre porque sufría de amigdalitis y tuvieron que avisar al marido al banco y el señor se fue a la casa y agarró al niño y lo llevó al médico, y por la noche, cuando llegó la señora Cecilia de la universidad, él le dijo: Bueno, Cecilia, aquí en esta casa tiene que haber alguien para solucionar los problemas; o yo dejo el banco o tú dejas la universidad, o los niños se van con su abuela, pero este caos no puede seguir así ni un día más, y la señora Cecilia se salió de la universidad. Eso fue hace bastante tiempo, cuando los niños estaban pequeños.

Luego quiso trabajar con una amiga que vendía seguros y la convenció de que se ganaba muy bien y era el trabajo ideal para las amas de casa, porque es muy libre de horarios y no se trabaja sino un ratico al día y casi todo es telefónico. Hizo el curso de instrucción para

agentes de seguros, sin ningún problema, porque era por las mañanas y a esa hora los niños estaban en el colegio, y sacó muy buena nota y empezó a trabajar. Al principio todo salió bien, porque, como le había dicho la amiga, el asunto era más que nada telefónico, hasta que por fin consiguió un cliente. Un ejecutivo bastante rico que le dijo que fuera a verlo en la oficina porque él quería asegurar todo: un seguro de incendios para la casa, un seguro para las joyas de su señora, un seguro médico familiar, y como tres seguros para los carros. Un éxito, el primer cliente. Le firmó todas las pólizas, y en la compañía la felicitaron porque había sacado la prima máxima del agente del año y se puso muy contenta, pero, cuando regresaba a su casa tuvo la mala suerte de que se le atravesó un loco en un semáforo y le chocó el carro. No le pasó nada, pero el carro quedó en muy malas condiciones y el marido se puso bravísimo. Este sí es un negocio redondo, Cecilia, tú ganas plata con los seguros y yo tengo que reparar el automóvil que me va a costar la mitad de las utilidades de este año; ¡tronco de negocio hemos hecho con los seguros! ¿Tú sabes cómo es la cosa? Que yo no voy a estar trabajando para reparaciones de carro que no tendrían por qué ocurrir si estuvieras en tu casa. La señora Cecilia le dijo que también podía chocar cuando llevaba los niños al colegio, pero él le insistió en que, en tantos años llevando los niños al colegio, nunca había ocurrido y no hubo caso. La señora Cecilia se retiró de los seguros. Entonces se dedicó a hacer adornos navideños con otra amiga que la metió en el asunto; éste sí era un trabajo apropiado porque lo hacían en la casa. Pasaban toda la tarde sentadas frente a la televisión; veían primero la telenovela de las dos, que les gustaba mucho, y luego hacían los adornitos para venderlos en diciembre; era una actividad tranquila y no hacía falta salir a la calle porque la encargada de comprar los materiales era la amiga y la señora Cecilia pensó que, si le iba bien, ahorraría dinero para comprarse un apartamento pequeño en la playa.

Pero tampoco resultó porque los niños habían crecido, y el mayor estaba ya haciendo el bachillerato, un muchacho muy distraído, muy poco disciplinado para los libros, y mientras la señora Cecilia y la amiga hacían los adornos y conversaban, porque ése es un trabajo que permite mirar de vez en cuando la tele y conversar, el muchacho se iba de la casa y se ponía a hablar de motos con los otros muchachos del edificio y así se le pasaban las tardes sin hacer las tareas. Cuando llegaron los exámenes, no sabía nada y tuvo que repetir el año. Entonces, otra vez el marido habló con ella y le explicó que había una cosa que eran las funciones de cada quien; que si él estaba partiéndose el lomo en el banco para ver si llegaba a gerente antes de los cincuenta años, y trabajando de lunes a viernes, todos los días del año, menos los quince días de vacaciones y los feriados bancarios, era con

la esperanza de que sus hijos fuesen a la universidad y tuvieran más posibilidades que él, y si los hijos iban a la universidad, era porque les salía cupo, y si les salía cupo, era porque habían sido buenos alumnos en el bachillerato, y si su hijo mayor tenía que repetir el año, era porque alguien no estaba cumpliendo sus funciones, y él no podía estar en el banco, haciendo horas extraordinarias para quedar bien con el vicepresidente, y a la vez en su casa, vigilando las tareas del niño y viendo si estudiaba química, que era la materia que llevaba peor; y que si alguien, aquel a quien esa responsabilidad le competía, no estaba dispuesto a asumirla, él entonces se retiraba del banco, pedía una jubilación, que ya le tocaba porque tenía los veinte años trabajando; la media jubilación era lo que en realidad le tocaba, pero con eso, si se trataba de subsistir y no había en aquella casa espíritu de superación, era suficiente y todo el mundo quedaba contento; ahora, que si él continuaba la lucha por superarse y la idea era que los tres hijos que habían tenido llegaran a ser alguien, entonces ella tendría que asumir sus responsabilidades de madre, que no terminaban ni mucho menos en dar los teteros y cambiar los pañales, precisamente allí es donde estaban empezando, etcétera, etcétera. Así que la señora Cecilia le dijo a la amiga que no podía seguir con lo de los adornos, por el asunto de las tareas escolares, y la amiga lo lamentó mucho porque precisamente para aquel año había conseguido un contrato con una oficina muy importante y la decoración les iba a dejar bastante, tanto como para la cuota inicial del apartamento de la playa que la señora Cecilia había soñado tener.

Los niños lograron todos sacar muy bien su bachillerato y fueron los tres a la universidad, de manera que el papá se puso muy contento. La muchacha estudió arquitectura y fue tan buena estudiante que se sacó una beca para hacer un posgrado en los Estados Unidos; el mayor se graduó de ingeniero y le dieron un trabajo en una constructora muy importante y se casó; y el menor quiso estudiar agronomía y se fue de la ciudad. Así que la señora Cecilia y su esposo estaban muy contentos por el éxito que habían tenido los dos como padres, y el esposo pensó que era un buen momento para jubilarse, ahora que ya le había llegado el sueldo de gerente. Como llevaban una vida muy sencilla y la casa estaba prácticamente sola, la señora Cecilia contrató a una mujer para que viniera tres días por semana a hacer la limpieza y planchar la ropa, que ya era menos, y le quedaba mucho tiempo libre. Entonces se aburría un poco y otra amiga la convenció de que fuera con ella por las tardes a una casa-hogar de niñas ciegas, donde trabajaban las Damas Voluntarias, que eran unas señoras que dedicaban el tiempo libre a ir a los hospitales y a los hogares de niños abandonados y que cumplían una labor social. La señora Cecilia, como ya estaba más desahogada, dijo que estaba bien, porque ya no tenía la

ilusión de ganar más dinero; aparte que su hijo mayor ganaba mucho y les mandaba bastantes regalos; por ejemplo, les había comprado un equipo de video de primera; y, que siendo así, ella podía dedicar un tiempo a alguna labor útil que no tuviera remuneración.

Los lunes, miércoles y viernes, la señora Cecilia se iba de tres a seis con esta amiga a la casa-hogar de las niñas ciegas y pasaban la tarde tratando de enseñar a las niñas a leer con los dedos, a cantar y a dibujar, y la señora Cecilia se fue entusiasmando y propuso que los martes y los jueves podían organizarse excursiones y paseos para llevar a las niñas a los parques, y la idea tuvo mucho éxito, de manera que la pusieron en práctica. Pero entonces su esposo dijo que ésta sí era la última, toda la vida trabajando, matándose por su hogar, un hombre sin vicios de ninguna especie, que en treinta años de matrimonio no había echado ni una cana al aire, no había dejado ni un día de llegar a su casa directamente desde la oficina, no como otros, que se emparrandaban todos los viernes; él no, él a su casa directo, sin tomarse una cerveza con los amigos, para no crear malas costumbres; él, que había sido un hombre de hogar, un marido perfecto, su sueldo íntegro con utilidades, bonos y lo de la caja de ahorros, íntegro para la casa, ni un centavo se había gastado en sí mismo, ni un domingo se había ido a jugar dominó o al hipódromo, siempre con su señora y sus hijos, a almorzar a casa de los abuelos, así día tras día, año tras año, para llegar ahora a una digna jubilación, pero solo, abandonado, sin una esposa que lo acompañara y se sentara con él a ver la televisión o comentar el periódico o darse una vuelta por la calle, incluso ir al cine; ahora éste era el pago que recibía, éste era el fin de sus días, una artritis lumbar de estar sentado tantas horas, y más solo que un gato, sus hijos fuera, y su esposa atendiendo a las niñas ciegas. Esto era lo que la vida le traía en recompensa, una esposa dedicada al bienestar social pero que abandonaba lo que debía constituir su primera preocupación; una esposa que ahora, en las proximidades de la vejez, cuando más debían acompañarse mutuamente, elegía a las niñas ciegas para darles su amor y su abnegación. Y la señora Cecilia decidió retirarse de la casa-hogar, donde le hicieron una despedida, y las niñas cantaron y lloró todo el mundo porque ella había sido el alma de aquella casa.

Allí fue cuando empezó a sentirse mal y el doctor dijo que tenía una cosa que en los Estados Unidos llaman «el síndrome del nido vacío». Vacío porque quiere -dijo el esposo-; porque aquí está su casa para llenar y aquí está su esposo para ocuparse de él. Pero el doctor le dijo que eso lo habían estudiado en los Estados Unidos y que no le discutiera a él, que tenía todas las revistas médicas.

El carácter de la señora Cecilia y el de la señora Lucía son completamente diferentes. Aunque esté mal que yo lo diga, la señora

Lucía es muy retrechera, y también que cansa oír cantando a una persona todo el día porque hay horas para todo, pero yo no puedo decirle a nadie: Aquí no se canta. Hay veces que el *miénteme una eternidad* no le sale tan mal, pero la señora Cecilia es muy amarga; aunque hay que reconocerle que es una persona muy entusiasta y, no sé cómo decirlo, menos atarantada que los otros, una persona con la que se puede contar; si eran las clases de pintura, ella estaba dispuesta; si es bañarse en la piscina, también; si es conversar sobre cualquier tema, lo mismo; no como la señora Lucía, que empieza hablando de la gimnasia y termina con la magnesia; pero la señora Cecilia no se quiere ir de la clínica, y cada vez que el doctor le dice que vaya pensando en el alta, ella le contesta que no se le ha pasado todavía el asunto del nido vacío.

AUTOBIOGRAFÍA DE UN ESCRITOR AUTODIDACTA / 6

Cuando caminaba con el evangélico por las urbanizaciones de la gente rica para venderle las biblias, me di cuenta de que las casas donde yo había trabajado de *utility* no eran ricas de verdad. Eran casas bonitas, limpias, con jardines, pero no eran como las mansiones que conocí después, que uno tocaba el timbre en un intercomunicador y preguntaban desde adentro quién era, y desde la entrada hasta la puerta casi era una calle, sus sirvientas con su uniforme, su chofer. Como la de la señora Lucía, aunque yo nunca la he visitado, pero, por lo que ella dice, me imagino que será así. Yo pregunté en una si les hacía falta un *utility*, pero me dijeron que no, que allí todo el personal estaba completo.

Por entonces conocí a Ricardo, que era un político, y me puse a trabajar con él, al principio los sábados, pero luego él quiso que también trabajáramos algunos domingos y casi no me daba tiempo para vender biblias. Ricardo me dijo que la religión era el opio de los pueblos, y poco a poco, fui dejando la venta de biblias; además, que me di cuenta que el evangélico no me iba a pagar nunca el curso de electricidad y Ricardo me prometió que él me podía buscar otra cosa. Ricardo y yo fuimos bastante amigos, creo yo, no tanto como Eduardo, pero bastante unidos. Él estudiaba en la universidad y venía al barrio los fines de semana con otro compañero para hacer trabajo político en los sectores marginales.

Yo, hasta ese momento, no sabía que los del barrio éramos marginales y pensaba que éramos sólo pobres, pero Ricardo me enseñó muchas cosas de política y de economía, me trajo folletos donde explicaban qué era el *lumpen* proletario, la burguesía, etcétera. A Eduardo le caen muy mal los ñángaras y se burla de lo que yo aprendí con Ricardo, pero conmigo fueron muy buenos, él y también su compañero, y hasta la familia de Ricardo, con la que se puede decir que llegué a tener una amistad. Ricardo y su amigo nos reunían para darnos charlas y discutir los problemas del barrio, pero casi nadie venía a las reuniones. Yo se lo dije, Ricardo, es que tú quieres que la gente se siente a hablar contigo de la miseria y la gente no quiere

hablar de eso; le gusta ver las películas en la televisión y las telenovelas, donde salen mansiones y tipos con billete, para imaginarse que ellos también son así, y tú lo que quieres es que vean la mierda y eso no le puede gustar a nadie. Al final éramos solamente tres o cuatro los que nos reuníamos los sábados por la tarde y Ricardo nos propuso que hiciéramos algo para mejorar las condiciones de vida del barrio. Entonces se nos ocurrió fabricar unas alcantarillas. Aunque sean rudimentarias -dijo Ricardo-, pero para que no esté el barrio sin cloacas, y también por el problema de la lluvia. Cuando llovía duro, siempre había el mismo problema, se inundaba la quebrada que daba por detrás del barrio y mucha gente perdía su casa. La mía era de ladrillo y siempre aguantó los aguaceros, pero eso era porque mi mamá fue siempre muy ahorrativa. A mí me pareció una buena idea y nos pusimos en eso; fue entonces cuando le dije al evangélico que ya no podía vender más biblias.

Empezamos con mucho entusiasmo, pero no logramos terminarlas por falta de materiales. Hicimos una colecta en el barrio y la gente dio lo que podía, pero no alcanzaba para nada. Ricardo consiguió una plata y con eso arrancamos, pero tampoco alcanzó y se nos quedó el trabajo por la mitad. Fue peor que si no se hubiera hecho nada porque la gente empezó a quejarse de que estaban los huecos abiertos y eran un peligro porque alguien se podía caer. El amigo de Ricardo dijo que tratáramos de pedir ayuda al Instituto de la Vivienda Social y prometieron darnos el cemento y los materiales que faltaban, pero eso se quedó así. Ricardo era un tipo muy vergatario y dijo que con alcantarillas o sin alcantarillas seguíamos la formación política del barrio y que yo iba a ser su enlace. Cuando estuviera formado, él se iba para otro barrio y yo quedaba con la responsabilidad de la instrucción política de la comunidad; le informaba a él de los resultados y así, poco a poco, me iba haciendo político y él me proponía como miembro del Partido. Yo le dije que sí, que aceptaba, porque nunca había sido miembro de nada. De vez en cuando me reunía con algunos conocidos, más que nada los que habían trabajado en las alcantarillas, y conversábamos un rato de política, pero luego se nos pasaban las ganas y casi no leíamos los folletos. En esa época tuve que vender la televisión porque el evangélico no me estaba ayudando y le dije a Ricardo que, para seguir con la formación política, me tenía que conseguir algo y que quedaba pendiente lo del curso de electricidad. Ricardo me consiguió un trabajo de ayudante en una librería que era de un tipo del Partido. El trabajo era muy fácil, como de *utility*, pero sólo para la librería. Limpiaba el piso, montaba las cajas de libros cuando llegaban, ayudaba al dueño a ponerlos en los estantes y les traía café de un barcito que quedaba en la esquina, porque a veces venían clientes que eran amigos suyos y conversaban

bastante. La limpieza es algo que yo hago muy rápido porque tengo el oficio de cuando trabajé en La Gata Delfina, que era mucho lo que había que limpiar, y no siempre estaban llegando libros, así que me quedaba bastante tiempo para sentarme a leer. El dueño decía que yo era muy inteligente y que me iba a poner para que estudiara el bachillerato libre, pero con eso pasó lo mismo que con el curso de electricidad.

Ricardo me llevaba a veces a su casa. Vivía en un apartamento cerca de la universidad con su familia; me presentó a sus padres y a sus hermanos y pasábamos toda la tarde tomando cerveza y hablando de cosas muy importantes. A ellos les interesaba mucho la política y estaban a favor de los alzados, los que perseguía el gobierno. Después de un tiempo, pasaron varios meses y Ricardo y su amigo no volvieron por el barrio. Yo me preocupé porque me parecía raro, y, como él me había dado esa confianza de llevarme a su casa, me acerqué hasta allá a preguntar y a dejar saludos con la mamá. La señora estaba muy nerviosa, se notaba que había estado llorando mucho y me dijo que Ricardo se había metido en una vaina muy seria y que se había marchado del país porque lo andaban buscando y que lo mejor era que yo no volviera. Le dije: Si vuelve, dígale que ya sabe dónde me tiene, pero no regresó más nunca, o a lo mejor sí, y yo no lo supe. El dueño de la librería tampoco sabía o no me lo quiso decir. Ricardo fue el mejor amigo que yo tuve hasta conocer a Eduardo, y después que no lo vi más, me hacía falta su compañía. A veces leía el periódico para ver si salía algo, si es que lo habían puesto preso o algo peor, pero nunca salió nada y poco después yo me fui del barrio para siempre, así que no sé si él volvió a buscarme.

Yo era bastante feliz en la librería y podía leer muchos libros. Los libros que más me gustaban eran los rusos, muy largos; eran novelas en las que pasaban muchas cosas y salía mucha gente; eran todos de personas con vidas que yo no conocía y que nunca me había imaginado que existieran. Los cuadernos que yo había escrito de chiquito eran siempre sobre personas conocidas. Al leerlos me convencí de que lo más difícil era escribir un libro así, que hablara de algo desconocido, pero no pude seguir leyendo porque vino la fatalidad y no seguí trabajando en la librería.

EL FOTÓGRAFO AMBULANTE / 7

En la medida en que transcurría el tiempo y yo avanzaba en mi proyecto de componer un relato fotográfico que pudiera darme un sentido, oscilaba en enjuiciar mi tarea como un pasatiempo inútil o como la esencia de mi vida; en el primer caso, me derrumbaba en la desolación de saber que aquellas fotografías eran mi vida, y, por lo tanto, su inutilidad comparable a la mía. En el segundo, pensaba que la esencia de la vida de una persona es importante, no porque en ella transcurran hechos significativos, ni porque la persona sea, ella misma, un sujeto de importancia, sino porque si todos los seres llegaran a concebir su vida como inútil, la destrucción sería la consecuencia inevitable.

Encontré la caja en la que estaban las fotos de Mr. Preston y de Sonia. De Mr. Preston por supuesto que me acordaba; la que se me había borrado por completo era Sonia. Pepín comentó que estaba muy buena, y que se parecía a Deborah Kerr, lo que pongo bastante en duda.

Cuando regresé de Europa, no quise volver a vivir en casa de mi madre. La muerte de mi padre, a quien estoy seguro nunca amó, la había, sin embargo, sumido en una tristeza, no sé si aburrimiento, que se me hacía insoportable. Todo lo que había sido su vida, el cultivo de las relaciones sociales, el embellecimiento del hogar, la creación de la banalidad, parecían haber perdido sentido. Antes, quiero decir en mi infancia, tenía de ella la imagen de una reina que graciosamente me concedía audiencias. Ahora, la de una mujer sola, esperando ávidamente las visitas de mis hermanos para contemplar a sus nietos, y disfrutar las conversaciones de mis cuñadas, que la llenaban contándole pequeñas preocupaciones. Alquilé entonces el estudio en un pequeño edificio muy céntrico. Mi madre fue a visitarme una vez y anunció que no volvería. Es demasiado clase media, me dijo. Es lo que me alcanza con la pensión que mis hermanos han decidido regalarme, le contesté sabiendo que ella no añadiría una palabra. Mi hermano mayor había sido nombrado albacea de la herencia de mi padre, y mis hermanos, y ella también, habían encontrado un buen pretexto para despojarme: no soy alguien capaz de administrar dinero, y además,

sobre todo el «además»: estoy mal reunido. En ese edificio conocí a Sonia.

Mi vecina Sonia solía tocarme el timbre antes de las seis de la tarde. Había descubierto que a esa hora yo me encontraba habitualmente en la casa, y sin compañía, y apenas yo le abría la puerta, me decía con una gran sonrisa de niña: ¿Está ocupado?, ¿alguna visita. Era difícil rechazarla.

—Estaba ensayando un poco -continuaba-, pero tengo mucho dolor de espalda y decidí hacer una pausa; no conviene tocar muchas horas seguidas cuando las condiciones físicas no son buenas.

En realidad, sus condiciones físicas eran bastante buenas; quiero decir que era una mujer hermosa y era obvio que en su juventud había sido excepcional; ahora, la madurez de sus rasgos maceraba el tono de su piel y señalaba los pliegues de lo que había sido un rostro de proporciones clásicas. Siempre, al verla, pensaba en la fotografía de Julia Jackson y añoraba no haberla podido captar en el esplendor. Pero Sonia no se refería a esas condiciones, más bien parecía ignorarlas; aunque nunca la vi fuera de compostura ni desarreglada, su coquetería era muy puritana y siempre se vestía pasada de moda, casi en disfraz retro. La recuerdo con una falda de volantes, aunque no puedo imaginar en qué tienda la había adquirido, una blusa un poco campesina suiza y una casaquita color vino tinto, de amplias hombreras y muy apretada en el cuerpo. Le gustaba invitarme a tomar té, aunque yo detesto el té, pero Sonia no era persona muy dispuesta a escuchar; en general, hablaba de ella y me servía el té, convencida de que me encantaba. Le gustaba hablar de cocina y me describía platos que pensaba preparar, pero siempre daba la impresión de que era sólo una manera de sentirse una buena esposa, una buena madre y un ama de casa económica, explicándome cómo era posible elaborar un plato caro con ingredientes baratos sin que la calidad sufriera mucho. Me hablaba también de sus hijas y de las dificultades que encontraba en su educación, especialmente de una de ellas, a la que consideraba muy rebelde y cuyo futuro le preocupaba mucho. Me hablaba también del esposo; no daba muchos detalles de él, sólo hacía algunos silencios cómplices que terminaban con frases como, pero es un hombre bueno, es un magnífico padre. Me hablaba de su madre constantemente y yo tenía la sensación de saber de aquella persona desconocida tanto como si hubiera sido una de las presencias familiares de mi infancia. Por sus descripciones me parecía un personaje terrible y rehuía las ocasiones en que Sonia me invitaba a conocerla.

No creo que nos hayamos visto con mucha frecuencia, pero sus visitas, conducidas por la incesante búsqueda de oídos que la oyeran, hacían que las veces en que conversamos fueran grandes explosiones de su intimidad, aunque debo decir que era una mujer delicada y que

tenía cierta elegancia para evitar la incomodidad. Indudablemente, era muy dramática; eso ayudaba mucho, puedo decir que nunca llegué a distinguir cuándo actuaba o cuándo era en serio. Quizá tenía esa condición propia de algunas personas de ser permanentes actores, lo que finalmente las hace confundirse. No he vuelto a verla más; la conserje me informó que se habían mudado a un nuevo apartamento, y aunque no estaba muy lejos, y hubiera sido fácil llamarla cualquier tarde, no lo hice porque, a pesar de su encanto, Sonia era también una persona agotadora, que después, en las condiciones de mi enfermedad, se me hubiera hecho insoportable. Quizá hubiera venido a verme, medio disfrazada de enfermera, para traerme unas flores o prepararme un té, hierba a la que atribuía un absoluto poder de curación y consuelo para todas las desdichas humanas.

Las fotos de Sonia las tomé para ilustrar la portada de un libro sobre música y creo que ella quedó encantada. Vestida fines de siglo, peinada con un moño romántico y acariciando las teclas, verdaderamente se veía impresionante. Me pidió, por supuesto, que las retocara para borrar del rostro las arrugas y la complací. Amplió la fotografía y la enmarcó en su sala, arriba del piano. Decía que aquella imagen era verdaderamente la que le correspondía; no tenía el temperamento requerido para la agitada vida moderna en la que había nacido, y cuando se miraba en la foto, sentía que así era como debía haber sido; su nostalgia era tan grande que lloraba mirándose a sí misma ser la que no era.

De cualquier punta por la que iniciara una conversación, así fuera el comentario más banal sobre el descuido de su hija con la ropa, o el poco gusto por la comida de su esposo y lo francamente decepcionante que resultaba ante cualquier aventura gastronómica (creo que quería aludir a otros sabores, pero ya dije que era muy delicada en su manera de expresarse), hasta alguna noticia de la televisión que juzgaba de alto interés, y de la cual suponía que yo no estaría informado, Sonia recaía inexorablemente en su único tema, en su gran tema, en su perdido tema: el piano. Efectivamente, había hecho estudios de música, y al parecer sus condiciones eran excelentes, podía haber sido una buena concertista. Naturalmente, no era yo quién para juzgarla y tuve buen cuidado en omitir los desesperados intentos de mi madre por convertirme en pianista, pero no pude evitar asistir a los imaginarios ensayos que se celebraban en su apartamento, antes de que el esposo y las hijas regresaran a casa, y mis aplausos debían sonar como si fueran los de un gran teatro en pie. Se oía bien, pero no tengo apreciación suficiente para decidir si su destino era el de ser una gran pianista; en todo caso, ella lo creía. Y su creencia era verdaderamente dolorosa porque la conducía a la realidad de ser un ama de casa de treinta y ocho años, honorablemente casada y

viviendo de un modesto sueldo. No era yo quien la traía hacia esas consideraciones; por el contrario, la dejaba flotar en su fantasía lo más posible y era ella la que de pronto dejaba la sonata en el camino y, llorando, se volvía hacia mí, desahuciada, mirándome como si en mi mano estuviera mover el mundo. Recordaba entonces que su marido constantemente le reclamaba que ella no aportaba dinero a la casa, le hacía infinitas listas de los gastos y le calculaba el aumento en los precios para el próximo año. Era economista, creo. Aquel hombre mezquino estaba dispuesto a arruinar su futuro por un mísero sueldo de secretaria, atándola a ocho horas de trabajo que destruían totalmente sus posibilidades de ensayar, precisamente ahora, cuando se habían abierto unas audiciones en la Orquesta Sinfónica y ella tenía todas las oportunidades de entrar. Entonces temía que su edad se lo impidiera; las orquestas no solían reclutar personas después de cierta edad, pero había (y me recitaba una larga lista de músicos) grandes artistas que sólo después de los cuarenta habían triunfado. Era temblorosa su mirada al mirarme, esperando de mí un juicio que le dijera si era todavía una mujer joven o no. Era hermosa, quizá representaba menos edad que la verdadera, pero me parecía imposible que engañara a nadie.

El piano la sumía en el recuerdo de su pasado, en el momento en que su madre había truncado su carrera obligándola a dejar los estudios de música para casarse, sometiéndola a aceptar a aquel hombre, y ahí venía lo de pero-es-un-buen-padre. Luego describía toda la miseria de su madre, su egoísmo, su arbitrariedad; su madre no toleraba que estuviera lejos, estudiando piano mientras ella estaba sola, soportando su segunda viudez, y le había mentido, le había dicho que no tenía más dinero para pagarle sus estudios porque su segundo marido había muerto arruinado y ella sólo tenía deudas. Había sido la gran mentira de su vida, una tonta mentira, que sólo una tonta niña de veinte años podía creer, y ella había vuelto acongojada, dispuesta a ayudar a su madre, viuda por segunda vez, dispuesta a todo; y ¿qué había encontrado? A su madre en una lujosa casa, rodeada de servicio, en un elegante automóvil, envuelta en ropa cara y en joyas. ¿Dónde estaba la miseria de la segunda viudez? ¿Cuáles eran las deudas? Ningunas. Todo una patraña urdida por su madre y el hombre-pero-es-un-buen padre para que volviera, para que dejara aquellos insensatos estudios. Y había vuelto, pero ellos estaban muy equivocados si pensaban que había renunciado a sus ambiciones; en absoluto, no lo había hecho; en cualquier situación, con su hija de meses, fregando platos en la cocina, haciendo las camas, acompañando a las niñas al parque, preparando el almuerzo, con su tercera hija de meses, calentando los teteros, en todo momento, ella había seguido comprando partituras a escondidas y ensayando cuando las niñas

estaban en el colegio y el esposo en la oficina; había seguido ensayando, recordando las enseñanzas de sus maestros y arañando unos pequeños ahorros del diario para pagar las clases de una profesora, a las que acudía con el misterio de un adulterio, lunes y jueves, de dos a tres; y algo había conseguido; había logrado que después de muchos años, dieciséis para ser exacta, el piano hubiera dejado de ser un amante y sus ensayos fueran públicos, es decir, se había comprado el piano, lo había puesto en la sala, y, quisieran o no, estuvieran de acuerdo o no, allí estaba a la vista de todos, y cuando quería lo tocaba, salvo si el esposo tenía dolor de cabeza (lo que parecía ser frecuente), o si las niñas estaban muy ocupadas con las tareas escolares; pero allí estaba el piano; era la prueba de que no había cedido y que nunca cedería porque conservaba muy claras dentro de ella las palabras de su maestro ruso diciéndole: Sonia, usted es una gran artista. Aquí, generalmente, servía el té.

Supongo, al recordarla, que Sonia contempla su foto de fin de siglo con nostalgia, como si correspondiera a algún momento pasado y no a una simple impostura, un disfraz que conseguí especialmente para fotografiarla y hacer una bella portada; no es ésa la imagen que de ella conservo, sino la de Sonia despeinada, agitada por las múltiples tareas domésticas que se esforzaba en cumplir a la perfección, y a la vez, intentar conservar un aire pulcro y cuidado, como las amas de casa de *House and Garden*, vestidas para un coctel, al lado de una flamante y brillante cocina en la que nunca parece haber caído una gota de aceite. Quizás era en esa impostura, en su intento por hacer creer que era un ama de casa feliz, donde resultaba más patética, donde verdaderamente era lo que no era. Me divertía a veces su cháchara contándome de insólitos problemas que había confrontado cuando se había empleado en siniestras oficinas, donde un jefe tiránico y arbitrario pretendía humillarla delante de los clientes o donde una supervisora, envidiosa de sus cualidades para ser la secretaria más eficiente del mundo, buscaba envolverla en sórdidas intrigas cuyo argumento no era fácil deducir de sus comentarios apresurados. Me hacían reír sus descripciones y su evidente superioridad intelectual sobre el resto. Finalmente, de todas las oficinas Sonia lograba su cometido: hacerse despedir lo más rápidamente posible, de modo que pudiera volver a los tormentosos ensayos de piano. Algunos días me decía en un tono enfático y convincente que era hora de ser una mujer madura y pensar en las realidades de la vida, olvidar sus fantasías de niña; estaba decidida a vender el piano; lo decía como quien quiere deshacerse de una tentación maligna, de un vicio corrupto, y emplearse seriamente en una oficina para ganar un buen sueldo; otras veces parecía una adolescente próxima a huir del hogar paterno con una pequeña

maleta. Algunos días nos cruzábamos en el ascensor y me saludaba efusivamente cargada con las bolsas del mercado y un pequeño ramo de flores para el salón; parecía alegre, atareada, y no pensar para nada en el piano.

Creo que de esa misma época es Mr. Preston. Veo a Mr. Preston con unos elegantes pantalones de hilo blanco, una fresca camisa que le aprieta el voluminoso estómago, sus manos de piel manchada llevándose continuamente a la boca largos cigarrillos con boquilla, y un enorme perro que descansa a sus pies. Sale a pasear por la noche, y el perro, sostenido por una fuerte cadena, le abre paso y desafía a los posibles asaltantes. Habitualmente cena en un pequeño restaurante italiano, barato, de clientela acostumbrada. Él se sienta en una mesa pequeña, que el dueño le reserva cerca de la cocina, y el perro se acurruca en la esquina; de vez en cuando le pasa la mano por la cabeza y le deposita en la boca pedazos de carne que ha pedido para él. Su mirada fría, algo transparente, recorre el local con cierto desprecio y distancia. Mientras come, piensa que no cambiaría la vida de todos los que están ahí por la de su perro; se goza en imaginar una catástrofe cualquiera, un incendio en un edificio, un choque de autobuses, un estallido de gas en una fábrica, y los cadáveres de las víctimas cayendo, quemándose, rompiéndose, asfixiándose, mientras el perro sale ileso y orina tranquilamente. A la vez, come sin parar, sin casi detenerse en lo que engulle de los numerosos platos que va pidiendo, mientras mira de vez en cuando el precio para ver si el dinero le alcanza para pedir más. Cuando termina, experimenta una desesperación, un atormentante sentimiento de que, de nuevo, ha comido demasiado; estira el cinturón del pantalón, siente la presión en su vientre, tiene asco, ganas de vomitar; pide entonces unas fresas con crema que ha visto sobre la mesita de los pasteles y el camarero le acerca la bandeja en que unos postres viejos se apelotonan. Pide las fresas y un pedacito de milhojas para probarlo. Cuando llega a su habitación, el perro descansa en una esquina de la cama y Mr. Preston se echa también, aflojándose la ropa; mide con las manos su vientre inflado y se sirve un vaso de *whisky* puro, arrojándose de nuevo sobre la cama. Entra por la ventana la luz de las casas vecinas y un insoportable corneteo que sube de las calles entre los edificios apretados unos contra otros. Mr. Preston detesta el pequeño apartamento que ha alquilado, detesta el papel que cubre las paredes y deja ver las manchas de humedad, detesta los muebles viejos y gastados, detesta los desconchados marcos de madera de las puertas, detesta el frío del piso sin alfombra, pero aún más detesta la alfombra sucia, de color verde, que cubre la habitación; detesta el ruido de la zona, los timbrazos de la conserje para recordarle que no ha pagado el mes; detesta las miradas hostiles de los vecinos cuando lo ven subir las

escaleras llevando el perro. Sobre la cama llora; el perro se acerca y su enorme cuerpo descansa a su lado.

Mi relación con Mr. Preston comenzó cuando me lo presentó un amigo común que inauguraba una exposición de sus obras. Accedí a tomar un refresco a la salida e intercambiar direcciones, pensando que allí terminaba el encuentro, pero pocos días después recibí una tarjeta suya invitándome a su apartamento, de cinco a siete, pues tenía cita para cenar. Me encontraba cosmopolita, continental; quería tener el placer de conversar conmigo de nuevo. Mi mentalidad, menos continental de lo que él suponía, me hizo temer una desagradable encerrona y me excusé sin más. Durante varios meses no volví a saber de él y había olvidado su nombre cuando recibí una llamada telefónica. Mr. Preston quería saber si yo podía tomarle algunas fotografías a su perro; era un hermoso ejemplar, muy joven, y quería fotografiarlo ahora, en la fuerza de la edad. La petición no dejaba de ser insólita, intenté de todas las maneras posibles escurrir el bulto, pero, aparentemente, Mr. Preston estaba dispuesto a cualquier día, cualquier hora, cualquier lugar. Terminé por aceptar cuando me confirmó que iría con su esposa.

Mr. *and* Mrs. Preston hicieron su entrada en mi apartamento, con el perro, una tarde cualquiera. Servimos unas bebidas y la conversación transitaba por los derroteros habituales, lugares en común, sitios visitados, sitios por visitar, comparación de las costumbres europeas con las nuestras, anécdotas de humor inglés, hasta que finalmente llegó el momento de fotografiar al perro. El animal posó ante la cámara con la costumbre de un perro-estrella; tomamos varios ángulos: echado, sentado, firme, al lado de ella, al lado de él, Mr. Preston y el perro mirándose. Mr. Preston acariciando al perro, el perro acariciando a Mr. Preston. Servimos nuevamente algunas bebidas y, para mi sorpresa, los tres se fueron sin que ocurriera nada extraordinario ni el perro manchara la alfombra. Mr. Preston me expresó su profundo agradecimiento porque no tenía cámara y no estaba en condiciones de hacer ese gasto. Me dijo que yo era una persona realmente amable, y esperaba que algún día los visitara en su modesto apartamento; alabó mucho el mío y los detalles de decoración, y me ofreció una cena en un pequeño restaurante italiano, que frecuentaba mucho porque su esposa no era buena cocinera. Afortunadamente esa invitación no llegaba y podía olvidar a Mr. Preston con felicidad. Tengo, sin embargo, cierto enganche para las situaciones anómalas, para que las personas me elijan en momentos raros, y tengo, desde luego, cierta debilidad que me impide desaparecer oportunamente.

La calle del restaurante de Mr. Preston es una vía bastante transitada en la que abundan lugares nocturnos, cafés, bares. Había

pasado la tarde en uno de los cafés con un grupo de amigos, y al despedirme de ellos en busca de mi automóvil, pasé por delante del restaurante sin darme cuenta. No sé si me detuve algunos instantes esperando el semáforo, o si uno de mis amigos me retuvo un momento, pero lo cierto fue que, cuando me disponía a cruzar, un hombre salió del restaurante y era Mr. Preston. Me obligó a entrar; yo me sentía violentado a hacerlo, pero él me pedía casi con lágrimas que lo acompañara a cenar. Mr. Preston no lloraba en realidad. Era sólo un efecto de sus ojos, de un azul excesivamente claro, lo que producía la permanente impresión de que iba a llorar. Pedimos unos antipastos avinagrados que Mr. Preston alabó mucho, después de una larga e inútil lista de recomendaciones del dueño, pues nada de lo que había en la carta parecía existir, y luego un pasticho, especialidad de la casa, con un vino áspero y oscuro.

—Naturalmente, usted no creyó que la muchacha aquella era mi esposa -me dijo de pronto en medio del antipasto.

Le contesté que sí, que lo había creído.

—¡Oh, no! Jasmin no es mi esposa. No me he vuelto a casar desde que lo hice por primera vez en Inglaterra. ¿Ha estado usted casado alguna vez?

Le contesté que no, con cierto temor a que me lo propusiera de inmediato.

—Yo pensé casarme con Jasmin, pero no fue posible, muchos inconvenientes.

—Entiendo -dije con ánimo de cambiar el tema.

—Ella no quería al perro, decía que el perro era sucio. ¿Sucio? Ella sí era sucia, una pobre chica trinitaria; vio usted que es una mulata, tiene sangre hindú y negra; a veces esa mezcla de razas produce tipos atractivos. Jasmin es una muchacha atractiva, nadie lo duda, sexy, ¿me entiende? Pero no amaba al perro. Ella pensaba que yo no me daba cuenta, pero me daba muy bien cuenta de cómo le escatimaba la carne; es un perro grande, necesita bastante carne para estar alimentado convenientemente; yo notaba que el animal estaba decaído, triste; no tenía la fuerza habitual, el brillo de su pelo, los ojos vivaces; el perro se estaba enfermando, porque ella lo estaba matando de hambre. Tengo la absoluta seguridad de que ella se comía la carne; cuando yo salía a la calle, ella se cogía la carne que yo compraba para él y se la comía. Se lo descubrí enseguida, me di cuenta y se lo dije: Estás matando al perro de hambre para engordar tú. Usted la vio, una mujer joven, atractiva, de cuerpo redondeado, pero casi todas las mulatas lo son. ¡Si usted supiera cómo la conocí, de dónde la recogí! De la calle, como se dice. La enseñé a vestirse, a caminar, a usar los cubiertos, casi comía con las manos; la enseñé a diferenciar la pintura; le mostraba fotos de Londres, de París; le enseñaba cómo era el

mundo; la presenté a mis amigos, gente culta, y ella es bastante inteligente, una inteligencia de tipo natural, totalmente ignorante, apenas podía leer y escribir. ¿Usted conoce Trinidad? No vale la pena, no lo haga, un sitio verdaderamente detestable, sucio, de mala comida. Era una pobre chica, trabajaba en un burdel, ¿me entiende?, condenada a la sífilis y a la tuberculosis en poco tiempo; me dio lástima, yo puedo ser algunas veces la persona más tonta y sentimental del mundo; le propuse venirse conmigo y ella, por supuesto, aceptó de inmediato. Me decía que me quería, que estaba enamorada de mí; yo no le creía una palabra, naturalmente, no soy tan ingenuo, pero se portaba bien conmigo, intentaba limpiar la casa y cocinar, lo hacía horriblemente mal; imposible comerse nada de lo que ella preparaba; no era capaz de lavar los platos ni las ollas, pero hacía lo mejor que podía; a veces yo la regañaba, tengo el carácter un poco violento en oportunidades, y ella se encerraba en el baño llorando hasta que yo la llamaba. Incluso la llevé a Londres una vez; estaba contenta como una niña, trataba de complacerme en todo, como si temiera que fuera a quitarle el regalo prometido. Por supuesto, la entrevista con mi madre fue caótica. Yo estaba seguro de que lo sería. Mi madre es una persona muy especial, es una mujer verdaderamente elegante y educada pero tiene una frialdad en su trato; puede ser terriblemente deliciosa y, a la vez, peligrosa; si utiliza la ironía, lo hace verdaderamente bien. Yo solía admirarla por la manera de tratar a la gente. Pero terriblemente egoísta también. El asunto de la academia de danza, por ejemplo. El esposo de mi madre dirige una academia de danza; yo hubiera querido trabajar allí, tengo contactos, conozco el medio, pero ella no quiso, de ninguna manera. Por otra parte, ese dinero me pertenece, pienso yo que me pertenece, pero ella lo invirtió en los negocios del esposo. Eres muy desagradable cuando hablas de dinero, Ronnie, ése es el tipo de cosas que ella dice. Le estaba contando que llevé a Jasmin a Londres. Fuimos una tarde a visitar a mamá, yo me di cuenta muy bien de lo que pensaba de ella por la forma de mirarla, sabía lo que pensaría; creo, incluso, que por eso la llevé. Se nos está haciendo tarde para el té, querido, eso fue lo único que dijo mi madre, no habló una palabra más hasta que nos fuimos. Me alegro de verte, vuelve pronto, eso fue todo. Ella puede ser muy cruel con las personas, pero a Jasmin no le importó nada, no se dio mucha cuenta del tipo de persona que es mi madre, o quizá sí, no lo sé; los primitivos son personas muy extrañas, tienen reacciones diferentes a uno, es difícil saber lo que piensan. Mi amigo Sergio, usted recuerda, el pintor en cuya exposición nos conocimos, me decía: Esa no es una mujer para ti, no entiende tus costumbres. Bueno, entonces empezó todo el asunto de la deportación, los papeles, ella no tenía los papeles en regla para permanecer por más tiempo, no se los

querían dar, iban a devolverla a Trinidad, *the poor thing*, lloraba como un animalito; fue cuando se me ocurrió la idea de que podía casarme con ella, podrían darle los papeles, esas tonterías burocráticas; pero entonces descubrí lo de la carne. ¿Sabe lo que me dijo cuando la interrogué? Necesitaba comer, no te lo he dicho, voy a tener un bebé.

Aquí Mr. Preston reía, con una risa que era como un cuchillo dibujando algo, un cuchillo rompiendo un papel; así era la risa de Mr. Preston; le temblaba la mano mientras encendía un cigarrillo.

—¿Vas a tener un bebé, *and who is the lucky father*? Así le dije. Tú, por supuesto, me contestó. Es increíble la capacidad de mentir que tiene esa gente, le aseguro, los he conocido bien, son capaces de mentirle a usted en la cara y convencerlo de que es de día cuando es de noche. Te felicito, entonces, le dije. Porque yo estaba absolutamente seguro de que no era mío; no necesito entrar en detalles con usted; evidentemente no era mío, no tengo la menor idea de con quién podía haber sucedido aquello, con cualquiera, absolutamente cualquiera. Vea usted la foto, ésta es la que me sacó usted en su casa, siempre la llevo en la billetera; éstas son las del perro, hermoso animal, ¿no es cierto?, y ésta es la de ella, realmente atractiva, sus dientes blancos; es extraordinario lo blancos que tienen los dientes los mulatos, un pelo muy bonito, ondulado. Pero tuve que dejarla, la saqué de la casa, no se quería ir, por supuesto; decía que iba a llamar a la policía, que yo no podía hacerle eso. Vaya si puedo -le dije-, vaya si puedo, y le cerré la puerta en las narices. Luego me llamó para que le devolviera la ropa y unos collares que yo le había regalado, le presté treinta dólares y se fue. Tengo un muy buen recuerdo suyo; es usted de las pocas personas amables que he encontrado en este país; le agradezco enormemente las fotos, las he ampliado, sabe, especialmente una del perro solo, se ve espectacular en el apartamento. Tiene usted que venir a mi casa, para charlar un rato, sería un gran placer para mí recibirlo.

No volvimos a vernos. Salimos del restaurante y le ofrecí llevarlo hasta su casa, pero me dijo que vivía muy cerca y que le gustaba hacer un poco de ejercicio después de la cena. Los vi alejarse, el perro, un animal fuerte, tironeaba de la cadena, husmeando los árboles y las aceras; él, detrás, lo seguía casi empujado, reteniéndolo mientras lo calmaba hablándole.

Pepín estaba extasiado frente a las fotos del perro de Mr. Preston.

—Así es el perro que yo quiero tener.

—El dueño es un personaje repugnante -le comenté, y le leí lo que había anotado de mi encuentro con Mr. Preston.

Pero a Pepín no le interesó mi *picture story*.

—Tú eres muy negativo -dio como respuesta.

Entonces tuvo uno de esos gestos pueriles que tanto me gustan y vi que estaba tratando de meterse en el bolsillo una de las fotos del perro, sin que yo me diese cuenta.

—Te puedo regalar una foto del perro si quieres -le dije.

Dudó unos segundos y luego tomó una, pero en ésa el perro aparecía con su dueño. Cuidadosamente la recortó y un pequeño Mr. Preston quedó solo y desgajado sobre la mesa.

LA FELICIDAD DETRÁS DEL OLVIDO / 14

Hoy tiene clase el profesor; ya estoy oyendo que me está llamando: Pepín, por favor, póngame la mesa de conferencias. Yo, al profesor, lo atiendo enseguida, primero y principal, porque me gusta escuchar sus clases, y segundo, porque es una persona educada, no como Fernández, que es un tipo que se las echa de mucho y no es nadie. Un día me dijo: Mono, límpiame los zapatos. Mire -le contesté-, señor Fernández, a mí me respeta, yo estoy aquí en la parte asistencial, servicio médico-asistencial, no estoy para limpiarle los zapatos a nadie, y lo de mono me lo va dejando aparte. En cambio, el profesor es un hombre que no es sólo lo que sabe, sino la educación para tratar a la gente, a todo el mundo por igual. Lo mismo que hable con el doctor, que con el residente, que conmigo, no se ve la diferencia. Eso es, digo yo, porque viene de un país más adelantado y, por más que sea, se nota.

Estimados amigos: estén atentos a este mensaje que quiero darles hoy, el error del aire. Es un concepto oscuro, dijeron mis colegas profesores de la universidad. Para mí es clarísimo, transparente, pero a quienes ustedes muestren el error del aire, inmediatamente les darán una respuesta: el aire nada oculta. Es un vacío. Es necesario, entonces, recurrir al archivo de los errores negativos que todos tenemos. Ustedes, queridos compañeros de esta casa, también tienen su pequeño archivo: son los restos del Gran Archivo de los Errores Negativos, de todos los errores ocultos, de los cuales ustedes también han sido testigos; y esto es de suma importancia, queridos amigos, no podemos perder tiempo, no podemos dejar escapar ni una hora de nuestros días, porque pronto no habrá más testigos, no habrá más recuerdos, no habrá más fotografías de los errores aéreos, no celebrarán más aniversarios que conmemoren el final de las guerras; pronto habrá solamente un terror desolado, un terror sin nombre, un terror sin nostalgias. Y *ellos* no estarán, habrán huido a perpetuar el horror en otros espacios. ¿Para qué creen ustedes que gastan millones en investigar la vida de otros planetas? Para mejorar la raza humana,

dicen, para el progreso del conocimiento científico. *Todo eso es falso*. La única razón por la cual quieren investigar la vida de otros planetas es para tener un lugar a donde ir cuando hayan destruido éste. Falso, dicen, entonces, *ellos*. Todo ha terminado, los hombres van a ser serios y se van a portar bien. No más Anna Frank, no más Hiroshima, no más Corea, no más Vietnam, no más Camboya. El mundo vuelve a la paz, a la paz que prometieron en Yalta, cuando cerraron los museos del horror y reconstruyeron Europa. En aquella época dijeron: «Los judíos son inferiores»; ahora los inferiores son otros. *Ellos* no quieren seres inferiores, quieren erradicarlos, y siempre hay alguien a quien erradicar. Dijeron: «No más Chile, no más Uruguay, no más Argentina, volvamos a la democracia». Eso dicen, pero yo no les creo. Siempre dicen: «Basta de horror, no hagamos sufrir más a la gente inocente», pero siempre encuentran a quien clasificar como inferior y, por lo tanto, a alguien a quien erradicar.

Y es entonces cuando ocurre el error del aire. El error del aire es que siempre oculta la desaparición de alguien que ha sido erradicado. Entonces *ellos* preguntan: «¿Cuál error? Aquí hay sólo aire, transparencia». Lo transparente no puede ocultar lo opaco y un cuerpo es siempre opaco. *Ellos* no ven los cuerpos opacos, sólo ven el aire y por eso es necesario que nosotros, los testigos de los errores del siglo veinte, mantengamos en nuestros ojos la visión de todo lo opaco erradicado. Yo veo constantemente en mis ojos los ojos de tantos niños fotografiados en ellos, de los niños sobrevivientes que buscaban un lugar en el mundo, niños que llegan a lugares extraños, de ojos pálidos; niños asombrados, rotos, que escapan en larguísimos trenes y lejanos barcos; veo sus rodillas amoratadas y sus brazos abrigando el frío imposible; veo sus ojos desgarrados, que miran por última vez a otros ojos que también los miran por última vez. El mundo está lleno de últimas miradas, de un dolor de ojos de no verse más, de ojos que quieren verse, pero entre ellos hay casas que se derrumban, hay balas que silban, hay bombas que estallan, hay cuerpos que caen. Por eso es necesario, queridos amigos, que no olvidemos los ojos de Anna Frank, porque el horror de los ojos de Anna Frank es aún el horror ingenuo. Habrá un horror sin palabras y sin memoria, cuando *ellos* caigan en su propio placer de la muerte; habrá una noche fría, eso dicen los científicos, una noche fría ocultándolo todo, y entonces no habrá más ojos para fotografiar los errores negativos. Todos los errores se habrán convertido en aire. Anna Frank es todavía un sufrimiento al alcance del hombre.

—¿Quién es Anna Frank? -preguntó la señorita María Gabriela.

—Este señor será un profesor muy respetable y lo que sea -dijo la señora Lucía-, pero a mí que no me vengan con que no está loco; está

más loco que una zaranda; ahora y que los ojos de Anna Frank.

—Habla de las persecuciones, señora. ¿Usted no leyó el diario de Anna Frank cuando estaba chiquita? -Eduardo se puso bravo.

—No, mijito, yo no leo cosas desagradables. Serán ustedes, los pesimistas, los intelectuales, que son todos comunistas, y ahora sí se les acabó el cuento. El comunismo se acabó, ¿me oye?, se acabó. El mundo es un lugar bello, lleno de cosas bellas para disfrutarlas y para comprarlas. Eso fue lo que yo le dije a mi marido, porque, aunque ande con esa puta, todavía es mi marido y no va a salir de mí tan fácil. El mundo está lleno de cosas bellas y yo las quiero todas y para eso tengo mucho dinero, para comprarlas todas.

La señora Lucía, cuando iba a Miami, siempre regresaba como con diez maletas, diez no, como quince, y se traía todas las cosas que venden en Estados Unidos. Tenía la casa llena de aparatos importados. La señora Lucía, como tú la llamas -me dijo Eduardo-, no existe. Es un error del aire, como dice el profesor. Es el emblema absurdo de la absurda época del país del absurdo. Tú sí que estás loco, le contesté. Porque Eduardo es de cuna de oro y a él no le hace falta ninguna de las cosas que compraba la señora Lucía. Él no sabe lo que es pararse frente a una tienda y ver allí las cosas que a uno le gustaría tener. Si yo tuviera plata, como la señora Lucía, me compraría casi todo lo que viera. Es más, una vez se lo dije: Señora Lucía, el día que usted se vaya de aquí, yo me quiero ir con usted a Miami y la ayudo a traerse todo el perolero.

Al profesor no le importa que le interrumpan. Él está en su misión, en explicarle al mundo los errores negativos, y porque la señora Lucía se ponga a gritar que ella se va para Miami a comprarse lo que sea, él no va a dejar de dar su clase.

Yo amo a todos los niños muertos. Amo su cuerpo de polvo. Sueño a veces que los abrazo, los estrecho contra mí y se desmoronan, y entonces despierto sobresaltado; pero otras veces yo soy un niño como ellos; al abrazarlos, ellos me sonríen y estamos todos juntos, recordando nuestra vida porque ya estamos todos muertos. Ese es uno de los problemas que mi esposa habló con los científicos doctores, les dijo que yo veía niños muertos y que hablaba con ellos. ¿Acaso tú no los ves?, le pregunté. Ella no los veía. Qué extraño -le dije-, qué extraño que no tengas en tus ojos la visión de todos esos niños muertos que estuvieron contigo en el campo (ella estuvo en Mathaussen). ¿Cómo has podido olvidarlos? ¿Qué ha ocurrido en tus ojos que se han borrado de ellos sus ojos? Pero ella no quiere ser testigo del siglo veinte. Ella sólo quiere olvidar, como quizá todos ustedes lo único que quieran es olvidar. Yo también quisiera olvidar

pero *ellos* no me dejan olvidar. ¿Han leído ustedes el periódico? No, no lo han leído; los científicos doctores que dirigen esta clínica no quieren que tengamos acceso a la prensa. También quieren que olvidemos. Lean la prensa. Lean cuántos niños murieron bajo los misiles que *ellos*enviaron a Irak. No, no se puede olvidar porque *ellos* no lo permiten, siempre están preparados para llenar nuestros ojos de errores negativos. «Puro polvo -dirán-, lo que queda es puro polvo. No hay nada que recordar». Es más, dirán: «Olviden su propia muerte. La muerte ya no existe. Olviden los ritos funerarios de la antigüedad, olviden el llanto plañidero sobre los cadáveres. La muerte de un individuo no existe. Ahora se dirá: el circuito de iones y cátodos de XF-32100 quedó desconectado por reversión total de la materia neutrónica. Los miembros de la serie XF-3 registran el dato cuando en la pantalla del ordenador aparezca el menú de desconexiones».

También Dios ha muerto. Ahora debemos adorar a los nuevos dioses del universo. Así como de niños escuchamos maravillados la historia de la creación y creímos que Dios hizo la luz, separó las aguas de las tierras, el día de la noche, y dio vida a las plantas y animales y finalmente al hombre, ahora nuestros ojos deben admirar al dios-cerebro que puede crear la vida en los desiertos o debajo del mar, para que las familias del futuro puedan vivir felizmente en huevos esféricos que flotan en las galaxias. ¿Qué familias? -pregunto yo-. ¿Qué felicidad es esa que *ellos* prometen? Y si ustedes preguntaran: ¿Y cómo es eso posible?, encontrarían la misma respuesta que nos dieron de niños. «Para la grandeza de la ciencia todo es posible», dirán. ¿No es eso lo que nos enseñaron?, ¿que para la omnipotencia de Dios nada es imposible? Yo, cuando era niño, temblaba de miedo pensando en las llamas del infierno o en el crujir de los montes el día del Juicio Final. ¿No es bastante similar al pánico que nos invade al imaginar las explosiones nucleares y la destrucción del planeta? Sólo la misericordia de los que pueden pulsar los botones mágicos es nuestra esperanza. Los libritos de estampas y los cuadros con almas pecadoras quemadas por el fuego resultan ingenuas amenazas en comparación con los videos que pasan ante nuestros ojos como la prueba de que sí hay dioses, unos oscuros y desconocidos ordenadores, a cuyo santuario nunca tendremos acceso, capaces de dar la orden de destrucción y de hacer de Sodoma y Gomorra una fábula infantil. Y como tantas veces los sacerdotes nos dijeron que despreciáramos los placeres y tentaciones de este mundo, despreciemos ahora ese mundo que ellos van a destruir, y preparémonos para ser los elegidos, porque muchos serán los llamados, y pocos los escogidos, a montar en cápsulas que llevarán la vida eterna a otros planetas. Y con la misma admiración y envidia con que nuestros ojos infantiles vieron subir a los cielos a los santos, nuestra mirada, aun más atónita, verá cómo se

elevan las cápsulas con aquellos elegidos para la nueva vida, mientras nosotros nos quedaremos en este destruido valle de lágrimas.

Ese es el error del agua. *Ellos* no quieren que seamos dueños de ella, quieren que seamos navegantes que no encuentran riberas a las cuales acercarse, caminantes perdidos en noches oscuras, ciudadanos de urbes solitarias, sometidos al vértigo de las imágenes sin centro ni meta. Meros paseantes de la vida en busca de un dios muerto. Ahora se escucha únicamente su silencio. Detrás de los bellos ornatos, de la riqueza del culto, del misterio de la liturgia, del ritmo de los cantos y los rezos, del orden de los movimientos de los fieles y los sacerdotes, nada aparece. El decorado está vacío. Sólo asistimos a una representación. A las personas que no conocieron la presencia de un dios les he escuchado un cierto desprecio o burla por los gestos rituales de los creyentes. Sin duda, muestran una ignorancia, la de omitir la importancia de los dioses en la vida humana, aunque desde luego ha habido múltiples dioses y unos han sido más tolerantes con las necesidades humanas que otros, pero desde tiempo inmemorial los hombres han sacrificado a los dioses y han encontrado en ello un espacio para sus preguntas. Nuestros modernos dioses parecen tener todas las respuestas, pero sólo un loco podría quemarles incienso, sólo un insensato querría reproducirlos en estatua, sólo un bobo podría inclinarse ante ellos. Cuando pienso en que masas de fieles se arrodillan y rezan, una profunda tristeza me invade, porque sólo encuentro la desesperación humana doblegada, porque son actores sin autor, restos de una dramaturgia abandonada. Sospecho entre ustedes la risa de los cínicos, o las sonrisas de triunfo de los creyentes. Los primeros vuelven a adorar al becerro de oro, los segundos nos arrojan a la cara su superioridad. No faltarán los profetas que querrán hacernos creer a los descreídos, no faltarán los que quieran convencernos de adorar al Dios del Mercado y a la Virgen del Progreso. *Ellos* quieren darnos convincentes explicaciones científicas para prometernos un mundo mejor; no faltarán los ingenuos que creerán en *ellos*, con la misma simpleza que en otros tiempos la gente veneraba las vísceras de una alimaña. Los dioses modernos existen, tienen sus templos y sus sacerdotes, pero son dioses más crueles que todos los antiguos. Dioses que se han adueñado del agua. *Ellosdicen*: «El agua es de todos, usen sus maravillosos dones para producir riquezas, todos seremos dichosos con ellas». Y cuando ustedes miren el agua encontrarán que siempre es ajena. «No es cierto -dirán-, aprópiense de ella, no hay ningún dueño preestablecido». Y cuando ustedes traten de apoderarse de ella, sólo tocarán el aire. Entonces, ya ustedes saben lo que *ellos* dirán: «Sólo unos pocos están destinados, no hay lugar para los seres inferiores. Los seres inferiores deben ahogarse, porque ellos son el error del agua».

—Estoy muy agotado, debo terminar.
—Descanse, profe, hoy su conferencia ha sido muy buena.

LA FELICIDAD DETRÁS DEL OLVIDO / 15

Eduardo dice que quiere completar el cuaderno de Jesús porque yo le he dado poca importancia. No es que le dé poca importancia sino que uno tiene derecho a sus preferencias y Jesús no es alguien que me interese mucho. Tampoco tengo nada en contra. Desde el principio, un muchacho tranquilo, ya lo dije. Es pacifista y le molesta que yo juegue a la guerra con el Capitán Centella. Falta de comprensión, Jesús -le dije un día-, porque a ti te gusta jugar *ping-pong* con la señorita María Gabriela y nadie te dice nada; es más, cuando tengo tiempo me echo una partida contigo; entonces, ¿por qué no voy a jugar a la guerra con el Capitán? Yo siempre le he dicho Capitán Centella, como un personaje de las comiquitas de antes que salían en el periódico, y a él le gusta que le diga así. Además, que yo estoy seguro de que el papá de Jesús está en el narco y yo con esa gente no quiero nada. Eso se lo escuché al doctor, una vez que estaba hablando con otro doctor, y le dijo que el padre de Jesús tenía en la hacienda unas avionetas para traer la mercancía. Tipo pesado, bien conectado. Y el doctor decía que le iba a aceptar al muchacho porque un favor se le hace a un amigo. ¿Amigo? Amigo el ratón del queso. Yo a la gente del narco no la quiero para nada, porque donde hacen el mal es en los barrios. Pero como Eduardo se empeñó en escribirle su cuaderno, pues que lo haga.

Cuando se reunía con sus amigos, se quedaba horas escuchándolos; su abuela se hubiera sorprendido de cuánto sabían, ella pensaba que era gente sin oficio, drogados, malandros, pero no era así. Él se quedaba con la boca abierta al presenciar sus conversaciones, sus ideas; hubiera deseado ser como ellos. A él le gustaban sobre todo los libros de cienciaficción, le gustaba imaginar que vagaba solo, por un descampado, y de pronto, una nave extraña descendía y le comunicaba extraordinarios poderes o le revelaba los secretos de una civilización superior, pero eso en nada interesaba a sus amigos. Ellos hablaban de cómo debía ser el país, de los cambios que deberían sucederse para que las cosas fueran como debían ser, y Jesús no tenía ninguna idea al respecto. Rara vez hojeaba un periódico; quizá cuando

su abuela le daba dinero, para ver la cartelera de los cines o las fechas de algún concierto de rock; los artículos de opinión y las noticias políticas le parecían interminables manchas de tinta impresa que nada le sugerían. De niño había deseado, más que nada en el mundo, tener un pequeño aparato de radiotransmisión. Cuando pudo obtenerlo, supuso que a través de él podría entrar en contacto con seres de otra dimensión, y espiaba a su abuela para estar seguro de que se había dormido, y así pasar toda la noche en vela, esperando el fenómeno. Fuera de interceptar a algunos radioaficionados, no había logrado nada, pero todos los días tenía un deseo secreto que sus amigos ignoraban.

¿Eran sus amigos? Jesús tenía un concepto particular de la amistad. A veces recorría las calles del centro sin ningún fin preciso; ¿qué fin podía tener si no se dedicaba a ninguna actividad? Veía gente a su alrededor, caminando presurosa; veía los comercios, las oficinas, los bancos, el gentío turbulento que se desagua por las calles, y se unía a él; caminaba él también detrás de cualquiera que hubiera distinguido del resto, imitaba sus pasos, y de pronto, se encontraba a sí mismo en la cola de la caja del banco, o subiendo las escaleras de un viejo edificio sin ascensor, o, por el contrario, abordando un ascensor moderno, mirando sorprendido encenderse y apagarse los botones electrónicos que señalaban los pisos; desembocaba en largos pasillos alfombrados y buscaba el nombre en una oficina, siguiendo a un señor con un portafolio; entraba en una tienda de electrodomésticos, junto con una pareja de mujeres que comparaban las funciones y precios de un nuevo modelo de lavaplatos, o se metía en una librería con un grupo de estudiantes y se quedaba con ellos mientras revisaban despacio los títulos de los libros que buscaban. Jesús consideraba a todos ellos sus amigos. Si los estudiantes seguían en un autobús hasta la universidad, él se iba detrás, esperaba a que extendieran sus sillas plegables bajo un árbol y sacaran los libros y los cuadernos de apuntes; entonces los escuchaba desde una prudente distancia hablar, hacerse preguntas, comentar acerca de sucesos de la política universitaria. Si alguno lo veía y lo invitaba a participar, él se acercaba, se sentaba en silencio junto a ellos y continuaba escuchándolos; recibía de buen grado la invitación para un foro, un concierto, una exhibición de cineclub, una marcha de protesta. Pintaba los cartelones sin importarle mucho qué decían, sólo pendiente de que quedaran bien y no se les corriera la pintura; repartía folletos y confeccionaba pancartas y luego desaparecía, sin decir una palabra, sin que nadie notase su ausencia; pero Jesús los consideraba a todos ellos sus amigos. Jesús no tenía la convicción de vivir en la ciudad sino de presenciar su espectáculo; imitaba los gestos de la gente para intentar saber, a través de una mímica, qué sentían o

qué pensaban todos aquéllos. Cuando su abuela le preguntaba: Jesús, ¿qué hiciste hoy?, o insistía en saber si había atendido un curso de contabilidad en el que ella lo había inscrito, guardaba silencio. No había ido nunca a aquel curso, había solamente pasado por delante de la Escuela de Contabilidad y Secretaría, para saber dónde estaba y observar a los alumnos. Había visto entrar a muchas jóvenes, bien arregladitas, suspirando por un futuro de secretaria ejecutiva y automóvil a plazos, a muchos jóvenes con trajes que les quedaban cortos en los tobillos y corbatas de mal gusto, con el pelo repeinado y un reloj grueso de mala calidad en la muñeca, aspirando a un empleo bancario; había visto señores de buena presencia subir apresuradamente las escaleras, con carpetas en las manos, y sentía que todos ellos eran sus amigos; pero no necesitaba entrar, le bastaba con verlos a la salida, en grupos animados, charlando, comentando anécdotas y perderse de nuevo entre las calles. Le gustaban mucho las salidas de las oficinas, los ascensores repletos vomitando personas, que después se subían a los autobuses y transportes, que de nuevo los vomitaban algo más lejos, o llenando los cafés y pequeños restaurantes donde consumían rápidamente el plato del día, o, por la tarde, seguir grupos de hombres que se metían un rato en las cervecerías y bares, y se reían mucho, y luego salían, ya oscurecido, hasta que los perdía de vista. También le gustaba recorrer urbanizaciones elegantes, contemplar los caserones sugeridos entre los árboles, detrás de los altos muros, pasear despacio por las calles menos transitadas y ver salir de los caserones grandes automóviles de lujo, cuyas marcas era capaz de reconocer al instante, o contemplar cómo las sirvientas barrían lentamente las hojas que se acumulaban frente a la puerta, mientras un perro orinaba en un árbol. Ver salir a los niños con raquetas de tenis y bolsos deportivos y seguirlos hasta la puerta del club, donde terminaba el recorrido, y esperarlos hasta que, sudorosos y agitados, regresaban de nuevo a sus casas. También sentía que todos ellos eran sus amigos.

Todo eso te lo has inventado tú -le dije-, porque Jesús nunca habla con nadie; así que no creo que te haya contado nada de lo que hacía. Y en cuanto a que su adolescencia se parece a la mía, ya di mi opinión.

AUTOBIOGRAFÍA DE UN ESCRITOR AUTODIDACTA / 7

Cuando me fui del barrio, no lamenté irme ni nunca pensé volver. Los únicos de quienes me hubiera gustado despedirme eran José Gregorio, el que tenía el camión de la basura, y Azucena, pero no me dio tiempo. Así que me fui sin saber nada de nadie, ni nadie supo de mí. Además de los recuerdos que ya escribí, los que me faltaban son: el ruido del agua cayendo sobre los techos de zinc, el mal olor, y que cuando estábamos chiquitos jugábamos en la quebrada, de regreso de la escuela. Mi mamá tenía una caja de galletas en la que guardaba algunas cosas: unos botones grandes, una cruz, una estampita del doctor José Gregorio Hernández y su cédula de identidad. También había una plancha de hierro con la que una vez me quemó la mano porque me había cogido un dinero que encontré en su cama. Me hubiera gustado guardar esas cosas y llevármelas porque eran mis recuerdos personales. En la clínica me han regalado cosas, además del libro del profesor y del cuadro de Eduardo, pero aquéllas eran distintas. Yo veo que Eduardo guarda sus cosas de cuando él era chiquito y tiene muchas fotos de su familia. Él me dijo que casi todo el mundo guardaba algún recuerdo -se llaman recuerdos personales-, pero a mí no me dio tiempo a nada. Vino la fatalidad.

Yo tenía mis enemigos en el barrio, aunque yo he sido siempre un tipo tranquilo que ni está buscando pleito ni dándole casquillo a nadie, pero a los tipos que ya mencioné se les veía la intención. El hermano de la que fue casi mi novia la tenía agarrada conmigo, y yo lo que trataba era no llamar la atención. Cuando me esperaban dándole vueltas a la puerta de mi casa, yo como si nada, hecho el loco; cuando me insultaban, yo hecho el pendejo. Un día vino uno de ellos y me propuso que me metiera en su banda, porque estaban bien armados y tenían pensado algo en grande. Yo no quise y me cayeron a pescozadas y me dejaron medio muerto. Por envidia, digo yo, de que tenía mi trabajo y no estaba pendiente de nada, pero desde ese día yo sabía que me estaba rondando la fatalidad.

Hasta entonces se habían conformado con robarse carteras en los centros comerciales, o en la calle, cuando la gente estaba distraída

esperando el semáforo, y también en el negocio de los carros, levantando piezas, pero cuando consiguieron un revólver se metieron en algo más peludo. Hubo un muerto y la policía los estuvo buscando y cayeron dos. No sé si fue por hundirme a mí o por darle a la policía algún nombre para despistar, pero dijeron que yo también estaba con ellos. Lo supe cuando salía por la mañana a mi trabajo de la librería porque llegó una patrulla preguntando por mí con nombre y apellido. Me llevaron a la prefectura y estuve varios días, me entraron a golpes, me tuvieron en interrogatorios y al final se convencieron de que yo no tenía nada que ver, pero ya el mal estaba hecho. Como era menor de edad, me llevaron a una oficina para que hicieran un estudio de mi situación social, me preguntaron muchas cosas, me entrevistaron varias señoras o señoritas, y al final concluyeron que yo era un menor en situación irregular, en estado de vagancia, abandono y mendicidad.

A la señora o señorita que me entrevistó más veces, y que me había parecido más comprensiva, yo le dije que, primero y principal, ya casi no era menor porque iba a cumplir dieciocho; segundo, que no era abandono sino orfandad, que no es culpa de nadie; y tercero, que lo de la vagancia y mendicidad era mentira porque yo trabajaba en una librería y tenía muy buenas referencias que ella misma podía comprobar; pero ella dijo que no tenía tiempo de estar comprobando referencias que casi siempre eran falsas, y que orfandad y abandono eran lo mismo, y que como no había cumplido los dieciocho, tenía la suerte de que la ley tutelar del menor me protegía y me iban a mandar a un internado para reeducarme. ¿Reeducarme de qué? -le pregunté-; yo no tengo mala educación, lo que tengo es poca instrucción. Pero no hubo forma. Casi todas las personas que escriben a máquina son muy tercas.

El internado era una casa inmensa en las afueras de la ciudad. Casi todos los internos eran niños, menos un grupo como yo. Me dieron un uniforme gris, me cortaron el pelo, me echaron un desinfectante para los piojos, aunque yo le insistí a la enfermera que no tenía piojos, pero ella dijo que eran procedimientos de rutina; me hicieron un examen médico; me dieron un peine, un cepillo de dientes, un tubo de pasta, un jabón y un paño, y un número con el cual yo sería identificado a partir de entonces y al que debía responder cuando me llamaran. Le dije a la señorita que siempre me habían llamado Pepín, pero ella me contestó que pepines podía haber muchos y, en cambio, el número era único; me señalaron cuál era la cama que me tocaba y la gaveta correspondiente y me ubicaron en el aula de educación paralela, de acuerdo con los conocimientos que me examinaron. La señorita se sorprendió mucho de que yo hiciera tan rápido las operaciones, a pesar de ser un desertor escolar, y yo le expliqué que había trabajado en un abasto y en una librería y se necesita ser muy rápido sumando y

restando para dar el vuelto, y que además yo había escrito muchos cuadernos y por eso no tenía la letra tan mala; pero ella me corrigió que tenía faltas de ortografía porque me hizo un dictado y puse «excelente» sin equis. También me hicieron preguntas de historia, de geografía y de química. De química, de antemano, le dije que no sabía nada, pero ella insistió porque estaba en el programa de secundaria. Al final, no salí tan mal y me colocaron en el aula de los más grandes, y me dieron una carpeta y un lápiz. Yo le pregunté que como cuánto tiempo estaría en el internado, porque tenía mi puesto en la librería, y si me quedaba mucho tiempo, lo más probable es que luego no me dieran trabajo. Ella contestó que era menor de edad y que tenía que estar interno porque el Estado debía velar por mi salud física, moral y social, y que tratara de hacer menos preguntas porque había muchos internos y el personal no podía estar ocupándose tanto de cada uno.

Por las mañanas asistía al aula de clases y por las tardes a un taller de oficios, pero casi nunca venía el encargado de enseñarnos los oficios y generalmente pasábamos la tarde acostados en el patio al sol. El vigilante nos obligaba a jugar con una pelota desinflada, pero nadie quería y tratábamos de no hacerlo hasta que nos amenazaba con el plantón. El plantón consistía en que uno tenía que quedarse parado varias horas, hasta que el vigilante quisiera; yo prefería agarrar la pelota aunque fuera solo y rebotarla contra la pared antes que estar de plantón. Durante aquellas tardes me fui más o menos enterando de quiénes eran mis compañeros; la mayoría eran como los tipos del barrio, los que me echaron el muerto encima, y los tenían en el internado esperando que terminaran las observaciones sobre su conducta para luego decidir los traslados. Yo trataba de no hablar mucho de mi vida y pensaba que me faltaba poco para dejar de ser menor de edad, y que, a lo mejor, podría salvarme del traslado. El traslado era algo de lo que se hablaba mucho: algunos decían que era una cárcel; otros, que era peor que una cárcel; los escuchaba y pensaba, si me llega el asunto del traslado, tengo que escaparme. Pasábamos muchas tardes hablando de la fuga; los que tenían más tiempo y conocían mejor las costumbres del personal eran los que trazaban el plan; yo también quería fugarme, pero me daba miedo porque los castigos para los fugados parece que eran mucho peores que el plantón.

Después que tenía como una semana en el internado, uno de los más grandes, un tipo bastante fuerte y que estaba allí desde los once años, me miró un día de frente y me dijo: Tú no has pagado el peaje. ¿Qué peaje? -le pregunté-, yo no tengo ni un centavo para pagar nada. El tipo se rió mucho y llamó a otros dos, los que eran sus amigos y andaban con él por todas partes. Agárrenlo -gritó-, que va a pagar peaje. Entonces me agarraron entre los dos y él se me pegó atrás y me

lo metió hasta que sangré. Si vas a la enfermería, te lo hacemos con una botella, me dijeron. Así que decidí no ir, por si acaso, y me lavé yo mismo los interiores para que no se notara. No le dije nada a nadie porque en el internado lo peor que podía pasarle a uno era joder a otro. Pensé lo siguiente, yo no tengo papá, mi mamá se murió, mi trabajo lo debo haber perdido, mi amigo Ricardo no sé dónde anda, a la Gata Delfina más nunca la he vuelto a ver. O sea, yo no tengo nada, pero hay una cosa que tengo y es que soy un hombre. Lo pensé todo seguido y me puse a esperar. Guardé una piedra que conseguí en el patio y me la metí dentro del pantalón y estuve varios días con la piedra hasta que llegó el momento. Yo sabía que algún día llegaría. Cuando lo vi que estaba agachado, haciendo sus necesidades, me le acerqué por detrás y ahí se quedó. Yo sabía que sus amigos sabían que había sido yo, pero no iban a decir nada. Ahora sí es verdad que me tengo que escapar, pensé, porque cualquier noche acaban conmigo, pero me salvé.

En el internado estuve hasta el asunto de los colchones. El día que tenían preparada la fuga decidieron que, para crear confusión, era necesario despistar al personal con algo que los mantuviera ocupados mucho rato; uno de ellos se robó unos fósforos y le pegaron fuego a todos los colchones del ala derecha. Vinieron la policía, los bomberos y los doctores. Lograron fugarse, pero el fuego que se prendió fue bastante grande y muchos niños pequeños quedaron heridos; los bomberos estuvieron toda la noche tratando de apagar las llamas, y yo me fui detrás de uno de los doctores a ayudarlo con los niños que estaban quemados; le pasaba las cosas que me iba pidiendo, los lavaba y trataba de que se estuvieran quietos para que él pudiera trabajar. Me preguntó que si me gustaba la enfermería porque tenía un amigo que me podía dar trabajo. En aquel momento yo no sabía si me gustaba la enfermería, pero me pareció que, si un doctor me daba trabajo, era la única manera en que podía irme de allí y salvarme; así que le dije que sí. No te preocupes, yo te pago un curso -me dijo él-, se ve que eres buen muchacho y no tienes las mañas de los otros.

Después del incendio, los que me iban a matar se habían fugado. Algunos niños estaban muy graves y los trasladaron a un hospital, pero otros tenían lesiones menores y los dejaron en la casa. Eso fue una suerte para mí. El doctor venía casi todos los días a verlos y me dijo que me quedara para ayudarlo con las curas; entonces le dije que sí, que había estado pensando en lo de trabajar como enfermero y me parecía bien. Yo no sé si él habló con los directores del internado pero un día me dijo: Vente conmigo, Pepín, que te voy a llevar a trabajar a la clínica de un amigo. Yo no sabía que era una clínica psiquiátrica porque él no me había dicho nada, pero eso no me importó. Yo pensé, si no me gusta, me voy y se acabó. Pero me fui acostumbrando y me

quedé. Hasta ahí tengo las cosas claras; no fue mi mamá quien me trajo, ella se murió hace mucho tiempo, fue el doctor del internado de menores; pero, como fue pasando el tiempo, se me olvidó cuándo había sucedido eso.

LA FELICIDAD DETRÁS DEL OLVIDO. ÚLTIMO CUADERNO

Aquellas navidades todo el mundo se sentía bastante triste, aunque aquí nunca las navidades son demasiado alegres, por aquello de que la gente se acuerda de otras cosas. La señora Lucía había dicho que no contaran con ella porque su esposo quería reconciliarse y le había propuesto irse juntos a los Estados Unidos a esquiar; me extrañaba un poco eso del esposo, pero ella estaba tan contenta que nadie se atrevió a decirle nada. Sacó un suéter, y se paseaba por el corredor preguntándole a todos: ¿Verdad que estoy divina? Me queda sensacional, todo el mundo se va a quedar con la boca abierta. Pepín, ¿cómo me veo? De película, ¿verdad? Dijo que lo sentía mucho pero que este año teníamos que hacer sin ella los arreglos para la fiesta navideña y el intercambio de regalos, y que ahora todos iban a lamentar que ella no estuviera para amenizar con las canciones porque nadie sabe lo que tiene hasta que lo pierde. La señora Cecilia se sintió aludida y le contestó que, si se trataba de cantar, estaba muy equivocada si pensaba que ella era la única que cantaba, porque ella, Cecilia, tenía bastante buena voz y había pertenecido al coro de su colegio e incluso, de jovencita, había pensado hacer estudios musicales, que no había podido terminar porque su padre había dicho que eso era una ridiculez, pero que si era cantar un rato para alegrar la fiesta, ella estaba muy dispuesta y otros también. Le pidió a Eduardo que tocara el piano, para ensayar por las tardes, después de almuerzo. La señorita María Gabriela también cantaba más o menos, y el doctor pasó una vez y los oyó y se quedó maravillado. Eduardo puso una condición: que si él iba a tocar el piano no quería que don Emilio estuviera presente, pero nadie aceptó eso. La señora Cecilia le contestó de mala manera que lo que pasaba era que los hombres que no eran hombres no tenían respeto por los que sí lo eran, o habían sido, y Eduardo tuvo que tragárselo porque a la señorita María Gabriela le daba mucha tristeza que, tanto como habían ensayado, ahora todo se viniera abajo por un comentario tonto, y le gritó a la señora Cecilia que a cada quien sus opiniones, y ahí terminó la cosa.

A la señora Cecilia se le ocurrió que se representara un nacimiento

vivo. La señorita María Gabriela era la Virgen María; Eduardo, San José; y se repartieron los reyes magos entre Fernández, Manuel y el Capitán Centella. Quedaron, para pastores, Jesús, el profesor y Berta, y la señora Cecilia de ángel anunciador. Vinieron muchos días de preparativos; en primer lugar fue necesario hacer los vestidos; la secretaria compró las telas para hacerle el manto a la señorita María Gabriela y a Eduardo; el de ella era blanco y el de él marrón, sin corona; a los pastores se les puso unos pantalones oscuros y una bolsa en la cabeza; la señora Cecilia dibujó una estrella dorada de cartón, como en sus tiempos de decoradora, y se la colgó en el cuello; era muy grande y le tapaba todo el cuerpo. Durante los ensayos, todo el mundo se tomó muy en serio los papeles, y cuando el doctor vio el ensayo final dijo que podía extenderse la invitación a los familiares y amigos para presenciar el acto, pero nadie quiso.

A última hora la señora Lucía vino con el rabo entre las piernas a decirnos que el asunto del viaje a los Estados Unidos era una equivocación. No era en aquellas navidades sino en las próximas. Pidió enseguida un papel en el acto porque tenía derechos de antigüedad de sobra para reclamarlo. Los actores estaban completos, porque, fuera del niño Jesús, que se había decidido que fuera una estatua, no hay más nadie en un pesebre. Fernández dijo que hiciera de pastora, los pastores pueden ser varios, no tienen número definido, pero la señora Lucía no lo aceptó. De pastora, está usted muy equivocado si cree que yo voy de pastora, de pastora cualquiera no voy. Podría ser de música de fondo -dijo la señora Cecilia, que era la directora del cuadro-, usted canta mientras tiene lugar la representación. Para la música de fondo se pone el equipo de sonido; además que mi especialidad son los boleros y los boleros no pegan con un Nacimiento, eso lo sabe todo el mundo, yo no voy a hacer un papel ridículo. Se le preguntó al profesor su opinión, porque siempre se respetaban mucho sus ideas, pero dijo que él no tenía ninguna sugerencia porque, hasta donde él recordaba, no había más papeles que repartir. Entonces ella misma se propuso como madre de la Virgen, que es un papel importante, porque la Virgen sin su madre no hubiera existido, pero alguien le dijo que la madre de la Virgen, que se sepa, no estuvo en el Nacimiento. A la señorita María Gabriela se le ocurrió una idea, que podía disfrazarse de San Nicolás y repartir los regalos del intercambio después de la representación. Eso le gustó a la señora Lucía, porque además era un papel alegre, y se puso muy contenta. Faltaba qué hacer con don Emilio. Eduardo propuso que le pusieran un gorrito, imitando el de San Nicolás, pero nadie estuvo de acuerdo. Eso es una burla -le dijo la señora Cecilia-, una burla a un hombre que tuvo su dignidad; a don Emilio se le sienta al lado del pesebre y se le da un helado para que se entretenga. Don Emilio pasó

a ocupar el papel de espectador, que, según Eduardo, era el único que le faltaba hacer en la vida, y aplaudió muchísimo y se comió todo el helado y pidió más.

La noche de Navidad le tocó la residencia a una doctora jovencita, que lloró toda la noche porque echaba de menos a su familia, pero todos le insistimos que se incorporara a la fiesta, porque era poco probable que hubiera algún ingreso, y le dieron torta helada y refrescos, y al final bailó con Eduardo, que, dicho sea de paso, poca gente baila como Eduardo cuando está en vena, y esa noche las señoras hicieron su turno para bailar con él. Todo estaba listo desde la mañana; la hora del acto era a las seis, de modo que se pudiera cenar a las ocho, no fuera cosa de que la cocinera que había quedado de turno decidiera que no se había respetado el horario y nos quedáramos sin comer la noche de Navidad. Pero las cosas salieron bien y el doctor había encargado la comida con menú especial, típico de las festividades, y ésos son detalles que se agradecen.

Recuerdos de Eduardo de la última Navidad en la casa

El acto había asumido un carácter de intimidad que no incluía la presencia de terceros, personas que quizá hubieran aplaudido por obligación o por lástima, incapaces de esbozar la más mínima crítica o que incluso, sí, eso también, hubieran reprimido una sonrisa de burla o una lágrima de piedad. Definitivamente, no; el acto era para los de la casa, para los que durante tanto tiempo se olvidaban juntos, para los que podían perderse extasiados en sus propios olvidos; para los que podían contemplar sin patetismo a María Gabriela, arrodillada, estirando el cuello, los ojos cerrados o perdidos, representando la imagen de mujer exaltada en la maternidad sin sexo, a la que Eduardo cubría con ternura, con verdadera complacencia, sintiéndose él también satisfecho en la paternidad espiritual; para los que podían apreciar los gestos de Berta limpiando constantemente el escenario, repasando una y otra vez la escoba, arreglando las ramas que se habían dispuesto para figurar la cueva y el pesebre; para los que sentían la alegría y la esperanza de Jesús, bellísimo pastor; para los que no veían en la torpeza de los gestos del profesor o del Capitán Centella un motivo de compasión sino, por el contrario, un enorme esfuerzo de estar a la altura de las circunstancias y de encontrar, en sus respectivos papeles de viejos pastores, la ilusión de recobrar su propia infancia. La presencia de extraños, lejos de hacerlos sentir acompañados o de alguna manera reconfortados, los hubiera puesto en ridículo, expuestos a la lástima, a la distante mirada de quienes no se consideran fracasados ni sentimentales. Si había algo que los unía era un definitivo olvido.

Se oían desde la calle los cohetes y se veían las luces de los fuegos artificiales cruzando el cielo sobre la ciudad. A pesar del cansancio, porque llevaban muchas horas en el ajetreo de los preparativos y de la fiesta, no se resignaban a acostarse temprano y salieron a la puerta, a tomar el aire fresco de la noche, y a mirar cómo pasaban los automóviles a toda velocidad, haciendo sonar las cornetas, o arrojando bengalas por las ventanillas. Era gozoso, por momentos, la sensación de tiempo detenido, la tranquilidad de no tener que llegar a ninguna parte, de no sentirse esperados, de no tener que irrumpir en fiestas alegres y saludar a tanta gente, y abrir tantos regalos. Había un placer, que sólo los de la casa conocían, en vivir detrás del olvido.

Fernández comentaba las incidencias con Manuel, y se reían al acordarse de cómo el Capitán Centella, cuando se acercaba al pesebre con la mirra, le había pisado el manto a María Gabriela, quien, sin poderlo reprimir, le había dicho: Bruto, mire dónde pisa. Había un gran placer en reírse del incidente del profesor, a quien, cuando se agachó a recoger el oro, se le cayeron los lentes y que recogió, en vez de oro, una estrella que se le había desprendido a la señora Cecilia. Manuel se reía a carcajadas al recordar que, cuando empezó a sonar la música, hubo un error fatal en el disco seleccionado, y en vez de la voz angelical que se esperaba, salió una música de *jazz*, de un disco de la colección de Eduardo.

—Cuando era niño -dijo el Capitán Centella-, en mi pueblo, siempre iba a misa de gallo con mi madre y Julio.

—¿Quién era Julio? -le preguntó Eduardo.

—Julio Salaverría, un muchacho que crió mi mamá; es como mi hermano.

—Pero nunca viene a verte.

—No está aquí, debe andar muy lejos, pero estoy seguro que, esté donde esté, hoy se acuerda de cuando íbamos a misa de gallo.

—Nosotros nunca íbamos a misa -terció Manuel-; mis padres eran ateos, ateos en serio; mi padre siempre tuvo la manía de odiar a los curas. Cuando murió, mi madre le quiso traer uno y se puso tan furioso que, en vez de morirse él, parecía que la iba matar a ella. Me encomendó expresamente que, cuando estuviera muerto, la vigilara, no fuera ella a sacarle una misa. Era tan cerrado que, cuando se casó mi hermana, dijo que iría hasta los escalones de la iglesia, pero que entrar, no entraba.

—¿Qué cosa, no? -dijo Eduardo-; no me imaginaba que hubiera gente que le diera tanta importancia a eso.

—¿Y qué echas tú de menos, en las navidades? -le preguntó Fernández.

—El amor, quizá -musitó Eduardo.

Todos quedaron en silencio, porque nadie hubiera querido hacerle una broma de mal gusto en ese momento.

—Cuenta tú algo también -le insistió el Capitán Centella.

Pero Eduardo no hubiera querido relatarles la espléndida cena de Navidad, la mesa dispuesta para tantos invitados, el gigantesco pino en medio del salón, rodeado de miles de paquetes de colores, y la figura de su madre, de vestido largo escotado, de collar de perlas, de ligera diadema en la cabeza, descendiendo las escaleras como una reina, dirigiéndose suavemente hacia los invitados, saludando a todos con un gesto amable y una sonrisa, acariciando las cabezas de sus hijos, trajeados de esmoquin, esperándola en el rellano, mientras los camareros paseaban las bandejas con las copas de champaña. Prefirió contarles una borrachera que agarró en París, una noche de Navidad, solo, aturdido, mojado, cantando por las calles y dando voces, hasta que los amigos que lo acompañaban -¿eran amigos o los había conocido esa noche?- se iban colando por las esquinas, desapareciendo de la foto, como si alguien los borrara, hasta que se encontró de nuevo solo, mojado, aturdido frente a un farol, en una calle donde al parecer no pasaba nadie, y quitándose la chaqueta, se quedó en mangas de camisa y se subió al farol y desde allí comenzó a dirigir un tráfico invisible, hasta que una diligente conserje parisina llamó la atención de la consabida pareja de policías, quienes se presentaron a gran velocidad en el lugar de los hechos, lo obligaron bajo amenazas a bajarse del farol y lo condujeron a la comisaría más próxima, donde pretendían que prestara declaración, acto a todas luces imposible, porque a Eduardo, en el alcohol, se le olvidaba el francés y les gritaba frases incomprensibles, envuelto en el olor del *coñac*; lo dejaron ahí, tendido en su propio vómito, hasta que despertó con la implacable advertencia de deportación, si no justificaba su presencia en Francia, y al día siguiente, bañado y afeitado, con traje limpio, tuvo que presentarse en la casa del cónsul, por suerte amigo de sus padres, a felicitarle las pascuas y rogarle, por favor, una llamadita a la prefectura para justificar su presencia impresentable. Todos se rieron mucho, especialmente el Capitán Centella, quien le pidió que lo contara una y otra vez, y Eduardo lo fue contando varias veces y se le iban ocurriendo detalles que no había relatado en la primera versión. María Gabriela se sentó a su lado, muy despacio, buscando su ternura, y él le pasó el brazo por los hombros, y así con ella, recogida, siguió contando y contando anécdotas que le venían a la memoria o a la imaginación, mientras María Gabriela permanecía recostada sobre su pecho hasta quedarse dormida.

Jesús acariciaba en sus manos el libro que le había tocado en el intercambio: *Cómo hacer amigos*, de la colección *Triunfe en la vida*. Se lo había dado Fernández.

—No lea esa basura, joven -le sopló al oído el profesor-; si quiere cultivarse, debe leer a los clásicos; no busque el triunfo, busque la verdad.

Jesús lo miraba con los ojos sorprendidos. No pensaba leerlo de todas maneras; el libro que le había regalado Fernández le parecía algo superfluo, pero lo acariciaba porque era su regalo de intercambio de la fiesta de Navidad y Fernández era también su amigo. Fernández miraba el bolígrafo que le había tocado a él.

—De los baratos -comentó, y lo guardó en el bolsillo de la camisa-. No le hagas caso al profesor; ese tipo anda en las nubes.

—Dicen que es un sabio -lo defendió Jesús.

—No, chico, qué sabio va a ser; si fuera un sabio no estaría aquí, ¿no crees?

—No sé -dijo Jesús.

A Berta le había tocado un frasquito de perfume de parte del profesor. Aprovechó que Cecilia estaba distraída en la fiesta para usar el baño con más tiempo; casi siempre se bañaba apurada, tratando de gastar lo menos posible el agua caliente, pero esa noche tenía para ella todo el tiempo del mundo. Se metió en el baño y se estuvo contemplando en el espejo, como si detallara todos sus huesos y sus arrugas; luego entró a la ducha y dejó que el agua le corriera encima hasta que se gastó toda la caliente; se echó mucho jabón, tanto que la pastilla se adelgazó y desapareció entre sus manos; se peinó despacio el moño de siempre, pero cuidando que el pelo le quedara bien aplastado, y usó todos los ganchitos que encontró en la cajita donde los tenía guardados; se hizo la raya bien centrada, y después se miró de nuevo con un gesto de aprobación. Abrió el frasquito de perfume, Noche de Sándalo, y suavemente tomó dos gotas entre los dedos, se pasó entonces los dedos por detrás de las orejas y volvió a cerrar el frasquito; ya cerrado, lo olió de nuevo y lo guardó en una bolsa plástica, donde estaba la caja de ganchitos, otra pastilla de jabón, los papeles del cementerio, la foto de una niña y una versión abreviada de la Biblia; volvió a meter la bolsa plástica en una gaveta de la mesa de noche y salió al jardín. La noche era fresca, el cielo estaba muy claro, lleno de estrellas y sin una nube. Berta se dirigió a la piscina y se tumbó en la hierba, se quedó mirando la luna mucho rato, en silencio, con los ojos cerrados. Debía de llevar un buen rato cuando se escuchó la voz de Lucía, preguntándole: ¿Qué hace usted acostada ahí? Se va a resfriar; pero Berta no le contestó, abrió los ojos y la miró, y sin decir una palabra, se levantó y volvió a su cuarto.

Lucía le comentaba a Cecilia que dejaran de lado incomprensiones y rencillas, porque ésas eran las cosas que separaban a los seres humanos y en estas fechas todo debía ser amor y armonía, y que había pensado que podía enseñarle a hacer los adornos, porque era una

maravilla cómo había quedado la decoración del Nacimiento y los disfraces, todo idea de Cecilia, y que, sabiéndolo con tiempo, podrían preparar una fiesta hermosa para Carnaval, quizá de ambiente brasileño, que era muy alegre, o también oriental; en fin, que el todo era hablarlo y ponerse a trabajar desde ahora. Todos comentaban que al principio aquellas navidades no parecían navidades, y después las cosas habían quedado tan bien. Fernández propuso que jugasen una partida de dominó y se sentaron, él, Manuel, el Capitán Centella y el profesor. Jesús se sentó detrás a verlos jugar. Eduardo no podía dejar de comentar que, en otros tiempos, don Emilio les hubiera ganado la partida, pero nadie le puso atención. A Eduardo no le gustaba el dominó, lo consideraba un juego vulgar y ruidoso, y pidió varias veces silencio para concentrarse en un dibujo de todo el grupo, pero era muy difícil que se callaran porque la partida estaba muy divertida y Manuel y Fernández ganaban todas las manos. María Gabriela se sentía muy feliz y le besaba la oreja.

EL FOTÓGRAFO AMBULANTE / 8

Me hubiera gustado tomar algunas fotos de la fiesta de Navidad, pero, lamentablemente, mi cámara tenía un desperfecto y no había podido arreglarla. Fue una decepción para todos y sobre todo para Pepín, a quien yo esa noche observé inquieto y, de alguna manera, ausente. Cuando todos se fueron a dormir, me dispuse a continuar con mi relato fotográfico. Había entendido que la organización de las fotos me devolvía una cierta recuperación de mí mismo, y que no sería mucho más lo que podría esperar de aquella tarea. Me puse entonces a hurgar dentro de una caja que no habíamos tocado hasta ese momento, y que contenía fotos que yo había tomado en Europa. Las anécdotas de mi borrachera aquella noche de Navidad en París, que yo había adornado todo lo que mi imaginación me permitía para hacerlos reír, me habían devuelto inevitablemente a aquel período de mi vida en el que, dentro de la esperanza colectiva, estaba también la mía. Pero eso fue cuando el mundo parecía ser algo distinto a lo que es, y yo todavía un joven con aspiraciones de ser un gran artista. *Todo fracasa. Al menos si tenemos la voluntad de fracasar, avanzamos y debemos tener siempre, en todo y en todas y cada una de las cosas, al menos la voluntad de fracasar, si no queremos perecer ya muy pronto, lo que realmente no puede ser la intención con que estamos aquí*. Había tomado esa frase de un libro de Thomas Bernhard que mi madre me había obsequiado para la Navidad. Lo había leído de un tirón, sin dejar que los preparativos de la fiesta me alteraran, y su lectura me había producido un estado de ánimo medianamente feliz, al encontrar una solidaridad lejana en sus páginas, y a medias irritado, pues si bien no esperaba de mi madre una expresión de alegría, a la vez me parecía que había escogido el libro más deprimente de la librería.

Y por inútil que sea, y por terrible y desesperado que sea, hay que probar siempre de nuevo cuando tenemos un tema que nos aflige siempre y siempre con la mayor obstinación y no nos deja ya en paz. Así veía yo mi tema de encontrar un sentido perdido en todas aquellas fotografías dispersas, y por más que había avanzado mucho en el proyecto, ese sentido no se había hecho presente. Aquella noche encontré muchas de las fotos que había tomado en el estudio de Boulogne-Billancourt, y me estuve riendo solo un buen rato porque parecían suficientes para

armar la estadística de matrimonios y nacimientos de los habitantes del barrio. La felicidad de los otros no me hacía daño. Me sentía contento de haber contribuido a ella y de pensar que aquellas fotos reposaban en sus álbumes, o, quizás, enmarcadas, sobre la mesa de noche o en algún lugar de la sala, en sus distantes apartamentos, en una ciudad en la que había esperado todo y nada había llegado para mí. Una foto de Ahmed se coló entre ellas. No recordaba habérsela tomado. Sus blancos dientes me sonreían desde el papel y experimenté una tristeza suave al darme cuenta que también lo había olvidado. Apareció también un buen número de instantáneas, que no pertenecían al trabajo del estudio y que había tomado seguramente por puro placer.

La aprehensión fugitiva del momento nos permite, no solamente capturar situaciones extrañas, sino también imaginarnos a nosotros mismos dentro de ellas. A veces creemos entrar en la vida de una aldea, la belleza de un paisaje, la aventura de otro hombre, y nos vemos ante el espejismo de que desearíamos haber vivido siempre allí o ser ese otro que apresamos momentáneamente, pero es sólo una astucia de la imaginación, porque si verdaderamente estuviéramos encerrados en aquella imagen que por un instante nos seduce, sentiríamos la prisión de una vida que nos es ajena y probablemente ingrata. Ese engaño me ha fascinado siempre y la contemplación de todos los instantes captados me ha hecho sentir una diversidad que es, de todo punto, inalcanzable.

Era una bella colección de fotografías en la cual se conjugaban paisajes, monumentos, pueblos, pintoresquismos y originalidades. Sin embargo, la mayor parte de las imágenes se desvanecía ante mí. Las encontraba anodinas, impersonales, fotos que podían iluminar la portada de una revista o servir como postales, o ilustrar folletos de turismo, pero su presencia no me hablaba, no me obsesionaba, no me inquietaba. Pensaba que, de encontrarme en condiciones de volver a aquellos lugares, aparecerían las mismas imágenes u otras muy parecidas y que, en general, eran fotografías complacientes. Deseché, así, una bella instantánea de una pareja de enamorados besándose frente a la catedral de San Marcos, envuelta en un vuelo de palomas; la de un grupo de buenos burgueses que parecían revivir una escena fin de siglo, embozados en elegantes abrigos de pieles, con chistera y bufanda blanca, despidiéndose después de un copioso almuerzo en la puerta de un lujoso restaurante en París; y la de una simpática norteamericana, entrada en años y carnes, que se hacía impúdicamente fotografiar del brazo de Moisés, en Roma, por su condescendiente y rubicundo esposo. También a unos *hippies* que se sentaban a descansar y se cortaban las uñas en las ruinas de Pompeya; a un estrafalario joven que se paseaba por Piccadilly Circus, vestido de

general y llevando de la mano una cuerda con la que amarraba a varios perros; al viejo campesino griego, sentado al sol, pasando las cuentas de su *komboloi*, con los ojos cerrados, así como a un grupo de estudiantes jugando en la nieve en la Universidad de Madrid, y a unos niños construyendo un castillo de arena en una playa que no logro identificar. De esas fotos tenía muchas, e incluso juzgo que algunas habían sido bien logradas, pero no podía remediar su falta de atractivo y decidí destruirlas pues ya no tenían vigencia. Los sujetos exhibidos en ellas no me presentaban ninguna preocupación. Eran, quizá, los símbolos de esos restos vitales que nos dan paz, a quienes no debemos nada y con quienes el trato parece estar ya sellado y prescrito.

Me detuve en unas vistas de la bahía de Nápoles que en un primer momento pensé descartar. Obedecían al mismo patrón que las anteriores, buenas pero vacías: el mar, el cielo, unos ancianos al sol, unos barcos a lo lejos. Entre ellas surgió una que había olvidado, incluso podría decir que los personajes se habían colado sin mi intención. El sujeto principal eran dos muchachas jóvenes, turistas obviamente, que a su vez sacaban fotos y contemplaban el paisaje con un aire alegre. La primera foto de la secuencia era trivial, pienso que fue tomada por reflejo -a veces se dispara la cámara repetidas veces sin la emoción de un objetivo-; luego venía otra: en ella las jóvenes se alejaban del centro del paseo marítimo y podían recortarse solas, de espaldas. En la tercera foto, una bandada de niños se arremolinaba alrededor de las jóvenes. Sucios, de pantalones rotos, rostros ennegrecidos, piernas cubiertas de cicatrices y pies descalzos o precariamente protegidos por zapatos gastados, les gritaban a las jóvenes y las incitaban a seguirlos. El rostro de ellas, indeciso, sorprendido, dudando de comprender el juego, un leve temor en los ojos, una inquietud de no saber si se trataba de unirse a la espontaneidad infantil o de advertir algún peligro, una mueca de incertidumbre al escuchar las palabras y el griterío en un idioma ajeno.

Los niños rodean a las dos jóvenes, las empujan, las violentan, las llevan contra la baranda del paseo, les gritan; hablan todos a la vez, emiten sonidos incomprensibles, dialectales; son voces, risas, chillidos. La inquietud en el rostro de las jóvenes va convirtiéndose en pánico. La presencia del mar hace más terrorífica la escena; sin duda temen ser empujadas. Los niños comienzan a cercarlas, separándolas; gritan ellas a su vez; ningún paseante parece detenerse; súbitamente el paseo está solitario, la presencia de los viejos que se asoleaban también se ha esfumado, sus pedidos de ayuda se pierden en el aire. De pronto, los niños comienzan a hacer más clara su solicitud: sólo quieren dinero, unas monedas, una pequeña limosna, pero parecen querer dar algo a

cambio. Sus saltos alrededor de las jóvenes van tomando el signo de una danza; una alegría parece envolverlos, una representación de intercambio surge en sus rostros oscuros de miseria; sus brazos delgados, sus pies medio descalzos, entablan una parodia; se acercan a ellas, les sacan la lengua imitando el sabor de un beso, les guiñan los ojos con un remedo de seducción, abren las braguetas de los pantalones descosidos mostrando sus menudos órganos, se ríen, las comparan, alguno hace el gesto de frotarlo, otros les besan los brazos, les acarician las caderas; ellas se defienden, tratan de empujarlos, de abrir las carteras para sacar las monedas; quieren tocarles los senos, hacer movimientos que caricaturicen lo que debe ser una cópula; algunas voces se distinguen como sonidos sexuales, aluden al placer que ellos ofrecen a cambio de esas monedas. Las jóvenes, finalmente, logran escapar, arrojan el dinero que tintinea sobre el piso y huyen llorando. Son bellas, rubias, altas; probablemente su visión de lo típico no se conformaba con esta escena de neorrealismo; probablemente esperaban encontrar campesinos tranquilos, bailes coloridos, comidas exóticas, regadas de buen vino, paisajes de luz a los que sus ojos no están acostumbrados, imponentes catedrales, fotos hermosas para enseñar a sus amigos cuando volvieran. La pequeña cámara automática de una de ellas cae al suelo cuando corren y se pierden entre las calles; uno de los niños la recoge y se ríe; su boca, en la que faltan algunos dientes, se abre; la enseña a sus compañeros, que se abalanzan sobre él, intentando quitársela; corren también, corren todos y se esfuman de la escena.

Las jóvenes probablemente regresan al hotel, descansan en el bar, piden una bebida para reponerse, intentan explicarse lo ocurrido. No entienden que, con la humillación infligida a ellas, representantes de todo aquello que los niega, han traspasado su condición de humillados.

El paseo marítimo vuelve ahora a llenarse de los antiguos actores que parecían haber abandonado deliberadamente el escenario; nuevos ancianos se sientan en los bancos, nuevos turistas lo recorren y se fotografían con el mar de fondo; nuevos niños juegan inocentemente con una pelota hecha de papel y de cuerdas. Todo es normal otra vez. Las jóvenes lamentan la pérdida de la cámara y suman sus dólares para saber si estarán en condiciones de adquirir una nueva, salen del hotel más reconfortadas, y de nuevo frente al mar, recorren la bahía y admiran la belleza del paisaje y el tipismo de las gentes.

De mi pequeña escena napolitana había surgido un sentido que sólo ahora, al recordarla, se me hacía más claro y me revelaba por qué había guardado la secuencia de las fotos que había disparado tranquilamente, desde la ventana del hotel, sin que nadie me viese y sin participar para nada en la angustia de aquellas jóvenes. Mi

posición era la de un observador alejado, impersonal, irresponsable, azaroso, de algo que casi no ocurría, de un horror ignorado que pronto sería borrado de la mente de los participantes, de algo que sólo por instantes estaría bajo la luz y que, de nuevo, al esfumarse, dejaría de ser. Únicamente lo que está a la luz existe. La oscuridad invadiría pronto la escena, la haría desaparecer, dejando como débil registro la impresión de la imagen en el papel de aquellas fotografías que yo había tomado, y la haría irreal. Sumergirse en esa dimensión, en la cual constantemente el mundo produce escenas que desaparecen, se pierden en un océano que devuelve la vida a la normalidad; percibir las hendiduras de esa cotidianeidad que sin cesar borra aquello que la violenta, se me hace insufrible. El ojo de la cámara me parece un intruso develador de un horror que debe ser siempre negado, y la ausencia de los personajes, que se habían esfumado mientras la breve escena se desarrollaba, se me presentaba ahora no como producto del azar, de los ires y venires de una ciudad, sino una ausencia preparada, premeditada, de ocultación deliberada.

Las fotos de Nápoles me enseñaban que la realidad por instantes se quiebra, la cáscara habitual y feliz deja las huellas de una otra capa que la subyace, de la misma manera que la pintura de un cuadro puede mostrar, a través del surco de la tela, un tema plasmado por otro, y detrás de la representación de una bella imagen, surgen los rasgos que delatan un monstruo. Sobre esas hendiduras me siento tentado a arrojar un manto que las cubra, pero sobre todo me inquieta la extrema soledad de ser su testigo, porque de inmediato, al comunicarlas, me ocurriría como a las jóvenes protagonistas. Se produciría un intercambio de palabras que buscarán explicaciones o interpretaciones de lo ocurrido, una transformación en anécdota de viaje para relatar a los amigos, en la que siempre se invocará la idea banal de que hay momentos ingratos que perturban el ritmo acostumbrado de los acontecimientos.

Por las fechas que a veces anotaba al dorso, veo que las fotografías de Nápoles fueron tomadas durante un viaje por el Mediterráneo, después de Mayo de 1968. Hice aquel viaje solo; había pasado poco tiempo desde que me había despedido de Ahmed, un joven magrebí que regresaba con su familia a su país, y sentía su vacío. Un abandono, por las causas que sea, nos hace sentirnos muy extraños en el mundo, y el recuerdo de nuestra despedida me parecía entonces un desgarramiento insoportable. Naturalmente, cuando otras despedidas sobrevienen, recordamos las anteriores como menos graves, incluso, con cierta sorpresa, porque, al haber cesado los sentimientos que nos unían a alguien, su peso y su importancia disminuyen; pero, al hacer un recuento de las mismas, unas y otras se sobreponen y lo que nos va quedando es la sensación de constante despedida, como si fuéramos

permanentes viajeros.

Las fotos de Zilma son anteriores. *Et maintenant, mesdames et messieurs, avec la couleur du Caraïbe, cubaine d'origine mais parissienne de coeur, je vous présente, ZILMAAAA*.

El foco redondo de la iluminación recorta la menuda figura de la mujer en el pequeño escenario. Cambian los colores del amarillo al rojo, al azul; el círculo de luz muestra su cuerpo moreno, pálido, violáceo, la carne entecada, los labios pintados de morado fuerte, los brazos saludando, como ramas azulosas marcadas por gruesas venas, las ojeras disimuladas por el brillo de un maquillaje de lentejuelas, los párpados hinchados, cubiertos de purpurina. La luz recorre su pequeño espacio de carne, y al alumbrarlo en los distintos tonos, parece violentarlo, girarlo, modificarlo al antojo del cohete de luz, presentarlo así como carne vacía, que se llena de los colores que otro le da. Una carne muerta, oscura, lívida, que cobra vida los instantes en que el redondo foco luminoso se pasea por el estrecho vestido de lamé dorado que la cubre.

—Tú eres un sentimental -me decían Juan y María Cristina, una pareja de españoles con quienes hice una buena amistad-. Crees todavía que las cabareteras y las prostitutas son seres trágicos, tuberculosos y hambrientos. Hoy en día tienen seguridad social, seguro por desempleo, horarios laborales.

Zilma se sentaba a veces con nosotros, después de terminar el espectáculo, tomaba un trago y hablaba, hablaba sin parar, sin escuchar respuesta, sin pedirla. Cuando terminaba de hablar, volvía al camerino a retocarse, se secaba el sudor, se echaba más purpurina en los párpados y volvía al escenario. Generalmente abría cantando *Babalú, Babalú, ayeé*, una canción que entusiasmaba a los franceses y que a mí me producía un gran dolor, pero quizá mis amigos tenían razón y yo soy muy sentimental. Abría cantando relativamente sobria y terminaba con *Mamá, yo quiero saber de dónde son los cantantes*, considerablemente borracha y haciéndolo francamente mal, es decir, peor. Generalmente, también, recibía unos aplausos moderados porque no era el plato fuerte del espectáculo. El plato fuerte era una joven pálida, de un pelo ralo y sucio, que hacía el numerito de la culebra. Ella y la culebra salían al escenario, la culebra en una cesta que depositaba a su lado, y después de algunas contorsiones, abría la tapa y el largo animal salía a escena, enroscándose en su cuello y lentamente descendiendo hasta el sexo, en el cual introducía, o hacía el efecto desde lejos, su aplastada cabeza. Finalmente, la joven se cubría con su abrigo de falsa piel, y con la cesta en la mano, salía a la calle para entrar en otro local, donde ambas, la culebra y ella, seguirían amándose y sobreviviendo.

—Desempleo y todo lo que quieras -le decía yo a Juan-, pero no me negarás que…

—No te negaré que, pero ella lo ha escogido; podría también cuidar los baños o servir en una cafetería.

Juan tenía una manera bastante aséptica de ver las cosas, quiero decir que lograba ponerse guantes esterilizados para tocarlas. Yo me imaginaba cómo sería convivir con una culebra; cómo sería, por ejemplo, levantarse una mañana de domingo, de invierno y mala calefacción, y encontrar su alargado cuerpo frío sobre la cocina buscando el calor de las hornillas; cómo sería llegar una noche tarde y encontrar la cesta vacía, y buscar al animal por el pequeño apartamento, detrás de las cortinas o en el baño, quizá durmiendo en el lavabo. Cómo sería si el animal se enfermaba y se negaba al enroscamiento sexual y era necesario salir con la cesta en busca de un veterinario. Cómo sería despertar un día cualquiera en la tarde, prepararse un café y vestirse para el espectáculo, y encontrar al animal muerto; cómo sería intentar reconocer los signos vitales en aquel cuerpo, hablarle, moverlo, preguntarle si se sentía mal. Cómo sería el silencio entre una mujer y una culebra. Pero también me imaginaba la escena inversa: alguien que entra en el apartamento, una conserje, quizá, la policía, los bomberos, y encuentran el cuerpo muerto de la mujer y el alargado cuerpo del animal tensándole el cuello, dejando sólo un rostro amoratado; cómo sería, entonces, el silencio entre la culebra y la mujer muerta.

Zilma peleaba un día sí, un día no, con el director de espectáculos del cabaret porque las canciones que quería introducir no eran de su gusto. Estaba harta del *Babalú ayeé*, pero era lo que se llama la canción-etiqueta, la marca con la cual era reconocida como cantante del Caribe. Quería cantar *Le temps des amours morts* y el director se negaba porque su acento hacía de la canción una paparruchada incomprensible. Tenía dos o tres boleritos que no le quedaban mal, pero tampoco le gustaban al director porque la letra era muy complicada y no se entendían, eran aburridos; en cambio, el *Babalú ayeé* lo entendía todo el mundo.

Zilma se mueve por el pequeño escenario, arrastra el cable del micrófono, sortea los hilos para no tropezarlos; está bastante cargada hoy, varios pases de coca y más tragos que de costumbre; inicia el *Babalú ayeé*. Sus manos pequeñas, de larguísimas uñas, serpentean imitando movimientos rituales, sexo-exóticos, y de pronto, algo inesperado, un hombre salta al escenario. Zilma sigue cantando, los músicos siguen tocando. El hombre está completamente borracho, da traspiés, se afloja el nudo de la corbata, parece irse hacia delante, se apoya en una pared para no irse de lado. Zilma sigue cantando, los

músicos siguen tocando. El hombre se aproxima a ella, trata de pegarse a su cuerpo, de imitar burdamente una danza entre los dos. Zilma deja de cantar, los músicos siguen tocando. Hay un movimiento nervioso de los camareros pero nada ocurre. Zilma lo empuja y el hombre se molesta, casi se cae, la insulta: Puta. *Je suis artiste, monsieur* -dice Zilma-, *respectez les artistes*. Hay entonces un abucheo general, la gente ha venido a divertirse, a pasarlo bien; quién es esa negra para empujar a un cliente que sólo quiere pasarlo bien; no es nada del otro mundo lo que pretende, se ve rico, quizás él solo podría comprar el local con todos nosotros incluidos. Siga cantando, le grita el director de espectáculos; siga cantando, dicen los músicos. Pero Zilma no sigue cantando. Se para en medio del escenario, y de su francés incomprensible logro entender que grita: *C'est moi la primitive, monsieur, c'est vous qui avez la classe*. El director ordena a la orquesta seguir tocando, ordena correr las cortinas; las cortinas cierran sobre el pequeño cuerpo de Zilma; sus manos luchan contra las cortinas, su voz sigue diciendo: *C'est moi la primitive, c'est vous qui avez la classe*. Se escucha entonces la voz del micrófono: *En suite de notre spectacle, avec tout le mystère de l'Inde, Jane et son pyton*.

Estuviste muy bien, le dijimos. Zilma se tomaba un trago y luchaba para que las lágrimas parecieran parte del maquillaje. Hablaba rápidamente, se le escuchaban palabras entrecortadas: Carajos, hijos de puta, *salauds, je suis refugiée communiste, les flics* te dan por las piernas, ¿me entiendes?, te joden, no te dejan marcas, pero te joden, ¿me entiendes?, coñodemadres. Sus manos aspavientan, hablan; en la estrecha carne de sus brazos veo unas cicatrices amoratadas, unas costuras que atraviesan sus muñecas y los bultos nudosos de las venas. Veo su foto, tomada en su juventud, su foto de espectáculo, su foto publicitaria, de peinado años cincuenta, con lunares marcados y una sonrisa de dientes blancos. Tómame unas fotos nuevas, nuevo estilo, me voy a Nueva York y empiezo de nuevo. Tómame unas fotos en la Tour Eiffel. Ponemos abajo: «Zilma, después de triunfar en París, abre su nuevo *show* cubano en Nueva York». *Je suis cubaine, une race superior*.

Juan se niega a acompañarnos y salgo yo, una mañana fría, con Zilma en abrigo de piel de conejo y un pequeño paraguas rosado. Abre sus brazos en cruz, echa atrás la cabeza, y grita: Tómamela así. Y después te la dedico: «Con todo el cariño de Zilma», y abajo te pongo, «para que te acuerdes, *c'est moi la primitive, c'est vous qui avez la classe*». Las fotos estuvieron rodando en mi apartamento mucho tiempo; me sorprendieron los acontecimientos de Mayo y, naturalmente, no pude ocuparme de Zilma. Cuando todo volvió a la calma, las envié por correo al cabaret porque ignoraba su domicilio,

pero me fueron devueltas con el sello de destinatario no localizado.

Junto con las fotos de Zilma estaban algunas que logré tomar durante los días de Mayo. Amo ésta en que un joven mira hacia la pared en que se lee: «Prohibido prohibir». Dudo ahora en incluir en esta colección una de las fotos más sorprendentes de entonces, por respeto o discreción, quizá por un temor de profanar la intimidad de otros. Me refiero a las fotografías de monseñor Robestierre en Chartres. A pesar de la resonancia jacobina de su nombre, monseñor era una figura renacentista, un alto dignatario de la Curia Romana, un hombre versado en teología y filosofía, un erudito del arte, un gran conversador, un interesado lector; un gustador de la buena comida, bien regada y bien servida; un hombre abierto al paisaje, a la *morbidezza*, como él decía, de las formas de alabastro, a la belleza viva conservada en las piedras. Era también un hombre amenazado por sus debilidades y enaltecido por sus creencias, un hombre siempre luchando entre el espíritu y la carne, un hombre siempre rebautizando su paganismo, su amor por la alegría del cuerpo, por la belleza de los ritos propiamente humanos, atenazado a ese límite de la carne y del hueso; un profundo cristiano, en suma. Lo recuerdo, arrodillado, en la oscuridad de la catedral, la cabeza inclinada, los ojos cerrados, las manos gordezuelas en las que brillaba el anillo, el cinturón morado de su dignidad rodeando un ancho cuerpo.

Invité a una amiga de mi madre, de paso por París, a conocer Chartres y tuvimos la suerte de un espléndido día de primavera. Era una persona jovial, dispuesta a pasar un buen día, y su conversación me traía recuerdos entrañables. Llegamos a Chartres a media mañana y, naturalmente, nos encaminamos a la catedral; del autobús se bajaron también grupos de turistas y dejamos un espacio para no vernos envueltos en el gentío; como supusimos, dieron una vuelta rápida y la iglesia volvió a quedar en silencio. Hablábamos en voz baja pero supongo que el eco hizo que monseñor nos escuchara. Salimos después hacia los portales laterales y de pronto apareció, diría por usar la frase, como por arte de magia. Comentó que nos había escuchado hablar en español.

—Quizás ustedes no han visto la sacristía, habitualmente está cerrada a los turistas.

Contestamos que, efectivamente, no.

—Es un poco tarde pero podemos intentarlo.

Lo seguimos al interior y lo esperamos mientras hablaba con un curita flaco, de lentes gruesos, que le besó el anillo, y de inmediato sacó unas llaves y nos hizo pasar. Sus explicaciones surgían con gran naturalidad, como si de hecho fuera nuestro guía o profesor de arte; los detalles históricos salían de su memoria con gran profusión, con amenidad, con humor incluso. Al terminar la visita, iniciamos lo que

suponíamos una despedida.

—Seguramente ustedes no han visto los vitrales desde el coro.

No, no los habíamos visto desde el coro. Es un efecto muy diverso, añadió con su español italianado. Se arrodilló con nosotros desde el coro y, por unos instantes, rezó. Luego comenzó la disertación. De nuevo abajo, volvimos a dar la vuelta a los muros; evidentemente, nuestra visión había sido rápida, superficial en comparación con la que él nos ofrecía; yo observaba ciertos gestos de fatiga en mi acompañante, que disimuladamente me daba empujoncitos en el brazo para hacerme notar que era tiempo de desembarazarnos de nuestro improvisado profesor.

—Si ustedes van a Roma, puedo asegurarles que soy el mejor guía de la ciudad -y comenzó a enumerarnos las iglesias que con él podríamos ver, las monjitas de clausura que escondían cuadros vedados al gran público, los tesoros del Vaticano, las termas de Caracalla, las cuevas de los misterios órficos. ¿Sabíamos algo del culto de Mithra? Poco. Él podría enseñarnos los pasadizos y salas rituales que se escondían a los turistas por la indolencia de unos guías perezosos. Pero, desgraciadamente, no estaba en nuestros planes la visita a Roma.

—No sólo de arte vive el hombre -continuó-; aquí hay lugares donde puede comerse la mejor cocina francesa. -Y sin preguntarnos mucho, echó a andar con paso decidido entre las calles laterales hasta que llegamos al restaurante. Había tal vivacidad en su discurso, quizá de pastor llevando a las ovejas, que no podíamos hacer otra cosa que seguirlo. Yo intenté negarme sugiriendo que mi economía no me permitía ciertos lujos, pero él sonrió y aplastó la excusa diciendo que había pensado desde el primer momento hacer una invitación.

—No tengo en qué gastar; mientras estoy en Roma, trabajo mucho; solamente cuando tomo vacaciones y vengo a Francia puedo darme algunos gustos y hacer estipendios de papa. -Se rió y nosotros también-. Los cardenales y papas han tenido siempre fama de comer muy bien, ¿no es cierto? Veamos qué nos depara el menú.

Me asombraba el placer de aquel hombre mientras comía y bebía, la suavidad con que podía comentar los sabores, paladearlos, conjugarlos. De la misma manera como la belleza de la catedral parecía desprenderse de sus palabras, igualmente la calidad de la comida parecía necesitar de su explicación para hacerse evidente; como tantos otros placeres, requerían de un maestro.

La conversación fue distendiéndose y monseñor abandonó las explicaciones artísticas, aunque nunca totalmente; de vez en cuando la descripción de unas estatuas, de unos jardines, de un pórtico, volvía a sus labios como el vino o la ternura de la *mousse* que comíamos.

—Hay algo terrible en la contemplación de las piezas de arte -dijo-:

necesitan ser miradas y debe prohibirse el placer de tocarlas; yo he descubierto, mirándolas muchas veces, naturalmente, que algunas estatuas de San Pietro están levemente aplastadas; algunas curvas no son originales; el color blanco se ha ido amarilleando por la mano disimulada de los visitantes, que escapa a la vigilancia estricta de la guardia; me he preguntado si los millones de miradas que se posan sobre ellas podrían horadarlas. Su sensualidad se abre de una manera sorprendente. Hubo esa época estúpida de la Iglesia en que todas las estatuas fueron cubiertas con los retoques ridículos de hojas de parra, de paños tapando lo que había sido hecho para ser contemplado. ¡Ah!, pero la Iglesia quería tenerlas dentro, no quería renunciar a ellas, sólo cubrirlas. ¿Imaginan ustedes esos grandes penes grecolatinos? ¿Esos pliegues del pubis? Taparlos es ridiculizar esas imágenes, pero el poder de la Iglesia es *ad aeternum. Tu es sacerdos ad aeternum* -dijo para sí mismo, y su rostro sanguíneo se cubrió por unos instantes; la alegría de sus ojos pareció ocultarse, como velada, al igual que las estatuas.

Hizo un cambio de tema e inquirió acerca de nosotros; nos acercábamos ya al café y propuso, a falta de otros monumentos, volver a la catedral para que yo tomara unas fotos. En un papel escribió su nombre y dirección, pidiéndome que se las enviara, de la misma manera en que él nos prometía hacernos llegar unas postales que escogería con mucho cuidado, en recuerdo de aquella visita que le había aliviado su soledad.

Nos encaminamos de nuevo a la catedral, solos. La amiga de mi madre se excusó por su cansancio. De pronto monseñor se detuvo y me dijo:

—En este momento tengo mi pene completamente erecto.

Seguí caminando como si me hubiera dicho que hacía frío o que llovería.

—¿Quiere comprobarlo?

De todas las proposiciones sexuales que había recibido en mi vida, tengo la absoluta seguridad de que ésta ha sido la más sorprendente, la más dolorosa también. Dije algo que resultó ser un chiste, o por lo menos algo que le hace gracia a los pocos a quienes les he referido la anécdota; le dije:

—No necesito hacerlo, creo en su palabra.

Me doy cuenta ahora, al verlo en las fotografías de aquella lejana tarde en Chartres, donde casi no me reconozco por mi juventud y mi aire desenfadado, que mi respuesta no contenía burla, era más bien la respuesta de un fiel creyente, de alguien que no necesita ver para creer, y que aquellas palabras: «No necesito ver, Señor, creo en ti», eran tomadas, desde el fondo de mi memoria, de una cita de los evangelios. Aunque parezca paradójico, era un diálogo entre

cristianos.

—Sentémonos un rato -me pidió-, estoy cansado.

Se veía, efectivamente, cansado; se pasó un pañuelo por la frente. El aire fresco parecía despejarlo. Vino entonces una larga explicación que yo no requería acerca de las dificultades de su vida, de la soledad de su oficio y dignidad; de la mezquindad de sus colegas, siempre a la caza de un chisme o una maledicencia para degradar a alguien, para rebajarlo en su carrera, para echarlo atrás en los peldaños con tanto trabajo ascendidos; de la hipocresía de muchos, de la mediocridad de tantos, de la envidia de todos; de su vida de perseguido, que hasta a la portera de su edificio temía. Siempre una lengua dispuesta a hablar, a inventar, a exagerar, a denunciar; de sus ocasionales visitas a Francia para ver a su madre, ya muy anciana, que una vez al año le permitían una cierta libertad; de la dolorosa soledad de sus deseos. Me dijo algunas cosas más, y me ofreció otras; pero, repitiendo al poeta, pienso que hay en mi historia algunos casos que recordar no quiero.

De vuelta en el tren, la amiga de mamá quiso saber acerca del diálogo que habíamos sostenido; vi en sus ojos esa malsana curiosidad que quiere siempre desvirtuar la tragedia humana hundiéndola en el barro del ridículo; por ello le di falsas respuestas a lo que juzgué eran falsas preguntas, y tiempo después, recibí las postales de monseñor Robestierre, y él, supongo, debió de recibir copia de una fotografía del portal principal de Chartres y una suya sentado en un banco de piedra.

Ahora las reveo y entiendo lo que en aquel momento no fue de mi parte más que un temblor de ternura asombrada. Me pregunto si murió, si en alguna ocasión la soledad tortuosa de su sexo erecto se llenó de aquel momento, o si por sus ojos pasaron aquellas fotografías como tantas otras imágenes. Me pregunto si alguien habrá recogido el balance de su vida, si alguien habrá escuchado su confesión y habrá querido perdonarlo; si él mismo habrá ordenado sus propias fotografías desparramadas o, anciano ya, habrá olvidado todo, disperso en la luz, cerrando los ojos a la vida.

Después del viaje por el Mediterráneo, volví a París con la intención de recoger alguna ropa y parte de mis útiles de pintura, que había dejado allí guardados. Había decidido regresar definitivamente. En mi última estadía la ciudad se me hizo insoportable, no sólo por la soledad de la ciudad en verano sino porque recorrer sus calles, antes animadas de un signo nuevo y ahora devueltas a la normalidad, me producía un gran vacío. Encontraba todo perdido, y el toparme con un viejo amigo, a quien hacía tiempo no veía, no hizo sino agravar las cosas. Le informé de manera escueta de mi intención de irme de Europa lo antes posible, pero una amigdalitis retrasó mis planes y tuve que quedarme en cama varios días más. Cuando me encontraba mejor,

decidimos asistir a una obra de teatro, eligiendo entre los poquísimos espectáculos que ofrecía la ciudad, más por hacer algo que por verdadero interés. La presentación nos pareció tediosa y nos salimos antes de que terminara; igualmente, nuestra conversación languidecía y los intentos por simular que nuestro encuentro era grato, parecían vanos. Él venía de Londres, donde estudiaba un posgrado, y me relataba con minuciosidad las incidencias de la vida familiar de la casa donde se hospedaba. El hombre había sido nazi durante la guerra, casado con una mujer judía, que había militado en el Partido Comunista, y el hijo único de la pareja era católico fanático. Evidentemente, en pocas personas resumían muchas cosas, pero me divertían poco los detalles de cómo se desarrollaba la cotidianeidad de aquella heterogénea familia, y finalmente mentí diciendo que esperaba una llamada de mi madre y que debía irme a mi casa lo antes posible. Él insistió en acompañarme, pero pude convencerlo de lo contrario, y como estábamos al lado de la entrada del metro, que me dejaba a pocos pasos de mi apartamento, nos despedimos.

Una vez en el metro, cambié de ruta y me salí en Mabillon, frente a la iglesia de Saint-Germain-des-Près, con el ánimo vago de hacer un recorrido nostálgico. Caminé un poco las calles, todavía con los recuerdos de los adoquines sacados y las barricadas, y después de ojear las librerías iluminadas, decidí llegarme hasta un pequeño bar, regentado por unos catalanes exiliados, para escuchar música latinoamericana y tomarme un *coñac*. El local estaba cerrado por vacaciones y me volví desencantado a la boca del metro. Una mujer, entonces, se me acercó y me haló del brazo. Me hablaba mirándome con sus ojos enrojecidos; estaba mal vestida, ojerosa, sucia, despeinada, con el aire de haber pasado varios días sin dormir. Al principio me era absolutamente incomprensible lo que decía; tenía la lengua pesada, como la de alguien que ha tomado calmantes o drogas, pero me fui acostumbrando a su disparatado discurso y claramente le entendía una frase que me repetía constantemente: ¿Por qué me has abandonado?, ¿por qué me has abandonado?… Naturalmente, yo le gritaba: Señora, no la conozco, déjeme en paz, no la conozco. Sí me conoces -me decía-, ¿por qué me has dejado?, ¿por qué has huido de mí?; yo te quería, perdóname, perdóname, todo lo que te haya hecho. Lloraba con unas lágrimas cortas, que apenas le humedecían los ojos, y se secaba la abundante saliva que le salía de los labios. ¿Por qué me has abandonado? Quiero que vuelvas conmigo, perdóname todo, no puedo vivir sin ti, tienes que volver conmigo. La mujer se me acercaba y sentía su aliento cerca de mí. Corrí a un pequeño café abierto. Entré y pedí una botella de agua mineral. La mujer me perdió de vista unos minutos, porque mi carrera la dejó sorprendida, y yo aproveché para decirle al dueño del local qué me ocurría; encontré el consabido

alzamiento de hombros y el ronroneo de palabras entre los dientes, que seguramente decían: ¿Y qué quiere que yo haga?, pero me trajo el agua mineral. La mujer entró en el café; no era difícil descubrirme porque tenía pocas mesas y de ellas solamente algunas estaban ocupadas. Se sentó junto a mí, de nuevo me hablaba, desesperadamente me decía: ¿Por qué me has abandonado? Intenté una aproximación racional del problema y lentamente le explicaba: Señora, usted me confunde, usted busca a una persona que seguramente se me parece, pero no soy yo. Sí eres tú, ¿por qué me mientes?, te he seguido durante días, no duermo desde que te fuiste. Me miraba fijamente y yo miraba su rostro pálido, sus rasgos finos, sus labios llenos de saliva, los ojos enrojecidos y unas manos muy blancas y huesudas que intentaban apresar las mías. En sus ojos había desolación, había amor, había una terrible necesidad de mí; de mí, a quien ella no conocía; de mí, cuya única razón para estar en contacto con ella era la de recordarle un rostro perdido. Al menos eso supongo, ésa es la única explicación que puedo darme cuando veo su rostro desesperado diciéndome: ¿Por qué me has abandonado? Quería que volviera con ella a algún lugar en el que habíamos vivido, y donde yo la había dejado sola, porque no la había perdonado. ¿Qué me había hecho? Trataba de distinguir si era una loca o estaba drogada, porque evidentemente el asunto era en serio, estaba firmemente convencida de mi abandono.

Pienso ahora en la extrema soledad de sus ojos enrojecidos mirándome fijamente, reconociéndome, aunque nunca me hubieran visto. Me pregunto si alguna vez había existido ese hombre que la había abandonado, si algún día un hombre se había perdido en la multitud de la ciudad para siempre. Siento la angustia de aquella mujer al pensar que una de las cinco millones de personas de la ciudad era la que ella buscaba, al estar atenta en todas las calles, en todas las salidas del metro, en todas las aceras, para ver si reencontraba a ese hombre perdido; o al pensar si sería todo invento de su imaginación enferma, si ese hombre quizá no había existido nunca y era su soledad la que la obligaba a creer en su existencia y a plasmarla en el primer paseante con el que aquella noche se había cruzado. Su seguridad era tan grande que yo tuve que reconfirmarme en la mía de que nunca nos habíamos visto, de que yo no existía para ella, y sin embargo, me invadía una gran ternura por aquella mujer extremadamente sola, que creaba un encuentro inexistente, que me hablaba sin saber que yo sólo medía mis posibilidades de escape. De pronto logré desaparecer en una esquina. Al otro extremo de la calle, escuché su grito: ¿Por qué me has abandonado?

Me pregunto ahora si la seguridad y consistencia de nuestros vínculos es algo más que la desesperación por encontrarnos, y si la

relación que yo he llegado a establecer con los otros habitantes de esta clínica es demasiado diferente a la que aquella mujer pretendía tener conmigo. Me fui de París llevándome la mirada de aquella desconocida como un incómodo equipaje que no me correspondía, como un final amargo de lo que había sido una época controvertida, apasionada, esperanzada.

Experimenté entonces la necesidad de llamar a mi interlocutor y mostrarle las fotos y los comentarios que había anotado en el álbum. Fui hasta su habitación, toqué la puerta y lo invité a la mía. Me sentía insomne y pensé que su compañía me haría bien, pero Pepín no quiso. Me dijo que había terminado de escribir sus cuadernos y que los iba a arrojar a la basura porque no aparecía la fecha de su ingreso a la clínica. Traté de convencerlo de que no lo hiciera, le di las buenas noches y, cuando estaba cerrando la puerta, me detuvo para hacerme una pregunta desconcertante: cuántos tipos de desenlace puede haber en las novelas. Le di una explicación cualquiera, que me vino a la cabeza en ese momento, y no le presté mayor importancia a su pregunta. Muchas veces hacía preguntas absurdas para mi lógica. Pienso ahora que, de haber comprendido lo que le ocurría, yo podría haberlo detenido.

Poco antes de aquellas navidades, un día estaba yo en la dirección hablando con el residente y vino el doctor con otros señores que yo no conocía; me dijeron que les llevara café y que los dejara solos porque tenían que conversar. Cuando les traje café, no sé por qué se me pasó la idea de escucharles la conversación, me latió que algo raro pasaba, porque muchas veces el doctor hablaba con el residente o con cualquier familiar y no le importaba nada que yo estuviera ahí, barriendo o haciendo cualquier cosa. Entonces me fui al consultorio de al lado; la puerta estaba cerrada, pero yo sé que si se habla un poco duro, se escucha todo; me quedé allí dentro hasta que pude entender qué era lo que estaban hablando. Los señores estaban interesados en comprar la casa porque querían construir allí un edificio y venderlo para oficinas, y el doctor les estaba explicando que ya él estaba cansado de la clínica, que daba muchos problemas y no era negocio, y que, si le hacían una buena oferta, él vendía. Me salí del cuarto porque ya había escuchado lo principal, y cuando los señores se fueron, estaban todos muy contentos y me di cuenta de que habían cerrado el trato. Yo no le dije nada al doctor, me hice el bobo, y él tampoco me dijo nada, pero yo estaba seguro de que, para el año que viene, cerrarían la casa. No le quise contar nada a nadie, primero, porque no quería líos, ni que supieran que yo había escuchado la conversación, y segundo, porque no encontraba las palabras para decirlo. Si el doctor vendía la casa, ya no podría seguir escribiendo mis cuadernos y la fecha de cuándo entré se me perdería para siempre. Los cuadernos ya no servían para nada. Las navidades eran mi último cuaderno y todos los que aparecían allí eran como unas hojas arrancadas. Entonces pensé: lo único que falta es el desenlace. Le pregunté a Eduardo qué tipos de desenlace puede haber en un libro y él me hizo una lista de los desenlaces posibles; uno de ellos es el desenlace cotidiano, que quiere decir que al final no ocurre nada, sino que uno cuenta lo que contó y ya. Esa idea me pareció buena porque lo sucedido era eso, que después de escribir tantas cosas no había sucedido lo que yo quería, es decir, no había salido la fecha del día en que entré a la clínica. Lo demás que recordé no me interesa recordarlo.

Fue entonces cuando se me ocurrió lo del desenlace real. No iba a escribir el final, el final iba a ocurrir. Los cuadernos quedaban así, con la parte escrita, que era lo que yo tenía guardado en la gaveta de mi cuarto, y otra parte real que era lo que iba a pasar. El desenlace real

fue así:

Al día siguiente de la fiesta de Navidad me levanté tempranito como siempre y entré al cuarto de las medicinas. Busqué las más fuertes y las eché en el café con leche; el café con leche es algo que nadie perdona en la mañana. En esa última fiesta de Navidad yo me había estrenado la franela que me tocó en el intercambio. No sé si repartieron los papelitos con intención, pero a Eduardo y a mí nos tocó regalarnos. Él sabe cómo son las franelas que me gustan, de muchos colores, y yo le regalé un reloj. Se me fue todo el sueldo pero no me importó; le estaba haciendo falta un reloj con la correa deportiva, como a él le gustan. Me sentí contento de verlos a todos así, me parecía una foto que yo quería guardar muy adentro mío, sin que nadie la cambiara nunca. Quería que no se movieran nunca, pero eso era imposible. Yo sabía algo que nadie sabía. Le puse bastante azúcar al café para que no se notara el sabor y se lo serví a cada uno en su cuarto, menos a Eduardo. Eduardo estaba tan adentro mío que no hacía falta detenerlo.

Cuando vino la policía me hicieron muchas preguntas, querían saber las razones. Yo no tengo razones -les dije-, o, mejor dicho, si las tengo, no las sé explicar. Estuvieron muchos días haciéndome preguntas, me tuvieron horas hablando sin parar. Yo les decía que estaba cansado, que necesitaba descansar, dormir un poco. Ustedes me hacen preguntas, fuman, encienden las luces, las apagan, se turnan; yo, en cambio, estoy siempre aquí contestándoles lo que me preguntan y no tengo más nada que decirles. Entonces les enseñé los cuadernos: La explicación de todo tiene que estar aquí, les dije. No sé si los leyeron; me los devolvieron y me dijeron que ahí no decía nada. Me di cuenta de que no los habían entendido, y, antes de que me llevaran, se los di a Eduardo para que me los guardara.

Me declararon culpable de diez homicidios y me hicieron un montón de pruebas para saber si había consumido alcohol o drogas. Para nada, porque ya yo les había advertido que el alcohol me repugna y que la marihuana, desde que me fui del barrio, no la he vuelto a probar, y además nunca me gustó. Entonces me dijeron que me iban a hacer la prueba de la coca. Háganla si quieren -les dije-, pero es perder el tiempo porque yo no me meto nada. Entonces volvieron con lo de que por qué había puesto los barbitúricos en el café. Porque yo no soy doctor pero sé cómo son los medicamentos, y sé que no iban a sufrir -les expliqué-. Ahora ellos son un error del aire, como decía el profesor; lo que yo hice fue pasarlos de un olvido a otro. Pero eso no los convenció.

Ahora estoy esperando que el abogado me vuelva a introducir el expediente y me pasen a una colonia rural. Yo creo que eso me

gustará más; yo nunca he vivido en el campo, soy un tipo urbano, pero me gustaría probar un cambio. El traslado es muy difícil; parece que hay pocos cupos; y mientras tanto el juez dictó que debía estar recluido porque soy un sujeto de peligrosidad social. Es una frase rara, «sujeto de peligrosidad social», no se sabe quién es el peligroso, yo o la sociedad. Mi abogado es un tipo muy profesional, abogado de gente rica, me lo está pagando Eduardo porque, si no, me tocaba un abogado público, de ésos a quienes no les importa nada lo que le ocurra al reo. He pensado que, si me mandan a la colonia, me gustaría sembrar algo; pueden ser papas o melones, aunque eso depende de dónde quede la colonia, me refiero a la zona geográfica. Y otra cosa que le dije al abogado: Yo en la colonia puedo ser útil porque tengo conocimientos de enfermería, escríbalo en el expediente. Este asunto de los traslados lleva mucho tiempo, mucha burocracia, y yo aquí en la penitenciaría no puedo trabajar, soy un tipo acostumbrado a trabajar y aquí no se hace nada. Además, que aquí no puedo corregir los cuadernos. Ese señor Genet, que le gusta a Eduardo, debía estar en una cárcel muy distinta. Aquí hay gente que, bueno, pues, no digo nada para no estar hablando mal de compañeros de infortunio, pero es una gentuza; aquí lo único que se puede hacer es estar pendiente de amanecer al día siguiente. Por eso quiero que me manden a la colonia, me imagino que el ambiente será más parecido al de la casa, y además, para sobrevivir. A mí siempre me ha gustado sobrevivir. Por eso le dije a Eduardo: Guarda tú los cuadernos, y si quieres, publícalos. Al volver a leerlos pensé que todo lo que yo puedo explicar de mi vida está en esos cuadernos; lo demás no lo supe pensar, y por lo tanto, tampoco lo pude escribir.

NOTAS

[1] Esto de los techos me lo copié de un libro que se llama *Los desheredados*. No me gusta ponerme lo que no es mío. (N. de Pepín).